60

MARIOLA CUBELLS

MEJOR QUE NUNCA

Felices, imbatibles y pioneras

ESPASA

Índice

SINOPSIS

Las mujeres en torno a los sesenta años han roto todos los esquemas que la sociedad diseñó para ellas y no se parecen a ninguna generación anterior de esa edad en España. Son dueñas de su destino de manera rotunda. Mariola Cubells describe la revolución que ha supuesto que estas mujeres no se conformaran con lo establecido. Se trata de un colectivo más presente que nunca, que disfruta, que está en plenitud de sus facultades físicas y mentales, que trabaja, que aprende cosas nuevas, que abraza la estética en todas sus variantes, que emprende negocios, que empieza nuevas aventuras, y que ha roto muchos moldes y quebrado muchas normas. Son una generación pionera en un gran número de asuntos sociales, vitales, íntimos.

Este libro es un viaje a través de testimonios, lecturas, recuerdos literarios, historias personales y reflexiones íntimas de la autora y de otras tantas mujeres de esta generación, que cuenta cómo la mujer se ha rebelado contra los tópicos, los mandatos de siempre, la monogamia por decreto, la infelicidad, la resignación y todas esas losas que tuvieron sus madres y abuelas. Son más libres que nunca, más poderosas que nunca, se dan más cuenta que nunca. La última generación educada en el patriarcado. La primera que no ha educado a sus hijos de la misma manera.

Es una generación para la historia.

Mariola Cubells

Mejor que nunca
Felices, imbatibles y pioneras



Para Eva,
la chica formidable a quien tanto quería,
con quien tanto quería…

Introducción
Nos vamos de viaje

Cuando cumplí 50 años me vine abajo. No era posible. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba toda mi vida anterior? Y, sobre todo, ¿ahora qué?

Un día, apenas un mes después de cumplir media década, me vi MAYOR en el espejo del ascensor. Iba maquillada de maquilladora profesional —muy maquillada, por tanto— y vestida *ad hoc* para presentar un acto protocolario en un teatro. Y en el ascensor no me reconocí. Yo creo que antes ni siquiera me había visto arrugas, ni el peso de la edad en la piel. Igual era una inconsciente, o me daba lo mismo, no lo sé. El caso es que ese día entré en barrena. Esa mirada de frente en el espejo llevó a otras miradas aún más crueles, por dentro, hacia arriba, hacia el pasado, hacia el futuro, hacia los lados, donde ya todo el mundo era más joven que yo y, por tanto, con más vida futura, con más posibilidades, con más razones para aprender, para arrancar, para vivir sin miedo.

Han pasado cinco años desde ese día, y muchas cosas más, algunas tremendas. Tremendamente buenas y tremendamente malas. Una de las buenas: me he reconciliado de alguna manera con aquella tipa que descubrí en el cristal y que no me gustó. He consolidado más afectos, he renunciado a tiranías diversas, he emprendido unos cuantos asuntos profesionales interesantes. Y la mala por encima de todo: en abril del 2021 perdí a una de las personas más importantes de mi vida, mi querida Eva, mi amiga del alma, mi hermana elegida, una mujer con la que yo tenía previsto seguir madurando y, por supuesto, envejecer (que es algo que me aterra, claro que sí). Eva formaba parte de mi vida, de mi

familia, desde que nos conocimos a los diez años. Luego se casó con mi hermano y ya para siempre fue mi amiga, mi aliada, mi compañera, la mujer que lo sabía todo antes de que yo se lo dijera, y la única que podía entenderlo todo sin necesidad de ponerla en contexto.

Lo de Eva ha sido y es arrasador. No llegaríamos juntas a los sesenta años, ni más allá, no nos reiríamos más, no habría más veranos, ni más nada. Nada. Nunca. Su tiempo se paró en las fotos, como sucede siempre con los seres queridos que se marchan antes de tiempo, se marchan cuando aún no tocaba que lo hicieran.

Un año y medio después aquí estoy, echándola mortalmente de menos. Cuando mi editora, Pilar, me planteó este libro, la primera persona en la que pensé fue en ella, en Eva, en qué me diría.

—Ponte, va, que lo vas a hacer genial, que hay muchas cosas que contar…

Así que, sí, me voy de viaje con ella a buscar historias preciosas, duras, divertidas, insólitas, contradictorias, de todas esas mujeres que, como nosotras, van camino de los sesenta o que ya llegaron y que los rebasaron hace tiempo. Me la llevo conmigo para descubrir juntas cómo eran las que hace treinta años tenían 60 y cómo son ahora. Cómo ha cambiado todo para bien casi todo el tiempo: no solo están más presentes que nunca, no solo están mejor que nunca, como el título de este libro, más abiertas a todo, no solo se han quitado de encima lastres absurdos, no solo están gozando de los gritos de la nueva ola feminista (algunos proferidos por sus propias hijas, a las que construyeron independientes y con garra), no solo tienen menos miedo, más coraje, menos remilgos, menos ataduras, más campo abierto…

—Es que, encima, ahora están buenas —le diría yo, recordando una frase que me lanzó mi colega periodista Mafalda González, treintañera ella.

—Como nosotras. Nosotras estábamos buenas a los 20 y ahora. Yo un poco más, claro —me diría Eva, con su sarcasmo habitual.

Nos vamos juntas de viaje. Ojalá se sumen muchas a este paseo, ojalá sirva este libro de cuaderno de bitácora, ojalá contribuya a arrancar aventuras, a mirarse bien, ojalá estimule, zarandee, calme, haga dudar, ojalá os mueva hacia lugares en los que nunca habíais estado. Porque, como decía Pavese, «la única alegría del mundo es comenzar».

QUÉ VOY A CONTAROS

Antes de nada: he escrito este libro para armarme de arrojo, para ser más valiente. Y creo que lo he conseguido. La máxima sería esta: las mujeres de esta edad ya no tienen nada que ver con ninguna otra generación de esos mismos años que haya habido en la historia de España. Recordemos a nuestras madres hace treinta años, cuando estaban quizá en los 60. ¿Cómo eran? ¿Cómo habían sido sus vidas? ¿Dónde estaban? ¿Qué les estaba esperando ahí fuera? ¿Cómo era el mundo con ellas? ¿Y el cine? ¿Y la ropa? ¿Trabajaban? ¿Las veían? ¿Y sus parejas? ¿Seguían casadas porque querían de verdad seguir? ¿Pensaban si tenían la vida que habían soñado? ¿Alguien les había enseñado a querer otras cosas, a romper con lo de siempre, a no doblegarse, a hacer trizas los convencionalismos?

Cuando estaba empezando este libro le conté de qué iba a mi compañera de *La ventana*, la periodista Olga Nebra. Y ella me dio una imagen que fue reveladora: las míticas protagonistas de *Las chicas de oro* representaban 50-60 años en esa ficción. La última temporada de *Sexo en Nueva York*, la que se ha llamado *And just like that*, que se estrenó el año pasado y que tiene una segunda parte ya, nos presenta a las protagonistas con esa misma edad. No hay más preguntas: *Las chicas de oro* parecen sus madres, literalmente.

Han sido décadas, más bien centenares de años de *mala* educación, de cumplir mandatos, de limitar el poder propio a las mujeres que nos precedieron, así que este es un libro que aspira a homenajear a las anteriores, a encontrar la

esperanza en la oscuridad, que quiere contar una historia sobre el poder de un colectivo de mujeres que no ha sido contado hasta el momento. Quizá porque nunca había sido tan obvio que lo tenían, quizá porque nunca nadie había puesto el foco en ellas como grupo, como tribu.

Vamos a explicar quiénes son, quiénes somos, qué queremos, dónde vamos, qué o quiénes impiden un buen tránsito en este viaje.

Mujeres solas, solitarias, solteras, divorciadas, casadas y aburridas pero tranquilas, casadas por tercera vez, con hijos, sin hijos, con hijos a su cargo, con hijos emancipados, sin tener que rendir cuentas a nadie, que viajan solas, con trabajos que empiezan, con proyectos, serenas, alegres, listas, arrepentidas de lo que no hicieron, rabiosamente feministas, hartas de aguantar a los plastas, decididas a seguir, a empezar, a planear, a salir a la calle y gritar.

Nos hemos mudado para siempre a un país mejor, más acogedor. Estamos en un mapa distinto, imaginario y posible, y lo estamos recorriendo con otro lenguaje y lo habitamos todo: el centro del mapa y las orillas. Un mapa donde los hombres que no escuchaban se callan un rato, unos años. Y nosotras hablamos, sin interrupciones a ser posible. A ver si así podemos celebrar la vida, con toda su belleza y complejidad.

Antes de seguir, quiero dejar claro algo: es imposible ser exhaustiva en un tema tan complejo, que tiene en su interior a tantas mujeres, y sé que voy a dejarme en el camino a un montón de ellas, que no se ajustan al canon, que son menos privilegiadas o que pertenecen a otros contextos. Este libro estará poblado casi siempre por las mujeres del llamado primer mundo, claro, de Occidente, de la parte del planeta con privilegios, pese a latigazos como el de Estados Unidos con sus leyes antiabortistas. Aunque querría que en este viaje se implicaran las hermanas de cualquier lugar, la gente de todas partes. Porque la experiencia de una es la experiencia de todas. Porque somos empáticas y porque hemos inventado la sororidad. Y porque también somos envidiosas, rivales, celosas. También

lo queremos todo y lo queremos ahora; también somos contradictorias, y no queremos vernos mayores en el espejo, pero tampoco queremos dejarnos llevar por los dictados estéticos del mundo cruel. Tenemos derecho a ser malas, tenemos derecho al mal, a ser subversivas viviendo de vez en cuando al margen de la virtud, de la bondad.

Voy a contaros historias maternales y no maternales, de madres e hijas que hablan de igual a igual, que se llevan mejor que nunca. Una generación que ha sido la primera en muchas cosas, la más importante: la primera generación educada en el heteropatriarcado que NO ha educado a sus hijos así. Eso lo cambia todo, en el presente y en el futuro.

Una generación de mujeres que persigue aventuras y tiene retos, que ha fracasado, que es poderosa, que tiene sexo sin ataduras. La vida para muchas empieza ahora, con aventuras en el horizonte, con el orgullo de pertenecer a un colectivo. Se han superado los tópicos caducos: la menopausia no es un problema, es una alegría, y no llegamos a ella viejas, ni dejadas, ni pasivas.

Usan la cirugía y los cuidados estéticos, porque la presión sobre la imagen aún sigue aquí. Y, sobre todo, ¿por qué no? Se visten como quieren y son tan tecnológicas como sus compañeras de reparto, que tienen treinta años menos. No tuvieron #MeToo, pero lo han celebrado por todo lo alto, lo han difundido, lo han defendido, lo han escuchado. Se sienten cerca, muy cerca, de las generaciones posteriores, de las chicas de 30, por ejemplo, con quien parecen tener todos los vínculos imaginables.

Vamos a hablar de las veces que fueron pioneras, de la soledad, del amor y sus derivados, de la famosa y ojalá que periclitada teoría de la invisibilidad, de ellos, de las que nos precedieron, de la imagen que se da de nosotras en el mundo audiovisual, de los referentes, de lo que hicimos antes, de lo que nunca pensamos y ahora sí. Y también de las zonas oscuras, de los contratiempos con los que convivimos.

Porque a esta edad es inevitable hacerte preguntas duras. ¿Esto era todo, pues? ¿Ya no habrá más primeras

veces? ¿Se acabaron para siempre las grandes sorpresas, al menos en el terreno personal, como apunta la premio nobel Annie Ernaux? ¿De verdad voy a ver morir a algunos amigos mayores que yo? ¿En serio esta será la última vez que…?

La previa a la escritura de este libro ha sido gratísima: las largas y pausadas conversaciones con decenas de mujeres, de amigas, de colegas, de extrañas. Las entrevistas por teléfono, las búsquedas de las citas literarias que sabía que estaban en algunos de los libros leídos, las referencias periodísticas, las imágenes de las series, de las películas, aquello que le oí una vez a aquella mujer, aquel meme, aquel tuit, aquel chascarrillo. Reunirlo todo, emparejarlas a todas, enlazar sus dichos y organizar el corpus me ha dado muy buenos momentos. Escribiendo me he dado cuenta de que esta es una generación que se ha tendido la mano. Que contactó con una imagen del mundo que no le gustó, con un pensamiento que no le gustó, y quiso virarlos. Y eso tuvo efectos espectaculares. Que se dejó de verdades inmutables y las sustituyó por otras que la llevaron directas a una vida deseada y deseable.

Son señoras, claro. Plenas, potentes y hermosas. Con criterio, con sarcasmo. Les importa un bledo muchas cosas que antes las herían y están más ligeras de equipaje, son más pacientes y tienen menos prisa.

Porque, como dijo la filósofa Claire Lejeune, «la hazaña del pensamiento de las mujeres es haber sobrevivido, siglo a siglo a las pruebas de la hoguera, del linchamiento y del hospital psiquiátrico».

Y sí, aquí estamos. Dispuestas a seguir conquistando los mares.

Y atención, al final de cada capítulo hay regalos: recomendaciones audiovisuales y musicales que ojalá sean la guinda del relato, ojalá os sirvan para entender más, para disfrutar, para envalentonaros… Pedí ayuda solo a personas en cuyo ingenio confío, que son amigos de verdad y a los que, por tanto, solo tendría que pagarles con mi amor incondicional. Así que aquí van las gracias para María

Guerra, periodista cinematográfica que me apuntó las películas, sentadas en su cocina luminosa, y queriéndonos. Para Pepe Murgadas, músico, compañero especial de fatigas, que me lanzó, como siempre, canciones perfectas como dardos perfectos en una diana. Para Iñaki de la Torre, periodista musical inteligentísimo, que me fue orientando en la parte musical entre risas y sarcasmos, como es habitual en nosotros. Y para Mikel Labastida, experto en audiovisual, otro amigo querido que siempre está cuando le necesito y que completó muy bien el apartado de series.

También podéis acompañar la lectura de cada capítulo con su banda sonora. He generado una lista de Spotify con todas las canciones que aparecen en el libro. Aquí tenéis un código QR para acceder a ella:



1
LA PRIMERA GENERACIÓN QUE…

No esperéis que el hombre os ayude a salir del marasmo, de la postración en la que yacéis: el hombre es muy egoísta y no abdica fácilmente de sus títulos de soberanía, de su centro del rey en el mundo de la inteligencia.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER, *La mujer intelectual*[1].

Las mujeres de mi edad son las primeras que pueden llevar una vida sin sexo sin pasar por el convento. El matrimonio forzado se ha convertido en una cosa chocante. El deber conyugal ya no es una evidencia.

VIRGINIE DESPENTES, *Teoría King Kong*.

Una sociedad es grandiosa cuando hombres viejos siembran árboles sabiendo que nunca se sentarán en su sombra.

PROVERBIO GRIEGO[2].

¿Quiero hijos porque quiero ser admirada como el tipo de mujer admirable que los tiene, porque quiero ser vista como una mujer normal, o porque quiero ser la mejor mujer, una mujer no solo con

> trabajo, sino con el deseo y la capacidad de criar, con un cuerpo que puede hacer bebés? ¿Es justo obligar a alguien a vivir para evitar que nos arrepintamos?
>
> SHEILA HETI, *Maternidad*.

Me pregunto en qué he sido yo la primera mujer de toda mi familia, desde que esta se puso en pie. Y así, de pronto, se me ocurre que he sido la primera en acceder a la universidad y estudiar lo que quiso y dedicarse a lo que quiso. Sin esfuerzo, además, con toda naturalidad. También fui la primera en divorciarse, la primera en no seguir la estela de su madre en el ámbito doméstico, siendo incluso su reverso. La primera lectora voraz, la primera en elegirlo todo.

El listado en general es inmenso, pero atención a este dato fundamental. Son, somos, la primera generación que ha sido educada en un sistema, el heteropatriarcal —este término saldrá a menudo en estas páginas; ya sé que está manido, pero no he encontrado uno mejor—, más o menos severo, dependiendo de las casas que tocaran, que ya ha educado a sus hijos y a sus hijas de manera radicalmente distinta, quitándose de encima el polvo y los tabúes, el ordeno y mando. La primera sin tutela emocional. La última cuna del machismo. Y eso lo ha cambiado todo: ha sido, está siendo, una auténtica revolución, un cambio de paradigma.

Crecimos metidas de lleno en la masculinidad hegemónica que es ese dominio total de los hombres en los valores, el conocimiento, la política, la cultura, lo social, lo doméstico. Y en buena medida los fuimos quebrando. Tras un montón de conversaciones con mujeres similares, tengo la sensación de pertenecer a un colectivo, a una tribu, a un grupo de mujeres con intereses comunes, con trayectorias parecidas, que hacen que podamos hablar de un lugar común. De ese diálogo parte este listado largo y fantástico, que salpicará todas las páginas del libro.

Pienso en mi madre y yo cuando yo tenía 17 años y pienso en mi hija Carlota, que tiene esa edad ahora mismo, y yo, y es como si las dos situaciones se hubieran dado en dos planetas distintos. Somos la primera generación en mantener una relación casi de igual a igual con sus niños, con sus adolescentes, con sus hijos adultos. Habla con ellos su mismo idioma, entiende sus cuitas, repite modelos a veces, es verdad, y «frases de madre que nunca pensó que diría», cierto, pero con una salvedad: es consciente de ello, de su caricatura.

Hay una anécdota buenísima que me destacaba la periodista Gemma Nierga cuando conversamos para este libro, ella recién salida de su programa de radio y televisión matinal *Cafè d'idées* en RTVE: «Podemos comprarnos ropa en las mismas tiendas». Y esto, que puede parecer banal, cuenta muchas cosas. Y une mucho también. Por ejemplo, mi hija empezó a asaltar mi armario a todas horas, hace ya algunos años, empezando apenas la adolescencia, y yo, pese a las broncas que le soltaba cuando de pronto no encontraba el pantalón de terciopelo negro que quería ponerme ese día, en el fondo sentía cosquillas de dicha. Y me decía, «una adolescente como ella que usa mi ropa, vaya, qué bonito». Ella misma me lo dejó claro un día, con sarcasmo, tras echar sapos y culebras por WhatsApp:

—Mamá, deberías sentirte orgullosa. Que te coja la ropa significa que tienes estilo… y que tienes mi misma talla, jeje.

Ahora ya es un no parar y ya me he resignado: cuando no encuentro a la primera esa falda concreta, me voy a por el vestido y en paz. Y sé que eso va a seguir así cuando yo cumpla 60 por dos motivos: uno, no voy a cambiar de estilo; dos, no voy a cambiar de chasis. Me preocupa mi cuerpo, cuidarme, abrazar la estética en todos los aspectos. Entraremos en esto más adelante.

Más cosas. Además de que nunca nos pusimos su ropa (por favor, vamos a recordar otra vez la necesidad de

generalizar) y fuimos a tiendas diferentes a adquirirla, también tuvimos que soportar sus comentarios y sus miradas desaprobatorias si la falda era muy corta o la indumentaria poco apropiada a su criterio. Tampoco nos preocupamos demasiado de saber cuáles eran sus estados de ánimo, ni ellas nos lo comunicaban directamente. Nuestras hijas saben perfectamente que estamos cabreadas, porque a la mínima de cambio se lo contamos. Conocen bien la actividad doméstica necesaria para que todo funcione y han visto cómo sus padres también las llevaban a cabo. Muchas han tenido canguro, han visto a una asistente en casa hacer esas tareas que nosotras encontrábamos hechas por arte de magia y que siempre hicieron ellas, nuestras madres. No se les estigmatizó en el colegio si de pronto sus padres se separaban (¿cuántas compañeras nuestras tuvieron padres divorciados?, ¿una?, ¿ninguna?). No dan por sentado que vamos a prepararles el desayuno, a partir de cierta edad. Nosotras viajamos, dormimos fuera de casa muchas veces, tenemos compromisos de trabajo que nos obligan a no cenar en casa o simplemente actividades lúdico-festivas que llevamos a cabo porque nos da la gana.

Nuestras hijas saben que si discutimos a todas horas con su padre puede que lo mejor sea separarse y puede incluso que nos lo aconsejen. Están acostumbradas a tener conversaciones durante las comidas, a recibir explicaciones prolijas sobre todo y afectos diversos. Las hemos acostumbrado a no tener que mentir para hacer la vida que quieren hacer, más o menos. Yo empecé a mentirle prontísimo a mi madre. Era difícil vivir acorde a sus expectativas, a sus mandatos, así que lo hacía a todas horas.

Yo diría que nosotras, hubiéramos leído o no el libro *El segundo sexo* —que Simone de Beauvoir escribió en 1949, cuando aún no habíamos nacido—, ya teníamos en la cabeza lo que ella pronosticó: «Los hijos no son el juguete de los padres, ni la realización de su necesidad de vivir, ni sucedáneos de sus necesidades insatisfechas. Los hijos son la obligación de formar seres dichosos».

La cineasta Isabel Coixet, pionera, tenaz, talentosa, se recuerda así misma con apenas cinco años, «y a mi padre dándome la paliza para que hiciera cosas que no quería hacer, porque yo lo que quería hacer era irme a un rincón a leer y veía injusto dedicarme a otra cosa». Cree que somos la primera generación que «se ha dado cuenta». En ese *darse cuenta* hay una revolución, un mundo entero. Nos dimos cuenta de que podíamos tener otra vida distinta a la de nuestras madres, y ya no hubo marcha atrás. «Mi madre decía que había que conformarse y toda mi vida es una afirmación de desclasamiento», dice Coixet.

Otra periodista, Olga Viza, una de las primeras mujeres en muchas cosas en el mundo de la tele, de los medios, del periodismo deportivo, me cuenta, tomándonos un té a media tarde en Barcelona, recién salida de una de sus múltiples colaboraciones periodísticas, que su generación «ha roto el libro de las normas. Venimos de una que vivió intramuros, que es la última transmisora del patriarcado». Y coindice con todas: fuimos las primeras que, mirando a nuestras madres dijimos: «Esta vida no la quiero». Hace poco, la escritora y guionista Elvira Lindo, charlando en el programa *La script* con la periodista cinematográfica María Guerra —que citaré a menudo en este libro, porque somos amigas y dedicamos muchas horas a contarnos la vida—, hablaba de esto también. Y coincidían en que nosotras quisimos romper con modelos, y que, ante la pregunta ¿qué es lo que quieres ser?, la respuesta era clara: «Lo que no es mamá».

La primera vez que vi claro que tenía este pensamiento me sentí culpable, cruel, desagradecida y, sobre todo, terriblemente sola. Hasta que, hurgando aquí y allá, descubrí poco a poco que centenares de mujeres sentían lo mismo y que, lo mejor, estaban empezando a decirlo con la boca grande y con la voz fuerte. No quiero ser como mi madre, decían. No quiero encargarme de la mayor parte de las tareas que mantienen la vida social, quiero saltarme las

normas, actuar egoístamente. No sabíamos en cambio qué era lo que sí queríamos ser, no había ningún ejemplo en casa, ninguna imagen aspiracional. Hablaremos de esto ampliamente en el capítulo dedicado a lo maternal.

La primera en saber que podía divorciarse alegremente

La ley del divorcio —la segunda en realidad, la primera fue en la República, en el 32, y duró solo seis años, hasta que arrancó la dictadura— se aprobó en 1981. Las mujeres nacidas en los años sesenta nos casamos más tarde que nuestras predecesoras y en ese momento, en 1981, estábamos cursando carreras universitarias o estudiando BUP, que es como entonces se llamaba el bachillerato, que era mi caso. Yo no pensaba en casarme, claro, pero cuando lo hice, doce años más tarde, ni por un momento lo sentí como una condena. No fue una decisión meditadísima, ni tuve la sensación de que aquello tenía que ser para siempre. Si la cosa funcionaba, bien; de lo contrario, puerta.

Charlé con la periodista Pepa Bueno, actual directora de *El País* (la segunda directora que ha tenido ese periódico, tras Soledad Gallego Díaz) sobre este asunto. «Cambia tu mirada cuando te abres a la vida en democracia», me dijo. Y esa es la clave, pensé. Llegamos a la democracia siendo crías y en general tuvimos madres que, viniendo de donde veían, estimularon que tuviéramos una vida propia. «Había leído mucho sobre el feminismo y mantengo un agradecimiento a las mujeres que nos precedieron. Me quedó la duda de si mi madre, que murió con 51 años, cuando yo tenía 17, tuvo un dolor íntimo por la vida que veía que íbamos a llevar sus hijas y que ella nunca llevó. La suya fue una vida cercenada», decía Bueno en su despacho luminoso. Por cierto, un inciso. Conozco a Pepa personalmente desde hace bastantes años, hemos compartido cadena de radio y asuntos varios, sé de su manera de estar en el mundo. Pese a todo, al salir del despacho, y dejándome traicionar por el inconsciente le pregunté, «¿Qué tal lo llevas?». Me refería al peso laboral y

personal que supone estar al frente de la dirección de un periódico como *El País*. «Bien —me dijo—, bien, muy bien, llevándolo, sin problemas. Cuando me lo preguntan siempre digo: "¿Esto se lo preguntabas a ellos, a los directores?"». Seguro que no, me dije un poco avergonzada. Yo no se lo habría preguntado a sus antecesores. Se lo preguntamos a ellas porque damos por sentada la debilidad, que vamos a ser más vulnerables a las presiones de todo tipo, que somos menos enteras, menos de hierro, con menos piel de rinoceronte. O quizá es que yo soy así aún, menos de hierro, vulnerable…

Pero volvamos al divorcio. Se aprobó, y durante los primeros seis meses siguientes apenas diez mil parejas se separaron legalmente, pese al revuelo que montaron los sectores más conservadores. Así que las protagonistas de este libro también fueron la primera generación en ser las hijas de padres separados, que entonces era un estigma, la verdad. Pero en el 2005 llegó el divorcio exprés y ese sí que ya lo transitaron sin penurias todas las que quisieron. Y los hijos lo vivieron con total normalidad en el colegio. Hoy, más de mil personas mayores de 70 años se divorcian cada año en España.

La escritora, guionista y exministra de Cultura Ángeles González Sinde (la vais a encontrar a lo largo del libro) recordaba hace poco el consejo que le daba una de sus abuelas cuando estaban a solas: «No te cases, ten amigos». Ella sonreía y callaba, desconcertada «porque su advertencia no cuadraba con la armonía y la enorme dependencia que percibía entre mis abuelos, inseparables desde los 14 años», decía. La niña Ángeles pensaba que, si no había escuchado nunca quejarse a su abuela, era porque estaba conforme con su vida.

Pero, evidentemente, no. Todo no. Aquellas madres, aquellas abuelas solo se conformaron con aquello que les había tocado. «Elegir compañero de vida a los 14 años, ¿cómo se hace? Tampoco había escogido ella dejar la escuela, ni ponerse a trabajar a los siete, cuando su madre, lavandera, la colocó porque hacía falta un jornal más». Y

así, hasta el final. Pero nunca se quejó.

Yo diría que también fuimos las primeras en alzar la voz y decir basta, esto no me gusta, esto no lo quiero, esto sí, me piro, me quedo pero con estas condiciones, voy a cambiar de trabajo, de país, de pareja, de identidad, de formas de vivir. Voy a ser la primera en denunciar lo intolerable de mi vida, voy a decirle a mi padre que se levante él a por la sal, y a mi madre le voy a pedir que no calle, que se plante, que salga, que se siente, que soy mayor ya, que tiene que vivir un poco más. Como decía al principio, yo fui la primera persona (hombres incluidos) que se divorció de todo mi árbol genealógico. Casada por la Iglesia, para no contrariar a mi madre, y divorciada después. Y de izquierdas. Y periodista. Y desobediente. Madre mía.

La primera en disfrutar los logros y las luchas feministas

La escritora Grace Payle tiene un libro fabuloso, *La importancia de no entenderlo todo*, en el que narra un encuentro con la madre de su marido, ya mayor, que merece la pena recordar.

> Estaba enferma de gravedad, pero quería saber cosas. Una noche me preguntó sobre el movimiento feminista. Había estado hablando de ello con su mejor amiga, que también estaba muy enferma. Pensaba que era un asunto sobre el que yo sabría algo. ¿Qué era el feminismo? ¿Significaba que habría mujeres abogadas? ¿Trabajarían para mujeres? Claro, dije. ¿Les pagarían lo mismo que a los hombres? Esa era la idea, una de las ideas, le respondí, salarios iguales como mínimo. ¿Los hombres dejarían de manejar a las mujeres a su antojo? Con un poco de suerte, pero es posible que sea lo que más tiempo lleve ya que implica muchos cambios en los hombres. No les va a gustar un pelo, dijo. ¿La gente querrá tanto a sus hijas como a sus hijos? Quizá hasta más. Tampoco es eso, dijo por lo bajo. Y eso no era todo, le respondí. La mayor parte de las mujeres que yo conocía en el movimiento feminista no aspiraban a quedarse con una parte del pastel de los hombres. Les parecía que se pastel era un poco venenoso, tóxico y que guardaba armas,

> gases venenosos, todo tipo de residuos dañinos de los que no queríamos saber nada.
>
> Por la mañana nos sorprendió bajando a desayunar.
>
> «No he podido dormir —dijo—. He estado despierta pensando en lo que me contabas ayer. No he hecho una sola cosa en mi vida que no haya sido para un hombre. Arreglarme, salir, aceptar un trabajo o dejarlo, irme o regresar. O callarme, o ser simpática, detalles de ese tipo. He pasado la noche pensando en ti y en todas las mujeres jóvenes de las que me hablabas. No podía parar de imaginar las maravillosas historias que van a vivir».

Es precioso, ¿a que sí? Y eso que Grace nació en Nueva York en 1922, que era una sociedad distinta y esto debió pasar en los años setenta, cuando seguía siendo una sociedad distinta a la nuestra.

Buceando para escribir esta historia me he topado mucho con mujeres como la suegra de Payle, que tuvieron un feminismo intuitivo, mujeres que no sabían que eran feministas por dentro, mujeres respondonas cuando no se podía serlo, mujeres como la escritora bell hooks —sí, con minúsculas por deseo expreso de la autora—, con una voz propia, disidente, clara, no domesticada, como queda claro en su obra (y ahí va otra recomendación, este libro va cargado de ellas) *Enseñar a transgredir*.

Y ese viaje me ha hecho ver cosas. Por ejemplo, yo no tengo la sensación de haber tenido que pelear nunca por mis derechos, ni de haber participado activamente en la lucha feminista. Es más, creo que soy más abiertamente feminista ahora, a esta edad, que cuando tenía 30 años.

Y eso fue posible porque otras antes que yo allanaron caminos, se preocuparon de que el feminismo aumentara el placer y la alegría de las mujeres, no solo de disminuir sus desgracias, como dice Carol S. Walls: «No basta con alejar a las mujeres del peligro y la opresión, es necesario moverse hacia el placer, la acción, la autodefinición. Qué aventuras nos quedan por vivir». Me gusta esa obligación del feminismo, además de todas las demás.

Me siento representada en esta frase de la feminista Virginie Despentes, autora del famosísimo texto *Teoría King*

Kong: «Durante muchos años estuve a miles de kilómetros del feminismo, no por falta de solidaridad y de conciencia, sino porque durante muchos años ser de mi sexo no me impedía hacer demasiadas cosas».

Comentándolo con colegas de profesión de mi generación, compruebo que, en efecto, nunca creímos necesario reivindicar el feminismo. Nos parecía una manera natural de estar en el mundo, la única por cierto, una especie de aventura colectiva que llevábamos a cabo por elección, pero que no nos causaba pesar ni desasosiegos. Sufríamos la falta de él en determinadas mentes, sí, pero no nos dábamos casi cuenta. Estábamos conquistando el poder, poco a poco, casi sin pretenderlo.

¿Y cuál fue uno de los mayores triunfos de ese feminismo del siglo XX, que recibimos hecho?: la coeducación. Un triunfo de su talante y talento mediador, como dice la ensayista María-Milagros Rivera —autora de *El amor es el signo* entre otros libros feministas—, «del talento de las feministas de entonces para poner en relación dos cosas que antes no estaban en relación. La coeducación se propuso poner en relación a chicas y chicos, a mujeres y hombres en todos los niveles de la enseñanza reglada, o sea de la enseñanza que se recibe fuera de casa, pues en casa la madre enseña a hablar, enseña la lengua y con ella el orden simbólico a niñas y niños en espacios, aunque no en tiempos compartidos».

Yo, que me eduqué en un colegio de monjas hasta BUP; no fue hasta que cursé COU, en La Salle, cuando me encontré con una clase mixta. Y recuerdo el impacto, el asombro. Y la certeza, de repente, de que aquella mezcla era lo natural.

¿Y ahora qué? Pues ahora todo. Como me contó Bueno, «la revitalización del movimiento feminista la han hecho las jóvenes. No le voy a decir a esa generación cómo ser feminista, me encanta acompañarlas, en lo que comprendo y en lo que no. Las hemos criado diciendo que eran libres e iguales a sus compañeros de pupitre, nos han visto conquistar espacios de poder y ellas quieren conquistar la

calle. Nosotras no nos cuestionábamos el progreso económico, se daba por supuesto que el siguiente trabajo iba a ser mejor. Esta generación tiene menos expectativas».

Por eso, creo, son más combativas, más fieras, más contundentes. Y a mí, como a Pepa, me encanta seguirlas, disfrutarlas en Instagram, en las redes, en los conciertos, en los relatos, defenderlas a muerte ante los cretinos, los *señoros*, los estúpidos.

Mientras ultimo este libro, preparo la presentación en Valencia, esta misma tarde, de la última obra de Bob Pop, ese periodista cultural, esa *vedette* intelectual, como él mismo se ha llamado alguna vez. Se llama *Días simétricos* y es un dietario y una novela, y un bárbaro compendio de reflexiones propias y ajenas para contar el mundo. Una de ellas, del autor, me viene de fábula para acabar este apartado: «¿Hay feminidad tóxica? ¿Por qué debería, si lo que defiende el feminismo no son los privilegios, sino los derechos?».

La primera en decidir si quería ser madre o no

Recuerdo las palabras de la periodista y escritora Leila Guerreiro sobre este asunto, cuando decía que nunca le conmovió la idea de parir:

> Todavía me divierte el asombro que producen las palabras «no quiero». Hay quienes elaboran un consuelo. Mi caso es más simple: no quiero, nunca quise, no tengo ganas, ni siquiera pienso en eso todos los días. Ni siquiera pienso en eso todos los años.

Estoy rodeada de mujeres en esa misma situación, de 50 años, de 60. Mujeres que dijeron: paso, no voy a tener hijos, no me gustan los niños. Y la maternidad puede ser una opción. Tuvimos clarísimo que se podía elegir y decir no, y tuvimos clarísimo también, si decíamos que sí, cuándo iba a ser eso e incluso cómo. También fuimos las primeras en acudir a la fecundación *in vitro*, que se pudo usar en

España a partir de julio de 1984, tras el nacimiento en el Institut Universitari Dexeus del primer bebé concebido mediante esa técnica, Victoria Anna Perea.

Y luego están las madres que sí, que efectivamente querían serlo pero que ya no estaban dispuestas a que aquello fuera una experiencia esclavizante, alienante para las mujeres. También fuimos las primeras en tener claro que la maternidad no iba a ser una profesión a tiempo completo. Y que podía ser soporífera, la Himalaya del tedio, que decía Doris Lessing.

Mi colega la periodista Begoña Gómez Urzaiz escribió el año pasado un libro estupendo que se llama *Las abandonadoras* y que narra, efectivamente, la historia de las madres que abandonan a sus hijos, ese estigma, ese algo incomprensible, brutal, que los hombres llevan haciendo toda la vida, sin que apenas hayan sido cuestionados. Entraremos en eso también en estas páginas. Pero ahora quiero detenerme en una de sus reflexiones. Ella, madre a sus cuarenta y algo de dos niños, no entiende un feminismo que no se ocupe también de lo maternal y coincide conmigo en que las de su generación también llegaron tarde al feminismo «pero lo hemos compensado convirtiéndonos en las más ardientes evangelistas».

Voy a dedicarle un capítulo largo, largo, a la maternidad, a la no maternidad, a las estupideces que se han hecho y que se hacen en su nombre, al letargo que ha provocado en muchas mujeres, a las emociones complejas y controvertidas y contradictorias que ha suscitado, y de las que se ha empezado a hablar hace muy poco. A las mujeres de esta generación que se pusieron firmes en este asunto y que controlaron el tema, y que lo pensaron mucho y que tuvieron claro que lo iban a llevar a cabo sin renunciar a sus vidas, a sus profesiones, a sus batallas íntimas.

Nierga me explicó así su momento maternal: «Mi maternidad fue muy deseada, pero muy pensada. Con el reloj biológico encima, no encontraba a la persona y hasta que eso no sucedió no me decidí. Yo creo que el verbo que más nos define a las de esta generación es el verbo *escoger*,

más que carrera, pareja, hijos…». Esto, escoger el momento, decidir si quería o no quería, es algo que se ha repetido en todas las conversaciones que he mantenido con mis iguales. Escoger, algo que la generación anterior no pudo hacer, entre otras cosas porque nosotras también hemos sido las primeras en abortar sin traumas.

Para Isabel Coixet la maternidad simplemente fue «una mochila más», que llevó con naturalidad. La misma con la que mantiene una relación con su hija, que es algo que me encuentro a menudo en buena parte de las mujeres de esta generación. Relaciones sin peticiones ni concesiones mayúsculas: nosotras nunca dejamos de ser quienes éramos por tener a nuestras hijas; y nuestras hijas son las personas que quieren ser, persiguen solo los sueños propios, y las intenciones de sus madres son o irrelevantes o un estorbo que van a quitarse de encima de un plumazo. No van a ser lo que son solo por complacernos, por cumplir las expectativas, por atenerse a lo que esperamos de ellas. Las hemos criado con toda la intención, con todo el empeño, para ser libres, independientes. Y lo hemos hecho bien, me parece a mí.

La primera en abortar libremente y en la sanidad pública

Poco después de que se despenalizara el aborto (sucedió en julio de 1985) acompañé por primera vez a una clínica privada, acreditada para estas intervenciones, a una amiga que no quería seguir con el embarazo. No recuerdo por qué no acudimos a la sanidad pública, puesto que, de acuerdo con la ley, podías interrumpir el embarazo en centros públicos o privados en las primeras doce semanas en caso de violación, en las veintidós primeras semanas en caso de malformaciones o similar, y en cualquier momento del embarazo si se aducía riesgo grave para la salud física o mental de la mujer embarazada. El caso es que allí fuimos. Recuerdo el mal trago, claro, pero no recuerdo haber pensado que mi amiga estaba haciendo algo mal. No recuerdo cargos de conciencia, ni culpas, ni malos rollos.

Solo la certeza de que mi amiga tenía la libertad de poder decidir. De que si no quería ser madre, podía perfectamente no serlo. Y no alcanzo a imaginar cómo debía ser ese momento en un mundo anterior al mío, al nuestro, en jóvenes de esas edades, apenas diez años atrás, con una coyuntura radicalmente distinta, sin amparo médico, con malas miradas, con una carga mental mucho mayor, mucho más contaminada de prejuicios. Cabezas con dilemas morales tremendos. Mientras termino este libro, tras las últimas elecciones autonómicas de 2023, ha sido nombrada presidenta de Les Corts Valencianes María de los Llanos Massó, antiabortista —que siempre me sorprende esto, en el sentido de que son personas que no quieren abortar, cosa que me parece fenomenal, pero que, ojo, tampoco quieren que abortemos las demás, cosa que nunca he conseguido entender— y ultracatólica, algo que me produce desasosiego.

Apenas unos años después de aquella primera vez, ya en la sanidad pública, acompañé a otra amiga por el mismo motivo. Pese a que, como decía, aquella primera ocasión, con apenas 18 años, no la recuerdo como algo dramático, sí tengo la sensación de que mi amiga sufría de verdad, de que se sentía «en pecado», no tanto en el plano religioso como en el moral. La segunda la recuerdo mucho menos oscura: mi otra amiga y yo nos fuimos a comer a la playa después y paseamos y le quitamos hierro. Quizá influía el carácter de ambas, radicalmente distinto, las circunstancias personales o incluso el hecho de que, entre la primera y la segunda vez, ya hubieran pasado casi diez años desde la despenalización.

Veníamos de unas madres, o de unas hermanas mayores, que no pudieron usar este derecho (el aborto es un derecho, sí, recordémoslo), de unas madres para las que aquello era impensable. Ninguna de mis dos amigas lo contó nunca en casa; de hecho, vinieron a Valencia ambas, desde sus ciudades de origen, para ampararse en cierta clandestinidad. Para esconderse. Así estaban las cosas todavía. Pero, y ahí quería llegar, lo evidente es que el

aborto legal lo tuvimos como posibilidad durante toda nuestra edad fértil, y eso condicionó absolutamente nuestra vida en pareja, nuestras relaciones sexuales, nuestra manera de estar en el mundo. Se acabaron los terrores que habíamos visto, oído, sobre los que habíamos elucubrado, respecto a un embarazo que no queríamos, a una maternidad —anticipada, además— que no deseábamos.

Pensé mucho en nosotras, las que sí pudimos, hace poco, al escuchar a la periodista Maruja Torres —yo diría que empecé en el periodismo porque quería ser aquella tipa tan distinta a todas que escribía en *El País*— con Jordi Évole, en una entrevista preciosa y dura, y bonita y cruda, hablar sobre su experiencia no maternal. Contó Maruja que si hubiese tenido marido e hijos no podría haber hecho la carrera que hizo en el periodismo, que nunca tuvo instinto maternal y que «cada cual puede elegir su destino. Yo aborté dos veces voluntariamente, que era algo que solo se podían permitir los ricos o los que pedían un préstamo, como yo». Pero la frase que más me gustó fue esta: «Imagínate que hubiera tenido ese niño. Pues a lo mejor habría sido una mala madre, en lugar de una buena periodista. Cada cual sirve para lo que sirve. Ya se reproducen los otros, oye».

La escritora Grace Paley, de la generación de Maruja Torres, explicó, cuando contó la interrupción de su embarazo, lo siguiente:

> No me sentía mal por haber abortado. No sentí todo lo que la gente suele decir. A lo mejor he reprimido ciertos sentimientos, pero haber tenido un hijo en aquella época habría sido mucho peor para mí. Me asusté mucho, claro, y no es algo que una quiere hacer necesariamente, pero yo no lo veía tanto como un dilema moral o ético. Creo que no pensaba en el feto como en un niño hasta que no era de verdad un niño.

Tengo que decirlo porque, aunque intento olvidarlo, ahí está: junio de 2022, el Tribunal Supremo de Estados Unidos deroga el derecho al aborto. Una de las primeras personalidades en manifestar su rechazo fue la exprimera

dama Michelle Obama, que en un comunicado en sus redes manifestó:

> Estoy desconsolada por las personas de este país que acaban de perder el derecho fundamental a tomar decisiones informadas sobre sus propios cuerpos. Me rompe el corazón que ahora estemos destinados a aprender las dolorosas lecciones de una época antes de que [el caso] Roe contra Wade se convirtiera en ley del país, una época en la que las mujeres corrían el riesgo de perder la vida al someterse a abortos ilegales. Una época en la que el Gobierno negaba a las mujeres el control sobre sus funciones reproductivas, las obligaba a seguir adelante con embarazos que no querían y luego las abandonaba una vez que nacían sus bebés. Eso es lo que vivieron nuestras madres, abuelas y bisabuelas. Y, ahora, aquí estamos de nuevo.

Hubo más reacciones, por parte de actrices, de músicos, de artistas, de personajes de diversas disciplinas. Lo demás ya lo sabéis: la ley ahí está.

La primera en tener más de una, dos o tres parejas

El ideal de la monogamia se resquebrajaba —cuando esta generación empieza a tener relaciones sólidas el divorcio ya no es incipiente, es una opción consolidada, válida, a la que acogerse—, la armonía conyugal podía cuestionarse, y de pronto aparece la preocupación por la pareja, por ser feliz con ella, y por dejarla si no lo eras. Es verdad, seguía siendo visto como un éxito continuar en pareja, pero ya no era un mandato moral.

Y aquí llega otra vez el feminismo, que empieza a deconstruir el amor romántico, la familia tradicional, el matrimonio burgués. Estábamos empezando a cuestionar la educación recibida, ese patriarcado que no solo prohibía, sino que también seducía. Deborah Anapol, psicóloga clínica y una de las fundadoras del movimiento del poliamor en los ochenta, sostiene que la mayoría de las personas que hoy se identifican como monógamas practican lo que ella llama «monogamia serial»: múltiples relaciones

monógamas sucesivas complementadas o no con algún *affaire* secreto cada tanto. Seamos sinceras, esto nos suena a todas.

Tamara Tenenbaum, la joven escritora argentina autora de un libro esclarecedor y ambicioso que se llama *El fin del amor. Amar y follar en el siglo* XXI, cuenta que «los matrimonios de antes no duraban a base de amores sólidos sino de hipocresía y desigualdad. Mi generación fue criada por otra que, a los tumbos, empezó a poner en acto los valores de la honestidad, la libertad y la igualdad. Nuestros padres eligieron divorciarse antes que persistir en matrimonios sin amor». Esos padres, esas madres son, somos, los protagonistas de este libro.

Hemos sido las primeras en disponer de muchos círculos de afecto, además de los de la familia de origen: los de la familia elegida, la extra, los de lo laboral. Además de una riqueza interior construida con los nuevos mimbres, que se nos han dado o que hemos tenido la ambición o el tesón de buscar. Y eso da mucha más seguridad.

Se acabó la mística de la feminidad (Betty Friedman, gracias), se acabó la salvajada que supone permanecer al lado de alguien con quien no quieres estar por las razones que sea. Este verano me leí, entre los miles de lecturas para preparar este libro, *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, de Eva Illouz. Me fui hundiendo en las sombras, yo, que tengo una saludable vida en pareja desde hace más de veinte años. Illouz es una escritora y socióloga francoisraelí que está especializada en la vida emocional y su tesis es que «el capitalismo ha alimentado una intensa cultura emocional, favoreciendo el desarrollo de una nueva cultura de la afectividad». Illouz señala que las relaciones económicas son cada vez más emocionales y las relaciones íntimas se definen cada vez más por modelos económicos y políticos de negociación e intercambio. Y que este capitalismo emocional se apropia de los afectos y transforma las emociones en mercancías, «en una variedad de lugares sociales, desde la literatura de autoayuda, las revistas femeninas» y deriva hasta las nuevas formas de

relacionarse socialmente que han nacido en internet. Así que si pensáis, como pensaba yo, que el capitalismo es frío, sin emociones, que está guiado solo por la racionalidad burocrática y es ajeno a los sentimientos, leed a Illouz y sufrid como yo. Hablaremos del amor, largamente, unas páginas más adelante.

LA PRIMERA EN ESTUDIAR CARRERAS UNIVERSITARIAS DE MANERA MASIVA

Lo decía al principio: yo fui la primera universitaria de mi familia. Y todas las de mi generación, si quisimos estudiar en la universidad, pudimos hacerlo. Eso sí que fue un cambio de paradigma. Democracia plena, mujeres que salían a la vida, los estudios como horizonte, sin referentes de mujeres que hubieran hecho lo mismo, con madres que habían estado en casa toda la vida. Ese fue el marco en el que las mujeres que, cuando la democracia era aún muy joven, tenían la edad para ingresar en la universidad, lo hicieron. Y, lo más importante, a partir de aquello, la posibilidad de ser independientes económicamente, sin vacilaciones. «Abrimos los ojos en una democracia y volamos solas con muchas cosas conseguidas. Cuando yo empecé la carrera de Periodismo me parecía que Franco estaba muy lejos», me cuenta Pepa Bueno.

Yo recuerdo a mi madre, abnegada, ama de casa, dedicada a los suyos en cuerpo y alma. La recuerdo acompañándome con amor absoluto (y a veces asfixiante) toda la vida, sin querer que me soltara de la mano en realidad. Pero también la recuerdo, de manera contradictoria a veces, de manera sutil, empujándome a hacer lo que quisiera en el asunto académico. El caso es que cuando decidí estudiar Periodismo la carrera aún no estaba en la universidad de Valencia. No hubo ninguna pega para que me marchase a Madrid, pero, si la hubo, los «peros» los puso mi padre —no por cuestiones económicas, eran otros recelos—, no mi madre. La recuerdo animándome frontalmente a estudiar la carrera, ella que no había podido

estudiar nada, ella que había crecido en la guerra, en la postguerra y en la malditísima y oscura dictadura, que lo cercenó todo. Allí que me fui, pagada por mis padres, sin culpa, sin problemas, sin agobios. Una ciudad nueva, un entorno nuevo, tan distinto a mi colegio de monjas primero y de curas después, unos amigos insólitos, los primeros amores casi adultos, la carrera, el periodismo, los libros, la escritura, la risa, la fiesta, las ganas de todo, las ilusiones altas…

Todo eso lo viví con naturalidad, no era en absoluto consciente de estar siendo una pionera, de estar llevando a cabo nada heroico, nada especial. Pero sí recuerdo a mi madre al teléfono, ella en Valencia y yo en Madrid, escuchar mis cuitas, mis andanzas, con la misma atención con la que siempre lo había escuchado todo. Y con un añadido: con admiración, con mucha ilusión. Yo sentía que ella estaba diciendo: «Haz todo lo que yo no pude, venga, vívelo por mí». Y a partir de entonces todas y cada una de las posibilidades profesionales que se me han presentado las he tomado o dejado sin lastres, o al menos sin más lastres que los coyunturales. No aquellos estructurales de antaño.

Sé que esta realidad que yo viví es muy parecida a la de otras tantas mujeres de mi edad, amigas, colegas de profesión, porque casi todas aquellas niñas veníamos de la misma clase media. De los mismos hogares pequeñoburgueses en los que no faltaba de nada, con padres que trabajaban fuera y que en casa eran perfectos analfabetos de lo doméstico, con madres que estaban a todo y para todos, a todas horas y en todos los lugares. Niñas crecidas en democracia, que nos hicimos adultas con una clara intención: vamos a tener el futuro que queramos. Somos, además, la primera generación que tuvo claro que no iba a estar siempre en el mismo sitio laboral.

Gracias a que inundamos las aulas, también hemos sido la primera generación de «mujeres mayores que está muy presente en la vida pública y en espacios de poder donde antes habían estado solo los hombres, porque las estructuras y las trayectorias en los consejos de

administración, que es donde se reparte el poder económico, siempre ha tenido y tiene una mayoría de hombres», advierte Bueno.

La primera en estar al mando

Somos la primera generación que está más presente que nunca, somos la primera generación de mujeres que está en activo y tiene presencia en el mercado laboral de manera normalizada, me cuenta la escritora y guionista Ángeles González Sinde. «En la generación de nuestras madres eran minoría. No se nos puede borrar como se ha borrado a las mujeres mayores de otras generaciones. Y ojo, que esas mujeres de la generación anterior no han parado. Son las que han llenado los teatros, las conferencias, los museos, los conciertos, los hoteles del Imserso y muchos espacios más como gimnasios, academias, cursos, mientras nosotras trabajábamos y criábamos a nuestros hijos. A las mujeres no nos da vergüenza aprender, no nos da vergüenza decir yo de esto no sé y quiero aprender. Eso es una enorme ventaja en la vida. Nuestra curiosidad. No nos quedamos en casa. Y nos apoyamos unas a otras. Yo veo grupos de mujeres cenando en los restaurantes, viajando. Pero rara vez, por no decir nunca, he visto grupos de hombres maduros. Que no sean gais, quiero decir».

Estamos ocupando los mismos espacios que han ocupado ellos desde siempre, aunque, como dijo la antropóloga argentina Rita Segato en una entrevista, «no somos iguales, no vamos a proceder con el mismo egoísmo, no vamos a comportarnos como un hombre, no vamos a ejercer el poder de la misma manera, ni a buscarlo, no vamos a organizarnos corporativamente como ellos, nuestra meta no puede compartir la episteme, ni los objetivos, ni el paradigma del patriarcado. No es mi preocupación hasta cuándo vamos a seguir cuidando, no forma parte de mi horizonte. Para transformar el mundo es necesario dar un tanto de grandeza, hay que pensar fuera de los mismos esquemas con que piensa el varón convencional»[3].

Yo me siento parte de ese conjunto de mujeres de las que habla Rita, cuyo feminismo como una reivindicación de la alegría me interesa siempre. Mujeres que están al mando con un humor diferente del humor de los hombres. «El humor masculino es con víctimas sacrificiales. El hombre se ríe de alguien y nosotras podemos reírnos de nosotras mismas, tenemos otra forma de humor. Creo que somos más felices y que tenemos más capacidad de alegría y felicidad que los hombres. Es algo que ellos se pierden», decía Segato. Por cierto, descubrí a esta autora hace unos quince años, cuando preparaba mi doctorado en Literatura sobre el silencio y los textos sobre las mujeres muertas de Ciudad Juárez. Su libro *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* fue importantísimo. Me impresionó su lucidez y lo avanzado de sus postulados y desde entonces la he seguido de cerca. Os aconsejo que hagáis lo mismo.

LA PRIMERA EN NO SER «EL ÁNGEL DE LA CASA»

La primera que habló de ese concepto fue Virginia Woolf. En la conferencia «Profesiones para mujeres», y anticipándose como siempre a todas las teorías, a todas las corrientes de pensamiento, la Woolf soltó una maravillosa perorata que traigo entera aquí porque merece la pena escucharla, incluso ahora:

> Mientras escribía descubrí que, si quería dedicarme a la crítica literaria, tendría que librar una batalla contra cierto fantasma. Y ese fantasma era una mujer a quien, al conocerlo mejor, le di el nombre de «el ángel de la casa». El ángel de la casa era encantador, carecía por completo de egoísmo y se destacaba en las difíciles artes de la vida familiar, sacrificándose a diario por los demás; jamás tenía una opinión o un deseo propio, y por supuesto era pura, la pureza constituía su mejor cualidad, y su mayor gracia era la de ruborizarse. En aquellos tiempos, los últimos de la reina Victoria, cada casa tenía un ángel. Desde las primeras palabras, proyectó sobre la página la sombra de sus alas y oí el susurro de sus faldas en el cuarto. En el instante en

> que tomé la pluma para reseñar la novela de un hombre famoso, se situó a mi espalda y murmuró: «Querida, eres una joven, escribes acerca de un libro escrito por un hombre. Sé comprensiva, halaga, engaña, emplea todas las artes y astucias de nuestro sexo. No dejes que sospechen que tienes ideas propias». Intentó guiar mi pluma, y como yo no tenía necesidad alguna de depender de mis encantos para vivir, me volví hacia el ángel y apreté su cuello con fuerza. Si no lo hubiera matado, él me habría matado a mí, habría arrancado el corazón de mis escritos. En ese momento supe que ni aun la crítica de una novela se puede hacer sin tener opiniones propias, sin expresar aquello en lo que creemos. Según el ángel de la casa, las mujeres deben servirse de su encanto y mentir si quieren tener éxito. Cada vez que percibía la sombra de sus alas o la luz de su aureola sobre el papel cogía el tintero y lo arrojaba contra él. Tardó en morir. Es mucho más difícil matar un fantasma que matar algo real. La lucha fue ardua y duró mucho tiempo, un tiempo que yo habría podido aprovechar para aprender gramática griega o para vagar por el mundo en busca de aventuras. Pero fue una gran experiencia, la misma que tuvieron que vivir todas las escritoras en aquellos tiempos. Pienso que pasará mucho tiempo antes de que una mujer pueda sentarse a escribir un libro sin que surja un fantasma que pueda ser asesinado, sin que aparezca una roca contra la cual corra el peligro de estrellarse.

Bien, pese a que Virginia dijo esto en 1931, cuando tenía 41 años (diez años antes de suicidarse a los 51), ese ángel del hogar que ella no quiso ser, que pudo no ser, sí fue en todas las casas americanas y europeas, y por supuesto españolas, durante décadas. Hasta llegar a la generación de las *sixties*, que ya ni siquiera lo dejaron entrar en casa, al dichoso angelito. Aceptó esa propuesta que había hecho la Woolf tantos años antes: «la resistencia a elegir entre estructuras heredadas e individualismo salvaje y aceptar que estas son nuestras únicas opciones». No eran las únicas, evidentemente.

OTRAS PRIMERAS VECES

La primera que se entiende mejor con sus hijas, que habla

el mismo lenguaje, como ya hemos dicho, y por añadidura, la primera que piensa a veces en su vejez con cierta ternura, que no quiere que sus hijos la cuiden, no quiere bajo ningún concepto ser una carga, que da por sentado que va a haber cuidados más profesionales, más organizados, con *coliving*, con decisiones individuales, sin conmiseración ni infantilización. La primera en pactar con la soledad de manera honesta, en construir amores sólidos, relaciones de pareja igualitarias, conscientes, sin hipocresía y sin desigualdad.

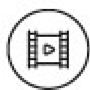
La primera que ha llegado a la menopausia y ha visto claramente que les habían metido un miedo irreal en la cabeza. Ni llegan viejas, ni dejadas, ni solas, ni desahuciadas ni incapaces. Entraremos en esto más adelante con Carme Valls, médica y autora de un libro formidable, *Mujeres invisibles para la medicina*.

No todo es estupendo, claro, estas primeras veces también tienen un lado malo. Lo cuenta Deborah Levy (1959) en su libro *Cosas que no quiero saber*:

> Se nos exigía ser pasivas pero ambiciosas, maternales pero eróticamente enérgicas, abnegadas pero realizadas: teníamos que ser mujeres modernas fuertes al tiempo que vivíamos sometidas a todo tipo de humillaciones tanto económicas como domésticas.

También hablaremos de eso. Seguidme todas, venga, que vamos a pasear largo por el mundo que habitamos. Ojalá se reconozcan en estas páginas no solo las protagonistas que las ocupan, también las otras, las venideras, las que están aún en la juventud total, que parece eterna.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Mujeres al borde de un ataque de nervios.* Pedro Almodóvar (1988)**

Porque tiene a Carmen Maura como protagonista, a sus 43 años. Porque acerca el fracaso sentimental con rabia, pero sin culpa. Y el disparate atenúa esa sensación de que has nacido para el amor. Y el ambiente urbano, enloquecido. Y por los tranquimazines sin culpa también.

SERIES

***Anatomía de Grey.* Shonda Rhimes (2005)**

Última temporada, la decimonovena.

Porque es de Shonda, para empezar, una pionera en toda regla.

Por su vehemente campaña contra la prohibición del aborto, un año después de la derogación por parte del Tribunal Supremo.

Una de las protagonistas, Cristina Yang, decide abortar dos veces en la serie: «No quiero un bebé, no lo deseo. No odio a los niños. Les respeto. Creo que deben tener padres que deseen tenerlos».

Rhimes, y el resto de las creadoras, ya construyeron sus tramas a favor del #MeToo, del #LiveBlackMaters o contra la violencia machista.

***The Good Fight.* Michelle y Robert King (2014)**

Sin duda. Protagonizada por mujeres de esta generación, que no tienen, no necesitan a un hombre detrás. Que toman la iniciativa, que tienen voz, que son referentes. Que son valientes.

***Olive Kitteridge.* Lisa Cholodenko (2014)**

Como retrato de una mujer triste y rabiosa. Como seguramente fueron muchas madres a las que les tocó vivir en un tiempo y una sociedad que no les acompañaba. Que les era hostil.



QUÉ ESCUCHAR

***Yo no soy esa que tú te imaginas.* Mari Trini (1971)**

De 1971, habéis leído bien. De educación francófila, cantando canciones de Edith Piaf, con sus primeros discos en francés, Mari Trini, bastante maltratada por la historia de la música, compuso y lanzó esta canción absolutamente revolucionaria para aquellos años. Ojalá más mujeres hubieran coreado su letra a gritos aquellos años.

***Strong enough.* Cher (1999)**

«No necesito tu simpatía, no hay nada que puedas hacer o decir por mí y no quiero un milagro. Soy lo suficientemente fuerte para vivir sin ti», dijo la diva Cher animando a las otras a lanzar por los aires todos los amores malos, dañinos, a todos los tipos que no merecían la pena.

Y una más, por razones obvias:

***Las chicas son guerreras.* Coz (1995)**

Este grupo de *rock* —formado por los hermanos Castro, que tiempo después compondrían Barón Rojo—, lanzaron esta canción mitiquísima que responde a una época: eran chicos jóvenes que ya no pensaban como sus padres. Pero, así y todo, seguían diciendo que «si las muñecas ponían la cadera a funcionar», el mundo se pone a girar.

2

De dónde venimos: nuestra adolescencia, nuestros veinte años, nuestra madurez

> Aprendió que, el sufrimiento, da igual que se padeciera hace muchísimo tiempo, es algo que se transmite de generación en generación, como la flexibilidad, el garbo o la dislexia.
>
> Miriam Toews, *Pequeñas desgracias sin importancia*.

> Como esposa, las pocas alegrías se habían transformado en penas infinitas, como madre nunca había gozado del reconocimiento de sus criaturas. ¡Amar, sacrificarse y sucumbir!
>
> Sibilla Aleramo, *Una mujer*.

> Había que ser tozuda y valiente para no permitir que los convencionalismos de entonces te relegaran a un papel pasivo. No sé si ahora somos capaces de calibrar el ímpetu que había que reunir para ser una misma. Una, en femenino.
>
> Elvira Lindo, *30 maneras de quitarse el sombrero*.

Venimos de madres que vivieron buena parte de su edad adulta durante el franquismo. Se hicieron mujeres en esos cuarenta años. Ese régimen supuso para las españolas

«bajar al último piso del sótano de un pozo oscuro. Las mujeres éramos para el régimen objetos estúpidos que parían, criaban, cocinaban y obedecían», tal y como cuenta Emma Vallespinós en su libro *No lo haré bien*. El franquismo robó la voz a las mujeres, las quiso enmudecer o dejar afónicas. Y lo consiguió en buena medida, esa es la verdad. Contribuyó a crear mujeres miedosas, sumisas y quietas, resignadas y tristes. Una generación entera. Pienso mucho en ellas y me inspiran una pena infinita.

Traigo ahora algo curioso. No es un programa, ni un formato, es un hallazgo de la tele pública, RTVE, que en su Laboratorio Audiovisual lanzaba a primeros de enero de 2023 el proyecto *Cómo el machismo marcó nuestra adolescencia*[1], un auténtico aldabonazo para que recordemos de dónde venimos, por qué pensamos, las mujeres y los hombres, buena parte de las cosas que pensamos.

¿Cómo marcó el machismo nuestra adolescencia?, se preguntó el equipo que puso en marcha la iniciativa. La respuesta fue un impagable y demoledor recorrido, en forma de viaje interactivo, por asuntos espinosos, por tópicos, por prejuicios aún no desterrados. La forma de interactuar era sencilla. Consistía en introducir el año de nacimiento y averiguar qué sucedía en aquel momento, en los medios, en las casas, en las calles. Hice un repaso exhaustivo y me quedé de piedra: una gran parte de las historias que marcaron —para mal— a generaciones enteras habían tenido lugar en la televisión, en particular, en los medios de comunicación en general. Así que me puse a mirar año tras año y encontré miles de motivos para la ira y algunos pocos para la calma. El primer año que aparece es 1962, y por tanto el primer año a explorar es 1975, cuando las niñas de aquellos tiempos eran adolescentes de 13 años.

Aquellos tebeos, aquellas frases

Y ese año, 1975, por ejemplo, triunfaba *Super Lily*, una revista de viñetas para niñas y adolescentes. Muy acorde

con la época, siempre había espacio para algún mensaje antifeminista. Yo no la recuerdo, era muy pequeña entonces, pero sí recuerdo *Esther y su mundo* (que se publicó desde 1973 a 1988), que me parecía lo más porque lo era: Purita Campos, la autora, se inspiró en adolescentes inglesas para crear a Esther (con hache intercalada, el colmo de la modernez) y por eso Esther no se parecía a ninguna de nosotras. Yo creo que fue mi primer tebeo y la primera vez que dije: «Yo quiero unas gafas de colores como las suyas», por ejemplo. Eso sí, el mensaje de fondo no iba más allá de su estética sesentera, que a mí me volvía loca, igual que su uniforme escolar, tan diferente al mío, gris y marrón, dos colores que detesto desde entonces.

En 1976 el incipiente movimiento feminista se volcó en la defensa de una mujer, María Ángeles Muñoz, una empleada de hogar de 30 años, que fue una de las últimas mujeres acusadas de adulterio en España. Vivía con su pareja, al que había conocido años después de que su marido la abandonara con un bebé de dos meses. Gracias a la presión social fue absuelta. Porque, ojo al dato, hasta 1978 las mujeres infieles podían ir e iban a la cárcel. Ellos no. Es decir, las madres de las adolescentes de aquellos años, nuestras madres, no podían tener *affaires* sin un miedo atroz. Otra cosa en la que hemos sido pioneras, en disfrutar, también, y sin más temor que el de ser pillada por tu pareja, de la, a veces, chispeante infidelidad.

Otra cosa que veían las madres de esas adolescentes, y las propias hijas: en 1977 un anuncio del agua Font Vella, que se emitía por supuesto en televisión, tenía el siguiente eslogan: «Un kilo de más, un admirador de menos». Premio para el publicista, que por supuesto fue un hombre hetero, blanco y resuelto.

Llegó el año 1978. Veíamos todos en familia el celebrado concurso *Un, dos, tres*, donde los hombres tenían el papel principal; por ejemplo, nos pasamos años viendo cómo eran los maridos los que protagonizaban las pruebas físicas. Al inicio del programa, el presentador Kiko Ledgard decía que estaba rodeado de «chicas simpáticas y bonitas»,

escoltado por dos de ellas, y saludaba al resto de las famosísimas azafatas. Una de las pruebas: el concursante debía ir a buscar a una mujer rubia del público, cogerla en brazos y entregársela a Kiko. En otra de las pruebas, el presentador explica así la mecánica: «Y las damas, dando una muestra de comprensión, van a servirle el champán. Así quisiéramos tener a todas nuestras señoras, sirviéndonos el champán mientras nosotros coqueteamos un poco con las chicas».

Mi madre, supongo, y todas las madres del mundo, y las niñas y los niños que éramos entonces, nos tragamos sin masticar frases como esta.

En 1979 llegó a la radio Elena Francis, que aconsejó MAL a varias generaciones de mujeres, que la creyeron a pies juntillas, abundando así en el ideal de mujer franquista, una madre y esposa abnegada y sumisa. Se escuchó hasta 1984.

Aprovecho para recomendar el documental fantástico dedicado a este fenómeno, que hizo sin duda más daño que otra cosa[2].

Y EL DIVORCIO PARA NUESTROS PADRES Y LA GORDOFOBIA PARA NOSOTRAS

Llegó 1981. Se aprobó la ley del divorcio, menos mal. Había vida más allá del matrimonio y crecer sabiéndolo era un alivio. Pero, eso sí, en 1981 teníamos que estar guapas. Nos lo decían las revistas, donde la belleza y los chicos eran los temas más importantes. La tele, aún en mantillas, con dos canales solo, seguía con lo mismo. En el cine, en 1982 no hubo ninguna mujer como protagonista: de las diez pelis más vistas ese año, ocho estaban protagonizadas por hombres y dos eran filmes corales. Ninguna pasaría el famoso test de Bechdel que tenemos ahora, ni de lejos. Bueno, es posible que ni siquiera pasaran el del sentido común.

En 1983, el grupo de música Las Vulpes cantaba, en el programa *Caja de ritmos* de TVE, *Me gusta ser una zorra*. Al

fiscal del Estado no le gustó y denunció a la cadena por escándalo público. El programa fue cancelado y el mensaje estaba claro: calladitas y tranquilitas, nenas.

Hubo una cosa buena, revolucionaria: se emitió la serie *Anillos de oro*, nunca lo suficientemente valorada, que contó muy bien y por primera vez lo que significó aquella ley, para las mujeres sobre todo.

A veces me pregunto de dónde ha salido una generación tan gordofóbica como la mía: esos años, otra vez, las revistas nos advertían de la pesadilla que suponen los kilos de más. Con frases como «Los huesos de la fruta son un auténtico chollo antikilos: te distraerán». Luego llegó la despenalización del aborto, menos mal, y en el 86 el mítico anuncio de «Busco a Jack», *spot* que con la actual ley de la publicidad estaría prohibido: no se puede utilizar a las mujeres como reclamo publicitario.

Mis amigas y yo teníamos 20 años cuando Los Ronaldos, esa banda de jóvenes rebeldes pero aniñados que tantos suspiros despertaban cuando aparecían en la televisión, lanzaron una canción que venía a decirle a la chica que se equivoca al dejarlo entrar, porque si lo hacía pasarían cosas malas y él no tendría más remedio que, por este orden, besarla, desnudarla, pegarla y violarla hasta que la muchacha dijera que sí. No recuerdo si la coreamos alguna vez, pero quizá sí. Igual los *incels* nacieron ahí.

Mis amigas y yo también hacíamos lo imposible por ocultar en la mano la compresa o el tampón camino del baño en el colegio o en el instituto… o en ¡la universidad! Quizá porque, en todos los anuncios de televisión que veíamos, la regla, palabra que nunca se pronunciaba, era azul. Azul como el mar, azul. Tuvimos que esperar a 2022 para ver el rojo de la sangre de cada mes en los anuncios de televisión.

Algunas ya llevaban tiempo trabajando, pero yo aún estaba en la universidad. Era 1989 y con él llegó la sentencia de la minifalda. Ese año el empresario Jaime Fontanet fue multado por tocar los pechos y glúteos de una empleada de 16 años. El juez vio como atenuantes que la

joven, con su vestido, acaso inocentemente «provocó este tipo de reacción en su empresario, que no pudo contenerse en su presencia»… Así se contó en la tele, también.

En 1990 se estrenó *Pretty woman*, la comedia romántica más vista de la tele, que blanquea la figura del putero. Así de simple. Perpetúa estereotipos de género: ella busca el cuento de hadas; él, el príncipe, la salva. Una suerte de Cenicienta moderna que penetró en la mente de jovencitas de varias generaciones. Es la película más emitida que recuerdo. Y en 1991, la banda Guns N'Roses estrenaba su disco *Use your ilusion*. Sonaba en programas de música, en las radios y puntualmente en la televisión. En sus videoclips mostraban claramente que para muchos hombres las mujeres somos un trofeo que exhibir. Agotador el bombardeo constante en la tele, en los medios, de cómo debían ser nuestros cuerpos. En 1992 podías aspirar a ser mujer diez y las revistas publicaron que nuestras piernas, nuestras tetas, nuestros culos, nuestras caderas, podían ser puntuadas.

Y llegó el horror, en 1993: el crimen de Alcàsser. Según la politóloga Nerea Barjola, la narrativa social —y sobre todo audiovisual, añado— creada en torno a este crimen causó estragos: de los límites que no deben ser cruzados y de espacios que no deben ser ocupados por las mujeres, como salir de noche, viajar sola, hacer autostop. Se lanzó un mensaje aleccionador, que coartó la libertad de toda una generación. Sobre los estragos televisivos ya se ha contado todo, aunque nunca parezca suficiente insistir en la desmesura que cometimos todos los que nos dedicábamos entonces al periodismo.

Y al año siguiente, 1994, llegó la foto icónica de *Vogue* con el *boom* de las supermodelos de los noventa[3]. Con cánones imposibles, con tantas jóvenes soñando ser como ellas. En 1995 las ficciones televisivas nos contaban que la amistad entre ellos era limpia y noble y la nuestra falsa y envidiosa. Pero se estrenó la película *Amigas para siempre* y fue como aire fresco para desterrar ese mito machista.

Llego a la treintena, se me insta a quererme desde

revistas y medios. Pero antes, por favor, camufla o erradica tus defectos. Y llega la película *American pie* en 1999, donde se frivolizaba sobre el abuso y el acoso a las mujeres. Muchas de sus escenas hoy no se aceptarían, afortunadamente.

Seguimos. *Operación Triunfo*, primera edición. Al margen de la música, estuvo el cuerpo de Rosa. Eso y la infantilización fue la tónica general del programa. Llegamos a 2002. Atención, pregunta: ¿por qué en los anuncios de depilación las mujeres salen sin un solo pelo y en los anuncios de afeitado se ve claramente cómo los hombres se rasuran la barba? En 2003, un test de una revista adolescente plantea esta disyuntiva: «¿Gatita o tigresa?». Ya estamos en los 2000, ¿eh? ¿Diversidad sexual? ¿Qué es eso?

Continúa en la tele la presión sobre los cuerpos. Un estudio del psiquiatra Ignacio Jáuregui asegura que el 93 % de las personas con anorexia y bulimia son mujeres. En la revista *In Touch* otro estudio, este alucinante: se comentan con minuciosidad los cuerpos de varias mujeres y sus estereotipos: mal si sobran kilos, pero mal también si faltan demasiado… En 2007, el rapero Porta lleva a las radios, a la tele una canción que dice, entre otras cosas: «Eres fea, aunque estás buena, / ya piensas que eres perfecta, / tan solo eres una Barbie / en busca del rabo de Ken. / Vas de chica Play Boy, / puta niña pija, que te den»… El subtexto: «¿Mujeres que viven su sexualidad con libertad? Unas guarras. Una canción llena de violencia, de insultos y desprecios que trata de aleccionar a las mujeres con un moralismo decimonónico», nos resume el equipo de RTVELab.

Para abundar en los cuerpos normativos, en 2008 llega a Cuatro el *reality Supermodelo*. Presentado por Judith Mascó, otra supermodelo, durante las tres temporadas se mostraba a una mujer blanca, flaca, alta, perfecta de curvas. Y para ganar solo debías tener el cuerpo perfecto. Al cine, llega en 2009 la película *Crepúsculo*. Todo mal ahí. «El personaje de Bella carece de profundidad, nadie escucha sus deseos y son los hombres que la rodean los que deciden su

destino; su novio tiene 70 años, aunque aparente menos, y el sexo está teñido de un halo conservador», dicen los compañeros de RTVELab. ¿Cuántas adolescentes se han tragado la saga sin más? Y lo peor, ¿cuántas mentes adultas que estaban educando a sus retoños también lo hicieron? A eso lo seguía acompañando la televisión, donde las mujeres aparecían en los platós mayoritariamente para posar, con su canon de belleza perfecto, claro.

Y ya estamos en 2010 y en 2011 y los blogs comienzan con sus consejos para «pertenecer a ese club de princesas, con trucos, fotos de mujeres delgadas extremas para servir de inspiración. Lo que hoy se conoce como #ThinSpiration y que se sigue viendo en redes». En 2012 llega la compañía Ryanair con sus «tarifas calientes». Un posado de sus auxiliares de vuelo en bikini, como reclamo para vender más. El recurso del posado lo venía usando desde 2007, pero en 2013 un juzgado de Málaga declaró la campaña ilegal. El mismo año, 2013, siguen los videoclips *hot*, donde «el papel de las mujeres se reduce a mostrar sus cuerpos: no son cantantes ni bailarinas, no hacen nada, solo sirven para dar estatus al hombre que está junto a ellas».

En 2014 se estrena *Perdona si te llamo amor*, la película que causó furor y que cuenta que un tipo que ronda la cuarentena y una adolescente que sigue en el instituto se enamoran, porque el amor romántico, sus tópicos, y los estereotipos de género prevalecen sobre todo… Por supuesto ella es una *manic pixie*, una *dream girl*, una mujer imaginada y escrita por un hombre. Llega el 2015 con un soplo de aire fresco: determinadas actrices —Inma Cuesta, por ejemplo—, dan la voz de alarma: *stop* a los retoques de las imágenes de las mujeres, que era la tónica general de las revistas y de los carteles de cines. Ese abuso del Photoshop, esa intención de mostrar lo que no es, se empieza a cuestionar. Estaban aún por llegar los filtros de Instagram.

En 2016 son los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro. Las mujeres deportistas salen menos en la tele, en los medios, y cuando lo hacen resulta que solo importa su físico, si están buenas. Algunos comentarios, algunas

portadas son demenciales. Pero comienza a verbalizarse el exceso, eso sí. En 2017 otra campaña de publicidad, esta vez cargada de buenas intenciones, cuenta que vigilemos a nuestras hijas porque su comportamiento puede provocar que las violen. El texto del anuncio, con la imagen de una chica adolescente, decía así:

> El 62% de los menores de edad ha consumido alcohol en el último mes. Tras su consumo se constata un mayor número de relaciones sexuales sin protección o no consentidas. Pero tranquila, tu hija seguro que no bebe, ¿verdad?

Primer punto: culpabilizar a las víctimas. Segundo: solo la madre (con ese, «pero tranquila») debe cargar con la responsabilidad de vigilar y proteger a la niña. Tercero: solo las adolescentes, y no los adolescentes, deben preocuparse. La pregunta básica sería: ¿y si enseñáramos a los hombres a no violar en lugar de decir a las mujeres que iban demasiado borrachas o que su falda era muy corta? Los colectivos feministas lograron con su crítica que la campaña fuera retirada.

En 2018 llega un *coach* para ligar: cosas que ellos creen que funcionan con las chicas. Las técnicas son misóginas y degradantes. «La atención es la droga de las mujeres», dice el tipo —que tiene toda la pinta de ser un *incel* de tomo y lomo— en su canal. «Y la idea que subyace: el fin justicia los medios», concluye el equipo de RTVELab.

Tuvimos que esperar a 2018 para ver, en un anuncio de aparatos de depilación femenina, a una chica con un poco de vello en las axilas. Fue, insisto, la primera vez en la historia que sucedía algo así. Durante décadas nos tragamos *spots* con chicas sin un solo pelo que se pasaban cuchillas, cremas, bandas, para quitar lo inexistente, mientras una en casa se miraba las piernas y decía… bueno. Yo recuerdo perfectamente el día, hace millones de años, que me hice la depilación láser. La felicidad, la liberación, el subidón de autoestima que sentí. Así que ahora, en esta década de mis 50, grito de alegría cuando veo a las jóvenes sin depilar, sin prejuicios, reivindicarlo como derecho. Aunque mi mente

llena de tabús sigue dando un respingo si veo a una chica con las axilas cubiertas de vello. Definitivamente yo he llegado tarde, pero, afortunadamente, ellas no.

Vamos a detenernos en 2019, con la sentencia de La Manada, con las horas televisivas que generó, la bronca en la calle, los extremos que desató. Lo que sí quedó claro, pese a la desmesura, fue que la sentencia del Supremo fue una victoria del movimiento feminista «que luchó para que se hiciera justicia durante todo el caso». Estamos en un mundo mejor, sin duda. Los excesos verbales y físicos se condenan, se cuentan, se penalizan, se miran con lupa. Se pone el foco en asuntos de los márgenes, a los que jamás se les había prestado atención. Eso sí, en octubre de 2022 llegó esto: «¡Putas, salid de vuestras madrigueras!». El grito machista de universitarios del colegio mayor masculino Elías Ahuja en Madrid. La fiscalía abrió una investigación y el subdirector del centro, adscrito a la Universidad Complutense, aseguró que habían expulsado al joven que impulsó la acción.

Pero aquí seguimos, las mujeres, dentro y fuera del audiovisual, dispuestas a no dejar pasar una. Como hizo el equipo del Laboratorio de Ideas de RTVE con esta iniciativa. Han sido las mujeres, desde las trincheras, desde los movimientos feministas, las que han logrado los mayores cambios sociales del siglo XX: cambiaron los estereotipos, mostraron las contradicciones y las injusticias, se hicieron oír. Buena parte de todo esto lo hicieron a solas, sin apoyos políticos ni institucionales. Con todo en contra.

En el ensayo *Tomar la palabra*, la autora Dolores Juliano se lamenta de que, pese a todo, hay demasiados asuntos no resueltos aún: «Miles de años de propuestas religiosas o políticas de hermandad y convivencia no lo han conseguido, pero esto no significa que los nuevos agentes sociales no puedan y deban hacer suyas estas propuestas y proponer y analizar las estrategias que les han resultado útiles, además de imaginar y ensayar nuevas alternativas. Quizá haya llegado el momento de escuchar», concluye.

Luego están nuestros padres —y el sistema, la

democracia—, que nos mandaron a la escuela directamente: fuimos la primera generación que lo hizo de manera masiva. Recuerdo la frase de mi madre, repetida millones de veces, sobre su hambre de haber tenido maestras más tiempo, y no los poquísimos y absurdos años que las tuvo, sus ganas de aprender… Recuerdo a doña Rosario, una tipa clasista y contrahecha, de la que mi madre hablaba con un rencor infinito por sus malas maneras como maestra, tan habituales en aquellos tiempos. Venimos del tipo de mujer forjado durante siglos por el sometimiento. Como dice Pedro Simón en su libro precioso, *Los ingratos*:

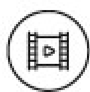
> Veníamos de sus ganas de pasar página, de sus ganas de que aprendiéramos a leerlas. Y me dejaba contarme de más al parchís. A mí me habría gustado que me enseñasen a ganar. Que si no gana uno cuando es niño, cuándo gana pues. Que un niño puede escalabrarse y llenarse de costras las rodillas, pero tiene que reír y sacar un parchís y ganarle a una vieja y querer vivir siempre, que luego ya la vida te mete en la cueva. Éramos los hijos de los hijos de los que pasaron hambre. Veníamos de la España que no podía elegir. Íbamos a esa España que empezaba a hacerlo. Íbamos hacia el papel pintado y el gotelé. Se ponían a comer como si se celebrara algo y así, con la tripa llena, se les fuera a olvidar lo que le pasa al corazón.

Isabel Coixet me cuenta mientras cenamos en casa de Bob Pop, amigo común, la historia de su abuela. «Ella, que era de Beniopa, un pueblo pequeñísimo de Valencia, no sabía ni leer ni escribir. Tenía dieciocho hermanos. Mi bisabuelo, que trabajaba en el campo, se acercaba a la casa cada vez que su mujer se ponía de parto y preguntaba: “¿Qué ha sido, niño o niña?”. Si le decían que había sido niño, mataba un gallo y hacía un caldo. Si le decían que niña, no hacía nada». De ahí venimos, de lo que poco que hemos sido en la historia. «Nos separa del hambre una generación», dice Coixet.

Con todo esto a cuestas, perseguimos la igualdad de género y nos esforzamos en que se nos reconociera. El problema era que, para conseguirlo, nosotras emulábamos a los hombres, pero los hombres no emulaban a las mujeres,

tal y como dijo la feminista Catharine MacKinnon en 1987: «Las mujeres merecían los mismos derechos y privilegios que los hombres siempre y cuando actuaran como hombres». En este mismo sentido, atención a lo que explica en su libro, *La nueva paradoja del género,* la profesora de Sociología y estudios de la mujer, Judith Lorber: «Las mujeres se ajustan a las normas de la feminidad. Y en este sentido se convierten en cómplices de su propia opresión, del mismo modo que los hombres que se benefician de los privilegios de la masculinidad contribuyen a reproducir la opresión».

* * *



QUÉ VER

Documentales

***La mujer, cosa de hombres.* Isabel Coixet (2019)**

Para celebrar los cincuenta años de las emisiones de TVE en Catalunya, la Coixet compuso este documental excepcional, que arranca así:

> El Código Penal, entre los años 1944 y 1963, toleraba que el marido asesinase a su esposa en caso de adulterio o que el padre matase a las hijas menores de 23 años y a sus novios en el caso de que mantuviesen relaciones sexuales sin estar casadas.

Recomiendo verlo tomando un *bourbon* con amigas.

Películas

***Las niñas.* Pilar Palomero (2021)**

Nos sorprende con la mala noticia de que el juicio sumarísimo que se practicaba con las madres solas, en solitario, solteras, en la Zaragoza de los noventa, es casi el mismo que el de la década de los cincuenta, por ejemplo. Y que las niñas que fuimos en esos colegios de monjas, en los ochenta, la educación que nos dieron, las enseñanzas, eran las mismas que en las de los noventa. Habían pasado diez

años, pero no importaba.

Series

Había mucha testosterona:

Curro Jiménez.
Los ángeles de Charlie.
Mazinger Z.
Colombo.

Había mucha ñoñería:

Vacaciones en el mar.
La casa de la pradera.

Había comedias sin más:

Chicas de hoy en día.
Pepa y Pepe.

Y también hubo grandes historias:

Verano Azul.
Fortunata y Jacinta.
Anillos de oro.
Los gozos y las sombras.



QUÉ ESCUCHAR

***Corazón loco*. Antonio Machín (1969)**

Nuestras madres lo escuchaban lamentarse de esa fatalidad que había supuesto enamorarse de otra. Le preguntaba a su propio corazón cómo uno podía amar a dos mujeres a la vez y quedarse tan pancho. Y parece que el corazón, o no sabemos quién, le explicaba el misterio y le contaba que una era la señora de la casa, la esposa y madre de sus hijos, y la otra, bueno, pues eso, la pasión pura, secreta, prohibida. Y que, mira tú, no pensaba prescindir de ninguna de las dos.

Caramba con el cubano… Quién sabe cuántas mujeres, esposas y madres a la vez, amores sagrados, se quedaron

ahí, abnegadas y tristes, pero en casa, mientras sus maridos cumplían los mandatos del corazón loco… Quién sabe si perdonaron la doble vida de sus esposos después de oírla.

***Y sin embargo*. Joaquín Sabina (2000)**

Pobres madres nuestras, que escucharon esa loa a zascandilear y no reparar en gastos de Machín. No como nosotras, claro… Un momento, ¿y qué son estos versos de Sabina que nos tragamos y coreamos desgañitándonos en el 2000, en plena treintena?

Primero arrancaba diciendo que ella era la primera, la que él más quería. Y una pensaba: «Hasta aquí todo bien, ¿no? Qué bonito ser ella». Pero luego la cosa se ponía fea porque, pese a ese amor total, Sabina le decía que si le gustaba cualquier otra, cosa que sucedía a menudo, se la iba a tirar, la verdad, que no podía evitarlo. Y que tampoco estaba tan mal, oye, que ella ya sabía que él era un ligero y que, además, lo de irse con cualquiera era la sal de la vida, porque los besos que calan, decía el tío, son los del pecado.

La cosa se ponía cada vez más fea, la verdad, pero entonces Sabina lo arreglaba con un par de frases bonitas: que si la casa sin nosotras era una emboscada, que si un laberinto sin luz, que si un tren de madrugada. Y, claro, una decía: «Venga, sigue regalándonos los oídos a todas las pequeñoburguesas que te escuchamos…». Y el tipo, zas, te suelta que los besos que da lo envenenan, y que si duerme sin ti sueña contigo… pero que, oye, si estás a su lado, el tío sueña con todas. Y una dice: «Bueno, vaaa, mientras sea en sueños…».

Pero es que la cosa no acababa ahí, porque va y nos larga que a veces se iba a un hotel con otra, nunca contigo, y a medianoche pedía champán francés (que es un poco una horterada, sí, pero rimaba) y cenaba con velitas. «Bien sabes lo que digo», decía.

¿Perdona? No, no sé lo que dices, Sabina, o sí lo sé, pero en fin. Hijo de puta, ¿champán francés y hotel? A ver cómo sales de esta. Y entonces te largaba otra zalamería: que si la casa sin ti era como una oficina, que no sé qué

éxodo de golondrinas, y que si al volver resulta que en la cocina había fiesta y tal, pero que al final la cabra tiraba al monte porque dos parece que no es igual que uno más uno. Y nos decía que llegaba el lunes, el café, el desayuno y la guerra fría. Y pese a todo, nos quedábamos con él aunque tuviéramos que recoger la cocina después de la ¿fiesta?

Así que, queridas amigas, nosotras también nos lo comimos. Y encima creyéndonos las más *underground* del mundo, porque nos lo cantaba el cantante canalla…

Poco bien hemos salido.

3
DE *LAS CHICAS DE ORO* A *SEXO EN NUEVA YORK*, PASANDO POR *ÉLITE* O *SECRETOS DE UN MATRIMONIO*

> Ya sabemos cómo acaba la cosa. Morirás como morirán todos a los que amas. El remedio contra este horror es la narrativa: nuestras mentes logran distraernos de la terrible realidad llenando nuestras vidas de objetivos esperanzadores y alentándonos por luchar para alcanzarlos.
>
> WILL STORR, *La ciencia de contar historias*.

Cuando se estrenó en España *Las chicas de oro*, en 1986, el titular de *El País* fue este:

«TVE estrena una serie con aventuras de la tercera edad».

¿Tercera edad? Venga, por favor, ¿qué broma es esta? Veamos. Salvo Sophia, que interpretaba a una octogenaria, pese a tener veinte años menos, la historia iba de mujeres entre 50 y 60 años, que era exactamente la edad que tenían las tres gloriosas protagonistas. Decía el artículo: «*Las chicas de oro* constituyen un grupo de señoras de la tercera edad —o si se prefiere, dicho con otra expresión eufemística, de la *edad de oro*— dispuestas a sostener contra viento y marea una tesis un tanto loca para los tiempos que corren: que hay vida —y por tanto sexualidad— después de los 50».

Nadie se atrevería hoy a titular así, a escribir así. Es más, no es que nadie se atrevería, es que no estaría en la cabeza de ningún periodista ni joven, ni menos joven un

relato como ese. Pero vamos a parar un momento en esta serie que narra muchas de las cosas que quiero contar en este libro. La revisité hace unos meses y me sorprendió su estética: evidentemente simbolizan una edad mayor de la que en nuestro imaginario actual podían tener. Ese pelo cardado, esa ropa, esos colores pastel, esos complementos. Hoy sábado le he puesto a mi hija Carlota un capítulo y he comprobado sus carcajadas con las salidas de tono y la ironía total de las protagonistas. Y cuando le he dicho la edad que representaban en la serie me ha mirado extrañada, porque ninguna de las mujeres de entre 50 y 60 años que ella conoce (incluida yo, claro, su estupendísima madre) se parece ni por asomo a esas señoras, salvo, claro está, por el sarcasmo.

Las chicas de oro fueron un bombazo desde el minuto uno de su estreno en Estados Unidos, en 1985. Se mantuvo siete años en antena, en la NBC. A España, como decía, llegó un año más tarde, a TVE y a varios canales autonómicos. Los episodios duraban unos veintidós minutos. Todavía se pueden ver en alguna plataforma y es un ejercicio que recomiendo a todo el mundo. El caso es que *Las chicas de oro* fue un éxito desde su primera emisión. Y su último capítulo, en 1992, lo vieron veintisiete millones de espectadores. Hace unos días, el creador digital Manuel de BCN narraba en un hilo estupendo de Twitter lo que supuso esa serie, cómo nació, lo que movió. Contribuyó al renacer de tres grandes damas de la tele y el descubrimiento de una, no tan mayor, actriz. Y fue clave para ayudar a normalizar la madurez, la homosexualidad o el sida. Vale la pena recuperar este hilo. Decía allí Manuel:

> Imaginad Burbank, California, agosto de 1984. La NBC presenta su nueva temporada. Dos actrices veteranas, Selma Diamond (*Juzgado de guardia*) y Doris Roberts (*Remington Steele*), dan paso a las estrellas de la que sería la serie estrella de la cadena, *Corrupción en Miami*.
>
> Antes habían hecho un *gag* en el que Diamond confundía el título original, *Miami vice*, por *Miami nice* y decía que la serie iba de unos jubilados mirando las olas, dando clases de chachachá y jugando a cartas en Florida. «Hmmm…», pensó

> Brandon Tartikoff, el jefazo de la cadena.
>
> La franja de edad entre 18-49 años es el *target* principal de las grandes cadenas, pero, ¿y la gente mayor? Pensaron en una serie protagonizada por «sesentonas» que comparten casa y con una mayor para potenciar conflictos generacionales. «Poned un gay también», dijo Tartikoff.

El encargo fue para los responsables de otras series de éxito como *Enredo* o *Benson*. Una de ellas, la que fue su creadora, Susan Harris, guionista experimentadísima, tenía entonces 45 años y se entusiasmó con el proyecto. Relata Manuel:

> El personaje homosexual no le asustaba: había creado a Jodie Dallas, el primer gay *mainstream* en TV. Ella fue quien dibujó a los personajes. A Dorothy Zbornak: profesora con carácter, recién divorciada. A Rose Nylund: divorciada pueblerina, consejera en el duelo. A Blanche Devereaux: sureña coqueta e hipersexual. Y a la dueña de la casa, Sophia Petrillo: madre de Dorothy, sin pelos en la lengua.

Se pusieron al *casting*. Primero la cadena quería descubrir nuevos rostros, luego optaron por buscar estrellas. Y ahí llegaron ellas. Sigue el hilo de Manuel:

> Bea Arthur era una leyenda de la televisión. Había cumplido 60 años. Sus grandes días de *Maude*, la *sitcom* que protagonizó durante seis años, quedaban lejos y la versión que hizo de *Fawlty towers* había sido cancelada a los diez episodios. Habían escrito a Dorothy para ella, pero no quería hacerlo.
>
> Betty White, de la misma edad que Bea, había ganado dos Emmy por su personaje en el *show* de Mary Tyler Moore. Bajo su apariencia dulce, la conductora de un *show* de cocina escondía una mujer competitiva, egoísta y obsesionada con el sexo. White bordaba ambos registros, por eso la tantearon para Blanche.
>
> Rue McClanahan, de poco más de 50 años entonces, en cambio, había hecho varios papeles de esposa bobalicona. En *Maude*, por ejemplo, o en *Mama's family*. Pero leyendo el guion se veía reflejada en Blanche, no en Rose como le ofrecían. Ella no era una inocente santurrona. «O Rose, o nada», le dijo su agente.
>
> Un día fueron a leer el guion juntas y Jay Sandrich, el

director, les pidió leer el papel de la otra. Por probar. Nada serio. Betty White se sorprendió. Al segundo puso esos ojos vacíos, como de cordero degollado y se transformó en Rose Nylund. Y así estuvo siete años.

Bea Arthur seguía diciendo que no a hacer de Dorothy. Creía que sería repetir los papeles que las tres actrices habían hecho en *shows* anteriores. Pero cuando le dijeron que White sería Rose y McClanahan, Blanche, cambió de idea: «Eso sí que es interesante». *Habemus* Dorothy.

Estelle Getty era conocida en el ámbito teatral y había triunfado con *Torch song trilogy*, de Harvey Fierstein. Tenía un año menos que las mayores del reparto, pero tenía la actitud de abuela resabiada.

El bolso, maquillaje y *spray* gris obraron el milagro: era Sophia.

La irrupción de Sophia fue tan impactante que vieron que tenían que darle más espacio y se lo quitaron a otro personaje; el chico para todo gay, Coco.

Las chicas de oro popularizarían la ley del cuatro. Con cuatro personajes protagonistas, podían tener a dos haciendo la trama principal y las otras dos, la secundaria. Esa fórmula se repetiría en infinidad de series, buena parte de ellas de mujeres, desde *Sexo en Nueva York* a *Mujeres desesperadas*, que son dos ficciones que también merecen la atención en este libro. El 14 de septiembre de 1985 se emitió el primer capítulo con un éxito arrollador, como decía. Y eso que las colocaron a las nueve de la noche de los sábados, un día maltratado por las cadenas. Desde ese día, mantuvieron un extraordinario 30 % del *share*. Y, como anécdota: a lo largo de sus siete temporadas se zamparon más de cien de las míticas tartas de queso, y eso que ese postre no les gustaba a ninguna.

Susan Harris armó un equipo de escritores jóvenes. «¿Cómo van a escribir estos niños sobre viejas como nosotras?», exclamaba Bea Arthur. Estaban acostumbradas a que Norman Lear (productor y escritor) escribiera sus diálogos, pero acabaron teniendo que admitir lo buenos que eran esos «niñatos». Me encanta esta historia: guionistas muy jóvenes que eran capaces de ponerse en la piel de esas corrosivas mujeres de 50-60 años y armar delirantes

escenas a lo largo de sus siete temporadas.

La clave de aquella telecomedia fue adaptar la manera de escribir a cada actriz, potenciando los rasgos de cada personaje y las habilidades de las intérpretes. Bea Arthur, por ejemplo, podía decir más con un gesto que con un monólogo de dos páginas. Así que frases cortitas y al pie.

La serie tenía mucho éxito entre el público gay, pese a no haber ningún protagonista homosexual. El éxito de audiencia les permitió normalizar la homosexualidad sin muchas trabas. Aunque uno de los grandes hitos de la serie fue el tratamiento que hicieron del sida. Quinta temporada, 1990. La enfermedad era letal y temida, y sus víctimas denigradas. A Rose le dicen que es probable que se haya infectado en una transfusión y que se tiene que hacerse un test.

En el episodio, Sophia iba detrás de Rose desinfectando lo que tocaba. Luego viene la espera de los resultados. Y aquí entra el mensaje que querían que calara: el sida no es una enfermedad para gente mala. Y qué mejor manera que meterlo entre dos buenos chistes.

Las cuatro fueron nominadas a los Emmy por cada una de las tres primeras temporadas. Y se repartieron los premios. White fue la primera, McClanahan, la segunda y en 1988, Bea Arthur y Estelle Getty hicieron doblete.

Pero todo este éxito no empezó con tanta facilidad. Cuando la NBC, con ejecutivos masculinos americanos al frente, pensó en una comedia sobre «mujeres mayores», en su cabeza se referían a mujeres de 40 años. Tal y como cuenta la guionista y directora de televisión Eva Güimil, el proyecto se parecía bastante a *Cómo casarse con un millonario*, «que sustituía los sofisticados ambientes neoyorquinos por la soleada piscifactoría de jubilados adinerados que es Miami. El guion que entregaron Paul Junger Witt, Tony Thomas y Harris fue mucho más revolucionario: tres sexagenarias compartiendo casa y confidencias, adelantándose tres décadas al *cohousing*. Si a la NBC se le pasó por la cabeza que vejez podía ser sinónimo de aburrimiento, esa idea se desvaneció tras un

piloto que congregó a veinticinco millones de espectadores y enamoró por igual a público y crítica»[1].

Sexo en Nueva York, a los 30 y camino de los 60

En 2021, veinticinco años después de la emisión de *Las chicas de oro*, llegó a todo el mundo (ya con las plataformas en todas las casas) la esperadísima segunda parte de otra serie mítica, *Sexo en Nueva York*, que se llamó *And just like that*. En su primera temporada, que arrancó el 6 de junio de 1998 y se extendió a lo largo de noventa y cuatro episodios, en seis temporadas (hasta 2004), cuatro amigas, tres de treinta y tantos y una de cuarenta, habían revolucionado la pantalla de televisión con su descaro, con sus conversaciones sobre sexo y vida, con sus *looks* cuidadísimos, con su sentido de la aún no existente sororidad. Y, atención, este era el titular que la anunciaba:

«Estreno en España de la provocativa telecomedia *Sexo en Nueva York*».

¿Provocativa? Ahora nos reiríamos, claro. Pero yo tenía 30 años entonces y también caí en sus redes. Y veinticinco años después, en esa segunda parte de la que hablaba, las mismas amigas y yo volvíamos a tener la misma edad. Ya no me cautivaron igual, claro: la vuelta de esta serie, audiovisualmente hablando, es flojísima y además en estos veinticinco años he visto ya muchas mujeres disruptivas en pantalla.

Pero al margen de todo eso, con lo que quiero quedarme es con esto: las protagonistas del «*Sexo en Nueva York*, 2» a sus cincuenta y tantos, a sus sesenta incluso, parecen, en imagen, las hijas de aquellas chicas de oro de los ochenta, pese a que tenían exactamente la misma edad en la ficción. La conclusión es que la televisión, el audiovisual, puede reflejar fielmente la calle: las mujeres de esas franjas de edad (cumplidos bien los 50, camino de los 60 o ya instaladas en ellos) no tienen nada que ver estética,

mental, vital, social, laboralmente, con las que hace treinta años, por ejemplo —nuestras madres sin ir más lejos—, tenían esa edad. Este libro dará buena cuenta de ello. La serie, lo audiovisual en general, muestra mujeres de 60 años que también maduran, negando esa frase que dijo la incuestionable Susan Sontag: «Mientras los hombres maduran, las mujeres envejecen». Se acabó esto, querida Susan. Mejor lo que dijo la actriz Carrie Fisher: «Los hombres no envejecen mejor que las mujeres, simplemente se les permite envejecer».

Voy con una historia personal, dentro de esta historia televisiva ya universal, que pensé mientras preparaba una charla sobre el aniversario de esta serie, que iba a dar en el festival de Málaga. Cuando se emitió la serie en España yo trabajaba en la televisión, en el departamento de dirección de una productora. Tenía reuniones donde la mayoría de mis interlocutores eran hombres. Ejecutivos de diferentes edades, realizadores, directores de programación, etc. La tele era y sigue siendo muy masculina. Por dentro y por fuera: en pantalla no había mujeres feas, ni gordas, ni demasiado mayores. Hombres sí. Pero sigamos.

Yo, que siempre he sido presumida, que siempre he disfrutado de una tarde de compras, de un bonito vestido verde, de unos tacones altos, de pintalabios de colores vivos, de una minifalda glamurosa, me recuerdo repasando mi indumentaria para acudir a uno de esos encuentros e intentando, atención, ponerme más sobria. ¿Por qué? Fundamentalmente para que se me tomara en serio. Si me ponía la camisa naranja, con mi sortija de cristal del mismo color, quizá los caballeros que se sentaban en aquella mesa ovalada pensarían que era una chica frívola. Que si me había vestido así, combinando el anillo con la ropa, era porque no tenía nada interesante que decir. Que si me interesaba la moda de esta manera, si me había maquillado para la ocasión, no hacía falta escucharme, respetar mi opinión, tener en cuenta mi punto de vista sobre la realización, por ejemplo. O subo la apuesta: que si me había vestido así igual quería, no sé, ¿seducirlos? Madre mía, qué

empanadas mentales, cuánta estupidez en mi cabeza.

Tardé bastante tiempo en saltarme a la torera todo esto y acudir a las citas, a las grabaciones, a las firmas de presupuesto como me diera la gana. ¿Minifalda? Minifalda. ¿Vestidos floreados con botas altas? Venga. ¿Rubia platino? Ahí vamos. Harta de tener que cambiar de estilo, de esconderme para que no creyeran que no tenía cabeza, tomé la decisión de vestirme como me diera la gana cuando me diera la gana, atendiendo solo al sentido común. Así que se acabó lo de ocultar cualquier atisbo de frivolidad. O la alegría, o el espíritu desenfadado. Cuánto bien me hizo Carmen Alborch en esto. Como en tantas cosas. Cuánto la echo de menos.

Sexo en Nueva York fue un dardo en la diana. Ahora parece *naif*, ahora que hemos visto *Girls*, *Big little lies*, *The good wife*, por citar tres ejemplos, parece normal ver mujeres distintas en pantalla. Pero entonces, hace veinte años, *Sexo en Nueva York* fue aire fresco, agua clara, pura vida.

Fue un puntazo de ficción, como años atrás lo fue *Las chicas de oro*, que planteó debates poco o nada usuales en televisión, que puso a mujeres con discurso y a las que les gustaba el sexo por el sexo como protagonistas. Fue una serie divertida, luminosa, que hablaba de cosas banales, de moda, y de otros asuntos más enjundiosos.

HBO, la cadena que la emitió, quería abrir nuevo terreno en la comedia y el proyecto les llegó caído del cielo, después de que estuviera deambulando por despachos televisivos varios.

Las actrices de esta serie fueron pioneras, como decía, en la sororidad, ese concepto que ahora parece que siempre hemos manejado, pero que casi acaba de nacer. Las cuatro amigas acudían en tropel ante un problema de cualquiera de ellas y la arropaban, lo ponían en cuestión, daban sus puntos de vista, etc. A la protagonista, Sara Jessica Parker, que encarnaba a Carrie, le gustaba la moda, se calzaba taconazos para caminar por la Quinta Avenida neoyorquina —que todas sabemos que es imposible, pero daba igual,

estábamos dispuestas a suspender el descrédito durante el metraje del capítulo—, era desinhibida… Sus amigas tenían trabajos de diversos tipos y representaban a modelos femeninos reales, con sus miserias, con sus devaneos. Como habitualmente había pasado con los protagonistas masculinos de las series.

Todas tenían voz propia, eran descaradas y deslenguadas. Se reían. Se hacían confidencias. Escogían su ropa con mimo. Les gustaban las cosas bonitas. Y yo, como la joven periodista que era, las miraba encantada de la vida desde mi sofá. Y sí, yo también odiaba a Mister Big, que años después volvió a interpretar a un personaje que no podía soportar: el marido de Alice, en la gran *The good wife*.

Así que, ahí estaban: cuatro mujeres estupendas que también lo querían todo y lo querían ahora. Y ese *todo* era una cosa distinta para cada una de ellas. Tenían una profesión que les gustaba. Y un vestidor. Eran tipas complejas. Madres o con deseos maternales. O todo lo contrario. Tenían zapatos. Eran mujeres insólitas en la tele. Nuevas. Dicharacheras y brillantes, con un acentuado sentido estético.

Durante años la serie fue denostada por demasiado frívola (vaya, eso me sonaba), o por asuntos que a mí me gustaban pero que no siempre me atrevía a reivindicar. La ropa, la moda pueden ser importantes para una. Puedes sentirte más segura con un vestido y no por eso eres idiota. Puedes saber bien que no necesitas más zapatos (si estás en el primer mundo y en el lado afortunado de la vida) y comprarte otros después de haber hecho un gran reportaje. Puedes dar tu punto de vista conjuntada de arriba a abajo. Y puedes llevar un *rouge* favorecedor mientras lees a Martin Amis.

Porque, tal y como dice —en los años cincuenta americanos— la protagonista de *La maravillosa señora Maisel*, una serie que NADIE debería perderse:

> Últimamente leo más la prensa. Es interesante. Mi padre me dijo que solo me fijaba en los anuncios de zapatos. Me sentí mal por ello, pero pienso que quizá ponen esos anuncios para

distraernos. Porque si las mujeres se percatan de lo que sucede en el mundo no cesarán hasta arreglarlo.

SECRETOS DE UN MATRIMONIO… DE HACE CINCUENTA AÑOS Y DE AHORA

Vamos con otra ficción televisiva. Hace casi cincuenta años, el director sueco Ingmar Bergman estrenó la serie *Secretos de un matrimonio*. La conclusión de aquella ficción era: la pareja, el matrimonio convencional —con su proverbial monogamia incluida—, la vida doméstica, son una catástrofe. Y la verdad está sobrevalorada. El año pasado, otro realizador, el israelí Hagai Levi, revisitó aquella ficción que causó sensación entre la población sueca y creó para HBO una serie con el mismo nombre.

Estuve comparando ambas ficciones para escribir una crónica y me sorprendió lo bien reflejado que estaba el mundo de la pareja en esos dos momentos. En aquella primera ocasión, escribí, Bergman les contó el drama a nuestros padres. Aunque él se dirigía a las parejas suecas, claro, no a las españolas, ni siquiera a las americanas. En esta ocasión Levi nos interpelaba a nosotros, a los hijos de aquella pareja cuya disolución ya había contado Bergman.

Pero las similitudes acaban ahí. Levi les da la vuelta a los roles de género, con todo lo que eso significa. El protagonista de Bergman, Johan, era un tipo individualista, egoísta, machista, heteropatriarcal, un padre ausente, un hombre infiel, prototipo de la sociedad ¡sueca! del momento. Imaginemos, y llevémonos las manos a la cabeza al hacerlo, cuál sería aquí su parangón.

Ahora, en la serie de Levi, Jonathan, el personaje al que da vida Oscar Isaac, es un padre estupendo y un buen marido, sea lo que sea lo que eso significa. Un hombre empático de verdad. Y ahí sí que ya por fin somos todos iguales: muchos hombres españoles, norteamericanos de 50 años, también son como el personaje que interpreta Isaac.

¿Y ellas? Bueno, la sumisa (al principio), la abnegada Marianne, protagonista de Bergman, tiene ahora la cara, el

cuerpo y el carisma de Jessica Chastain. Mira, una mujer individualista también, contradictoria, infiel, voluble, ambiciosa, una madre que duda, que no convierte la maternidad en el centro de su existencia, ya está el padre para suplir sus ausencias. Y con estas claves, Levi revoluciona el texto original del creador sueco. He elegido estas dos ficciones porque cuentan bien a dos tipos de mujer que, separadas por cincuenta años, parecen vivir en ecosistemas distintos. Que de eso va este libro.

¿Pero cómo se recibió la serie de Bergman en aquellos años? Bueno, teniendo en cuenta que el 99 % de los pensadores y críticos eran señores mayores, heteros, muy similares al protagonista de Bergman (que era un poco *snob*, un poco misógino), la serie, explicaban, «era una gran y luminosa historia de amor». Es decir, que hubo muy pocos que lo entendieron. La serie estuvo muy por encima de la interpretación de los críticos.

Daniel Bergman, el hijo del cineasta, que tiene 60 años en el momento en que escribo este libro, quizá era consciente de todo eso al buscar con denuedo al mejor para revaluar, revisar y rehacer el texto de su padre, que tanta sensación causó en su momento. Vio la ficción *En terapia*, de Levi, y lo tuvo claro. Quiero que seas tú el que traiga al siglo XXI la obra de mi padre, con libertad total, vino a decirle.

Esto sucedió en 2015. Levi recibió el órdago y le estuvo dando vueltas hasta que, en 2020, se puso a rodar. Y la clave, se dijo, iba a consistir en contar lo que más ha variado en las relaciones de pareja entre nuestros padres y nosotros: cambio de roles, igualdad doméstica, igualdad sentimental, igualdad de género.

Con estos mimbres construyó una ¿nueva? historia amorosa igual de convulsa, igual de desoladora, pero sin duda más pegada a nosotros, a los que creemos que ya no tenemos prejuicios, ni moralinas, ni inseguridades respecto al mundo en pareja. Los pequeñoburgueses estamos con nuestros compañeros de vida porque queremos y tenemos relaciones armoniosas y honestas.

Nuestros maridos son padres excelentes, nos han relevado en el trabajo pesado de la crianza, se ocupan en cuerpo y alma. Nos ven como iguales de verdad y nosotras a ellos. No van a abandonar la casa ni se van a pirar con otra sin más explicación, dejándonos con los niños. Entre otras cosas porque nosotras no somos la Marianne de Bergman. Nosotras, además de un trabajo, tenemos afanes, inquietudes de independencia, somos mujeres del xxi y estamos disfrutando de todas las olas feministas que en el mundo ha habido. Y la justicia nos ampara, claro.

Todo eso lo sabe Levi, que ya nos dejó entrever que conocía bien los cimientos de las relaciones sentimentales, de los dramas de la infidelidad, de las incertidumbres amorosas en la serie *The affair*, que aprovecho para recomendar. Y todo eso lo cuenta en esta revisión de cinco capítulos. Ahora es una pareja igualitaria estadounidense y entonces era una pareja desigual sueca. Ambas se amaron, se desearon, se fueron infieles, se machacaron, se odiaron, tuvieron hijos, se reconciliaron, abortaron, se destruyeron verbalmente, se divorciaron, que es lo que se sigue haciendo en pareja en mayor o menor medida, un siglo después.

Aquí, cincuenta años más tarde, Levi invierte los papeles: ella es la infiel, la caótica, la egoísta, la madre ausente, la que gana más dinero, la ambiciosa profesional, la insatisfecha. Él es el ecuánime, el contemporizador, el buen y paciente compañero de vida, el amante y preocupado padre, que quiere a su esposa y la cuida. Pero la mirada es sobre lo mismo: la relación de pareja, insisten ambos directores, es una catástrofe. Levi ha asegurado en muchas entrevistas que tuvo claro que una adaptación no tenía sentido, «pero la idea de invertir los roles me hizo ver que tenía un ángulo nuevo, que era un experimento de género interesante».

Más cosas que diferencian ambas series. En la de Bergman, el director sueco le daba una sonora bofetada al matrimonio como institución, justo lo que era en esa época, una institución. Eso afortunadamente se acabó, el

matrimonio ya no es sagrado ni para siempre. «Hoy no es una institución, y ha sido tan atacado que en todo caso sentía que debía tender a lo contrario, a subrayar que en una separación también hay algo muy traumático», ha apuntado Levi.

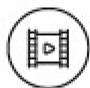
El caso es que en esta desactualización que hace de la serie original el director israelí se habla de otra sexualidad, de otros tiempos, e incluso de otros tipos de seres humanos, ineludiblemente mejores, más consecuentes, más tolerantes. Se habla de la emancipación femenina sin ambages, del poliamor y de los restos del naufragio amoroso. Justo las historias que perseguían ambos actores.

Oscar Isaac, el protagonista, deseaba que la serie fuera honesta, que resonara en el espectador y que hubiera alguna catarsis respecto a lo que significa una relación. «La convivencia a veces es increíble y sublime y otras te quieres matar si tienes que volver a hablar con esa persona. Creo que es algo con lo que muchos podrán conectar», dijo durante la promoción de la serie en Estados Unidos.

María Guerra va más allá en la celebración y en las intenciones de la obra de Levi. «Para mí es una fiesta que se esté revisando todo este mundo de Bergman. Recordemos que antes no solo era el gran cineasta Bergman, era el gran hombre, y él y su generación imponían una mirada androcéntrica. Así que me parece muy interesante reactualizar esto, no desde el rencor, sino con la alegría de ver que la vida es mucho más amplia y que las relaciones son mucho más amplias».

Esta es, pues, parte de la fiesta que estamos viviendo desde el audiovisual y yo no perdería de vista que ha sido el #MeToo el que ha dado el pistoletazo de salida, pese a todo el resquemor con el que fue recibido. Es una mancha de aceite que va calando. Y esta lectura de Levi, no desde el rencor sino desde la diversidad sana, es buena para todos.

* * *



QUÉ VER

SERIES

***Las chicas de oro.* Susan Harris (1986)**

Como ya he dejado claro, la recomiendo muchísimo. Volví a ver los primeros capítulos con mi hija Carlota y al oírla reírse con ganas me quedó claro lo vigente que está.

Si después vamos a *Sexo en Nueva York* (primera parte y segunda parte, la del año pasado, cuando ya tienen la edad de las protas de este libro) y a *Mujeres desesperadas*, tendremos un buen trío.



QUÉ ESCUCHAR

***Thank you for being a friend.* Andrew Gold (1978)**

Está canción mítica, que abría cada capítulo de *Las chicas de oro*, fue lo que se llama un *one hit wonder*: el artista que la compone y que la canta solo es conocido por una canción. Fue lo que le pasó a este compositor pop, que nos regaló esta canción que da un buen rollo total y con la que entras ya a tope en la ficción, en esa casa ochentera. ¿Por qué fue un éxito? «Porque tiene una melodía muy alegre, que te anuncia una serie de tías divertidas, con la cabecera de fondo. Vamos, la lógica del videoclip musical», me explica Iñaki de la Torre, al que le he pagado este asesoramiento musical solo con dos cosas: mi amor incondicional y una comida.

4

LA BENDITA/MALDITA SOLEDAD

> Me explicó que su soledad era algo visceral, un saco de piedras que llevaba de una habitación a otra, de una ciudad a la siguiente.
>
> MIRIAM TOEWS, *Pequeñas desgracias sin importancia*.

> Hay que buscarse una misma lo más cerca posible del paraíso.
>
> MARGUERITE DURAS, escritora.

Les he preguntado a mujeres *sixties* cuál es ese paraíso del que hablaba Duras, y si lo relacionaban con la soledad. He buceado en libros, en series, en ensayos para encontrar respuestas y lo que he hallado son múltiples lugares soñados, con tres recurrentes. Los de ahora mismo son dos: uno, la soledad (querida) de tu casa sin marido ni hijos, aunque sea un fin de semana; dos, la vida armoniosa con un buen compañero y con hijos ya crecidos, solventes emocionales, aunque vivan en casa. Y el del futuro a corto, a medio, o a largo es el de vivir en comunidad, como esas chicas de oro chispeantes que citaba en otro capítulo, comiendo sus proverbiales tartas de queso, porque seguro que entre nosotras siempre habrá alguna que sepa cocinar, que le guste hacerlo.

En el repaso sobre este asunto del paraíso llegamos a varias conclusiones.

Una, el amor no quiere decir intranquilidad.

Dos, la soledad puede ser de muchas maneras y ha significado muchas cosas. En el siglo XVI, por ejemplo, no estaba mal vista en absoluto. Retirarse a sus aposentos, a la intimidad, que era lo que de verdad significaba, estaba francamente bien. No era esa cosa viscosa y molesta que hay que apartar, porque solo con pronunciar la palabra parece que llegue una pena negra, grande, que lo ocupa todo. Todo empezó a cambiar a partir del xix y hoy la soledad nos llena de pesadumbre. Hasta el punto de que en 2018 el Reino Unido creó un Ministerio para la Soledad, porque era una cuestión de salud mental. Ahora nos angustia la soledad del anciano, pero mi tesis es que quizá cuando nosotras seamos ancianas, puesto que nuestra vida habrá transcurrido por otros derroteros, la soledad será algo más aceptable, más lógico.

Tres, la soledad puede ser maravillosa de verdad, la física y la mental, y ojalá la hubiéramos gozado más. Yo, sin ir más lejos, no he vivido jamás sola: pasé de la casa materna a la residencia de estudiantes, de ahí a pisos compartidos en mis años universitarios en Madrid (gratísimos, por otra parte, y necesarios), de ahí a mi primer matrimonio y de ahí, sin solución de continuidad, al segundo. Y ahí sigo, con un marido y una hija excepcionales, con los que me resulta facilísimo vivir (sin dejar de tener claro que, como decía Vivian Gornick, «nada es más seriamente difícil que lo familiar»). Así que, cuando digo que me gusta estar sola, buena parte de mis amigas que viven solas me dicen que no puedo saberlo puesto que nunca lo he comprobado. Tenemos libros a montones para este asunto. Por supuesto, el que lo empezó todo, *Solas*, que escribió, adelantándose a todos los tiempos, Carmen Alborch: «La vida interior va ganando importancia a medida que maduramos. La ansiedad y la prisa pierden protagonismo», decía en el libro. No puedo sentirme más identificada.

Escribo este capítulo desde el Gran Sol y Mar, un hotel frente al Mediterráneo, en Calp, en la Costa Blanca. Me he

venido aquí, sola, aprovechando la invitación por un asunto profesional para escribir sin interrupciones, sin ver a nadie, ni siquiera a los míos. Estamos en el puente de diciembre y he paseado por la playa, he escrito, me he acabado un libro, he visto una película excepcional que tenía pendiente, *El dulce porvenir*, de Atom Egoyan. Levanto la vista del ordenador y ahí está el Mediterráneo, ese mar plano, que no se inmuta. Se me va un rato la cabeza ante esa inmensidad, que es lo que siempre ha de pasar cuando una mira al horizonte en una playa abierta. El hotel tiene una zona de relax con unas gigantescas cristaleras. Está tranquilo en estos días del año. Me bajo a escribir un rato allí y pienso en lo afortunada que soy, en que he logrado este momento vital: estar invitada en este sitio, que mi familia entienda que me vaya sola cuatro días sin ser imprescindible, que esté aquí haciendo algo que me gusta, escribir, que se me da bien. Poder vivir de esto. No necesitar la compañía de nadie, porque me gusto a mí misma, me llevo bien con lo que llevo dentro.

Nada de esto habría sido posible solo diez años atrás. Por muchas razones. Una, mi hija Carlota sería pequeña, siete años, y yo me habría sentido mal si la hubiera dejado a ella, y a mi marido, estos cuatro días festivos. Quizá mi marido, que siempre es un aliado, tampoco lo habría aceptado de buen grado como lo ha hecho ahora. Hace diez años habría estado más ansiosa, la invitación quizá tampoco habría tenido lugar, o yo no habría tenido el valor, el arrojo de aceptarla sin más, en plan «me lo merezco».

Y me acuerdo de una frase de Simone de Beauvoir, que adoraba vivir sola. «Soy horriblemente avariciosa: lo quiero todo de la vida. Quiero ser una mujer y un hombre, tener muchos amigos y gozar la soledad, trabajar mucho y escribir buenos libros, viajar y divertirme, ser egoísta y ser generosa». O esa otra, aún más contundente, que dijo cuando le hablaron de tener o no tener hijos: «Mi felicidad era demasiado sólida para que una novedad pudiera tentarme».

Ayer, mientras preparaba el reportaje para la Guía

Repsol que me ha llevado hasta aquí, y en un momento perfecto de gozo —comía en un restaurante gastronómico delicioso (sí, comí sola en uno de esos sitios de altura), el Abiss— me sonó el teléfono. «Mamá», ponía. Mi madre, de 92 años, vive acompañada de Diana y de su hija Kate, dos mujeres, dos ángeles en realidad, que llegaron a mi vida para resolver ese grandísimo conflicto: qué hacer con el cuidado de tu madre cuando ya no puede estar sola, cuando ya no puede valerse. Me llamaba a través de Diana (ella ya no sabe usar el teléfono) con una de sus crisis. A veces llora, no sabe bien qué es realidad y qué no lo es, qué está pasando… Generalmente la calma Diana y cuando ve que no puede me llama, o llama a mi hermano, y nos la pasa. Al acabar la conversación y mientras esperaba el siguiente plato mirando al mar, con una luz cegadora que entraba a raudales, pensé tres cosas. Una, que esta conversación, años atrás, me habría amargado la estancia. Por todo: por sentimiento de culpa, por la carga emocional que llevaba. Pero la madurez también me ha traído eso: las cosas abaten menos, y eso es sencillamente maravilloso. Dos, que mi madre se lo ha perdido casi todo en esta vida, y en cuán diferente es mi vida a la suya, y en que yo no seré como ella a su edad. Y tres, en una frase que me repitió muchas veces, y que yo recibí de manera violenta, con la misma inconsciente violencia con la que ella me la lanzaba. Cuando mostraba intenciones de autonomía, de apartarme de su abnegación proverbial, cuando cuestionaba sus decisiones que me obligaban a mí a cumplir un mandato que no deseaba cumplir, ella me decía: «Te vas a quedar sola, con ese carácter te vas a quedar sola».

Cuando decía esto me hacía daño, esa es la verdad. Porque yo era una adolescente, o una veinteañera, que, en el fondo, y sin ni siquiera saber lo que significaba, quería pertenecer, forma parte del mismo ecosistema en el que me había criado, no quería ser una *outsider*. Por el amor de Dios, ¡que me había educado en colegios religiosos toda mi vida, que era un pequeñoburguesa de manual, que no había tenido que buscarme la vida nunca en nada, ni rebelarme,

ni presionar a mis padres para conseguir cosas!

Esa frase de mi madre encerraba un mundo entero. Uno plagado de prejuicios, de mitos, de obligaciones morales, de severidades, de abnegación y de obediencia debida. Un mundo en el que había que sacrificarse, aguantar, cumplir mandatos proverbiales, guardar lutos, llegar virgen al matrimonio, cocinar perfectamente la comida para mi padre —que siempre fue un tiquismiquis insoportable, al que mi madre se lo consintió todo—, adorarnos a mi hermano y a mí, y no tener jamás un día libre para ella. Frente a ese mundo perverso yo supe muy pronto que el mío sería exactamente el contrario y me dediqué a construirlo casi sin darme cuenta. Solo al hacerme mayor de verdad, de pronto un día tuve una revelación: toda mi vida había sido una carrera para no ser como mi madre, para no seguir sus directrices explícitas o veladas, para apartarme de lo que había sido su existencia. Así me convertí en una hedonista, en una perezosa, en una egoísta, en una individualista, en una mezquina a veces, en una *mala* madre, por supuesto en una mala hija…

Pero aquí estoy, con todo esto a cuestas, y cuando estoy sola estoy feliz de veras. Leo el libro *Biografía de la soledad*, de Fay Bound Alberti, donde la autora cuenta que «la soledad es política, la soledad es cara», y vuelvo a pensar en eso que decía al principio, en lo de que nunca he vivido sola de verdad, sin familia. Sola de llegar a tu casa propia y verlo todo a oscuras, intacto. Sola de viajar sola. Sola de no tener que compartir espacio físico con nadie, sola de que en el baño solo haya cosas tuyas, sola de comprar para una, raciones individuales. Y que así pasen meses o años incluso. Y sí, me habría gustado, es una experiencia que me habría encantado probar, para ver qué tal, para observarme, para notar si la soledad causaba estragos o no. Pero yo ni siquiera he experimentado, como cuenta Bound, «la soledad transitoria, esa de la que uno va entrando y saliendo a lo largo de su recorrido vital —en el traslado a la universidad, el cambio de trabajo o el divorcio — y que puede ser un acicate para el crecimiento personal,

una forma de descubrir lo que uno quiere en sus relaciones con los demás».

LA SOLEDAD COMO MANDATO MÉDICO

Leo un montón de estudios sociológicos sobre los hogares unipersonales. Uno de ellos cuenta que en España, a partir de los 55 años, son más frecuentes los hogares unipersonales femeninos que los masculinos (hay un 30 % de hogares con un solo miembro, y de esos, el 70 % son mujeres) y que la cosa no deja de aumentar.

Nada que ver, eso sí, con lo que sucede en algunos países europeos, como Francia o Alemania, que cuentan ya con un 40 % de personas viviendo solas.

A algunas de esas mujeres que viven solas, o que lo desearían en el fondo pero no se atreven, las recibe en su consulta Carme Valls, cuyo libro *Mujeres invisibles para la medicina*, como ya decía en un capítulo anterior, debería formar parte del corpus feminista y entrar como un torpedo en las mentes de todos. Volveremos a Valls a menudo en este libro, porque su texto atraviesa muchos de los senderos que he querido trazar, es transversal a emociones, conceptos, maneras de estar en el mundo de las mujeres de esta generación. No todas pertenecen a un entorno ilustrado, solvente económicamente. Este es un asunto que me preocupa mientras escribo, porque noto que me dejo fuera a un montón de mujeres que rondan los 60 años que no han tenido mis privilegios, mis oportunidades, que están en otros lugares con otros pensamientos. Sé poco de ellas y eso me inhabilita para explicarlas. No tengo más remedio que generalizar, de lo contrario este libro, como tantas cosas, sería inabarcable.

La conversación con Valls me dio muchas claves, me amplió la mirada. Me dijo que cuando mujeres exhaustas, de un entorno social y económico bajo o medio-bajo, llegan a su consulta, lo primero que les ordena, como parte de lo que vendría a ser una cierta terapia emocional, es que empiecen por reservarse al menos una hora al día para ellas

solas, para hacer cualquier cosa que les plazca, pero para ellas, para su solaz, para su placer, para su regocijo. ¿Cómo?, le pregunté atónita. Me parecía impensable que eso pudiera ser un consejo, a estas alturas. Pero lo era. Me hizo volver a mi madre, a quien jamás vi relajada haciendo algo para sí misma (al margen de las visitas a la peluquería, lo único que recuerdo), sin que fuera a repercutir en el bienestar familiar. Mi madre nunca estuvo sola ni desocupada ni despreocupada, y creo que de ahí vienen muchos de sus males, y por añadidura de los míos. Y pensé que el consejo de Valls le habría encajado como un guante a los 60 y, en realidad, en cualquier momento de su vida. Lo que la médica les dice es que se guarden ese tiempo (una hora para arrancar) y que lo disfruten, que noten cómo ahí encuentran sosiego, alegría. Que nadie las reclame, que no realicen tareas para los otros, para los suyos. No es una hora para cuidar a nadie, para ir al mercado, para los recados. No. Es una hora para mirar lo que les dé la gana en la televisión, en posición horizontal si quieren, sin rendir cuentas a nadie, sin permitir interrupciones, sin consentir que nadie invada ese espacio, ese tiempo.

Sí, ya sé que para muchas de las que estáis leyendo este libro esto resultará inaudito, pero Valls me deja claro en nuestra charla que estas mujeres están ahí, en lugares de toda España. Ella les recomienda también las asociaciones de barrio, porque muchas de ellas tampoco saben cómo organizar su propia soledad. El reto es «enseñarlas a envejecer con la máxima calidad, sin crear dependencia de nadie. Porque sin experiencia a la hora de tomar decisiones, nos sentimos solas y angustiadas», me apunta.

Entre las muchas maneras de afrontar la soledad que existen entre las de esta generación que nos ocupa y la anterior, hay algo fundamental: nosotras no le tenemos miedo, la disfrutamos porque tenemos nuestras vidas ocupadas con asuntos de todo tipo, las amigas, por ejemplo, que es algo que la generación anterior no fomentó igual. Ellas se casaron y declinaron en general toda relación que fuera más allá de las paredes de la casa, sobre todo en las

ciudades grandes. Cultivar las amistades era algo raro, que quitaba tiempo a lo doméstico, al marido, a los hijos, a la casa… ¿Cuántas veces vimos a nuestras madres abandonar la casa una noche cualquiera para salir a tomar una cerveza con un par de amigas, cuando esas madres nuestras tenían, yo qué sé, 45 años? ¿Cuántas veces las vimos agruparse para pasar un fin de semana en la playa? Yo, a la mía, jamás. Y por lo que sé de otros tantos amigos, amigas, las suyas tampoco. Si eso no es un cambio morrocotudo, yo ya no sé…

Yo diría que nosotras llegaremos a esa soledad con más capacidad para gestionarla: tenemos otra visión de cómo ha de ser la relación con nuestros hijos, por ejemplo, y no damos por descontado que tengan la obligación de cuidarnos o de ocuparse de nosotras. Es más, puesto que estamos viviendo de pleno el cuidado de nuestros padres, mayores, y ya no asumimos ese trabajo, esa entrega, como nuestro sino, tenemos claro que no queremos que nuestros hijos tengan que hacer lo mismo llegado el momento. Además, hemos depositado los afectos en más personas, al margen del núcleo familiar, tendremos círculos varios sobre los que transitar. Me atrevo a hablar en plural porque esta reflexión se la he oído a muchas otras amigas, colegas, mujeres varias. Y sé que estamos en connivencia: de ninguna manera queremos ser una carga para los nuestros, es algo sobre lo que pensamos mucho, sobre lo que hablamos y debatimos. De ahí que las diferentes maneras de vivir a las que podemos aspirar cuando ya no sea posible la independencia es algo que está a menudo en nuestras conversaciones.

Tendremos más maneras para combatir la soledad, si la salud acompaña. Tenemos más aficiones, más habilidades sociales y algo importantísimo: puesto que todas somos ya animales digitales de pleno derecho, todo el mundo virtual nos va a seguir acompañando, para lo bueno casi siempre. Y luego otra cosa vital: yo, que consumo audiovisual por encima de mis posibilidades, que soy una lectora voraz, que adoro cocinar y holgazanear, no contemplo que eso se

acabe simplemente por cumplir años. Hoy mismo he recibido un wasap de Rosa María Calaf, la carismática corresponsal de TVE, que tiene 75 años, que es una viajera impenitente y una tipa excepcional a la que adoro con todas las letras. A mi pregunta de «Querida, ¿dónde andas?», su repuesta ha sido una foto de ella en el desierto, con su cabellera roja y unos prismáticos con los que miraba al horizonte y este texto: «Pues ya me ves… Aquí, con mi guía, trotando en coche por Arabia Saudita, desde hace semanas».

La foto y su mensaje eran la imagen de la libertad, de las ganas de vivir. El wasap seguía con un emoticono de alegría y preguntas personales. Me separan veinte años de Rosa María. Era una mujer a la que aspirar cuando yo era una joven periodista de 25 años y la veía en la tele con sus impecables reportajes desde lugares remotos, y sus atuendos, y su pelo insólito (nunca quise ser corresponsal, que conste, era el espíritu Rosa María lo que me cautivaba), y es la señora estupenda, curiosa, intelectualmente activa, con su estilo propio, que quiero ser cuando tenga su edad. No en el desierto, ¿eh?, me vale con la sombra de mi buganvilla de mi casa de la Vall de Gallinera, en la Marina Alta.

En 2009 la socióloga francesa Erika Flahault llevó a cabo una investigación sobre la soledad de las mujeres en Francia. Y distinguió a tres tipos: mujeres con carencia (las que soportan su situación, pero sufren con ella), las mujeres en marcha (las que aprenden a apreciarla) y las apóstatas de la vida conyugal, las que deliberadamente han organizado su vida, sus amores y sus amistades fuera del marco de la pareja. «Elígete siempre a ti misma», aconseja Aminatou Sow, trabajadora en tecnología digital, «si te concedes prioridad a ti misma podrás recorrer caminos increíbles, por supuesto los demás te tacharán de egoísta, pero *no*, tienes habilidades, tienes sueños». Es curioso lo mal visto que ha estado siempre el discurso sobre las mujeres independientes y SOLAS.

Volvamos a *Biografía de la soledad*, el libro de Bound. En él habla de las distintas acepciones del término soledad y de cómo de pronto nació una emoción moderna, *intimidad*, que se convirtió en soledad; habla de la necesidad de repensarla durante la vejez, y de ese momento mágico en el que la soledad es un regalo. Yo diría que ha hecho mucho daño durante años ese machaque con el sentimiento del nido vacío, que se supone que toda madre de bien debía sentir cuando el niño se largaba de casa, aun cuando el niño hubiera rebasado quizá los treinta años. Me encanta cuando oigo a Elvira Lindo bromear sobre este asunto, ella que ha visto cómo cuatro churumbeles iban abandonando el hogar cálido que ha construido con el también escritor Antonio Muñoz Molina. «Ser una persona madura con la cabeza bien y en buena forma física es un lujo, supone un estado de libertad. ¿Nido vacío? ¡Venga!», dice Lindo con una palmada y con gesto jocoso.

Porque este es otro tema. La soledad en pareja, después de que los hijos hayan volado del hogar familiar. Si te gusta el tipo o la tipa con la que te has quedado después de criar, de pagarles la universidad, de buenas y malas rachas, la vida puede ser, como dice Elvira, un lujo total. Sin responsabilidades, sin demasiadas cargas mentales (porque, aunque tus hijos tengan 25 años, siguen demandando cosas y atención), metida en un mundo nuevo y feliz, como diría Karina.

En el libro *Mi herida existía antes que yo*, su autora Laura Llevadot abunda en todo esto. Asegura que «el capitalismo necesita a la familia». Y que si tras las jornadas laborales, que se alargan y que se extienden incluso a los fines de semana «los días y las noches, los periodos de confinamiento», y tras recoger a los niños, y darles de cenar, y hacer tareas domésticas «mientras tu marido llora de franca emoción ante un gol televisado» tú quieres ver una serie de Netflix, «y pensar que todo va bien y que estamos la mar de liberadas, adelante. Solo podemos decir

que no lo hagáis, que no es vuestro trabajo y que el supuesto amor no es un sueldo que valga la pena cobrar».

En eso, como en tantas otras cosas, hay que reconocerle la excelencia a Simone de Beauvoir, que tuvo vínculo sentimental, el más esencial de su vida, con Jean-Paul Sartre durante cincuenta y un años, mientras mantuvo otros tantos afectos, otros tantos apegos. Ella sabía «que no quería tener hijos, ni servirle el desayuno, ni hacerle los recados, ni fingir que no participaba intelectualmente del mundo para que él la quisiera más» (ojalá recordara de quién es esta descripción sobre la Beauvoir. La he encontrado, sin autora, en unas anotaciones para este libro). Quizá por eso, Beauvoir, que supo estar sola sin estarlo, ha pasado a la historia universal de las mujeres. Una sola mujer en ese universo de vida doméstica de aquellos tiempos.

Tengo bastantes amigas, colegas, compañeras de trabajo, conocidas, que están solas, que viven solas pese a que tienen pareja estable. Otras tantas que están solas del todo, sin intención alguna de emparejarse, tras distintas relaciones que acabaron por distintas razones. Y luego tengo a las solteras orgullosas, que viven su autonomía, su independencia, con alegría, en buena parte porque el tema de la soltería ha cambiado completamente en los últimos cincuenta años. En eso también esta generación de *sixties* ha sido pionera, la vanguardia, las primeras que… En el libro *El fin del amor. Amar y follar en el siglo XXI*, Tamara Tenenbaum disecciona, pese a su juventud, lo que nos pasa ya a muchas y lo que probablemente vaya a pasarles a buena parte de las mujeres de su generación, que ahora tienen 30 años. Tenenbaum tiene claro que cualquier vínculo real supone poner en jaque el egoísmo y que frente a ello está «la apuesta por la amistad como política, la construcción de lazos afectivos consensuados y serios, en el sentido de importantes, que sin embargo tengan cierta flexibilidad, en los que haya responsabilidad, pero también comprensión». Habla en el libro del desapego emocional como una metáfora de la autonomía masculina. De que los

varones se juntan y tienen relaciones hombro con hombro (hacen cosas juntos) en comparación con las mujeres, que son más adeptas a tener relaciones cara a cara.

Laura Sagnier, una de las nuestras en edad, es analista y experta en *big data*. He estudiado con mimo su estudio *Las mujeres hoy*, donde intentó contar cómo son, qué piensan y qué sienten las españolas en un muestreo que representaba a quince millones de mujeres que en 2015 respondieron a un centenar de preguntas.

De esos quince millones, el 59 % vivía en pareja, el 56 % tenía trabajo remunerado y el 54 % tenía hijos, que eran los tres frentes que se reseñaban en el análisis. El estudio concluía que, de todos esos frentes abiertos, el de la pareja es el que más condiciona la felicidad de las mujeres (otra vez el romanticismo), que si nos sentimos infelices con nuestra pareja también lo estaremos con la vida, y que, ojo, las mujeres en general prefieren estar solas que compartir su vida con una persona con la que son infelices. Una de cada cinco acaba atada a una relación que no la satisface. En cambio, pese a que tus hijos, de tenerlos, te resulten gratificantes, eso no condiciona tu estado general: te pueden gustar tus hijos, te pueden nutrir de alegría y sin embargo puedes estar mal, insatisfecha o triste.

En 1980 el 96 % de los matrimonios se hacían por la Iglesia. En 2005 eran el 60 % y ahora mismo estamos en menos de un 10 %. Me pregunto cuántas de nosotras optó por la Iglesia en los noventa, donde tantas de esta generación nos casamos por no romper las normas, por complacer a la familia, por tradición, sin pensar demasiado, tampoco teniendo la sensación de que hacían algo que iba muy contra su voluntad… Respuesta: yo y buena parte de mis amigas de esta edad. ¿Y qué sucede ahora? Pues todo lo contrario. Nuestras hijas, a las que hemos educado para ser independientes, deciden solo por sí mismas, y sin más indicaciones, si van a emparejarse o no, si van a vivir en casa con nosotras *sine die* sin problemas —pudiendo hacer más o menos lo que les plazca, *gratis et amore*—, si alternarán periodos de casa con otros que no. Es otro

modelo de pensamiento, de estar en el mundo. También en eso, en lo de acudir a la Iglesia, fuimos de las últimas, así en plan masivo, y también en esto, en dejar que nuestras vástagas, educadas por nosotras, hagan lo que de verdad quieran hacer. Yo, francamente, me siento orgullosa.

Os oigo argumentar más cosas, sí: que ahora no se van de casa porque el grupo de jóvenes entre 16 y 29 años que ahora mismo puede vivir sin la ayuda de la familia no llega al 20 %. Pero, según me cuentan las expertas en esta materia, los mayores cambios vienen de la evolución cultural y social que nosotras, queridas, hemos ayudado a apuntalar. También oigo otras voces: es que los jóvenes son más individualistas, y se resisten al compromiso, y siguen la línea del «juntos, pero cada uno en su casa». Muy sensato por su parte, me parece a mí. Atiendo las palabras de la psicóloga Marisol Rojas, autora del libro *Amor sostenible*, que abunda en esta cuestión, que explica bien los elementos a los que nos debemos asir todas, pero en especial las que llegan ahora a las relaciones sentimentales, para que estas no nos asolen. Para reventar de una vez el papel social que nos preasignaron y que nos ha costado tanto tiempo, tanta energía y tanto desespero finiquitar.

Yo diría que, en esta cuestión de las soledades, de las maneras diferentes de asociarse, de emparejarse tras varias relaciones, de entender la soledad en toda su magnitud, nosotras nos estamos desenvolviendo bien. Somos más reivindicativas que nunca, más exigentes, nos hemos quitado de encima tanta convención social, tantos argumentos de cemento, que, sinceramente, creo que somos lo más.

Las otras soledades que no pueden ser que no quieren ser

Tengo a mi alrededor un montón de amigas, de colegas, que se hayan en este momento como yo: atendiendo de alguna manera a sus padres octogenarios, nonagenarios, que no pueden estar solos o que no quieren y que requieren de ti de alguna manera. Antes de empezar, digo: pertenezco a ese

lado privilegiado del mundo en el que se puede delegar el cuidado, contratando a personas para que lo realicen. Lo hicimos con Carlota, de pequeña, para cuadrar nuestros horarios laborales con su rutina, y lo hago ahora con mi madre. Sé que no todo el mundo puede. Soy consciente, tengo asumido el lugar al que pertenezco. Nos supone un esfuerzo económico, claro, a mi hermano y a mí, pero podemos asumirlo al menos.

Mi madre se quedó sola hace ocho años, cuando mi padre se marchó. Nunca hasta ese momento había estado sola ni una noche de su vida. Nos dimos cuenta pasados unos meses de la marcha de mi padre, mi hermano y yo. Íbamos cada día, uno y otro, a acompañarla un rato, a comer, a sacarla de casa, porque la artrosis le impedía hacerlo sola. Ella aún estaba bien para valerse por casa, para hacernos su tortilla de patatas, sus arroces, sus platos maravilla, los de siempre, con los que toda la vida nos había no solo alimentado, también mimado. Había sido siempre su manera de mostrarnos el afecto, la entrega. Una más, claro, porque en realidad mi madre nunca hizo otra cosa. Cuando Carlota era pequeña y la dejábamos con ella tardes o noches, la vi disfrutar tanto por volver a poner el contador a cero y tener a alguien a quien atender, a quien hacerle la cena que pidiera, alguien a quien mimar, a quien proteger… Me alegro tanto de que pudiera volver a vivir aquello durante ese tiempo…

Recuerdo la tristeza, la culpa de aquellos días primeros, cada vez que me despedía de ella después de pasar un rato, o de comer. Yo tenía que seguir con mi vida, claro, pero ella se quedaba en la casa de toda la vida, sin nadie a quien atender, sin nadie con quien hablar, sin aficiones que no fueran las domésticas… Sola, con una soledad que no quería, una soledad con la que no sabía qué hacer, que no disfrutaba, que no entendía, que le quedaba grande, oscura, como una losa. Y yo sabía perfectamente que se quedaba apenada, contando las horas para que volviéramos, para que le contáramos, para beberse como siempre con fruición todas nuestras andanzas, las pequeñas y las grandes.

El caso es que un día de pronto tuvo un síndrome, empezó a decir cosas incoherentes, ella que siempre había tenido la cabeza en perfecto estado. Mi hermano Quique, que estaba con ella en ese momento, se asustó de lo lindo, la grabó en pleno delirio, me envió el vídeo, corrimos a urgencias; se le pasó pronto la crisis, pero decidimos que ya no podía vivir sola por más tiempo. Apenas unas semanas después llegó a nuestras vidas una mujer, Diana, de mi misma edad, que había venido de Colombia, su país natal, por amor, pero a quien el amor le falló de pleno porque era, sin duda, el hombre equivocado. Dejamos a mi madre en sus manos buenas, sabias, cariñosas y eficaces y ahí siguen. La familia ha crecido con Kate, una joven de 29 años hija de Diana, que llegó a España hace casi dos años para acompañar a su madre, para vivir otra vida, para aventurarse. Con ellas, la soledad de mi madre no existe. Con ellas volvió a los tiempos en los que en casa siempre había alguien. Ahora las tornas han cambiado, claro, porque ese alguien es quien la ha de atender a ella, cosa a la que sigue sin acostumbrarse, pese a todo. Porque pese a que tiene lagunas, pese a que tiene ramalazos de demencia, como aún nos reconoce, como aún se ve a sí misma tal y como está, cuando tiene momentos de lucidez siempre se queja de lo mismo: «No puedo hacer nada, aquí estoy, me tienen que ayudar a todo, yo no puedo ni moverme, esto no puede ser, ¿tengo que estar siempre así ya?», son algunas de sus frases quejumbrosas.

Durante los primeros años, hasta que llegó Kate, Diana y mi madre estaban solas. Diana, con su decepción amorosa a cuestas, encontró en casa de mi madre un cobijo, una paz que no hallaba en la casa a la que se marchaba los fines de semana, cuando libraba. Mi madre la echaba de menos cuando se iba y nosotros la reemplazábamos. Mi hermano y yo bromeábamos: «Se alegra más de verla a ella que a nosotros», decíamos al observar la sonrisa de mi madre —siempre tan cara de conseguir— cuando veía aparecer a Diana los domingos.

En esas soledades acompañadas pasaron los años y aquí

seguimos. Kate y Diana, a poco que nos descuidemos, montan un festival en casa, adornándola por Navidad como si el mundo se acabara (mis padres fueron siempre muy sobrios en eso y la casa de la infancia apenas tenía un Belén por esas fechas), celebrando los cumpleaños de mi madre con confeti, globos de colores y guirnaldas. Un mundo de color y alegría con el que nunca nadie había agasajado a mi madre en ninguno de sus ochenta y seis aniversarios. Ese acontecimiento se ha repetido año tras año. Hace apenas unos días tuvo lugar el último de momento, el de sus 93, donde además de nosotros Diana y Kate invitaron a esa nueva familia elegida que ellas han creado para mi madre, y a Nelly, esa otra mujer de esta generación, que cuida mi casa y a mi madre de vez en cuando. Fue una fiesta divertida, tierna… Salí de casa sintiéndome afortunada, sabiendo que mi madre, pese a que ya no esté siempre aquí, está en unas manos primorosas.

Cuento todo esto porque sé que otras mujeres de esta generación, que han tenido que delegar el cuidado de sus padres cuando estos ya no podían estar solos, se van a sentir identificadas y porque quería aprovechar también para narrar otros mundos de otras mujeres, como Diana, como Nelly, que llegaron solas a un país extraño, sin apenas recursos, ni vitales ni económicos, que tuvieron que bracear, llorar, buscarse la vida con todo en contra. Esa soledad no la contamos apenas, me he dado cuenta. Leo mucho sobre casi todo, me encuentro con relatos que lo narran todo, pero a estas mujeres nadie las cuenta. Nadie explica cómo debía ser esa soledad negrísima, lejísimos de tu casa, sin nada a lo que asirte, sin tarjeta de crédito, sin papeles, sin hogar, sin amigos… sin red. En un país distinto, un país que, aunque estás dispuesta a dárselo todo, tu esfuerzo, tus manos hacendosas, de momento te expulsa, te ningunea… Recuerdo cuando Nelly, que llegó de Bolivia hace veinte años, me contó sus primeros meses aquí. Cómo se buscó la vida, cómo llamó a puertas una y mil veces, cómo se movió, cómo preguntó, cuántas horas dedicó a aprender, a emprender… Tuve claro que, con toda mi

formación universitaria, con todas mis lecturas, con todo mi supuesto saber hacer, en sus mismas circunstancias yo me habría sentado a esperar la muerte en una cuneta.

Le pedí a Diana que me explicara por escrito lo que había compartido de viva voz conmigo tantas veces sentadas en el sofá del salón, con mi madre sin perder ripio, por cierto.

Y allá va. Tal cual. No he tocado ni una coma.

> Un día dejé atrás mi vida de familia, madre e hijos, mascotas, por una ilusión muy grande para mí, vine a este país por una persona que supuestamente me amaba y yo amaba, quería formar una vida en pareja y ser felices; pero la desilusión llegó muy pronto, empecé a vivir con miedo, angustia y mucha tristeza, hasta el respirar dolía, llegaron gritos, insultos y amenazas de que ¡tú estás sola, no tienes dónde ir! etc. Pensé, ¿este es el precio que tengo que pagar? ¿por elegir y creer en la persona menos indicada?, pero me dije: ¡Dios! Este es mi destino y tú sabrás que hacer conmigo, lloré y callé mucho.
>
> Un fin de semana que fui al que yo creía mi hogar empezaron las ofensas y muchas cosas más, así que tomé valor, cogí mi bolso y salí de esa casa y dije no puedo más con esto, abordé el autobús y no sabía para dónde ir, bajé en una parada cualquiera, me senté por allí y lloré mucho y dije: Dios mío ¿ahora qué hago? Pero, así como Dios pone personas no gratas en tu vida también pone personas adorables; sonó mi teléfono, era una amiga y me dijo he pensado mucho en ti y yo no paraba de llorar, ella me abrigó en su casa y dije: hasta hoy soporto tanta humillación y buscaré ayuda profesional y así fue como conocí al que ahora es mi psicólogo, que lo amo, me enseñó a vivir bien con amor propio y me dijo: Diana, nada cambia por ti, nadie vive por ti. Me enseñó a quererme más, a cambiar por mí, a tomar decisiones sin temor, sin miedo a perdonar, a afrontar mis miedos y apostar por mi felicidad. Me enseñó que hacer feliz a todos por darles gusto, ese hombre [el psicólogo] me devolvió la chispa, empecé a ver todo con amor, con alegría; dejé mis pensamientos negativos y empecé a pensar en positivo.
>
> A veces vivimos en un espiral de emociones con pensamientos buenos y malos, somos incapaces de mantenernos fieles a las enseñanzas aprendidas. Yo les decía a mis hijos que nunca permitieran un maltrato de sus parejas; cuando yo estoy permitiendo eso conmigo misma, entonces dije, ¿yo por qué

> permito esto? y me dije, ya basta.
>
> Oré mucho y gracias a mi psicólogo estoy viendo la vida con amor y alegría, no necesitamos a nadie para ser felices y aquí estoy echando pa'lante sin mirar atrás y tomando mis propias decisiones sin miedo y sin temor al qué dirán.
>
> Hoy trato de ser feliz y estar en paz conmigo misma, ahora respiro y es deliciosa la sensación que siento.

La quiero de veras, por todo lo que ya he contado y también por esto. Y a su hija Kate, que es una joven especial de verdad, divertida, locuaz, lista, que va a comerse el mundo sin dudarlo. Una de esas jóvenes, educadas por mujeres de mi edad, de la que una solo puede sentirse orgullosa. Estoy feliz de haber aliviado la soledad no querida de Diana. Sé que lo suyo en casa de mi madre es su trabajo, pero también sé que es mucho más que eso.

Esas primeras mujeres que estuvieron solas, Madonna y nosotras

Hay otro libro excepcional, de la directora de documentales Immy Humes —*Una sola mujer*, se llama—, que reúne cien fotos de eso tan habitual que consistía, y consiste, en ser «la única mujer que, o la primera mujer que, o la única mujer en la habitación». Son ejemplos de veinte países, desde los inicios de la fotografía hasta hoy: la primera mujer negra elegida para el Congreso de Estados Unidos, la primera que viajó al espacio, o la única médica en unas jornadas, en un acontecimiento deportivo, en un simposio de escritores, de columnistas, en la composición de un Gobierno, en una foto de grupo de artistas. Son fotos que aún vemos, pese a que empezaron a hacerse hace cien años.

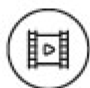
Y dentro de esas mujeres que estuvieron solas, o casi solas, durante años en un ecosistema concreto está ni más ni menos que Madonna, que a sus 64 años sigue dando lecciones y bofetadas. En 2022 se cumplieron treinta años de su rompedor disco *Erotica*, que se publicó junto a un libro —uno de esos *coffee table book*, libros de gran formato con tapa dura y diseño esmerado— llamado *S.E.X.*, en el

que por primera vez se mostraba un erotismo desde el punto de vista de una mujer y no de un hombre. Fue un bombazo en todos los sentidos, por la música y por las fotos explícitas y audaces. Hubo críticas feroces, lacerantes, la vilipendiaron de lo lindo, y todo eso sin redes sociales. Pero, pasados los años, todos tuvimos clara la trascendencia de aquel álbum y de aquella puesta en escena. Así que, consciente de la importancia que tuvo aquello en aquel 1992, la reina del pop acudió a su cuenta de Instagram para recordarle al mundo cómo fue aquella lapidación pública con este mensaje:

> Hace treinta años publiqué un libro llamado *S.E.X.* que incluía fotos de hombres besando a otros hombres, mujeres besando a mujeres y yo misma besando a todo el mundo. En él, también escribí sobre mis fantasías sexuales y compartí mi punto de vista sobre la sexualidad de forma irónica. Me pasé los años siguientes siendo entrevistada por gente estrecha de miras que intentaba avergonzarme por empoderarme como mujer. Me llamaron puta, bruja, hereje y diabólica. Ahora Cardi B canta sobre su coño, Kim Kardashian puede aparecer en cualquier portada enseñando el culo y Miley Cyrus puede correrse como una bola de demolición. De nada, perras.

Pues sí, Madonna, gracias.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Nomadland*. Chloé Zhao (2020)**

Ganó el Óscar a mejor película y a mejor directora.

Con Frances McDormand, una actriz que se ha salido de todos los clichés, con personajes asonantes, encarnando de manera nueva, con una voz propia, a una mujer real, que renuncia a todo, que es feliz en esa soledad. Hay tristeza por haber dejado amores y objetos, pero muestra una gran y natural aceptación de la vida, del paso del

tiempo, de la fugacidad, de la finitud.

La película es interesante, sí, en ese aspecto de la soledad. Pero lo que yo recomiendo de veras es el libro en el que está basada, *País nómada*, de Jessica Bruder, un ensayo excepcional editado por Capitán Swing, que entra a matar de verdad en algo a lo que la película ni se acerca: la brutalidad de los almacenes de Amazon en Nevada, donde hay dispensadores de analgésicos gratuitos, donde muchas de las trabajadoras sobrepasan los 80 años porque sus pensiones no cubren los gastos que les supone vivir. El libro relata la vida penosísima de los «perdedores del capitalismo». La película es suavísima, no entra en esa guerra. Por eso ganó el Óscar, supongo.

SERIES

***After live*. Ricky Gervais (2019)**

Es británica y es deliciosa. Humor negro, ternura, de la mano del gran Ricky Gervais, que la dirige, la escribe, la produce y la protagoniza. Habla de soledades distintas: la que te llega tras la muerte de un ser querido, la que tienes de fábrica por ser un paria. Y habla también de cómo cuando dos personas solas comparten sus cuitas, la soledad es menos áspera.

Y dos más para no perderse, ambas estadounidenses: *Mare of Eastown* y *Heridas abiertas*.

Y otras dos: *Hierro* y *Happy Valley*, española la primera, británica la segunda. En ambas hay mujeres profesionales protagonistas y decididamente solas por convicción. O al menos no hay un drama en la soledad.



QUÉ ESCUCHAR

***Flowers*. Miley Cyrus (2023)**

La cantante pop sacó la canción dos años después de divorciarse del actor Liam Hemsworth tras una relación de

diez años, casi al mismo tiempo, por cierto, que Shakira. Pronto se convirtió en un himno, un homenaje a una misma, un canto al amor propio. Habla de que te puedes regalar flores, escribir tu propio nombre en la arena, hablar contigo misma, ver cosas que el otro no puede entender, no esperar a que el otro te saque a bailar, cogerte de la mano a ti misma e incluso amarte mejor de lo que él te puede amar.

Un tributo por todo lo alto a la soledad bien pactada, que gustó mucho a sus seguidoras veinteañeras… y no tan veinteañeras. Es tan aspiracional…

***Porque te vas*. Jeanette (1974)**

Cincuenta años antes que Miley, en 1974, el cantautor José Luis Perales escribió *Porque te vas*. Que, por cierto, es un *porque* causal, no interrogativo: «*porque* te vas, me pasa esto», no «*¿por qué* te vas?», como parecía preguntar Jeannete, la cantante que hizo célebre esta canción, incorporada a la banda sonora de *Cría cuervos* de Carlos Saura.

Evidentemente, la melodía debió sonar durante muchos años más porque yo, que cuando se lanzó no había tomado ni la comunión, la recuerdo perfectamente.

***Autosuficiencia*. Parálisis Permanente (1984)**

Y aquí una rareza total, una canción horrorosa a mi juicio, que me trae Pepe Murgadas, pese a conocerme intensamente. Es una pieza de *punk* de los ochenta que ninguna de vosotras habréis oído, ni falta que os ha hecho. Pero, según Murgadas, la canción, que es así como de coña, se quedó y aún la ponen en algunos *remembers*.

5
La maternidad, la no maternidad

Le habría dicho a mi madre: vete, mamá, vete. Obedece la orden de tu conciencia, respeta sobre todo tu dignidad, madre, sé fuerte, resiste lejos, en la vida, trabajando, luchando. Mantente lejos de nosotros, sabremos valorar tu sacrificio de hoy, ahórranos el espectáculo de tu lento deterioro, de esta agonía que sientes de forma inevitable.

Sibilla Aleramo, *Una mujer*.

Los psiquiatras infantiles descubren continuamente nuevas responsabilidades con respecto al hijo que solo incumben a la madre.

Élisabeth Badinter, *La mujer y la madre*.

Soy el reflejo de la poesía secreta de mi madre, así como de sus iras ocultas.

Audre Lorde, ensayista y poeta afroamericana.

El arrepentimiento se utiliza como una amenaza para obligar a las recalcitrantes a la maternidad, incluso cuando el aborto no supone un problema. Pero nadie parece contemplar que, a la inversa, una mujer pueda arrepentirse de haber traído

al mundo uno o dos hijos.

ORNA DONATH, *Madres arrepentidas*.

Hace solo cuarenta y cinco años que se legalizaron en España los anticonceptivos. Desde 1941 hasta 1978 estuvieron proscritos. No solo era ilegal su venta, que por supuesto, también la exposición pública y la divulgación de información sobre cualquiera de los métodos. Y el aborto, vamos a recordarlo por si acaso alguien no lo tiene ahora mismo en la cabeza, no se despenalizó hasta 1985, cuando ya llevábamos varios años de democracia. Estos logros fueron revolucionarios, no hace falta resaltarlo. Y esta generación protagonista de este libro, en aquel año fabuloso de despenalización, estaba en la veintena, esa edad fértil, ese momento vital en el que tantas cosas pueden empezar. Podemos decir que fuimos, con el ejemplo que contaba en el primer capítulo, la primera generación que pudo abortar sin tropiezos, sin oscuridades, con traumas quizá, pero sin la espada de Damocles del delito encima de las cabezas.

Contaba Elena Arnedo, ginecóloga, escritora, política y activista por los derechos de las mujeres (nació en 1941 y falleció en 2015), que en cuanto decidió estudiar Medicina tuvo claro que iba a dedicarse a ayudar a las mujeres. Y se decantó por la especialidad de ginecología en general y la contracepción en particular. Tuvo claro de inmediato que la cosa más urgente era que las mujeres pudieran controlar sus embarazos, porque si no, no había ni libertad, ni trabajo, ni nada de nada:

> ¿Por qué me preocupó y por qué me dediqué? Porque lo había vivido en mi carne, por mí misma, por mi experiencia. Por no encontrar solución, por buscarla y por tener un montón de problemas que tuve con este tema, como casi todas las mujeres de mi edad, supongo. Me casé muy joven, tuve novio muy joven, era una chica progre para aquellos tiempos. Entonces aquello era una odisea, claro, conseguir esos métodos anticonceptivos. Y en cuanto pude, me entró el nervio con este asunto, y dije: «Este tema de que las mujeres puedan controlar

> sus embarazos me parece absolutamente fundamental». Y empecé muy pronto, después de terminar la carrera, 1969, a ver a otras mujeres, a darle vueltas al tema, a entrar en contacto con la IPPF de Londres que nos suministraba cosas, a leer todo el movimiento que hubo en Francia de planificación familiar.

He querido recuperar estas palabras de Elena (que figuran en la recopilación *Memorias de vida y prácticas sanitarias en España durante el franquismo y la transición democrática*, que la Universidad de Granada publicó en 2015) porque pienso mucho en todas las mujeres que me precedieron y que pensaron por mí. Sin ellas, tantas cosas no habrían sido posibles. Para que quede claro que no puede haber un feminismo sano, consecuente, efectivo, que no se ocupe también de lo maternal.

LAS MADRES OMNIPRESENTES, LAS MADRES MEDIO AUSENTES, LAS MADRES PLASTAS

Cuando en 2006 llegó a mi vida mi hija Carlota yo sabía ya que no iba a ser una madre abnegada, ni amantísima, ni dedicada de pleno, ni quisquillosa, ni juguetona. Sabía que Carlota iba a tener que hacerse a una madre que no estaba dispuesta a renunciar a casi nada por ser madre. Dentro de un orden, claro, que a la niña nunca le faltó de nada y su padre suplió mis carencias, si es que las tuve, con creces. Amigas de mi edad con hijos habían llevado a cabo maternidades tan distintas las unas de las otras que estaba claro que ya no íbamos todas a una, que se había roto para siempre la uniformidad, que no nos íbamos a parecer a nuestras madres monolíticas. En general, habíamos elegido parejas-padres —los señores que ahora están en los sesenta, también— que tenían claro que iban a ejercer como tales. Nosotras trabajábamos, salíamos, viajábamos y teníamos una vida propia que no estábamos dispuestas a olvidar. Y la tarea, pues, iba a ser conjunta, a la par, en total igualdad de condiciones.

Esa seguridad a veces se resquebrajaba un poco. Por comentarios, por momentos clave, por presiones de todo

tipo que aún estaban en el aire. Mis colegas y yo, las madres *egoístas*, intentábamos obviarlos, pero ahí estaban. Me perseguía una frase de la escritora Doris Lessing con la que me sentía, muy a mi pesar, y no sin culpa, muy identificada: «No hay nada más aburrido para una mujer inteligente que pasar un tiempo interminable con niños pequeños». He de reconocer que Lessing tiene otra frase, esa que citaba en un capítulo anterior, «La maternidad es el Himalaya del tedio», con la que no conecto del todo, porque yo me lo he pasado, me lo sigo pasando francamente bien con mi hija Carlota. Quizá por ese desapego que me caracteriza, no lo sé.

El caso es que yo andaba en esas ambivalencias maternales y entonces apareció otra mujer pionera, la filósofa feminista francesa Élisabeth Badinter (1945) con su libro *La mujer y la madre*. Carlota tenía entonces cinco años, yo trabajaba como redactora jefa de un periódico y tenía un horario bastante incompatible con la maternidad, entendida como se entiende. Por ejemplo, yo no podía poner a dormir a mi hija entre semana ninguna noche, ni podía darle de cenar o bañarla porque los horarios de cierre del periódico me lo impedían. Además, viajaba a menudo a una ciudad distinta a la mía, lo que hacía aún más alambicado el asunto. Veía a mi alrededor a otras madres más entregadas, más entusiastas con su papel, que se sabían los percentiles y asistían como un clavo a las reuniones del cole, incluso a las de la guardería.

Muchas eran más jóvenes que yo, e incluso tenían más hijos y mayores que la mía, porque se habían incorporado antes a la maternidad. Y eran ellas, estas madres entregadas, las que protagonizaban el libro revelador de la Badinter. Hablaba del nuevo naturalismo. ¿Así que era eso lo que yo veía y no reconocía como de los tiempos del momento? ¿Era eso lo que me sonaba a pretérito? Se refería a un conjunto de tendencias que «en los últimos años devinieron mandatos y que apuntan a reconectar a la mujer con la naturaleza animal de la que desde hace varias décadas se viene separando: evitar a toda costa la cesárea,

amamantar a libre demanda, practicar el colecho, dormir en la misma cama con el bebé o el niño pequeño durante varios años, lo que se conoce como “crianza con apego” (un sistema con varios principios entre los cuales el contacto materno el mayor tiempo posible es uno de los centrales), volver a los pañales de tela, no comprar papillas ni alimentos prefabricados para bebés y cocinarles todo en casa». Eso decía, y cuestionaba, Badinter. Y eso me reconcilió con mi visión más individualista.

He hablado de este asunto con mujeres como Elvira Lindo o Ángeles González Sinde. O con Isabel Coixet o Montse Domínguez, por citar solo algunas con las que me siento identificada en sus modelos maternales. Mujeres de esta generación que nunca abandonaron sus pasiones, sus inquietudes o sus quehaceres mientras criaban a niños estupendos, por cierto. Mujeres que no creían, que no creemos en esa idea de que la maternidad debe ser al cien por cien o no ser. Creemos más en esa tradición de la maternidad francesa, que celebra el arquetipo de la madre mediocre. Y como destaca Badinter, «los arquetipos que santifican a las madres perfectas están lejos de ser inofensivos porque al tiempo que legitiman ciertas maternidades deslegitiman otras: las no biológicas, las de las mujeres que quieren o necesitan trabajar, las de las lesbianas, las de las que quieren seguir saliendo a bailar».

Otro de los asuntos que une a la generación de mujeres que rondan los sesenta es el de la ambivalencia de la maternidad. Frente a los cánones, frente al surgimiento de un discurso ungido con el velo de la modernidad y de la moral, que lleva el nombre de naturalismo, como dijo Badinter, frente a esta ideología que pretendía volver al modelo tradicional, con la excusa de reconciliarse con la naturaleza y regresar a los fundamentos cuyo pilar sería el instinto maternal, de pronto nosotras teníamos tres posibilidades: adherirnos, negarnos o negociar.

Leía en el libro de Badinter palabras que estaban pidiendo ser gritadas. Por ejemplo, que el deseo de hijos no es constante ni universal. Y que «algunas quieren, otras ya

no quieren y finalmente hay otras que no han querido nunca desde que existe la posibilidad de escoger». También que se acabó hablar de instintos o de deseo universal: «Son raras las mujeres que lo reconocen, pero hay algunas que sí, que concluyen que engendramos hijos por amor, por aburrimiento o por miedo a la muerte. Hay quienes no reconocerán jamás que no lo consiguen y que su experiencia maternal es un fracaso. En nuestra sociedad no hay nada más indecible que esa confesión». Insisto mucho en este libro, que recomiendo a madres abrumadas, con conflictos interiores. Dice Badinter que reconocer que una se ha equivocado, que no estaba hecha para ser madre y que ha obtenido de ellos pocas satisfacciones podía convertir a las mujeres en una especie de monstruo irresponsable. «Y, sin embargo, hay tantos hijos no queridos, maleducados y abandonados a su suerte en todas las clases sociales que prueban esta realidad…», concluía.

Creo que estas líneas representan bastante a muchas protagonistas de este libro. Decidieron ser madres o no serlo, decidieron cuándo y cómo y por qué y dónde y con quién. Lo quisieron de veras o lo rechazaron de veras, y en los dos casos siguieron con su vida sin problemas. Hay madres solteras o separadas cuando aún no lo hacía casi nadie, que dinamitaron las reglas. Hay en este grupo mujeres posmodernas: tan felices solas o en compañía de amigos como en pareja. Mujeres con ambiciones que casan mal con los objetivos del matrimonio y la vida en familia. Y también mujeres neotradicionales, madres de dos hijos, por ejemplo.

Es una generación con denominadores comunes, y una de ellas fue la de liberarse de la tutela emocional (y no solo emocional, también económica, social, institucional). Cuando arrancó la idea de este libro, con el *leit motiv* que mi editora Pilar me pidió, yo me vine arriba. Me creí que, como mi entorno y yo teníamos privilegios occidentales, blancos, intelectuales, de clase media, todo era oro molido. Pero entonces llegaron textos como *El corsé invisible. Manifiesto para una nueva mujer*, de Eliette Abécassis y

Caroline Bougrand, en el que se cuenta otra realidad, dentro de la nuestra, «una opresión devastadora que sin embargo pasa desapercibida, a la que se ve sometida la mujer en la sociedad moderna».

El libro, tremendamente lúcido, habla de las dos vidas que llevamos al mismo tiempo, una de hombre y otra de mujer: «deben ser madres entregadas, profesionales intachables, amas de casa perfectas. Aterrorizadas por las arrugas y constantemente a dieta, les está prohibido envejecer. Sin tiempo para sí mismas ni para su pareja, se encuentran al borde del divorcio. Todo ello bajo la insoportable presión social de que no son nunca lo bastante delgadas, bellas, buenas madres, buenas esposas. La mujer moderna se ha querido liberar, pero se encuentra "esclavizada", presa de nuevo en un corsé, esta vez invisible».

¿Es cierto esto? ¿No habíamos conseguido por fin salir al aire y desembarazarnos? ¿No tuvimos la audacia de destacar lo absurdo que era hacer de la maternidad una profesión a tiempo completo? ¿No fuimos las primeras en preocuparnos por la vida, por las relaciones concretas entre nosotras y los demás, «más capaces de reparar que de cortar, de proteger que de castigar, de aportar a la humanidad una dulzura y una compasión que renuevan la moral social»?, como dijo la profesora de Sociología Alice Rossi. Pues parece que cabe todo, que esa diversidad de mujeres, de madres, de profesionales, convive bien con diagnósticos vitales precisos.

Yo, como la escritora Deborah Levy, hay *Cosas que no quiero saber*. Ese es el título de un libro revelador del que quiero compartir una reflexión un tanto apocalíptica, con la que seguro que muchas estáis de acuerdo: «Ahora que nos habíamos convertido en madres todas éramos sombras de lo que fuimos, perseguidas por las mujeres que éramos antes de tener hijos. En realidad no sabíamos qué hacer con ella, con esa joven fiera, independiente, que nos seguía por ahí gritando y señalando con el dedo mientras empujábamos los cochecitos infantiles bajo la lluvia inglesa».

Enlaza este asunto con ese otro del que hablaba Badinter, el del nuevo naturalismo, a las que ya se unieron algunas madres de esta generación que ronda los sesenta, pero que abrazaron sin remilgos buena parte de las madres de la siguiente, y de la siguiente. Decía Badinter que el bebé era el nuevo patriarcado, que en el momento en que las mujeres occidentales consiguieron por fin desembarazarse del patriarcado se encontraron con un nuevo amo en casa. «Esta dulce tiranía de las obligaciones maternas no es nueva, pero se ha acentuado considerablemente con el regreso devastador del naturalismo».

Un maternalismo que no generó ni matriarcado ni igualdad de sexos, «sino más bien una regresión de la condición de las mujeres. En este cambio radical del modelo maternal los hombres no han necesitado mover ni un dedo. Es el inocente bebé, a pesar suyo, quien se ha convertido en el mejor aliado de la dominación masculina». Badinter habla de esos padres nutricios, denominados a veces «papá gallina», que jugaron un papel fundamental en el movimiento de liberación de las mujeres. «Algunos de esos padres se declararon confundidos cuando, después de divorciarse, sus esposas no quisieron oír hablar de cederles la custodia del hijo ni la custodia compartida cuando se instauró en 2002».

Entonces, ¿qué? ¿Dónde estamos exactamente? ¿Qué madres hemos sido? Nuestros hijos, algunos en la veintena, ¿qué infancia tuvieron? ¿Se puede generalizar? Nosotras fuimos esas hijas que cuando en el colegio nos preguntaban por la profesión de nuestras madres poníamos «ama de casa», o ese otro concepto horroroso —que seguro que salió de la cabeza de un hombre— que decía «sus labores». Y nuestros hijos, también como concepto, tuvieron todas las opciones del mundo, todas las profesiones, todas las disciplinas. Nuestros hijos, que quizá de niños quisieron tener madres pendientes, madres que solo los tuvieran a ellos como fin y principio, madres que no miraran a ningún otro lado, de mayores se sienten satisfechos de que tengamos, de que hayamos tenido una vida propia,

interesante, fructífera. Están contentos de que tengamos sueños, de que los persiguiéramos, están contentos de poder hablar en horizontal con nosotras, de compartir confidencias y, sobre todo, de que los dejemos bastante en paz, porque nosotras ya tenemos lo nuestro.

¿Contra los hijos?

Voy a hablar por mí. Mi hija, con casi 18 años, es bastante independiente emocional y yo estoy bastante enamorada de ella, desde que llegó a mi vida. Tenía meses cuando la adoptamos en Etiopía, y nunca, nunca, nunca hemos tenido una sola controversia importante. Ni con su educación, ni con el asunto adopción, ni con la recepción social por su raza. Creo que lo más duro de todo fue domar su pelo, la verdad. Qué lástima que el libro *No me toques el pelo*, publicado cuando estaba terminando este libro, que cuenta cómo el cabello afro tiene una vida propia, una razón de ser, que las occidentales blancas no entendemos, me llegara tan tarde, cuando Carlota ya hace años que se arreglaba sola su precioso pelo negro, con trenzas, con cuidados específicos. De niña era un drama el desenredado: nadie me había enseñado y yo no estuve lo suficientemente pendiente, lo suficientemente alerta de lo que había por ahí sobre ese tema. Tenía que haber preguntado más, investigado más. Mi niña y yo nos habríamos ahorrado horas desasosegantes. Ella no habría pronunciado nunca frases para la historia, como la que me dijo un día, con apenas cinco años, tras una hora y pico de pasar el peine mechón a mechón, llantos y amenazas incluidas: «Este es el peor día de mi vida».

Contaba esto como anécdota, que siempre son muy significativas. Y la contaba para desmontar mitos, por si acaso alguna joven futura madre está leyendo este libro: no pasa nada, queridas, los hijos los puedes incorporar a tu vida, no hace falta mucho más que alimento, cobijo, aliento y amor sólido, y eso se lo puedes dar mientras lees la última novela de tu autora favorita, a ratitos, con interrupciones,

claro, pero sin grandes tragedias. Y también para las angustiosas madres que están esperando la adopción y que llevan años escuchando dramas relacionados con niños que traen mochilas llenas de piedras afiladas. No necesariamente, queridas, no siempre. De hecho, por la experiencia de otras parejas que también optaron por esa maternidad, os diría que son tan insignificantes los casos, que no merece la pena ni cuantificarlos.

En un libro de título impactante, *Contra los hijos*, Lina Meruane analiza con cierto sentido del humor este asunto maternal. Y lanza preguntas como dardos sobre qué ha sucedido. Merece la pena que las traiga todas:

- ¿No nos habíamos liberado las mujeres de la condena o de la cadena de los hijos que nos imponía la sociedad?
- ¿No habíamos dejado de procrear con tanto ahínco?
- ¿No conseguimos estudiar carreras y oficios que nos hicieron independientes?
- ¿No logramos salir y entrar del cerco doméstico dejando atrás las culpas?
- ¿No habíamos logrado que los progenitores asumieran una paternidad consecuente?
- ¿No dejamos de tolerar infelices arreglos de pareja?
- ¿Acaso no es cierto que son las mujeres quienes, en una aplastante mayoría, piden ahora el divorcio y lo consiguen?
- ¿No logramos la custodia compartida?
- ¿No pudimos decidir cómo criar a los hijos?
- ¿No les pusimos límites?
- ¿Qué los transformó en los invencibles dictadores que ahora son? ¿En clientes a los que hay que satisfacer con multitud de regalos? ¿En ejecutores enanos de un imperativo de servicio doméstico que continúa más vivo y coleando que nunca?

Me gustan los enunciados porque creo que reflejan bien a las mujeres de esta generación nacida en los sesenta. Cuentan bien las inquietudes y los altibajos, los aciertos, las

caídas, y nos invitan a no bajar la guardia porque «a cada logro feminista ha seguido un retroceso, a cada golpe femenino un contragolpe social destinado a domar los impulsos centrífugos de la liberación». Recuerda Meruane que el viejo ideal del «deber ser» de la mujer no se bate fácilmente en retirada, que «solapadamente regresa o vuelve a reproducirse tomando nuevas formas», y que las «viejas feministas levantaron la idea, sin duda revolucionaria, de que la maternidad estaba bajo menos influencia de las hormonas que de la construcción cultural de la maternidad». ¿Desde cuándo poseer un talento o tener una aptitud obliga a desarrollarla?, se pregunta la autora sobre la maternidad.

Hay algo que no se cuenta lo suficiente y que nos atañe a las mujeres de esta generación que somos madres de hijos de diferentes edades. Da igual lo mayores que sean, da igual que estén ya en la universidad, casados, con hijos: de ser madre una no se apea nunca. Incluso si pierdes un hijo, esa catástrofe vital inconcebible para la que ni siquiera hay un término y que te debe dejar para siempre en un no lugar, eres madre. No se abandona ese estado jamás, una vez lo inauguras. Por eso, porque es algo tan largo, tan para siempre, siempre he creído que la maternidad ha de ser pensadísima y queridísima. Por eso, cuando muchachas jóvenes lanzan sus dudas sobre sus deseos o no deseos maternales, siempre les digo lo mismo: ten hijos solo si lo deseas como nada en el mundo. Y si no, no pasa nada, no puedes tener hijos por si un día te arrepientes. Aunque parezca que todo te lleva ahí, es mentira. En el libro *Brujas*, Mona Chollet hace una reflexión interesante sobre esta cuestión: «En definitiva, tal y como están las cosas, un único tipo de mujer puede vivir con una total tranquilidad de espíritu aunando la armonía consigo misma y la aprobación de la sociedad: la que tiene uno o más hijos, que ha deseado tener, se siente enriquecida por la experiencia y no debe pagar un precio demasiado elevado por ella, sea gracias a una holgada situación económica o a cualquier otra cosa».

En 2022 mi compañera periodista Begoña Gómez llegó con ese libro arrollador del que hablaba al principio, *Las abandonadoras*, que pone el foco en lo terriblemente mal que ha tratado el mundo a las mujeres que se han atrevido a largarse y dejar a sus retoños a cargo de otros, y lo insólitamente bien que ha tratado a los hombres que han hecho lo mismo. En eso coincide con Meruane, que señala bien a esas mujeres que pudieron escribir y relucir porque se abstuvieron de tener hijos, o porque abortaron, o porque cuando tuvieron hijos y les estorbaron decidieron abandonarlos «siguiendo el ejemplo de sus pares masculinos». Aunque la vida no fue justa con ellas, por ejemplo, con Muriel Spark, mientras que nunca se miró mal a un Rilke, a un Neruda, a un Fuentes, a un Sábato. Ellos dejaron de lado a los hijos para centrarse en sus carreras, o en sus crisis existenciales.

Hay un interesante documental, *Ingrid Bergman, retrato de familia* (2015), sobre la actriz sueca. Un retrato íntimo, que atiende, más allá de su carrera como intérprete, a su papel como madre abandonadora. Es curioso que el titular que leo sobre la emisión del documental sea «Una madre luminosa, pero ausente». En la pieza, gracias al material que entrega al director su hija Isabella Rosellini, se cuenta cómo Ingrid fue una madre distante, muy centrada en su pasión por el cine y por sus propias pasiones. Con cuatro hijos, no hubo demasiada conciliación, al parecer. La pregunta es: ¿habría pasado a la historia cinematográfica, habría gozado de la vida plena, si no hubiera vivido fuera de las normas, si se hubiera dejado llevar por las críticas que le cayeron por sus ideas sobre la familia? En el documental, sus cuatro hijos, con una Pía especialmente dolida, explican que su madre siempre siguió su rumbo y no dudó en dejarlos atrás «para vivir sus historias de amor o para entregar por completo la custodia de sus hijos a sus exmaridos y continuar con su vida profesional y su libertad».

Si Rosellini o cualquier otro prohombre hubiese hecho lo mismo, que lo hicieron, jamás habría sido cuestionado. Me pregunto ahora si las madres abandonadoras, creadoras, científicas, profesionales de diferentes disciplinas, habrían tenido la carrera que tuvieron si se hubieran quedado en sus casas, cercenando sus aspiraciones. Todo lo que queráis saber sobre este asunto está en el libro que os digo de Gómez. Es un trabajo de relumbrón.

LAS MADRES QUE SOMOS PARA EL AUDIOVISUAL

¿Cómo cuenta la tele, el cine, el audiovisual en general, el mundo maternal? ¿Tratan bien a las madres? ¿Nos entienden? ¿Nos han representado con todos los matices que tenemos? ¿Nos han hecho flacos favores? La ficción está llena de madres mal, madres bien, madres ausentes, madres crueles, madrastras, madres perfectas, madres abnegadas, madres asfixiantes, madres tóxicas, madres abandonadoras, como contaba antes.

Begoña Gómez, madre en la mitad de los 40 de dos niños de corta edad, tiene hacia esas mujeres una mirada más amable, más amplia, más conmiserativa que el mundo en general. Hicimos un programa en la radio, en la Cadena Ser, sobre cómo la ficción audiovisual había recogido a las madres. María Guerra, madre bordeando los 60 de dos hijas veinteañeras, se unió a la charla y entre las tres, con perspectivas y experiencias distintas, trazamos un relato que creo que fue interesante. Hablamos de las madres bien, las madres mal, las madres mal-bien (que nos espantan), las madres imperfectas que la televisión y el cine nos han contado. Recordamos una escena de la serie *Secretos de un matrimonio*, de Ingmar Bergman, de la que hablaba en un capítulo anterior, estrenada en 1973. Allí, una paciente que debía rondar los 60 años, acude a la consulta de Marianne, la protagonista. Hastiada, sombría, le cuenta:

> Y con respecto a mis hijos, nunca los he querido, ahora lo sé. Creo que he sido una buena madre, pero nunca he sentido nada

por ellos. Seguro que usted está pensando: «Qué mujer tan caprichosa». Puede ser. Voy por la vida dando una imagen que no se corresponde con la realidad. Mi marido y yo no hemos hecho otra cosa que anularnos y ya no quiero vivir así.

Es una atrevidísima frase —incluso para el público europeo, blanco y un tanto avanzado al que iba dirigido— que nos sirvió para entrar de lleno en el tema: ¿cómo han contado la tele, el cine y ahora las plataformas el mundo maternal?

Hablamos de madres que NO, como la Meryl Streep de la película *Agosto*, de John Wells, que nos muestra una madre imposible de soportar, culpable de todos los males de la familia. Una madre mayor, compleja, tóxica en realidad. Está la madre joven, soltera, un poco loquita, pero adorable de esa serie dulce que es *Las chicas de Gilmore.* Hablamos de la madre que querríamos ser las mujeres de nuestra generación, que se parece bastante a esa madre inusual, que a mí me gusta horrores, que es Jean, la madre de Otis, el joven protagonista de la serie *Sex education*, y que interpreta esa diosa que es Gillian Anderson. Jean es terapeuta sexual, y la madre perfecta en realidad. Pendiente lo justo, sabe pasar cuando hay que pasar, pero estar presente cuando se ha de estar. El hijo adolescente no tiene duda alguna del amor de la madre, se siente seguro y sabe que podrá contar con ella siempre, pese a que no tiene nada que ver con las madres de sus amigos. Y ella está camino de los 60, en la ficción y en la realidad.

¿Con qué tipos de madres de ficción hemos madurado? Para Guerra, amiga con la que comparto, además de profesión, una manera similar de concebir la maternidad, «el cine es un espejo maligno, un referente de maternidades entregadas a las que considero causantes del complejo de culpa que hemos arrastrado las mujeres de mi generación, que nos sentimos felices y culpables por trabajar y ser económicamente independientes. Yo considero que me he echado a la espalda las responsabilidades del trabajo y de la maternidad. Esa ha sido mi mayor batalla: desprenderme de los referentes tóxicos que el cine nos ha regalado. En el *top*

ten de la toxicidad pongo a la madre de *Mujercitas*, una santa en vida que no satisface jamás sus propias necesidades y siempre está al servicio de los demás. Pido un exorcismo colectivo para sacar ese arquetipo de nuestras vidas».

Además de esta mamá, tuvimos a la madre colocada en la picota de *Kramer contra Kramer*, a la Sarah Connor de *Terminator*, una «madre abnegada *pop*. Mucha broma con sus armas y tal, pero lo que subyace es una misión sagrada que se convierte en un lastre colectivo. Morir o matar por tus hijos no es un mantra deseable», me cuenta Guerra. Ni en cien años pensando habría llegado yo a esa reflexión. No hay nada como tener amigas más listas que tú. Hemos tenido por supuesto a las tradicionales de Disney, con *Bambi*, con *Dumbo*. «Las odio —dice Guerra—. Casi siempre están muertas para que sus hijas huérfanas puedan protagonizar una horrenda historia de búsqueda del príncipe azul. No quiero ser la madre de Bambi, ni la de Dumbo».

Afortunadamente, la animación se ha puesto las pilas y ha hecho un poco de justicia poética con las madres saludables de Pixar, de *Los increíbles*, por ejemplo, o *Del revés*. Y la generación de mi hija ya crece con ellas en la retina.

Y luego estaban las madres sanas, como Morticia Adams o la de *Forrest Gump*, que eran mamás que amaban pero que aceptaban que sus hijas e hijos fueran singulares. Por supuesto no han podido faltar las culpables, porque la culpa siempre es la de la madre. Lo vemos en todos los documentales de psicópatas, por ejemplo, donde más pronto que tarde habrá una voz en *off* que venga a decir algo así como «es un asesino en serie porque su madre de pequeño no lo abrazó». Y así, con ese reduccionismo, se explica toda la maldad, toda la sinrazón del tipo en cuestión. Que siempre suele ser un hombre, claro. O por supuesto, si la niña desaparece, la culpa también es de la madre, como lo que nos contaron en todos los reportajes sobre el caso de Madeleine McCann.

Cuando la cantante Rigoberta Bandini sacó el año pasado *Ay mamá*, que se convirtió rápidamente en un himno, yo di un respingo. De gusto y de sorpresa. Me sentí parte de la canción en muchas cosas, como hija a veces, como madre otras, me sentí interpelada y pregunté a mujeres de mi edad, más o menos, unos años arriba o abajo, si les pasaba lo mismo. ¿Quedaban madres de caldo en la nevera como símbolo? ¿Por qué resultaba tan conmovedora la letra de la canción? ¿Por qué todas entendimos lo que nos estaba diciendo Rigoberta con esa canción homenaje a las madres de otra generación, con ese himno feminista hecho y derecho?

El contenido de las charlas que tuve con mis coetáneas fue jugoso. Lo plasmé en un artículo para el *SModa*, de *El País*, que se tituló «Las madres que ya no tenemos caldo en la nevera: cómo la crianza emocional ha ido ganando terreno». Alguna tecla inesperada debí tocar porque el artículo fue el más leído del mes: estábamos todas ahí, en esas madres sin caldo en la nevera. Llegué a la conclusión de que ese tipo de madres ya no existe, al menos como colectivo, como un grupo compacto que al unísono trasteaba todo el día del mercado a los fogones con sus delantales y su plena disposición. El caldo como símbolo de madre entregada, pendiente, hacendosa, dedicada a su casa, a sus hijos, alimentándolos. Esas madres que nos dan tápers cuando vamos a comer, años después de que nos hayamos independizado. Esas madres que nos preparaban platos de cuchara, que nos preguntan aún si hemos comido, qué hemos comido, o si hace frío en el lugar en el que estamos. Esas madres que lo dejaron todo, que lo aparcaron todo y que decidieron que su vida éramos nosotras y nuestros universos. Yo tengo una madre así. Su tortilla de patatas, su caldito, sus natillas, su paella, sus sábanas planchadas, la ropa doblada en el cajón, su merienda lista, sus tostadas untadas ya, su atención plena es todo lo que Carlota nunca tendrá de mí. Tendrá otras cosas, claro, pero eso no.

Definitivamente, las madres de ahora ya no somos ellas, ya no estamos dedicadas al ámbito familiar en cuerpo y alma.

LAS MADRES QUE SOMOS EN LOS LIBROS AHORA

Sofía Andréyevna, la mujer del Tolstói para el mundo entero, escribió en su diario cuando ya había parido a cuatro de los trece hijos que tuvo, que «con cada nuevo hijo una sacrifica un poco más de la vida y acepta una carga aún más pesada de ansiedades y enfermedades», que es una frase anticonceptiva de manual, me parece a mí.

La literatura está plagada de madres y de maternidades que cuentan con muchas páginas lo que Bandini resumió en un par de estrofas, y lo que Sofía describió ya en el siglo XIX. Y dentro de ese tipo de literatura está la matrofóbica, que ya es un género en sí mismo que nos ha dado relatos estupendos y desconcertantes, y desoladores, sobre este gran asunto. Hay libros impagables, como *El nudo materno*, de Jane Lazarre, que nunca me cansaré de recomendar. En él, la autora confronta el mito de la buena madre con un autorretrato íntimo y visceral de su maternidad. Y que no se nos pase la novela *Apegos feroces*, de Vivian Gornick. Pocas veces en la literatura se ha retratado de manera tan humana, vital y honesta la relación entre una madre y su hija. Una historia llena de reproches, recuerdos y complicidades entre ambas. La madre es una mujer que dedica toda su energía al cuidado de su familia, que coloca el amor en el centro de su existencia y renuncia a cualquier otro ideal. Eso marcará la vida de la hija, la propia Vivian, que quiere apartarse de ese modelo de mujer, de madre. La novela *El club de los mentirosos*, de Mary Karr, también formaría parte del canon. O *La mujer helada*, de Annie Ernaux, que es un libro-estilete como pocos.

Hay también una literatura médica que nos interpela, como la del citado libro de Carme Valls, en el que la autora cuenta que, a diferencia de nuestras madres, las mujeres de esta generación de la que estamos hablando, «ha estudiado,

ha leído, se ha escolarizado, no hay analfabetismo. Hay un cambio importante. Ellas se guiaban solo por su experiencia». Pero, me relata Valls, precisamente porque ahora podemos conocer, no se acatan ya los mandatos de género, y buscamos algo diferente, y podemos ser libres. Eso sí, vivimos con más angustia respecto a la vida en general, a la contradicción entre las expectativas de la vida. «Y al entrar en los 60 tenemos un chasis que rechina, que seguro que nuestras madres tenían también, pero encomendaban a Dios sus sufrimientos. Ahora hay una búsqueda de esta paz interior y se engañan con otras religiones, con el cuidado del cuerpo, una alimentación obsesiva, unas características globales», me explica.

Las madres angustiadas de ahora

Llegamos ahora a una parte del relato más controvertido, que creo que solo estamos percibiendo las de esta generación. Tengo la sensación de que en el asunto de las maternidades hay una especie de escisión entre las mujeres de esta generación nuestra y la que tiene 30-40 años. Leí a Virginia Despentes, en su *Teoría King Kong*, que la maternidad se ha convertido en el aspecto más glorificado de la condición femenina y, la verdad, me asusta un poco. Frente a nuestra naturalidad a la hora de tenerlos, está la de algunas jóvenes treintañeras, o cuarentañeras, primerizas algunas que, me van a disculpar, pero parece que han descubierto «un poco» la maternidad. Nunca se había hablado tanto de ella, nunca había sido tan detallada en todos los órdenes. Conversando con Elvira Lindo y Ángeles González Sinde en un encuentro sobre mujeres en la cultura, saqué este tema.

Ángeles tenía 44 años en 2009, año en el que fue nombrada ministra de Cultura. Dos hijas pequeñas la esperaban en casa cada día cuando se puso al frente del ministerio. No se lo pensó, la crianza no la hizo dudar para aceptar el cargo. Elvira tuvo jovencísima a su hijo Miguel e inmediatamente se separó del padre del niño. Escribió

guiones, trabajó en la radio, lo sacó adelante… Escribió un libro delicioso, por cierto, con este tema de fondo: *Lo que me queda por vivir*, se tituló.

Yo recuerdo bien un momento antes de que llegara a mi vida mi hija Carlota. Las frases que recibí durante el tiempo de espera eran desoladoras. Ya verás, se te ha acabado la lectura, se te ha acabado dormir, y tu marido ya se puede despedir del deporte, uy el cine, calla, hace cuatro años que no vamos al cine, justo la edad que tiene el peque, yo no me puedo ni poner crema hidratante, tengo el tiempo justo de salir de la ducha…

Era curioso que toda esa retahíla de momentos catastróficos siempre concluía con una frase: «Pero es una experiencia maravillosa, ya verás, nadie debería perdérsela». ¿Perdón? ¿De verdad? No, hombre no. Una vida sin lecturas, sin dormir, sin cine o series, sin acicalamientos, no es una vida, hija mía. Es el apocalipsis.

Pero todo esto ha cambiado. Esta mirada, que no dejaba de ser una mirada androcéntrica, ha virado y eso está bien. Lo vivo con la alegría de ver que la vida es mucho más amplia, que las relaciones madres e hijas son mucho más amplias, que el espectro es mayor, más líquido, menos compartimentado. Hay una madre pasota y sarcástica, cercana a los 70 años, que es la protagonista de la serie *Hacks*. Uno de los momentos narrativos interesantes de la serie aborda este asunto donde la cómica protagonista, sin demasiada culpa, asume que se desentendió de la hija porque nada era más importante que su carrera.

Vuelvo a Elvira Lindo, concretamente a un artículo que causó cierto revuelo entre las mujeres que retrataba[1]. Mostraba Lindo su sorpresa, su hartazgo incluso, por la cantidad de relatos sobre partos y todo lo que de ellos se deriva, sobre mujeres abrumadas por la experiencia de ser madres, sobre mujeres «estafadas que reprochan al sistema que el mito maternal se les haya derrumbado como los pechos cuando deja de brotar la leche. Leo, en definitiva, relatos ensimismados sobre la experiencia, donde los

hombres nunca comparecen, como si no existieran (y los hay); tampoco aparecen las abuelas, que las hay, ni los abuelos (yo veo a muchos paseando criaturas); ni hermanas, ni amigas, ni canguros. Parece que la maternidad se reduce a una mujer aislada observando como una entomóloga su biología, un mirarse hacia dentro que lo convierte todo en fisiología».

Hablemos de la teta. Del colecho, de la crianza obsesiva. De la importancia que una nueva generación de madres le está dando al asunto, mirando por encima del hombro a las que deciden no seguir enganchando el pezón a un niño que ya come hamburguesas. O sencillamente a las que NO quieren dar de mamar al bebé, porque no les da la gana. Noto por parte de todas ellas una especie de exigencia, como si todo el sistema se tuviera que plegar a su querencia. Como si dar la teta fuera un derecho universal. Lindo coindice con Badinter en que «la teta ha adquirido un protagonismo insólito. La leche que sube, la grieta, el bebé que muerde y hiere el pezón. La leche a demanda. El niño que ya come jamón y sigue mamando. La madre que se resiste a favorecer la independencia».

Y tengo la sensación de que esto, como decía Badinter, es algo así como una involución. Hay cursos de lactancia durante el embarazo. Sin bebé, sin leche. A mí, como a Elvira, como a González Sinde, como a tantas colegas de esta generación con las que charlo sobre este tema, nos preocupa (y nos harta un poco) este delirio. Como dice Lindo, y como venía a decir también Badinter, «si no somos ya prisioneras de aquella forzosa cárcel de la domesticidad, ¿a qué viene esta insistencia en la crianza? Lo que los hijos esperan de nosotras, con el tiempo, es tener madres con las que poder conversar: de esta España que arde, del rearme, de los que murieron saltando la valla, de la amenaza climática. El relato de aquel parto con el que los trajimos al mundo queda atrás. Es algo que nos une, pero el amor se fortalece con la conversación mantenida a lo largo de los años».

Esa es la madre que quiero ser, la que soy, de hecho.

Cuando ya había dado por finiquitado este capítulo me topo con una crónica escrita por mi colega la periodista Lucía Taboada en el periódico digital *elDiario.es*[2]. Lo que cuenta viene tan al pelo que no puedo dejar de compartirlo. Lucía, 37 años, no tiene hijos ni deseo de tenerlos. «Hay mujeres para las que la perspectiva de parir es algo ajeno, irreal, imposible de visualizar; algo que se observa desde fuera con una especie de curiosidad antropológica, como un fenómeno apasionante pero completamente desconectado de su propio mundo y de su propio cuerpo. Algo que está ahí para otras», explica.

Venía a cuento todo esto porque volvía el debate del aborto, y se leían, contaba Taboada, muchos mensajes tratando de justificar a las mujeres que han abortado. «"Es un trámite dificilísimo", "ninguna mujer quiere pasar por eso", "es una decisión muy meditada, ninguna mujer la toma así porque sí", "ha abortado porque no puede permitirse ser madre", "mejorad las condiciones laborales y de vivienda y entonces subirá la natalidad". Aun siendo cierto todo lo anterior, el aborto sigue impregnado de justificaciones porque, ante la mirada ajena, necesita de una circunstancia sombría detrás para que se produzca. Y a veces no existe ese detonante profundo y duro, no hay un condicionante económico, no hay una agresión sexual o un trauma, no hay dolor ni desgarro. A veces, sencillamente, una mujer aborta porque no quiere ser madre».

He repetido esa frase siempre que me han preguntado por el aborto, en todo tipo de situaciones, porque creo que no se dice lo suficiente: a veces se aborta porque no se quiere ser madre y a mí no me parece que haya ninguna razón más poderosa que esa, más contundente, más incontestable. Y yo, que creo siempre que las cosas van mejor de lo que van, que considero que las jóvenes en edad fértil de ahora mismo, las que aún no han llegado a los 45, ya no reciben las presiones sobre la maternidad que se recibían antes, me topo de pronto con mujeres como Lucía, que me cuentan que no, que aún hoy romper con la maternidad sigue siendo difícil y más para ellas que para

ellos.

Siempre queda la idea de que, en algún momento del futuro, dice, «te arrepentirás, de que quedarás sola. "*Sola*": otro adjetivo que suena diferente en femenino que en masculino. Y ahí va otro: "*egoísta*". Si no quieres hijos estás siendo egoísta. No estás cumpliendo un deber con la sociedad. Estás, en cierta medida, desertando».

El caso es que, en la misma dirección que apuntaba yo en este apartado de las madres de ahora, con ejemplos varios, sigue Lucía: «Parece que en los últimos años se está produciendo, incluso, un acelerón moral respecto a la maternidad, convertida en otro espacio en el que triunfar y sobresalir. Si abres Instagram lo puedes ver: cientos y cientos de perfiles de madres abnegadas, con hijos conjuntados y familias de catálogo, preparando las mejores fiestas de cumpleaños de niños que nunca las recordarán, los mejores *baby showers*, los mejores árboles de Navidad, los mejores viajes a Disney World, lo mejor de lo mejor. Y así, con presión social acumulada, se acumulan las dudas por un arrepentimiento futuro, incluso por la idea de un arrepentimiento futuro. Ese lenguaje del arrepentimiento que tanto se utiliza cuando hablamos de maternidad, pero no en otras decisiones vitales. ¿Congelo óvulos por si acaso? ¿No lo hago? ¿Y si? ¿Y si? ¿Y si?».

«Si fuera ahora no tendría hijos»

Algo sí ha cambiado, le digo a Lucía, pese a entender de lleno sus conjeturas. Era impensable, en la generación anterior a la que protagoniza este libro, que una mujer verbalizara el hartazgo, la desdicha, el arrepentimiento que le producía la maternidad. Nuestras madres tuvieron hijos sí o sí, sin necesidad de sentir instinto maternal, sin esperar que aquello las colmara de dicha, sin plantearse siquiera si deseaban tenerlos. Pero nosotras también rompimos con eso, y no solo con eso. No solo decidimos si queríamos hijos o no. También, después de tenerlos, hemos sido la generación que ha dicho claramente no es para tanto, no

pasa nada si no los tienes, y, lo más atrevido, si pudiera volver atrás no lo haría, no los tendría, y eso no me coloca en un lugar oscuro, ni me convierte en un ser vil, ni me deja fuera de juego. Los hijos, mis hijos, han sido una condena. Fueron unos tiranos de niños y siguen siéndolos de mayores, deseo que se marchen de casa, que dejen de pedir, que dejen de impedir mi vida plena.

En 2016, la socióloga israelí Orna Donath revolucionó el panorama con su libro *Madres arrepentidas*. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales. Con él tiró abajo un tabú: el sagrado deseo maternal, que una vez lo sientes ya no puede tener vuelta atrás. El discurso maternal hegemónico que la generación anterior a la nuestra se había comido entero hacía aguas. Años antes, caso de que un día mirases a tus vástagos y pensaras «Uf, lo bien que estaría yo sin ellos», o «Mira, no me importaría que te los quedaras, y verlos de vez en cuando», o «¿En qué momento esto me pareció una buena idea?», no lo podías verbalizar, debías quedártelo para tus adentros y esperar a que se te pasara. Pero Donath abrió un camino que otras tantas siguieron, donde cupo la no maternidad, el arrepentimiento maternal, la nociva maternidad intensiva…

Fue revelador su libro, polémico y balsámico para muchas. Una vez más llegaba una escritora para que muchas mujeres se sintieran menos solas: la maternidad no era sagrada, no siempre era algo feliz, no siempre las madres eran dichosas, estaban satisfechas, algunas desearían volver al antes de, al momento anterior al embarazo para evitarlo, o al momento en el que lo supieron para acudir a una clínica e interrumpirlo. Sin grandes traumas, por cierto, que esa es otra losa de la que no se habla bastante.

El libro de Donath contó varias cosas que no se habían contado, cuestionó la supuesta felicidad que suponía siempre ser madre y reveló a mujeres arrepentidas de serlo. De pronto mostró al elefante dentro de la habitación, y a miles de mujeres tristes o dolientes, o hartas de sus maternidades. Mujeres que dijeron: yo también. Y, ¿para

qué servía el arrepentimiento si no es posible volver atrás?, le preguntaban en las entrevistas. «Nos empeñamos en eliminar sentimientos negativos, y eso es lo frustrante. Tal vez reconocerlos en lugar de eliminarlos sea la mejor vía, porque las emociones, al igual que el agua, necesitan encauzarse para que no desborden. Si hay arrepentimiento, hay que saber vivir con él».

«No quiero ser como mi madre»

Lo apuntaba ya en el capítulo sobre los asuntos en los que hemos sido pioneras. No sé cuándo fui consciente, en qué momento me vino esa idea como una revelación, pero sé que cuando lo hizo lo tuve claro: estaba «movida por el motor primigenio» de no convertirme en mi madre, tal y como apuntó Doris Lessing, una de esas madres abandonadoras que pagó un precio alto por ello: que le preguntaran por los motivos toda su vida.

Creo que he construido mi maternidad atendiendo a esa máxima, persiguiendo sin tregua a la madre que no tuve, siendo la antítesis de la que tuve. ¿Pero qué pasó? ¿Acaso no me quiso, acaso no me dio todos los cuidados, acaso no atendió con total abnegación todas mis peticiones, todas mis necesidades? Sí, desde luego que sí. Pero yo habría preferido una madre más libre, menos sumisa, con una vida propia, con aspiraciones, con risas, una madre feliz, una madre segura que tomara decisiones, una madre capaz de plantarse ante un hombre mezquino en la vida doméstica, un hombre egoísta, como era mi padre.

Cuando le pregunté a la periodista Olga Viza en qué creía que habíamos sido pioneras no tuvo dudas: «Fuimos las primeras que miramos a nuestras madres y dijimos: esta vida no la quiero. Yo me pasé mucho tiempo intentando que mi madre fumara, que fuera lo que yo pretendía ser. Nuestras madres han sido cuidadoras, nosotras menos». Cuidadoras, esa es la palabra maldita. El patriarcado es tan brutal y tan hegemónico que muchas mujeres ni lo intuyen. Mi madre, sin ir más lejos, se morirá sin saberlo, habiendo

renunciado de manera inconsciente a casi todo lo bueno de la vida, al placer por el placer, a perseguir la dicha, a la autonomía, a la paz interior.

La escritora Luisa Muraro dice en su trabajo académico *El trabajo de las palabras, una relación inacabada nacida de la relación entre mujeres*:

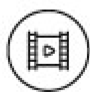
> Pienso por ejemplo en el conflicto entre mi madre y yo. Hemos tenido muchos conflictos porque sus ideas tenían mucha fuerza y yo no quería aceptarlas. No era malo, era una necesidad del cambio histórico de cultura del final del patriarcado. Mi madre estaba en la cultura patriarcal y yo estaba luchando para salir de esa cultura y ella no siempre lo entendía siempre, un poco porque no podía y un poco porque yo era demasiado violenta y no tenía otra manera, no sabía luchar de otra manera más sabia y dulce, no era mi carácter.

Me ha pasado lo mismo tantas veces, habría deseado tantas veces ser menos vehemente, más comprensiva… Me habría gustado, como le leí a Grace Paley, aprender más tolerancia y más afecto literario por las personas que nacieron en un mal momento histórico y que vivieron «largas guerras con otras personas que también sufren, guerras en las que nunca media nadie». Ahora es tardísimo, mi madre tiene 93 años, su cabeza ya está casi siempre en otros sitios y yo he perdido esa oportunidad. Pero si echo la vista atrás creo haber hecho bien una cosa al menos: intentarlo, intentar que ella entendiera. A veces, a lo largo de los años, contándole mi vida y mis andanzas y notándola feliz conociéndolas, absorbiendo cada palabra, cada anécdota con pasión, tengo la sensación de que lo he logrado. En cualquier caso, lo que he hecho bien ha sido no dejarme arrastrar por sus enseñanzas ñoñas, conservadoras, pueriles. Por sus complejos. Tengo otras amigas de mi generación que han sufrido muchísimo, que siguen sufriendo tanto por ser tan distintas a lo que sus madres esperaban de ellas, que yo me considero, a estas alturas, muy afortunada.

Pero a veces es importante no entenderlo todo, dejar batallas por librar. En el fondo, la suegra de Grace Paley,

aquella del principio del libro, era un poco como mi madre, con ganas de saber, pero anclada. No sé si conseguí lo que logró la escritora, ese pensamiento, esa inquietud, esa aspiración. Ojalá.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Cinco lobitos.* Alauda Ruiz de Azúa (2022)**

Con Susi Sánchez de coprotagonista, a sus 68 años —eso para empezar—, que se convierte en realidad en el pilar la de la historia. Retrata una maternidad precaria a veces, a través de una milenial, Laia Costa, que descubre la parte más prosaica, menos amable, contradictoria, de lo maternal. La película nos muestra, mediante el personaje de Susi Sánchez, a la madre *individuo*, esa que siempre ha estado invisible.

Y, de postre, *La semilla del diablo.* Cómo no.

SERIES

***Mira lo que has hecho.* Berto Romero (2018)**

Desde la comedia pura, desacraliza lo maternal, retrata a los padres plastas de ahora mismo y de toda la vida. Es sensacional para desterrar tópicos, te ríes a carcajadas, te reconoces a tu pesar en situaciones variopintas. Y la protagoniza Berto, que es como la guinda del pastel.

***Little fires everywhere.* Liz Tigelaar (2020)**

Menuda serie estupenda sobre maternidades y tópicos asociados a la maternidad. Y sobre «malas madres», también.

Y *Mad men*, que sirve para este capítulo y para cualquier otro porque es mi serie favorita de todos los tiempos.



QUÉ ESCUCHAR

***Ay mamá.* Rigoberta Bandini (2022)**
Ojalá la hubiéramos llevado a Eurovisión, en lugar de la machirulada de *Slomo*. No pudo ser, pero ahí queda la canción de Paula Ribó, la Rigoberta. Otro himno, otro canto a las madres, incluidas las que no tenemos caldo en la nevera…

***Amor de madre*. Gabinete Caligari (1989)**
Tiene una letra tiernísima y muy dulce, y muy amable. Y retrata bien lo que para la generación de los hombres de más de 50 supusieron sus madres, esas que estaban en casa al volver del colegio.

6
Lo que el cine y la televisión nos contaron que íbamos a ser…

> El cine ha sido propaganda, ha sido diversión, evasión y también la manera de poner en la agenda mediática temas que hasta entonces habían pasado de soslayo. El cine no cambia la historia, no lo hace ningún arte, pero sí es capaz de hacer que la mirada evolucione, se transforme.
>
> Pepa Blanes, *Abre los ojos*.

En 1996, cuando esta generación estaba en la treintena, se estrenó una película, *El club de las primeras esposas*, que dio una frase para la historia en boca de una de las protagonistas, Goldie Hawn: «En Hollywood solo hay tres edades para las mujeres: Barbie, fiscal del distrito o paseando a miss Daisy».

Si repasamos las películas más comerciales, las hollywoodienses, las que producían conversación social y que las veinteañeras, las treintañeras nos comimos sin masticar, el panorama es un poco triste. En ese momento en el que buscábamos referentes, «el futuro que nos prometía Hollywood era una puta mierda. Te recomendaba, como mucho, que te rieses de tu oscuro destino, te colocaba en una posición de desesperanza», apunta María Guerra, mi periodista cinematográfica preferida. Es verdad, tuvimos a Norah Ephron y sus comedias románticas riéndose de las comedias románticas, como *Cuando Harry encontró a Sally*. Tuvimos a directoras como Isabel Coixet, que en la década de los noventa nos regaló *Cosas que nunca te dije* o *A los que*

aman. Tuvimos a Icíar Bollaín, con *Hola, ¿estás sola?* o *Flores de otro mundo*. O a Gracia Querejeta, por poner cuatro ejemplos de cuatro mujeres directoras que entonces podías encontrar en la cartelera del cine de tu ciudad. Pero «lo que era el *mainstream*, era un espanto. Julia Roberts era "la novia de América" —¿¿cómo que la novia??—. Se estrenaban películas donde el debate del amor estaba siempre en el centro, con Trueba y su *Belle époque*, llena de jóvenes casaderas, con Pedro Almodóvar y todas sus mujeres sufriendo lo indecible por amor», dice Guerra.

Así que, en esos años de formación como adultas de verdad, vimos *Tomates verdes fritos*, donde una de las protagonistas, Kathy Bates, queda retratada como una menopáusica a ratos patética (al margen de que, en la novela original de la actriz y escritora Fannie Flag, en la que estaba basada la película, habla de una relación lésbica, algo que, por supuesto se atenuó en el cine, para hacerla soportable en aquellos años). Y además está gorda, algo que la película cuenta con cierto desprecio —no en vano somos una generación de gordofóbicas— sin ni siquiera ser consciente de ello.

Y cinco años más tarde se estrena *Los puentes de Madison*, en la que Meryl Streep, que es la mujer fuerte por excelencia a nuestros ojos veinteañeros, resulta que renuncia a un amor romántico con un señor que tiene 65 años —veinte más que ella, no nos olvidemos—, y que es Clint Eastwood, el director de la cinta, además. Y lo que nos ofrece como referente es una mujer que se resigna y que renuncia a su autonomía personal por la familia, a la posibilidad de la felicidad en otro sitio, con otra vida, lejos de la rutina, de la abnegación conyugal. A la vista de todo esto, por citar solo dos películas celebradísimas y respetabilísimas, podemos concluir que nosotras en el cine hemos tenido unos referentes muy tóxicos tanto en la representación física como en la dignidad de las mujeres maduras, siempre dependientes o, como mucho, estrafalarias. En los noventa, los años de formación como adultas, entre los 25 y los 35 años, los ejemplos que nos

brindaron en el audiovisual fueron de espanto.

Y con esa ausencia de referentes de mujeres maduras, que no eran nutritivos, estamos ahora en esta franja de edad, en una nueva adolescencia, creando por primera vez referentes más válidos, una feminidad autónoma. Haciendo un camino nuevo. De hecho, ¿por qué a mis editores se les ocurrió que este libro tenía todo el sentido del mundo? ¿Por qué yo lo vi claro también? ¿Por qué estoy alucinada de lo pertinente que me parece el tema mientras escribo? Por todo ese tiempo nuevo que hemos inaugurado, porque no queremos ser la Meryl ni la Kathy, ni las mujeres sacrificio: queremos ser felices y ganar dinero. Queremos referentes optimistas, no solo mujeres dolientes, con finales oscuros. Un ejemplo. Recuerdo hace tiempo, en una charla sobre mujeres y audiovisual, que una joven entre el público levantó la mano y preguntó, con visible curiosidad, por qué las bibliotecarias en el cine y la tele siempre eran feas, siempre estaban amargadas y siempre estaban solas… Ella, que llevaba con alegría la biblioteca municipal, que era algo que la hacía tremendamente feliz, que era un lugar luminoso en el que ella se sentía a gusto con su vida, con su trabajo, nunca entendía esa representación audiovisual.

Han pasado casi treinta años de esos puentes de Madison. De todo aquello. Y ahora estamos mejor, claro, pero hay un montón de espacios que hay que ocupar, consolidar, nutrir. Y uno de los más significativos, y los que más se resisten, es el de las mujeres que vemos en las pantallas. De sus edades, de sus físicos, de sus entornos, de sus preocupaciones. Hay que entrar a matar en esto. Decía que ahora estamos mejor, ahora tenemos, en buena medida gracias a los relatos audiovisuales televisivos, un puñado de cineastas, de realizadoras, de guionistas, que cuentan *otras mujeres* y que las representan en otros universos. En estos treinta años ha nacido el test Bechdel (en honor de su creadora, la viñetista Alison Bechdel) que era algo impensable, los coordinadores de intimidad (que apenas tienen un lustro), las cuotas para lograr la equidad, las reivindicaciones de las mujeres que se dedican al

audiovisual, las organizaciones fuertes y combativas, los gritos de guerra (que no de auxilio), los pasos adelante sin dar ni un paso atrás. Las Carla Simón, Paula Ortiz, Alauda Ruiz de Azúa, Clara Roquet, Carlota Pereda, Pilar Palomero —que conviven felizmente con las Bollaín, las Coixet—, han llegado para quedarse y contar, como es de justicia puesto que somos la mitad del mundo, «al menos la mitad de las historias», como dice Carla Simón. O, tal y como apunta la propia Coixet, «solo queremos justicia, respeto, igualdad y equidad ante la ley y ante los que marcan los sueldos. Un lugar en la mesa de poder y de las decisiones, y si puede ser ya, para ayer mismo».

Pero volvamos a atrás, a mucho tiempo atrás, al siglo pasado, a ese tiempo oscuro, a esos años de plomo en los que se educaron nuestras madres, los que van desde el final de la guerra hasta la década de los sesenta. Recoge los datos el libro *La mitad del mundo. Mujeres en el cine español*, con la participación de expertas en cinematografía: en los veintinueve años que van desde el final de la contienda hasta finales de los sesenta, ninguna mujer consigue volver a dirigir una película. Entre esa fecha y mediados de los setenta, cuando falta poco para la muerte del dictador, solo cuatro mujeres formadas en la escuela oficial de cine —las cuatro en la treintena entonces—, Helena Lumbreras, Josefina Molina, Pilar Miró y Cecilia Bartolomé «rompen ese pesado techo de cristal que durante más de un cuarto de siglo parecía inexpugnable». Esas mujeres fueron referentes para la generación que vino después, y para la siguiente, y para la que ahora estudia el cine hecho por mujeres. Esas mujeres inocularon el virus a otras tantas, y esas otras, con veinte años menos que ellas, son las que ahora tienen 60 años, por ejemplo, y las que desde distintos lugares batallan por romper los moldes.

Uno de esos sitios es la organización CIMA, que aglutina a las mujeres que se dedican al audiovisual. Se ha convertido en un contrapoder mirado por suspicacia por una parte de la industria, en una institución poderosa y fuerte que ha logrado algo impensable hace solo diez años:

que las cuotas —que han existido siempre, solo que siempre han sido masculinas, que ha sido siempre lo natural— para imponer a mujeres en este universo se cumplan por ley. Cristina Andreu, la presidenta de CIMA y que lleva trabajando en esto desde hace años, articula su discurso sin complejos: «Las películas pequeñas dirigidas por mujeres están ganando este año todos los festivales, lo sabemos, pero queremos hacer películas más grandes con más presupuestos. No queremos únicamente hacer películas bonitas, intimistas, que nos lleguen muy profundo. Queremos poder hacer lo que nos dé la gana, y no queremos hacer películas para mujeres, no queremos estar en un gueto».

CIMA se ha metido de lleno en el combate legislativo, con herramientas para incentivar los planes de producción, para que la presencia de las mujeres sea una realidad. Ha luchado por las cuotas, y las que más le interesaban eran cuatro: que tengan el 40% de emisión, el 40% en el catálogo, el 40% en la financiación anticipada y el 40% de compras de películas y series ya producidas. Parece una obviedad, debería ser lo justo, pero no lo era. «Las cuotas sirven para eso, porque todo lo demás es creer que la sociedad se regula sola. Y sin igualdad no hay democracia. Y sin el punto de vista de las mujeres, no es posible una sociedad justa», dice Andreu. En cualquier caso, el horizonte para la equidad real para todas las mujeres se alargará hasta el 2046. «Esta espera supone una violencia añadida para las creadoras, además de una pérdida para la sociedad de cineastas de referentes de nuevas narrativas y relatos aún no contados».

Vamos al detalle. Las directoras suelen trabajar con presupuestos que son un 40 % más bajos que los de los hombres y todas las películas por encima de los tres millones de euros están dirigidas por caballeros: el presupuesto más alto de una directora es de 1.800.000 euros, el más alto de un director es 6.500.000 euros.

Rosalind Gill, profesora de análisis social y cultural en la Universidad de Londres, y Shani Orgad, profesora de

medios y comunicaciones en la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres, señalan que se trata no solo de superar las barreras heredadas —esas que imperaban cuando nosotras teníamos 30 años, como decía— sino de pelear contra la desigualdad estructural, de reformular las injusticias sociales y de repartir esa gran carga de nuestra mochila con los actores más dinámicos y responsables de la sociedad. «No es suficiente saber lo que podemos y debemos hacer porque nos merecemos otros resultados, debemos exigir que nuestro entorno cambie para no perpetuar estos valores erróneos en las próximas generaciones».

Para ello, además de identificar cuál es el origen, se deben buscar los antídotos para cambiar colectiva y estructuralmente este esquema grabado en las mentalidades, «al tiempo que debemos exigir a nuestro entorno cercano y lejano que modifique estas actitudes para no perpetuarlas». No vamos a cargar individualmente lo que corresponde a un error cultural de la sociedad a lo largo de los siglos. «Es hora de cortar de raíz con estos sesgos que hasta ahora parecían inamovibles y afortunadamente se está demostrando que no lo son». Un dato: ¿cómo se puede explicar que el 64 % del alumnado de las escuelas de cine sean mujeres, pero solo un 23 % acabe liderando algún proyecto?

LAS EDADES DE LAS ACTRICES

El cine y la televisión son una ventana al mundo por la que miramos, y con lo que miramos nos construimos. Es un espejo grandísimo y potentísimo que llena a veces la casa entera porque las pantallas, la imagen, son omnipresentes, más que nunca. Vivimos un momento apasionante de creación audiovisual, con un mosaico gigantesco de posibilidades para trabajar… Un momento, ¿de verdad? Bueno, siempre y cuando seas actriz y no tengas más de ¡35 años! Porque a partir de ese momento el volumen de ofertas disminuye. Da igual que las mujeres (de esa edad y de otras

tantas más elevadas) seamos grandes consumidoras de cultura. Da igual, no nos vemos reflejadas. ¿Y eso? Pues básicamente porque a las actrices que podrían interpretar a mujeres a partir de 50 años no les llegan demasiados papeles solventes, con enjundia. Y lo que no se enseña no existe, y nadie está viendo apenas a esas mujeres en la ficción. Es curioso, porque las ven en todas partes: liderando empresas, en la calle, en las casas propias, en las escuelas, en las cátedras de las facultades, en la judicatura, pero no en las historias que cuentan las series que devoran, por ejemplo. En un encuentro que tuvimos hace unas semanas en el Festival de Cine de Málaga, la actriz sevillana Cristina Almazán, de 41 años (*La peste*, *La trinchera infinita*, *Allí abajo*) nos contó una anécdota reveladora. Estaba con su hija de 8 años hablando de una historia de ficción en la que la niña quería ser protagonista.

—Qué bien, pues yo puedo hacer de tu mamá —le dijo la actriz.

—Nooooo, ¿cómo vas a hacer de mi madre? Las madres en la tele son más jóvenes y no tienen barriguita —contestó la niña.

«No me vio reflejada —decía Cristina—. Las mujeres-madre que salían en pantalla no se parecían a mí. Un día te das cuenta de que con 35 años ya no puedes hacer de chica de la peli, que ya tienes edad de ser madre de adolescente, cuando en la realidad están empezando quizá a tener bebés».

Pero, por supuesto, ellos sí. Nadie se para a pensar en si la edad del actor es la adecuada, no hay ningún sesgo inicial en el *casting*, nadie se cuestiona si José Coronado, por usar un ejemplo paradigmático, tiene una edad que lo puede abarcar todo, el galán, el padre, el protagonista irredento. Y como él tantos otros. Y como dice con mucho tino la actriz Candela Peña, ella, y tantas otras como ella, no quieren ser las compañeras de Coronado, no quieren ser las coprotagonistas de *Entrevías*, quieren ser las «Coronadas».

Hace unos años, en Estados Unidos se publicaron

gráficos que mostraban la enorme diferencia de edad que aparece rutinariamente en las pantallas, mucho más importante que en la vida real. Y añadían que eso evidenciada que el cine seguía siendo una industria de hombres, con sus fantasías. La actriz Penélope Cruz, de 48 años, una de las excepciones claras de este asunto, tiene una reflexión bien interesante sobre esto: «Con el tema de la edad, como yo comencé a trabajar tan jovencita —tenía 15 años—, a partir de los 25 ya me empezaron a preguntar si me preocupaba envejecer. Mi manera de combatirlo era ignorar esas preguntas. Eso nunca se lo dirían a un actor de 25 años, ni de 30 ni de 40… Ahí sí que hay mucha diferencia en el trato. Hay preguntas tan absurdas que uno no tiene por qué contestar. Es una forma de reaccionar que a veces me parece más eficaz que regalar el titular de queja».

Con todo esto, el mensaje que suele llegarles a las mujeres más jóvenes, y en realidad a la sociedad entera, es que es maravilloso ser joven y horrible ser mayor. ¿¡Miedo a envejecer!? «¿Cómo se puede empezar bien la vida si te dicen al mismo tiempo lo terrible que es el fin?», se preguntaba la activista feminista y contra la discriminación por edad, Barbara MacDonald.

Volvamos a Meryl Streep y a la frase de Goldie Hawn. Contó la propia Meryl hace poco que cuando cumplió ¡40 años!, le ofrecieron tres papeles de bruja en un año. «Y pensé que eso me estaba dando una señal, creo, sobre Hollywood y sobre cómo sienten allí que son las personas que tienen 40 años. Me sentí mal, la verdad, notaba un peso sobre mi espalda. Así que no, no quería interpretarlos y no lo hice», explicó jocosa en un programa de televisión. Pero Meryl es mucha Meryl, casi única en su especie y una de las poquísimas actrices que siguen teniendo acceso a papeles con enjundia, a sus 74 años, en el mundo audiovisual.

Porque, y aquí viene la tragedia de la frase de Goldie, que es sin duda la gran asignatura pendiente del cine y las series. Como decía antes, según un estudio que realizó el año pasado la Unión de Actores y Actrices de España, la

presencia de las mujeres a partir de cierta edad en el panorama es escasa. «A partir de los 35 años los papeles protagónicos para actrices disminuyen drásticamente, quedando relegadas a papeles secundarios o de reparto. Sobrepasados los 45 años, el número de papeles principales femeninos resulta minoritario, alcanzando tan solo el 28 %». Y de la franja que nos ocupa, todo es irrelevante.

«El rango de vida de una actriz es de los 18 a los 35 años, y desde los 35 en adelante parece que desaparecemos de plano para contar historias. Y eso es un problema porque no es real: el peligro de la historia única», aseguran.

Si no se comparte el relato social, nuestra visión del mundo (como mínimo del 50 % que nos corresponde como mujeres), el mundo se vuelve más pequeño y absurdo. Porque tal y como me contaban las responsables de Dones Audiovisuals, «la ficción es entretenimiento, pero también uno de los generadores de imaginario colectivo más potentes y con mayor prestigio de hoy en día. Conforma nuestra forma de entender el mundo, nuestros prejuicios y tolerancias, nuestras expectativas y frustraciones».

He conversado para este libro con muchas directoras, actrices, guionistas de diferentes edades y disciplinas. Las directoras que finalmente llegan a encabezar proyectos, tengan los años que tengan, están interesadas en mujeres diversas, en poner a las madres con la edad adecuada para la hija que les toca en la pantalla, en contar historias que nos interpelen. Y en cuanto pueden, lo hacen. Como sucedió con *Cinco lobitos* y Susi Sánchez, por ejemplo. O con la serie *Hierro*, donde Candela Peña construyó el personaje fabuloso de la jueza Montes, con otra actriz como Mónica López en el reparto. O como ha hecho recientemente Elvira Lindo en su papel de directora de *Alguien que cuide de mí*, donde Emma Suárez interpreta el papel de madre de Aura Garrido. Pero son islitas aún porque, como sucedía en nuestra treintena, el *mainstream*, lo hollywoodiense va aún por otro lado y el edadismo es una realidad. A las mujeres que escriben les cuesta mucho lograr que los productores se interesen por las historias de las mujeres que querríamos

ver, según me explicaron esa noche malagueña. A veces solo quieren oír historias de mujeres de 60 años que han malgastado la vida o que han vivido sometidas y quieren liberarse, cosas así. Pero lo cierto es que hay un montón de mujeres que vivieron los ochenta, que son profesionales de relumbrón, que tienen y han tenido una sexualidad plena, que tienen los mismos dilemas morales, que son antiheroínas, que son madres de personas de 20 años, que están en un momento alto de plenitud creativa… Y yo a estas señoras no las veo.

MI MADRE TIENE SOLO DOCE AÑOS MÁS QUE YO. ¿PERDONA?

Voy con unos cuantos ejemplos sobre este complejo tema de la edad, que creo que servirá como categoría. En la primera temporada de la serie *Élite* (2018), dirigida fundamentalmente a los adolescentes, el actor Itzan Escamilla (que cuando interpretó al personaje de Samuel tenía 21 años), llega a casa y saluda a su madre en la ficción, la actriz Irene Arcos (con 36 años entonces). Y una piensa, bueno, esta chica es un poco joven para tener un hijo tan mayor, pero en fin, igual fue una madre adolescente de 15 años, venga, que tuvo mala suerte, que se quedó embarazada sin querer, veremos cómo avanza la historia y si en algún momento lo justifican (*spoiler*: nunca se explica). Entre otras cosas porque en el mundo actual, en ese contexto, en ese tipo de historias de primer mundo, como es el caso de *Élite*, una madre tan, tan joven ha de estar argumentado de alguna manera para ser verosímil. Pero vamos a una escena posterior. Otra vez el salón familiar. Samuel llega. Lo están esperando la madre y otro joven, sentado en el sofá, unos años mayor que Samuel. Es el actor Jaime Lorente (26 años entonces). Se alegran mucho de verse. Todavía no sabemos quién es, pero una piensa: «Debe ser el novio de la madre, que es un poco más joven…».

Y entonces le dice Jaime Lorente a Samuel:

—Hermanitoooooo.

Y entonces mi hija, que tiene 13 años en ese momento y que está conmigo viendo la serie, suelta una risotada.

—¡¡¡Noooooo!!! ¿¿¡¡Cómo va a ser la madre!!?? ¡¡¡Si parece que tengan la misma edad!!! —dijo ella—. ¡¡¡Es imposible!!! Jajaja, qué chorrada. ¿¿¿Quién puede creerse eso???

Así pues, tenemos una madre de 36 años —que son los que aparenta en la tele— con un hijo mayor de 26 y otro de 21. Es decir, que al mayor lo tuvo ¡con diez años! Ocasión perdida para que el papel pudiera interpretarlo una actriz al menos con veinte años más que el hijo, una actriz de 50 años, o de más, claro, que son las edades de las mujeres que tienen hijos en la veintena ahora mismo. Una actriz como Pilar Castro, como Nathalie Poza, como Alicia Borrachero, como Emma Suárez, como Elvira Mínguez, como Candela Peña, Aitana Sánchez Gijón, Blanca Portillo, Najwa Nimri, por citar solo algunas de las más conocidas, que afortunadamente tienen trabajo. Una actriz de 50 años, que hubiera tenido el hijo a una edad fértil en el momento de parir. Lo normal en el siglo XXI, en Occidente, que es el momento y el lugar que cuenta la serie.

Como digo, no hay en la ficción esfuerzo/truco alguno para envejecer a la actriz o para justificar semejante dislate de alguna manera. Sin salir de esta serie —ojo, podría poner muchas, pero esta me parece paradigmática por miles de razones—, vamos a la última temporada. Descubro una foto en la cuenta de Instagram de Valentina Zenere, una de las actrices protagonistas, que se incorpora a la serie como Isadora y tiene 26 años cuando escribo este libro. En la foto aparece con la actriz Luz Cipriota, que en la vida real tiene 37. Leo el texto que acompaña la publicación y me entero que van a interpretar a hija y madre respectivamente. Se llevan once años. Una tiene que mirar con lupa la foto para distinguir quién es más joven. Rubias, guapas, maquilladas, con filtros, con una imagen cuidada, resulta difícil. Aquí os dejo la foto, para que alucinéis tanto como yo[1].

Pero aún hay más. Hace poco se ha anunciado la incorporación de un actor que hará de padre del personaje

de Valentina Zenere, que, recordemos, tiene 26 años. Estará interpretado por Leonardo Sbaraglia, con 53 años cumplidos. Es decir, él sí, pero ella, la madre, no.

Cambiamos de serie: *El inmortal*. El protagonista es Álex García, que durante el rodaje, en la vida real, tiene 40 años. No se especifica la edad que representa en la ficción, porque eso, en ellos, no importa realmente, aunque por lo que cuenta está claro que se trata de alguien más joven. La madre en la ficción la interpreta la actriz Mariola Fuentes, que tiene, atención, 51 años en la vida real. Solo once más que Álex. No hay mucho más que añadir, la verdad. O quizá sí, porque tengo ejemplos a puñados: la serie *Heridas*, donde la madre de la actriz Adriana Ugarte, de 38 años, la interpreta Elisabet Gelabert, de 50. Doce años debía tener la pobre Gelabert cuando parió a Adriana.

Todo esto se llama *slow violence*, violencia lenta, menos visible pero demoledora y persistente en el tiempo: techo de cristal, brechas salariales, clichés de género, dificultades de conciliación, nula o escasa corresponsabilidad o las terribles brechas de autoridad que permiten a los hombres interrumpir o ignorar el discurso de las mujeres, la condescendencia y el paternalismo.

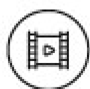
Ojalá esto fueran solo anécdotas, ojalá no hubiera más casos sangrantes, ojalá las y los directores de *casting*, los directores, los guionistas, los ejecutivos audiovisuales tuvieran en cuenta eso: que las actrices de más de 50 años, o de más de 60, tienen la edad perfecta para interpretar a hijos veinteañeros o treintañeros. Porque esa es exactamente la realidad de hora, de una generación de mujeres que ya no se precipitó a tener hijos a los 20 años, porque no se casó tan pronto, porque incluso casadas decidieron esperar, disfrutar, consolidar trabajos. Recordemos: fueron mujeres que tomaron la píldora, la primera generación en edad rabiosamente fértil que pudo acceder a ella y tomarla legalmente.

Archipiélago es un proyecto creativo de construcción de genealogía fílmica. La Mostra Internacional de Films de Dones de Barcelona realizó hace un par de años un taller

vinculado a esta iniciativa donde invitaron a creadoras y cineastas para que hicieran una pieza de homenaje a otra directora, para hablar de quiénes las habían inspirado. «Es una lucha infinita de ir contra un borrado sistemático de lo que significa la presencia constante de las mujeres en la cultura cinematográfica». La idea que persiguen es que se tenga en cuenta que el hecho de que las mujeres que ahora se están formando en las profesiones audiovisuales sepan que siempre han existido mujeres, «genera un espacio de posibilidad mental. Si ya han existido, ellas no tienen que hacer algo sobrehumano para llegar allí, solo tienen que seguir una tradición ya existente tras las que ya lo han hecho».

Para eso estamos todas aquí.

* * *



QUÉ VER

Pues *Friends*. O *Padres forzosos*. O todas las comedias de Hollywood de los noventa. O cualquiera del largo listado que he enumerado en el capítulo, no me hagáis trabajar más.



QUÉ ESCUCHAR

***La chica yeyé.* Concha Velasco (1965)**

Llevo toda la vida creyendo que la canción era una loa al desmelene, a las chicas yeyé, a la modernidad. Y resulta que no. Que tal y como me hace ver otra vez De la Torre, lo que grita la canción es justo lo contrario: búscate una chica yeyé que te comprenda como yo, que soy la formal, la correcta, la niña bien del régimen a la que deberíais aspirar y no una de esas lagartas que no se peinan, que se atreven con el color y que encima cantan en inglés.

Nos pilló a las de nuestra generación con el éxito hecho, y como es tan bonita, tan pegadiza, como habíamos visto a Conchita Velasco contonearse miles de veces en la tele a ese ritmo nos la quedamos sin más, pensando que decía una cosa que no decía.

7
La edad es una actitud. ¿Invisibles para quién?

> Quiero ser vieja. Estoy cansada de tratar de ser joven. Ser una persona mayor tratando de ser joven es mucho esfuerzo.
>
> Andie MacDowell[1], actriz.

> El edadismo es un hecho en esta profesión. Pero, además, las mujeres de más de 50 años son las mayores consumidoras de cultura de este país. Los que están arriba en la pirámide deberían empezar a ofrecer productos para ese sector esplendoroso de la población. Somos muchas, estamos muy sanas y dispuestas a disfrutar de la vida.
>
> Natalia Dicenta, actriz.

Voy a hablar por mí. Toquemos el tema de la invisibilidad, la corporal, la sexual, quiero decir. Oí hablar de ello en algún momento siendo yo muy joven: a partir de una edad te vuelves invisible, decían. Había reportajes, comentarios, el tema estaba en la conversación pública. ¿Invisibles? ¿En qué sentido?, ¿para quién?, ¿dónde?, ¿por qué?, me preguntaba. Para los hombres, ya no te ven, ya no te miran con deseo, decían las voces. Perdona, un momento: ¿qué hombres?, ¿en qué contexto?, seguía preguntando y preguntándome.

La tesis nos ha perseguido a las de mi generación como un mantra, como un mantra malo que un día nos esperaba

y nos condenaba a, atención, *dejar de ser deseadas por los hombres*, por todos los hombres, por los babosos, por tu pareja reciente o de años, por los hombres que podían llegar nuevos a tu vida, por tus compañeros de trabajo… ¿En serio? Y si era así, ¿qué podía pasar? ¿No despertar la libido al entrar en un bar? ¿No escuchar a torpes o a plastas decir guarradas? ¿No aguantar miradas lujuriosas de cualquier macho alfa de la machosfera? ¿Que tu marido se pirara con una chica de 25 años porque resulta que tú ya no eras un bollito reventón, si es que lo habías sido alguna vez? ¿Dejar de tener miedo, por tanto, de ir sola por la calle, de noche, porque ya no estás en edad de que te entren, te importunen, te violen? Entonces, ¿los hombres que yo no deseo, los cenutrios, los machitos, van a dejar de mirarme las tetas sin más? Por favor, que llegara ese día pronto, ¿dónde había que firmar?

Hoy es el día en el que ya estoy, de lleno, en esa franja de edad en la que se pone de manifiesto la ínclita invisibilidad. Y lejos de estar dolida estoy igual que siempre, o incluso más relajada. Sé que si voy a una reunión de trabajo ya no habrá nada que empañe la conversación, un compañero, un jefe, me dará bola porque confía en lo que digo y, si me propone ir a comer o a cenar, sé que no habrá más intención que esa. No me tendré que preparar para posibles situaciones incómodas, por ejemplo, algo que no me ha pasado a menudo, esa es la verdad, pero me ha pasado. Aquí una confesión: toda mi vida, donde he puesto el ojo, he puesto la bala. Por tanto, esa invisibilidad no me ha preocupado nunca. Dicen mis amigos, alguna de mis amigas, que eso me pasa porque tengo una pareja estable y por tanto no ando zascandileando, ni estoy en el mercado. Puede ser. Pero es que esta teoría de la invisibilidad ha ido y sigue yendo más allá. Es un concepto que nos convierte a las mujeres en objeto y a los hombres en sujeto. Nosotras estamos ahí, en el escaparate, expuestas, somos a las que miran, para que ellos, que son los sujetos que miran, nos concedan el honor. ¿Cómo podemos habernos comido eso sin más? ¿En qué momento lo hemos

aceptado de pleno? ¿Qué o quién ha conseguido perpetuar esa máxima de la invisibilidad, que llena, por ejemplo, sin ton ni son, las clínicas estéticas, de mujeres cada vez más jóvenes, para detener el tiempo, para encapsular la tersura? ¿Esa máxima que provoca anorexia por lo que puede llegar, malos rollos mentales, miedos, angustias por el futuro?

Yo sigo sin entender qué significa exactamente y, si lo sé, no me gusta. Ese concepto está sin duda cargado de machismo, de mirada masculina. Dejamos de ser objeto de deseo, insisto, en eso consiste la tesis. OBJETO de deseo. Hace poco, el canal TCM estrenó la película documental de Nina Menkes *Brainwashed. Sexo, cámara y poder*, donde se cuenta algo que ya sabíamos pero que no *sabíamos*. Algo como lo que se dice al inicio, citando al escritor James Baldwin: «No todo se puede cambiar, pero nada cambia hasta que se le hace frente».

Vi el documental y al escribir sobre él me vino a la cabeza, rápidamente, este asunto de la invisibilidad, de ser objetos y no sujetos. La directora muestra la sexualización de la mujer en el cine y lo que eso ha supuesto en nuestras cabezas, en nuestro imaginario colectivo. Habla de cómo los grandes e incuestionables maestros del cine llevan siglos —las películas que analiza van desde 1895 hasta hoy— usando un lenguaje visual que ha cosificado a las mujeres, sin despeinarse. Y al colocarlas en sus películas como objetos pasivos (hombre-que-mira-a-la-mujer-que-solo-es-mirada, donde el hombre es el sujeto y la mujer el objeto), durante toda la historia del cine, sin que se les haya llamado la atención de manera rotunda o se les haya señalado, han logrado elaborar un mundo entero de discriminación laboral, de acoso sexual dentro de la industria, de acuerdos tácitos infames, que ha salpicado todo, también la manera de entender el mundo, de relacionarnos, de someternos, de dictar decretos, de sentar cátedra.

Menkes muestra hasta ciento setenta y cinco secuencias sacadas de los trabajos incólumes de una lista de cineastas que da pavor solo leerla: Tarantino, Scorsese, Welles,

Minelli, Lynch, Anderson, Sophia Coppola, Godard, Kubrick, Wenders, Hitchcock, por citar solo algunos. Son escenas estelares que nos hemos comido todos, todas, que nunca hemos cuestionado y que hemos celebrado incluso y que siguen el mismo patrón: son sexualizantes y cosificadoras, solo con los cuerpos de las mujeres. Estamos hablando de películas de serie A, de las que ganan en Cannes o en festivales similares, de clásicos de culto, de obras destacadas. De piezas que año tras año nutren el corpus de lo mejor, lo que no hay que perderse, lo que ha de pasar a los anales de la historia cinematográfica.

Un grande del cine, Godard —máximo representante de la Novelle Vague, recordemos— decía que «para hacer una película solo hacían falta una mujer y una pistola». Dos *objetos*, por tanto. Ajá. Menkes remataba en una videoconferencia que mantuvimos: «Godard, con su cine experimental se acerca a las mujeres, pero no está experimentando nada, y es bastante sexista, algo que nadie cita en sus textos críticos. De hecho, cuando murió me sorprendió el hecho de que ni una sola persona mencionara el sexismo extremo de su trabajo. Las mujeres seguimos en esa categoría de opresión que sigue siendo tal delicada».

Hace casi cincuenta años, en 1975, la teórica cinematográfica Laura Mulvey acuñó en su ensayo *Placer visual y cine narrativo* el concepto «la mirada masculina», con el que quería demostrar que el cine y su industria en el Hollywood clásico (1930-1950) partían de un inconsciente social formado por el orden dominante, que no es otro que el orden patriarcal. Menkes abunda en el tema: todo el cine que se ha consumido ha sido construido para que el espectador masculino y heterosexual gozase. Y «a nosotras también se nos ha enseñado a disfrutar de esas imágenes preciosas, sexis». Digamos que hemos educado la retina en los mismos cánones, y por eso esta película es impactante, por eso hasta que no nos lo señala Menkes no vemos que el glamur de Rita Hayworth es tan aspiracional como inalcanzable.

En el recorrido del documental no vemos «mujeres

invisibles», por supuesto. Solo vemos, por ejemplo: un primer plano de los labios carnosos de Ana de Armas en *Blade Runner* chupando un cubito de hielo. Los paneos horizontales y verticales, y las cámaras lentas que recorren siempre los cuerpos de ellas, que siempre son sexuales, eróticos, como sucede en *Escuadrón suicida*, frente a otros paneos y cámaras lentas de ellos, que están enmarcados en escenas de acción. El cadáver expuesto de Rosanna Arquette en *After hours*, de Scorsese. Ese plano de espaldas desnudándose de Nicole Kidman en la obra de Stanley Kubrick, *Eyes wide shut* (se quita el vestido con los tacones puestos, que es algo que NO solemos hacer, la verdad. No hay nadie en la habitación, se desviste solo para Stanley y para el espectador). Esa Marilyn Monroe, la única mujer, con tacones y con un ceñidísimo y escotadísimo vestido-corsé, sobre el piano de *Río sin retorno*, MIRADA por un nutrido grupo de vaqueros que suponemos en celo… Son algunos de los cientos de ejemplos, concretamente ciento setenta y cinco, como decía arriba.

Si la cámara es depredadora, la cultura también lo es. Ya sabíamos que había machismo, masculinidad, en los guiones, en la construcción de personajes. Ahora vamos más allá: la película explica que no solo importa el sujeto y el objeto, también el encuadre, la iluminación, la posición narrativa, el diseño de los planos. Todo junto, elaborado desde que el mundo es mundo por hombres cis heterosexuales (directores, directores de foto, técnicos) para complacer básicamente a un público ídem, que es el que mira, perpetúa las posiciones de poder. Pero nosotras ya no queremos eso, no buscamos ser miradas, buscamos pertenecer en el mismo ecosistema, con los mismos derechos, las mismas obligaciones. Deseamos desear o no desear, deseamos que nos deseen sexualmente aquellos o aquellas que nos gustan. De no ser así, iremos a otra cosa, no nos flagelaremos, no nos impondremos otra vez corsés, ni pensaremos angustiadas frente al espejo, ay, que ya no me miran el culo al pasar… Ya no nos vamos a ir del debate público, lo vamos a enfrentar, lo vamos a ocupar, vamos a

defender puntos de vista como el de la Menkes, una mujer, por cierto, de esta generación nuestra.

El caso es que después del éxito de este filme, que triunfó en Sundance, a Menkes le sugirieron llevarlo, como una especie de *spin off*, a la televisión, a una serie documental, algo que yo estoy empezando ya a saborear. Pero hay un inconveniente: «Hacen falta unos cinco millones de dólares. Es curioso, es más fácil narrar el fin del mundo que el fin del capitalismo o el del patriarcado. Hay mucho cine apocalíptico y prácticamente ninguno sobre este asunto», dice la directora. Datos: cada capítulo de la serie postapocalíptica *The walking dead*, basada en el cómic de Robert Kirkman, costó 3,1 millones de dólares. Tiene once temporadas, por cierto. En 2004 se rodó *Lost* (cuyo final la convierte, a mi juicio, en una de esas series sobrevaloradas que nos habitan), y para el piloto, dividido en dos episodios, se desembolsaron 14 millones de dólares. Que venga este *spin off* a la televisión, por favor.

En 2020 la directora Gracia Querejeta estrenó la película *Invisibles*, y pese a que la historia que pretendía contar era una de amistad entre tres mujeres que ya habían cumplido los 50 (con tres fantásticas actrices de esa edad, por cierto, como son Emma Suárez, Nathalie Poza y Adriana Ozores), el título, en realidad, hace mención al tema que nos ocupa. Es verdad que la película cuenta más cosas, y las cuenta bien, pero voy a destacar una de las frases que el personaje de Ozores, que está bastante descontenta con su vida, le suelta al personaje de Suárez, que está un poco perdida, cuando esta se queja de que su jefe, con el que supuestamente tontea, no le hace el caso «sexual» que se supone que habría de hacerle:

> Bienvenida al mundo de las mujeres invisibles. Ya no te miran, ya no te desean. Ya no eres una opción. Te ha pasado por encima un batallón de veinteañeras que están que te cagas.

Suárez tiene un buen trabajo, y allí sí se la tiene en cuenta, pero esta mujer exitosa, en el fondo, lo que desea de verdad es ser mirada, deseada, codiciada. Eso es lo que,

con buena intención, nos está contando Querejeta. Pese a que la película plantea otros conflictos personales de las tres protagonistas, digamos más definitivos, más vertebradores de la vida, lo que sobrevuela todo el rato, incluido su título, es ese tema de la invisibilidad.

En un momento, mientras ellas caminan juntas por un parque al que han salido a pasear, se cruzan con un grupo de chicos de una edad indeterminada y ninguno de ellos *las mira.* Y dice Emma Suárez: «Pues yo, cuando voy sola, me miran».

Yo —voy a seguir siendo sincera— no me he sentido nunca, o casi nunca, invisible; o al menos, si lo soy, o no lo percibo o, si lo percibo, de verdad me importa un bledo. Yo quiero ser visible para los editores que me han encargado este libro, para los que van a escucharme a las charlas, para los oyentes de la radio, para los espectadores de la tele cuando participo, para los lectores de los artículos, para mis amigos queridos, para mi familia, para la gente que me importa, que me interesa, que me llama la atención por algo. Quiero que me tengan en cuenta por lo que digo, por lo que pienso, que entiendan la ironía, que nos riamos. Quiero que me miren y se alegren de verme, que el abrazo, si lo hay, sea simplemente sincero, afectuoso. No necesito de ninguna manera, así generalizando, que el abrazo conduzca a otra cosa si no viene a cuento.

Dice Laura, Adler en el libro *La viajera de noche*, que «para algunas mujeres que vivieron la seducción y la necesidad de gustar como una esclavitud abordan esta etapa de la vida como un insospechado espacio de libertad» y no puedo estar más de acuerdo. ¿Hemos dejado de tener sobre nuestros cuerpos miradas lujuriosas? Muy bien. ¿Conservamos la mirada cómplice y chispeante de nuestras buenas parejas, de nuestros buenos amigos, de nuestra gente afín? ¿Tenemos el respeto profesional que nos merecemos? ¿Sí? Pues perfecto entonces. ¿No? Pues ahí es donde hay que combatir, donde no se puede bajar la guardia, ahí es donde hay que sacar las espadas, o las metralletas. Ahí es donde hay que estar, conservando esa

alegría de vivir sin sentirnos culpables por no tener las tetas en su sitio como cuando teníamos 20 años.

La edad en nuestra vida

A la poeta inglesa Mary Chandler (1687-1745) le propusieron matrimonio por primera vez cuando tenía 54 años. Y ella respondió con un poema:

> A los 54, cuando le edad anciana empieza a tender
> su manto invernal y a blanquear mi cabeza,
> el amor es una lengua extraña para mí.
> Pude aprenderla en otro tiempo, cuando era joven,
> pero ahora mi deseo se concentra en muy otros anhelos: tranquilidad,
> libertad y sol para iluminar mis días…
> No quiero montañas de otro, detesto los vestidos y los carruajes,
> la vaca abastece mi mesa,
> prefiero caminar sola, a mi propio paso lento, a ir en coche de seis caballos,
> a menos que yo escoja el destino.
> Sufriría encerrada en un carruaje; yo misma conduzco y considero mío el calesín alquilado.
> Y a voluntad paseo, o me retiro a mi cuarto, a mi cama, mi jardín, mi lumbre;
> cojo el libro o me entretengo con la pluma,
> vuelvo a dejarlos cuando me fatigo.
> Nadie me hace preguntas,
> no hay malos humores.
> No cambiaría mi estado ni aunque pudiera ser reina.

Y estoy en esto con la escritora británica Zadie Smith que tiene un libro fabuloso, *Sobre la belleza*, donde leí que «la belleza es una colección infinita de cosas. Para mí empieza por las caras de las personas. Soy muy afortunada en ese sentido. Descubro la belleza al ver a dos personas hablando por la calle, en una piedra, en un árbol, en algún chiste. En la oportunidad de sentarse y leer cualquier cosa. Todo eso es belleza». Y sinceramente, yo esa belleza la persigo sin tregua, conmigo y con mi entorno. Y creo que

para disfrutar la belleza «hay que mantenerse en contacto con el mundo en el que vives y no quedarte en el que has vivido», tal y como dicen las fabulosas hermanas Labéque, Katia y Marielle, ese dúo de piano que es gloria pura. En 2012, cuando cumplieron 60 años (solo se llevan dos) se estrenó un documental sobre sus vidas, *The Labéque Way*, se llamaba, en el que ambas contaban su amor por la música, por la moda (rompieron esquemas con su indumentaria en los conciertos de piano, siempre tan sobria, tan clásica) en el que, además de contar su trayectoria, ambas explicaban sus puntos de vista sobre la edad, la profesión, la belleza y la juventud. Durante la promoción del documental, Katia explicó que había atravesado la barrera de los 60 sin pensar en la edad, que mientras la vida le diera energía no estaba dispuesta a hacerlo, que de lo que se trataba era de mantenerte en contacto con el mundo en el que vives, no de quedarte en el que ya has vivido, y que lo triste sería no poder hacer lo que a una le gusta. «Pero no es el caso, seguimos descubriendo cosas y cada edad tiene su belleza», decía.

Me persigue sobre esto el verso de una canción de Aute, «no rozaron ni un instante la belleza», entendiendo la belleza como lo que es: un cúmulo de ideas, cosas, imágenes, estados de ánimo, pensamientos, risas, maneras de estar en el mundo que nunca caducan.

Mientras escribo este libro me llegan ráfagas de sentido común, frases como dardos de celebridades, de mujeres que están en lo alto y absolutamente ¿reconciliadas? con la edad que tenemos. Como la actriz con la que abría el capítulo, Andie MacDowell, de 65 años, que se ha convertido, con su melena gris al aire a modo de rebelión y su declaración de intenciones, en poco más que una heroína no solo del celuloide, de la vida en general. Ahora mismo es un símbolo de poderío. Bueno, ella puede, dirán muchas. Cierto, es afortunadísima: sigue con su mismo chasis estupendo, en activo, tiene dinero para retirarse a sus aposentos si no volvieran a llamarla nunca más para interpretar ningún papel, ha tenido una vida primorosa

bajo los focos. Vale, pero así y todo. Podría haberse plegado al mandato de aparentar, podría no lanzar frases como esta: «Me hace gracia cuando alguien me dice que el pelo me hace parecer mayor. ¿Cuántos años crees que tengo? Voy a cumplir 65. ¿Cuántos parece que tengo, 75? ¿Solo porque me he dejado el pelo gris?».

En 2021 trabajó en una serie dura, *La asistenta*, que recomiendo, basada a su vez en un libro mucho más feroz que recomiendo más aún, *Criada: trabajo duro, sueldos bajos y la voluntad de supervivencia de una madre*, y que escribió Stephanie Land narrando su propia historia. En la serie, MacDowell hace de madre de su propia hija, de 26 años, Margaret Qualley. Aprovechó la promoción de esa serie para dar entrevistas y soltar perlas. Por ejemplo, sobre su soltería, en la que está desde hace más de veinte años, cuando se separó de su segundo marido; dijo que no tenía sensación alguna de vacío, que lo único que le molestaba de esa situación es que los demás consideraran que hay algo malo en eso, que hay otras muchas cosas que desea vivir y que detesta que le gente le pregunte solo con quién está saliendo.

Me encantó oírla decir algo sobre lo que he pensado a menudo al escribir este libro, algo que encierra contradicciones y matices, pero que creo a pies juntillas: que el mundo está más preparado que nunca «para permitir que las mujeres se sientan hermosas a cualquier edad», y que pese a esta sociedad que «glorifica a las mujeres jóvenes y hace que las mayores se sientan mal consigo misma» cada vez es más habitual escuchar discursos en sentido contrario. «Ahora miro Instagram y me fascina ver que hay más apoyos hacia mí y mi aspecto actual de los que ha habido en los últimos veinte años. Es casi como si la gente se sintiera aliviada por ver a una mujer cómoda con su verdadera edad, siendo honesta sobre quién es», decía MacDowell en una entrevista por videoconferencia a mi colega Ana Fernández Abad.

Sigamos con este portento. MacDowell cuida su aspecto, es la embajadora de la firma L’Oreal, apuesta por

la naturalidad: «Me esfuerzo por mantenerme en forma, cuido mucho mi cuerpo, nutro mi piel, trabajo mi cerebro. ¿Qué más puedo hacer? No puedo seguir fingiendo», contaba en una entrevista para la CNN. Se siente cómoda, poderosa, honesta, «siento que no estoy fingiendo, que estoy aceptando el punto en el que estoy», ha asegurado en cientos de declaraciones. Entiendo perfectamente que esa marca de cosmética la haya elegido como imagen.

La edad subjetiva

En realidad, como decía la actriz, están llenas las calles de esos cuentos, los de identificar belleza con juventud y, claro, eso es una trampa mortal cuando ya no eres joven. Pero, ¿qué pasa con la belleza que consiste en ser más impertinente, más libre, más alegre, más optimista, más arrabalera? ¿Nadie ve esa belleza? ¿Qué pasa con la belleza de haberte demostrado con creces que eres capaz, que has llegado hasta aquí y has hecho cosas sólidas, has sido consecuente con tus actos, con el mundo?

No hace mucho, el actor Javier Cámara y la actriz Mónica López, en la cincuentena ambos, presentaron en el festival de series Crossover de Donosti la segunda temporada de la serie *Rapa*. Durante el acto se habló con los creadores de la importancia de poner como protagonistas a actores de esa edad. Y Cámara, con su habitual capacidad para el humor, contó que él, cuando se habla de gente de más de 50 años, siempre piensa que están hablando de otras personas y no de él, que los cumplió hace seis. Lo bueno, claro, es que a él, que es un actor fetén, tenerlos no le pasa ninguna factura en su profesión.

El caso es que esa frase jocosa de Cámara es real y a la vez un misterio. Se llama la «edad subjetiva» y es ese momento en el que una persona se siente más joven de lo que es, un momento en el que la edad que tenemos y la que sentimos discrepan. Que levante la mano a quien no le ha pasado alguna vez. No solo lo que decía Cámara, de mirar a los lados pensando que serán los otros los que están en esa

franja numérica, también lo que no poder creerte que estás más allá del medio siglo.

En 2006 se publicó un estudio del *Psychonomic Bulletin & Review*, en el que se daba cuenta de varios datos: «Los adultos mayores de 40 años se perciben a sí mismos, de media, un 20 % más jóvenes de lo que marca su DNI. Esta diferencia empieza a gestarse a los 25 años, ya terminado el recorrido académico, cuando se pierde la referencia directa y constante de los compañeros de clase. Al llegar a los 30, alrededor del 70 % de la población se siente más joven de lo que realmente es. Y la discrepancia aumenta con el tiempo».

¿Es la presión social que notamos? ¿Los factores culturales? ¿Los estereotipos? ¿Un mecanismo de defensa para alejarte del estigma del envejecimiento? Todo eso y mucho más. Las mujeres no queremos acercarnos a ese lugar porque nos han contado que es un sitio hostil, plagado de ortigas que pican. No hay solecito, no hay senderos, no hay risas, no hay cosas bonitas. Nos han dicho que una vez allí ya no somos válidas, ya no somos atractivas, ya no somos productivas y, atención, otra vez, pasamos a ser INVISIBLES. Lo hacemos pues porque el contexto nos lleva a hacerlo, nos autopercibimos más jóvenes de lo que somos porque nos han dicho que las características que notamos que tenemos (energía, alegría, ganas de hacer cosas, fortaleza…) son cualidades de la juventud. ¿Qué tal si empezamos a decir que también son nuestras, de esta parte de la vida, tan digna como cualquier otra?

Hace poco, *SModa* publicaba un artículo muy revelador sobre este asunto con Madonna como protagonista, otra vez[2]. «La cantante, de 64 años cronológicos, ha sido criticada por cómo se muestra en sus redes sociales: una mujer segura de sí misma y de su sexualidad», decía. Como siempre, por otra parte, pensaba yo. Madonna «perrea rodeada de jóvenes que podrían ser sus hijos (a veces lo son), fuma porros, enseña sus vibradores y se une a tendencias virales de TikTok. Cuando se analizan los

comentarios de las redes sociales, se concluye que hay muchas personas que ven esto como un gran problema. Entienden que la mujer, llegados los 60, debe taparse y no llamar la atención». Y Madonna rompe con esta idea a cada *post*. La cantante contestó así a los *haters* que critican su físico:

> Otra vez me veo atrapada en la mirada del edadismo y la misoginia, que tanto domina el mundo en el que vivimos. Un mundo que se niega a celebrar a las mujeres que pasan de los 45 años y que siente la necesidad de castigar a una mujer que sigue siendo fuerte, trabajadora y aventurera. Nunca me he disculpado por ninguna de las decisiones creativas que he tomado ni por mi aspecto o manera de vestir y no voy a empezar ahora.

Es imposible no amarla.

Olga Viza, dedicándose al mundo audiovisual, un día observó las miradas de los *croupiers* de turno, hombres y mujeres —que ese es otro asunto, peliagudo y controvertido, el de las mujeres que tienen la misma mirada masculina y la aplican a la vida, al trabajo— que «deciden que tú ya no. Yo he madurado y envejecido en público durante treinta años y lo he vivido de una manera natural, me he resistido a hacer excesos estéticos por mí misma, porque no quería mentirme a mí misma».

El sociólogo de la Università di Firenze Bruno Arpino asegura que autopercibirse con una edad subjetiva menor a la real puede tener efectos positivos. «Las personas que lo hacen tienden a tener mejores condiciones de salud, a ser más felices con sus vidas e incluso a morir a edades más avanzadas», explica. Pero hay que coger estos resultados con pinzas, pues no se sabe hasta qué punto son causa o consecuencia. «Este fenómeno ocurre sobre todo entre personas activas para su edad», puntualiza. Hay otros factores que pueden ayudar a percibirse unos años más joven, como ser sociable, cultivar aficiones o tener relaciones intergeneracionales. Decía el artículo que «todos estos estudios, todas las teorías, parecen resumirse en una

idea bastante simple: es difícil encontrar tu sitio al entrar en la edad adulta. Todos somos, en nuestra cabeza, los que mejor se conservan de la reunión de antiguos alumnos del instituto. Es lógico, es sano, pero no es real. Y puede que sea un chasco confirmar que te ves igual de mayor que todos esos viejos de tu edad. Pero al final del día percibirse más joven puede ser bueno para la salud física y mental. Mostrarse combativa como Madonna. Eternamente joven. Hasta el final».

Pino Montesdeoca es una modelo de 60 años, muy demandada, que lleva una larga melena platino y canosa al tiempo y tiene una piel que cuenta su edad. «Yo no decidí nada, lo único que hice es coger el tren, porque hay trenes a cualquier edad», dice respecto a su llegada a la industria de la moda, que surgió cuando ella tenía 53 años. Antes de eso se había dedicado a otros asuntos hasta que un día, por pura casualidad, llegó la agencia Wanted, que vio que Pino representaba un perfil nuevo: la de una nueva generación de mujeres de esa edad que muestra con naturalidad el paso del tiempo, tal y como se contaba en la plataforma *Mujeres a seguir*.

Porque el asunto es que no hay una madurez, sino mil. Y maduramos igual que hemos vivido. Y llegaremos probablemente a la vejez con esas mismas condiciones vitales. Lo decía Carmen Alborch en su libro *Los placeres de la edad*: «Envejecemos en buena medida como hemos vivido, con multitud de matices y sin determinismos, porque hay márgenes para el cambio, en función de distintos condicionantes y circunstancias, como son la genética, la salud, en lugar del mundo en el que hayamos nacido, vivido, la formación, las circunstancias vitales y sociales, la situación económica, la profesión, el entorno, y por supuesto la suerte. No hay duda de que la voluntad y la actitud son fundamentales».

Carmen, por cierto, mi querida Carmen, de la que me separaban veinte años, fue todo un referente, una de esas amigas que te sientes especialmente orgullosa de tener. Aún recuerdo la alegría que sentí cuando le pedí, apenas sin

conocernos, que me prologara mi primer libro, *¡Mírame, tonto!*, y me dijo que sí. Recuerdo a Vázquez Montalbán cuando la llamó «ministra tecnicolor», en honor a los tonos vivísimos de sus atuendos. Recuerdo su alegría vital, su temperamento tan mediterráneo, tan contagioso en lo festivo; recuerdo cuando me decía que le encantaba mi estilo, lo satisfecha que me sentía al escucharla. Recuerdo su cabello cobrizo, su indumentaria lúdica, personalísima, estilosísima. Su manera de estar en el mundo. Murió en 2018. Ese 24 de octubre, en *La ventana*, con Carles Francino, la recordamos como lo que era: una mujer lista, divertida, generosa, capaz, brillante, que había sido ministra de Cultura, escritora, activista, política, feminista, valiente, partidaria de la audacia, profesora, amiga de muchas mujeres, pareja de varios hombres, hija querida, hermana querida. Recuerdo lo que dijo de ella la periodista Maruja Torres, en su columna de *El País*, cuando murió: «Carmen Alborch era una verbena, pero una verbena muy seria. Llegaba, estallaba, iluminaba, escuchaba, decidía, animaba. Y era profunda. Luminosa y profunda».

Cuando se marchó tenía 71 años. Justo un año antes había recibido la medalla de la Universidad de Valencia y dio un discurso fabuloso, luminoso. Yo estaba allí, como tantas otras personas que la queríamos, para demostrárselo. Llevaba un vestido floreado, unas medias tupidas negras y unos zapatos de plataforma. Recuerdo la primera vez que me fijé en sus zapatos, solía llevarlos siempre así, creo que no la vi nunca con tacón de aguja. Ella me explicó que eran los más cómodos para la cantidad de actos públicos que tenía. Apenas unas semanas después me compré unos de Robert Clergerie en un *outlet* de Barcelona. Aún los conservo.

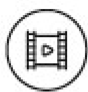
La escena, como bien decía Maruja, se iluminaba siempre cuando entraba Carmen. ¿De verdad alguien puede creer que esta mujer fue invisible en algún momento de su vida? ¿De verdad le habría importado?

Y para concluir, una reflexión. En 1972, la pensadora Susan Sontag escribió:

> Las mujeres tienen otra opción. Pueden aspirar a ser sabias y no solo amables, a ser competentes y no simplemente útiles, a ser fuertes y no simplemente agraciadas, a tener ambiciones propias y no solo con relación a los hombres y los hijos. Pueden envejecer de manera natural y sin vergüenza, protestando así activamente, desobedeciendo las convenciones surgidas del doble rasero de la sociedad con respecto a la edad. En lugar de chicas jóvenes el mayor tiempo posible, que se convierten después en mujeres de mediana edad humilladas, luego viejas obscenas, pueden convertirse en mujeres mucho antes y seguir siendo adultas activas disfrutando de la larga vida erótica de la que son capaces mucho más tiempo. Las mujeres deberían permitir a su rostro desvelar la vida que han vivido, las mujeres deberían decir la verdad[3].

Han pasado cincuenta años desde esta perorata. Yo diría que somos esas mujeres que propugnaba la Sontag.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Carol.* Todd Haynes (2015)**

Cate Blanchett toma en esta película las riendas de su carrera. La actriz, que tiene siempre una actitud asertiva, incluido su porte, eligió personalmente esta historia (que escribió en novela Patricia Highsmith). Cuenta la relación prohibida de dos mujeres lesbianas en los años cincuenta que van a perseguir la felicidad y la alcanzan. Probablemente por eso la película fue bastante maltratada por la industria. El caso es que Cate, que tiene 55 años, con este film empezó a producirse a sí misma, como hacen tantas actrices norteamericanas, que deciden ponerse al mando y no esperar ese guion: si no tenemos papeles, los creamos, es el grito de guerra de hace ya años. La propia Cate lo hizo con una serie que recomiendo mucho, *Mrs. América*. Y ya está *Barbie*, la película (que no es una chorrada, ¿eh?, que tiene rollazo), producida y

protagonizada por Margot Robbie.

SERIES

Y en ese grito de guerra, aquí van dos ejemplos de series abanderadas por actrices de diferentes edades que se han pasado a la escritura, a la producción, a la dirección incluso, en vista del erial audiovisual en el que ellas consideraban que vivían:

***Big little lies.* David E. Kelley (2017)**

La serie cuenta con Nicole Kidman y Reese Witherspoon como productoras y protagonistas, interpretando además personajes de su edad exacta. Basada en un libro de otra mujer, Liane Moriarty, cuando Reese le mandó el libro a Nicole, esta le dijo: «Lo hago si lo haces conmigo». El resultado es una serie soberbia.

***The morning show.* Jay Carson y Kerry Ehrin (2019)**

Otra serie también producida por Reese Witherspoon, que podría haber pasado a la historia como la protagonista de *Una rubia muy legal*, pero que aquí está.

Ambas cuentan bien que delante de la cámara hay mujeres que son víctimas, que sufren el estado de las cosas…



QUÉ ESCUCHAR

Un bolero precioso, va:

***Vete de mí.* Bola de Nieve (1971)**

Habla de un tipo, baqueteado por la vida, ya de vuelta, que ve claro que la mujer de la que está enamorado no va a ser feliz a su lado, porque él ya está en otra. Me gustaría incluir aquí la letra entera, por si de pronto está leyendo este libro Leonardo DiCaprio —que merece un lugar en el pódium de este capítulo, pero en plan mal, claro—, pero no he podido hacerlo por una cuestión de derechos. Tendréis que buscarla en internet.

***4 minutes*. Madonna (2008)**

Serviría cualquier cosa de su majestad, pero ya que estamos, traemos esta del 2008 en la que Madonna colabora con Justin Timberlake y Timbaland y *sugiere* un encuentro sexual de cuatro minutos. Aunque según Madonna, la canción, que fue un exitazo —y que ahora arrasa en TikTok en miles de versiones—, quería alertar sobre el fin del planeta: «No podemos distraernos, tenemos que educarnos y despertar. Pero al mismo tiempo no queremos ser aburridos y serios, queremos divertirnos. Así que, bueno, si vamos a salvar el planeta, ¿podemos pasar un buen rato mientras lo hacemos?», dijo la cantante, a quien por cierto se la criticó diciendo que ella, a su edad (49 años en aquel momento) no podía aspirar a un polvo con Timberlake, de 27 aquel año. Voy a buscar a ver si encuentro esa misma frase sobre DiCaprio y sus veinteañeras novias clónicas.

8
Los referentes. La generación de antes, mi profesora de Literatura

Proporcionar esperanza e inspiración para la acción colectiva y construir así un poder colectivo con el objetivo de alcanzar una transformación colectiva cimentada en el dolor y en la rabia, pero orientada hacia la visión y los sueños.

Patrisse Cullors[1], sobre el movimiento Black Lives Matter.

El pensamiento crítico sin esperanza es cinismo, pero la esperanza sin pensamiento crítico es ingenuidad.

María Popova, escritora.

Desde que leí un estudio sobre el movimiento feminista en Inglaterra y en Escandinavia, estas reflexiones se desarrollaban en mi cerebro con insistencia. Había sentido enseguida una simpatía irresistible por aquellas criaturas desesperadas que protestaban en nombre de la dignidad de todas hasta eliminar de sí mismas los instintos más profundos: el amor, la maternidad y la benevolencia. Casi de manera inadvertida mi pensamiento se había detenido día tras día un instante más en esta palabra,

emancipación, que recordaba haber oído pronunciar seriamente en mi infancia, una o dos veces a mi padre, y después, siempre con mofa, a toda clase de hombres y mujeres.

SIBILLA ALERAMO, *Una mujer*.

Regresaba en el AVE, de Madrid a mi casa, en Valencia, como casi todas las semanas. En esa hora y media larga suelo leer, repasar artículos, responder wasaps, resolver entuertos… Estaba de verdad exhausta tras un día intenso de trabajo, en ese Madrid caótico y amable al tiempo, pero siempre agotador, porque yo suelo concentrar en un día o dos todo lo que debo hacer allí.

Llevaba en el bolso el texto de *Ella pisó la Luna* —se llama—, de Belén Gopegui, donde la autora relata una de sus conferencias. Y el ordenador, que arrastraba conmigo para acabar una crónica sobre un escabroso asunto televisivo: la violación de una concursante de *GH Revolution,* en 2017, a manos de otro compañero del programa.

Decidí ojear primero el opúsculo. De pronto, la solapa del texto me dio un puñetazo:

> Hay cientos de miles de vidas de mujeres que no solo merecen ser contadas, sino por las que hemos de luchar para que se cuenten, porque ganarle la pelea a las estructuras depende también de las historias que tengamos. A ver, no es que sería bonito o interesante que se contaran, es que las necesitamos para entender lo que nos está pasando. Sabemos bien que no todo en ellas fue perfecto. Hubo errores, muchos causados por esa vida pública que se entromete en el clima personal, y otros por la obcecada y casi infinita capacidad humana para equivocarnos. Sea como sea, queremos conocer.

Ya no pude dejarlo, por supuesto, y seguí y seguí. Y me conmovió, me removió, me hizo llorar, me cautivó, continuó abofeteándome… Pero sobre todo me agrandó la mirada, me dio certezas, yo que cada vez tengo menos. Una

de ellas: la escritura es necesaria, explicar las cosas, contar las historias y contarlas bien. Como el coraje y la cohesión entre nosotros. La bondad, la humanidad, la alegría, esos términos cada vez menos presentes en lo cotidiano, son imprescindibles para seguir, para avanzar. Y esos términos son mayoritariamente de las mujeres como colectivo, las de antes, las de la generación de nuestras madres, tan abnegadas ellas, y las de ahora, nosotras, nuestras hijas…

Todo eso destilaba el libro de Gopegui, en el que habla de la historia de su madre, Margarita Durán, y cuyo apenas centenar de páginas subrayé y subrayé porque no había frase menor, ni más intrascendente que otra, porque todo lo que decía era tierno y cierto y necesario para comprendernos. Como esta frase:

> Que aun cuando fueron hombres quienes pusieron los pies en la Luna, esos hombres forman parte de un tejido inextricable de seres, y sin el lenguaje que les enseñaron, y sin las personas que los alimentaron abrazaron o hicieron cálculos en una mesa, no hubieran llegado a ninguna parte.

Hoy, al revisar esa historia para escribir este capítulo, he llegado a mi segundo de BUP, en plena adolescencia, y a otra mujer, Amparo Martínez, mi profesora de Literatura. Ya sé que el mundo de los que nos dedicamos a esto de las letras está plagado de maestras de esa asignatura, que era la que mejor se nos daba, que supieron tocar la tecla definitiva. O de profesores especiales, como el gran Louis Germain, el que salvó de una infancia iletrada y un futuro incierto al posterior premio nobel, Albert Camus (si no sabéis su historia, buscadla, que os conmoverá hasta la médula). Pero dejadme de todos modos compartir desde aquí aquel momento feliz de mi infancia, en el aula del colegio de monjas salesianas donde cursaba los estudios. Puede que, si aquella mañana no hubiera sucedido, si aquella mujer no hubiera existido, yo no estaría aquí, escribiendo este libro, no habría llegado a ser lo que soy.

Esa mañana nos habló del poeta Miguel Hernández. Estábamos con su poema *Elegía*.

—Leed la dedicatoria —nos pidió.

«En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería», leímos.

—¿Alguien sabría decirme la diferencia que hay entre «a quien tanto quería» y «con quien tanto quería»? —nos preguntó.

No lo sabíamos, claro. A esa edad no se sabe nada.

Bueno, yo sabía una cosa: sabía que amaba a aquella mujer que me iba abriendo puertas y ventanas tras las cuales siempre había aire limpio, buenas palabras escritas, renglones rectos, para entender la vida. Amparo nos explicó aquel día cuáles eran esas diferencias y yo creo que durante aquella explicación cambió todo o nació todo: mi amor por la literatura, por la poesía, por lo bien dicho, por los cuentos, por la crónica, por el arte de narrar y leer lo narrado.

Leí a Miguel Hernández de otra manera a partir de entonces. Lo leí todo de él. Me aprendí de memoria poemas enteros. De Hernández pasé a otros. Entré en la Facultad de Periodismo de Madrid y leí a Benedetti. Luego llegó José Hierro, Ángel González, Gil de Biedma… imposible citarlos a todos. Leí, estudié, tuve ilusiones, acabé la carrera segura de las cosas y cargada de versos, sin saber que la vida iba en serio. Trabajé feliz en un periódico y conté, narré, viví historias buenas, visité lugares, conocí hombres y mujeres dignos de ser escuchados y contados. El periodismo era lo que esperaba. Luego llegué a la tele, donde al principio el frío no me pareció frío. Pero sin apenas notarlo, me instalé en ese laberinto de miserias en el que gané dinero suficiente para comprar todos los poemarios del mundo. Aunque no los compré. Ya no leía poemas. Allí, en los platós, detrás de la cámara o delante, en las redacciones, en el control de programas, donde las directrices eran como espadas, no había rimas. Allí todo era prosa de medicamento.

Cuando encontré el valor, dije no al ejercicio televisivo y me fui. Y eso fue una de las mejores decisiones de mi vida. Por esa decisión convertí el audiovisual en objeto de estudio, llegué a la radio, escribí libros, aprendí a

comunicar lo que creía que habría de comunicar… Quizá sin Amparo y sin Miguel Hernández hoy sería otra persona, no sé quién, no sé dedicada a qué, pero otra persona. No estaría en *La ventana*, de la Cadena Ser, desde hace más de una década, al lado del periodista Carles Francino, al que yo seguía con gusto, con alegría, cuando estaba en TV3. Mis editores, David y Pilar, no habrían pensado en mí para escribir este relato y quizá ni siquiera sería madre de Carlota, ni pareja de Julià, porque habría puesto el foco en otros lugares…

Hace unos días, el escritor Jorge Corrales contaba en un hilo precioso de Twitter su propia historia con la que fuera también su profesora de Lengua y Literatura, Teresa, más de veinte años atrás, en el instituto María Zambrano. Recuerda Corrales una frase que aquella mujer les dijo en el aula: «Cuando me decían que si estudiaba Literatura acabaría barriendo escaleras, yo les respondía que sí, que barrería escaleras, pero recitando a Garcilaso». Teresa, me cuenta Jorge, se ha jubilado este año, así que deduce que debe andar por los 64, por lo que evidentemente merece un lugar en este libro que va sobre ellas.

Amparo, que debe rondar los 70 ahora mismo. Qué mayores nos parecían los profesores cuando éramos adolescentes, pero qué jóvenes eran en realidad. Quizá apenas nos separaban quince años… Así que otra mujer que merece, junto a la madre de la Gopegui, la profesora de Jorge, un lugar en el olimpo de las mujeres.

Gracias a muchas de ellas, mi generación se quitó de encima, «el malestar que no tiene nombre», que acuñó Betty Friedan en *La mística de la feminidad*, el libro de cabecera de la tercera ola del feminismo. Ahora puede que sintamos una insatisfacción similar, pero la nombramos. Acudimos a terapia, no tenemos prejuicios sobre ello. Hemos escapado del destino (femenino) fangoso, que decía Simone de Beauvoir.

El paradigma de las referentes

En su libro *Clara Victoria. La crónica del debate que cambió la historia de las mujeres*, que cuenta la historia de Clara Campoamor, Isaías Lafuente, periodista y compañero de La Ser, dedica un capítulo a *lo que pudo haber sido*. Ayer justo, hablando con él de este asunto en *La ventana*, me hacía ver algo que queda claro bajo ese título, pero en lo que yo, pese a haber devorado el libro, no había caído: aquellos cimientos que logró plantar Clara son básicamente los mismos con los que se aprobó la Constitución del 77. Y gracias a aquel esfuerzo brutal, a aquellas batallas dialécticas, a aquellos combates, las mujeres de nuestra generación hemos podido disfrutar de libertades varias. Si no hubiera llegado una dictadura, que congeló a una generación entera durante cuarenta años, nuestras madres también habrían podido gozar de esos derechos que a nosotras nos llegaron de manera directa.

La propia Clara, antes de su muerte, lo escribió: «Creo que lo único que ha quedado de la República fue lo que yo hice, el voto femenino, pues aunque resulte "igualdad en la nada" no se han decidido a borrarlo». Para recuperar la igualdad legal, que no real, reconocida ya en 1931, las mujeres españolas tuvieron que esperar más de cuarenta años… Clara no vivió lo suficiente para ser testigo del cambio, pero si el franquismo no lo hubiera arrasado todo, si tras el 31 se hubiera impuesto la ley, ella, en 1948, a sus 60 años, habría acudido a votar con todas sus compañeras, habría formado gobiernos, habría seguido cambiando el mundo. Habría sido una *sixtie* arrolladora.

Todo esto viene a cuento de algo principalísimo, que se cuenta en el libro *Esperanza en la oscuridad*, de Rebecca Solnit. «Tus adversarios desearían que creyeras que no hay esperanza, que no tienes poder alguno, que no existen razones para actuar, que no puedes ganar. La esperanza es un regalo al que no tienes que renunciar, un poder del que no tienes que deshacerte». Nada más y nada menos.

Yo tengo la sensación de que estoy rodeada de mujeres con esos argumentos. Desde que empecé a escribir este libro me las he ido encontrando a todas horas. Buceando en mi

memoria, leyéndolas en textos diversos, en charlas con amigas, en relatos de antes, en entrevistas, en Instagram. En la frutería, si me apuras. Y veo claramente que juntas somos muy poderosas y «poseemos un historial de triunfos y transformaciones apenas contado y apenas recordado que puede ofrecernos la confianza de que sí, de que podemos cambiar el mundo porque ya lo hemos hecho muchas veces. Rememos hacia delante mirando hacia atrás y contemos esta historia como una manera de ayudar a la gente a navegar hacia el futuro», como cuenta Solnit en su libro.

Estoy rodeada, decía, de mujeres así, que hace solo unas décadas no disfrutaron de los derechos reproductivos, que no tuvieron recursos contra la exclusión, la discriminación, el acoso sexual en el lugar de trabajo, la violación en casi todas sus formas y otros crímenes contra las mujeres que el sistema legal no reconocía ni contemplaba. Es posible, dice Solnit, que algunos crean que esas transformaciones que han tenido lugar en el estatus de la mujer eran cambios inevitables. No lo eran, a veces las personas se adaptan sin valorar los cambios, pero «la gente luchó por ellos y ganó».

Por ejemplo, la feminista Gloria Steinem. Gracias a ella, heterosexual que no se casaba, pero tenía parejas, y a algunas otras como ellas, en 1973, la revista *Newsweek* publicó un artículo que constataba que por fin era posible ser a la vez soltera y estar realizada. Al final de la década, la tasa de divorcios se había disparado hasta alcanzar cerca del 50 %. «A la mierda el matrimonio, no los hombres», rezaba una octavilla repartida en el congreso para la Unión de las Mujeres de Nueva York, en 1969.

¿Y cómo había llegado ahí Gloria? Bueno, aquí un relato, protagonizado esta vez, contra todo pronóstico, por un hombre. Uno de esos que queremos para siempre en nuestras vidas.

En *Mi vida en la carretera*, en 2015, la líder feminista publicaba esto:

> Este libro está dedicado al doctor John Sharpe, de Londres, que en 1957, una década antes de que se autorizara legalmente a los

> médicos ingleses a practicar interrupciones del embarazo por otros motivos que no fueran la salud de la mujer, corrió el riesgo considerable de practicar un aborto a una americana de 22 años de viaje por la India. Sabiendo únicamente que había roto su compromiso en su país para precipitarse hacia un destino desconocido le dice: «Tiene que prometerme dos cosas. La primera, no mencionar mi nombre a nadie. La segunda, vivir su vida como quiera». Querido doctor Sharpe, creo que usted, que sabía que la ley era injusta, no se enfadaría conmigo por decir aquí, tanto tiempo después de su fallecimiento: he vivido mi vida lo mejor que he podido. Este libro es para usted.

Por ejemplo, la escritora Pam Grossman, que escribió sobre las brujas literarias, entre las que destaca la Woolf, y que asegura que muchas personas siguen pensando que las mujeres que crean algo que no sean hijos son peligrosas.

Por ejemplo, Deborah Levy, que le escribió a su madre un párrafo precioso: «La guerra ha terminado para ti. Gracias por enseñarme a nadar y a remar. Gracias por los trabajos de mecanógrafa que llenaron la nevera. En cuanto a mí, tengo cosas que hacer en el mundo y tengo que ponerme a ellas, y ser más despiadada que tú».

Por ejemplo, Carmen Martín Gaite y sus libros hermosos —nunca voy a olvidar lo que supusieron *Lo raro es vivir* o *Nubosidad variable,* lo que causaron a la joven veinteañera que yo era— y sus boinas de colores, y su manera elegante y mágica de estar en el mundo. Y junto a todo eso, la Martín Gaite que decía que no, como contaba —y vuelvo a ella— Belén Gopegui:

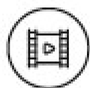
> Carmen Martín Gaite dijo que no a muchas cosas. Lo dijo con discreción, y hay quien piensa que la discreción está reñida con las boinas de colores, pero no es cierto. La discreción, cuando se practica, pide un esfuerzo de la memoria. Carmen Martín Gaite tenía prestigio, vendía muchos libros, estudiaban su obra hispanistas de todo el planeta, era lo que muchos autores y autoras quieren llegar a ser y, sin embargo, vale la pena ponerse a pensar lo que no era. Lo que no era pudiendo serlo, lo que no era recibiendo cada día ofertas para serlo. Lo que no era, dónde no estaba, en qué fiestas no se la veía, de qué premios no era jurado, qué premios pactados bajo cuerda no

> ganó, de qué instituciones no quiso formar parte por más que la insistieron, en qué programas de televisión no estuvo, a qué grupos mediáticos no quiso unir su figura ni su discurso, qué historias de encargo no aceptó, a qué preguntas no quiso contestar, qué favores prefirió no pedir. No encontraréis a Carmen Martín Gaite sino muy repartida en el sí de cada uno de nosotros y nosotras, el sí del valor que nos mostrara, el sí de apoyar a autores nuevos, a una autora que escribía su primera novela dando su nombre con generosidad en las entrevistas y a los traductores cuando viajaba, el sí de las largas conversaciones sin miedo al juicio, el sí de inaugurar la biblioteca de una escuela de adultos amenazada por el Ayuntamiento, en el sí de un abrazo y un pequeño trineo de porcelana y una linterna.

Por ejemplo, la televisión. En la década de los setenta causó sensación, en la tele estadounidense, *El show de Mary Tayler Moore*, que ponía en escena el personaje real de una periodista soltera y feliz de serlo. Aquello fue una revelación para ciertas espectadoras. Katie Couric, convertida en 2006, cuando tenía 50 años, en la primera mujer en presentar sola un telediario de la noche de la tele americana, recordaba en 2009, «veía a esa mujer libre que se ganaba la vida sola y me decía: "Quiero lo mismo"». Y es que a veces el mero contacto con una imagen, con un pensamiento, puede deslumbrar y tener efectos espectaculares que una solo ve, solo es consciente, con el tiempo.

Aquellas profesoras, aquel médico, aquellas feministas, aquellas pioneras en luchas diversas, aquellas escritoras… Estamos aquí por ellas, y seguimos necesitando discursos, letanías, cánticos de guerra, recordar estas victorias grandes y pequeñas, convertirlas en símbolos en la mente de nosotras, las de esta generación y de las posteriores. Porque, como dijo Emily Dickinson, «la esperanza es esa cosa con plumas que nunca deja de cantar a pesar del desánimo y la desatención».

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Johnny Guitar.* Nicholas Ray (1954)**

Por estar protagonizada por dos mujeres que expresan todos sus deseos y voluntades como han hecho siempre los hombres. Ellas son los hombres en esta película imprescindible.

***Hannah Arendt.* Margarethe von Trotta (2012)**

El retrato que se hace de esta intelectual es prodigioso. Ella, que fue un tótem, que se enfrentó al nazismo, a la comunidad judía, que tuvo aristas, contradicciones, es un ejemplo mayúsculo de tantas cosas…

***Clara Campoamor, la mujer olvidada.* Laura Mañá (2011)**

La actriz Elvira Mínguez encarnaba a esta política que logró, nada más y nada menos, que el sufragio femenino en España. Increíble, por cierto, que sea el único relato audiovisual que existe sobre esta historia.

SERIES

***La maravillosa Mrs. Maisel.* Amy Sherman-Palladino (2017)** Podría ser un ejemplo de mujer sin referentes, que se tiene construir a sí misma porque los modelos que le presentan no tienen nada que ver con los que ella se siente identificada. La ironía, los diálogos ingeniosísimos, la estética… Lo compro todo.

***Lola.* Israel del Santo (2021)**

Un *biopic*, en formato docuserie, con un montaje y una mirada muy originales sobre Lola Flores, tan disruptiva ella en tantas cosas. O, tal y como la calificó el propio director: la primera *punk* española.



QUÉ ESCUCHAR

***Respect.* Aretha Franklin (1967)**

Areta, que fue un referente total, hizo célebre esta canción y se fue directa al olimpo de las composiciones liberadoras, feministas… Tomó la letra original de Otis Redding, el rey del *soul* junto a Sam Cooke, y la lanzó: una mujer negra como ella, en 1967 gritando que cuando llegara a casa quería respeto, que ella lo estaba dando todo y lo único que pedía era respeto. Fue muy afortunado el arreglo que se hizo, cuando todos los instrumentos se paran y la voz principal, la suya, deletrea la palabra RESPETO.

9
Me importa un bledo

> Extraer de las capas de imágenes y de discursos adquiridos lo que tomamos por verdades inmutables, poner de manifiesto el carácter arbitrario y contingente de las representaciones que nos aprisionan sin que seamos conscientes y sustituirlas por otras que nos permiten existir plenamente y nos envuelven en aprobación, he aquí una forma de brujería que me alegraría ejercer hasta el fin de mis días.

Mona Chollet, *Brujas. ¿Estigma o la fuerza invencible de las mujeres?*

> Me percibo a mí misma como una mujer en plena posesión de sus recursos, que ha alcanzado el punto álgido de sus capacidades y que satisface sus deseos de la mejor manera posible. Me he librado de buena parte de mis ataduras, de los miedos y de la indecisión de mis años jóvenes, y la práctica de la supervivencia a lo largo de los años me ha enseñado a apreciar mi propia belleza y a reconocer la de los demás.

Audre Lorde, ensayista y poeta afroamericana.

Escribo esta historia de hoy en Málaga, recién llegada al hotel en el que me hospedo para asistir a una nueva edición

del festival de cine. Esta noche le han dado el premio Sur a la actriz Blanca Portillo, a quien conozco personalmente y a quien le tengo un sincero afecto, más allá de su condición como actriz. Desde el palco la he visto entrar al Teatro Cervantes vestida con unos vaqueros, una camiseta blanca monda y lironda y unas zapatillas. He pensado, qué raro que vaya a recoger el premio vestida así… Entonces subió al escenario y soltó un discurso memorable que pronto se hizo viral y que quiero compartir entero antes de entrar en harina. Dijo la Portillo:

> Os estaréis preguntando qué hace vestida así esta mamarracha en una noche de lujo y esplendor. Ha sido una decisión muy pensada. Esta noche no estoy aquí para defender un personaje o un trabajo concreto. Estoy aquí porque habéis decidido poner en valor el trabajo de casi cuarenta años dedicados casi de forma enfermiza a la interpretación y puesto que es eso lo que estáis valorando, quiero recibirlo como persona, no como actriz, y esto es sencilla y llanamente lo que soy, Blanca. Un ser humano despojado de lujos y disfraces, sin aditivos, ni colorantes, ni conservantes. Una mujer de 59 años que la mayor parte del tiempo tiene miedo y frío y que necesita desesperadamente cariño y apoyo. Que prefiere los vaqueros a los trajes de noche. Las cañas con los amigos al champán de las fiestas, que prefiere el amor a la admiración.
>
> Brad Pitt y yo tenemos varias cosas en común. Ambos hemos tenido que luchar contra nuestro físico para que se valoraran nuestras capacidades actorales… solo que al revés. Él ha luchado contra su belleza para demostrar que es más que un cuerpo y un rostro hermosos, y yo contra mi falta de belleza, para demostrar que sin ella también se puede ser actriz. Así que quiero aprovechar este reconocimiento para lanzar un mensaje de fuerza y de esperanza a todos y todas a quienes alguna vez les han dicho que les hace falta el físico para dedicarse a esta profesión. Para dedicarse a ella lo que hace falta es amor, esfuerzo, formación, capacidad de soñar lo que no existe, valentía para sobreponerse al miedo, respeto por ti mismo y quienes te rodean. Cultura, trabajo y devoción. Todo eso aumenta con los años y con la práctica. Todo lo demás, se lo lleva el tiempo.

El aplauso fue largo y sentido y sus palabras forman

parte ya de un corpus que quiere llamar la atención sobre esta esclavitud de la belleza y la juventud, que hace enloquecer a las mujeres en general y a las actrices en particular, cada vez más pronto. La alfombra roja del festival estuvo, como siempre, repleta de ropas imposibles —porque no le quedan bien a casi nadie, porque son inaccesibles, porque son solo para ser miradas— que vestían cuerpos normativos, por supuesto de mujeres, con caras tensadas, retocadas, para entrar en el canon. Así que lo de Blanca fue rompedor, balsámico, un *me importa un bledo* como una casa, que es el título de este capítulo.

Pero han tenido que pasar muchos años para que la actriz, a punto de entrar en la década de los 60, tuviera el coraje de acudir así, de hablar así, de contar así lo que mata de ansiedad a tantas mujeres de esta edad, sobre todo si tienen una proyección pública, una exposición mediática. Ha tenido que cumplir 59 años para tener esa entereza, para quitarse todas las capas, para gritar quién es, segura de estar donde quiere estar, con camiseta y sin joyas, sin tacones matadores, sin afeites, sin remilgos. Despojarse de todo eso y llevarlo con alegría es tan sanador que una vez lo descubres es difícil volver.

Yo, que tengo mucha vida social, que soy tremendamente presumida, que me gusta la ropa, maquillarme, los zapatos bonitos, jamás había ido a un sarao sin tacones. Pero un día, hace muy pocos años, acudí a un evento con mis botas Dr Martens y una minifalda de tul. Me hice las consabidas fotos en el *photocall*, faranduleé de aquí para allá, pude conversar de pie con todo el mundo sin buscar desesperadamente una silla, un taburete, prestando atención al otro, porque, por una vez, no me dolían los pies. Fue una noche gloriosa, ya ves tú con qué poco se puede conseguir.

Me pregunto quién metió en mi cabeza que o tacones o nada, quién ha decidido que a los 50 años como mucho te vas a retirar del informativo; que Matías Prats sí puede, pero tú no; que Pedro Piqueras sí puede, pero tú —que tienes la misma edad— no. Porque ellos maduran, pero tú

envejeces. La respuesta está clara: el archiconocido sistema patriarcal, que ha construido el mundo entero desde que el mundo es mundo. Tengo colegas en la televisión haciendo pantalla que viven en un permanente estado de ansiedad, probando cada día nuevos tratamientos para frenar lo que tarde o temprano aparece: los signos de la edad en el cuerpo. En el cuerpo de ellas, claro.

Pero hay grietas, lugares a los que huir, y en esos están ya viviendo muchas mujeres de esta edad a las que, sinceramente, les importa un bledo. Si juntamos todas las cosas que van importando menos conforme cumplimos años formamos una ciudad entera, con sus calles, sus playas, sus edificios, sus parques. Hemos reunido las reglas siniestras que cumplieron nuestras madres —llevar luto, acomodar la vestimenta, plegarse a los miedos, obedecer, aguantar matrimonios infelices, no protestar— y hemos hecho una bola gigantesca con todas ellas y la hemos tirado a la basura. Ahora nos importan un bledo las cosas que para las madres de mi generación fueron inamovibles, imposibles de soslayar.

Nos empezó a importar bien poco o nada el qué dirán. Recuerdo que mi madre era una de esas mujeres que limpiaba y arreglaba la casa antes de que viniera la asistenta, porque a ver qué iba a pensar la chica de nosotros… Recuerdo lo absurdo que me parecía, lo que discutía con ella por esa razón y lo que me río para mis adentros cuando, sabiendo que Diana o Nelly van a venir, ese día hago aún menos de lo que suelo hacer en casa.

Cállate, Maripili.

Nos empezó a importar poco o nada lo que ellos tuvieran que explicarnos. Pusimos sobre la mesa el *mansplaning*. Fue una mujer de esta generación la que lo hizo para que se quedara escrito para siempre ese fenómeno con el que habíamos convivido toda la vida, pero al que nunca le habíamos puesto nombre. En su libro *Los hombres me explican cosas*, Rebecca Solnit acuñó el término *mansplaning*, el hombre que explica. La propia RAE ya lo ha aceptado y lo define como «la explicación dada por un

varón a una mujer en tono condescendiente, presuponiendo de forma injustificada desconocimiento de la cuestión por parte de esta».

Se empezó a hablar del asunto y ellos se quedaron bastante perplejos. He de reconocer que hasta que no me leí el libro de Solnit no había caído en esa costumbre, en esa fea, absurda e inveterada costumbre masculina de contarme el mundo. Y por supuesto que me la había comido años y años, sin ser consciente de ello. Yo y todas mis compañeras de batallas. Era lo que había. Por eso me chifla ver a jóvenes treintañeras escribir sobre el tema, ser deslenguadas, desprejuiciadas, debatir, hacer pódcast, ponerle humor, malhumorarse, construir y animarnos y arrastrarnos a todas, a sus pares y a las mayores que ellas, a unirnos y gritar que nos importa un bledo, queridos, que sabemos más que vosotros del tema, o aun así, ya me busco yo en Google la información, que no necesito tus peroratas, que, caso de que las quiera, te lo pediré, que te calles ya, hombre, que me dejes hablar en la reunión, que nos dejes en paz, Paco, por Dios, que nos gusta esta película porque nos hace felices y ya está, que no estás en posesión de la verdad, que nosotras también somos neurocientíficas, que tenemos las claves del mundo en la cabeza, que dirigimos periódicos, empresas, que estamos al frente en la judicatura, en tecnología. Que nos importa un bledo tu opinión, Manolo.

Recomiendo que escuchéis el pódcast *Deforme semanal*, con Isa Calderón y Lucía Lijtmaer, dos mujeres de 40 y 46 años respectivamente. En él, ambas destripan, gritan, bromean, sobre este tipo de cuestiones, trufando sus convicciones con textos literarios, ensayísticos, con referencias audiovisuales y, sobre todo, con experiencias personales impagables. Cuando lo escucho pienso que me habría encantado escuchar a mujeres como ellas cuando yo tenía 20 años, por ejemplo, o cuando soportaba sin saber por qué a cretinos varios en el mundo laboral. Me habría encantado tenerlas de brújula, a ellas y a la Solnit por ejemplo.

Pero he de reconocer que todo esto que me llega lo disfruto igual, lo saboreo, me río, lo comparto, lo cuento, lo uso para mis escritos, para mi trabajo, para argumentar teorías, para seguir por este camino que tengo clarísimo que no voy a dejar y que consiste en ese #MeImportaUnBledo. Concepto que también es aspiracional: quiero que me importen un bledo muchas más cosas, quiero llegar a los 60 y atravesarlos, ligerísima, sin más miedos que los imprescindibles y venciendo para siempre jamás lo que me ha hecho polvo tantísimas veces: la vulnerabilidad.

Hacer solo lo que nos dé la gana

Nos empezó a importar poco o nada la opinión del mundo sobre nosotras, porque teníamos menos remilgos, menos miedo, más fortaleza. Y porque, parafraseando a la actriz Kathy Bates en la inolvidable Evelyn de *Tomates verdes fritos*, «nuestro seguro lo cubre todo». No nos importa que nuestros hijos tengan o no tengan hijos, que se emparejen o no. Nos da igual no ser abuelas. Solo queremos que sean tipos y tipas solventes, felices, sin traumas, más o manos armónicos con la vida que hay.

Lo contaba hace poco, en una entrevista, la cantante Sharleen Spiteri, también en los 60 y que lleva más de tres décadas al frente de la banda Texas, cuando vino de gira con su grupo a España. Acababa de publicar su último disco, *Hi*, y decía que lo que le llevó a formar una banda fue precisamente que no quería vivir con reglas y que, si no las quería entonces, cuando era joven, no las iba a querer ahora, pasados los 50. «Si no, hubiera buscado un trabajo normal. Lo que sí cambia cuando te haces mayor es que sientes más confianza, hay cosas que ganas. Cuando eres joven piensas: "Quiero ser *punk*". En cambio, de mayor te da igual. Solo piensas en hacer lo que te da la gana. Hay una libertad que viene con la edad que es magnífica. De alguna manera te vuelves más *punk* cuando te haces viejo porque realmente te da igual».

Digamos que todo lo que pienso sobre el tema estaría resumido en esta frase: «Solo piensas en hacer lo que te da la gana». Y junto a esa, otra máxima. No se trata solo de vencer para siempre el encorsetamiento que te daba la opinión de los demás, sus reglas, sus consideraciones, ahora además hay otro objetivo: perseguir el placer por encima de todo. Que desde luego se adapta como un guante a ese «hacer lo que te dé la gana». Pienso en las mujeres como mi madre, cuyo placer estuvo siempre controlado por otros, por mi padre, por nosotros, por la vida que le tocó vivir (y contra la que no se rebeló, cierto, pero, en fin, no quiero cargarla con una culpa añadida). Recuerdo una frase del filósofo Leszek Kolakowski que decía: «Quien controla tu placer controla tu vida». Y digo: ni pensarlo.

En ese *me da igual* estoy yo viviendo cada vez más. En ese *me da igual* estaba María del Monte cuando decidió salir públicamente del armario. En ese *me da igual* estaba Blanca Portillo esa noche. En ese *me da igual* están las mujeres que escriben libros feministas combativos sabiendo que va a haber hordas de machitos —y algunas hembras— que van a salir ahí, al anonimato de las redes a veces, a la esfera pública otras, y van a insultarlas, amenazarlas, amilanarlas. Este es el *me da igual* que propugnó bell hooks en su libro *Enseñar a transgredir*, y esa voz propia que mezcla géneros y desafía todas las compartimentaciones.

Este *me da igual* es el que no vivió la generación anterior, que veía peligro en todas partes, que estaba oprimida y triste tantas veces. Pienso en todas las feministas pioneras que nos precedieron, aquellas que tuvieron un feminismo intuitivo, que fueron respondonas, como la citada bell hooks. Pienso en todas las reuniones con machos alfa que me he tragado, sin levantar la voz, porque consideraba que ellos, con sus corbatas, estaban ahí para aclararme cosas, pese a que nunca me consideré inferior, al menos conscientemente. Pienso en la de veces que adapté mi vestuario para hacerlo más formal, menos estridente, menos colorista, más sobrio, más como sus trajes grises marengo, que es un color que detesto profundamente.

Pienso en la de veces que no me levanté de la mesa ante un comentario desafortunado, molesto, estúpido. Y me lo tragué. Y al tragármelo me atraganté, y atragantarme me enrabió por dentro y me hizo malhumorarme sin saber con exactitud qué era lo que me estaba pasando. Así que ahora espero llegar a los 60 con menos reparos, sin malgastar la vida en detalles absurdos. Y consolidar lo que creo que hemos hecho buena parte de las mujeres de esta generación, siguiendo a Montaigne sin saber que lo seguíamos: hemos reservado una trastienda que es solo nuestra, un espacio de total sinceridad donde podemos ser auténticamente libres y que constituye nuestro lugar de retiro y soledad. Y, como decía Gloria Steinem, «me doy cuenta de que a los 50 años me sentía como si abandonara un país muy querido, pero a los 60 me siento como si llegara a la frontera de uno nuevo».

LA BRUJA BUENA, LIBRE Y SIN MIEDO A QUE LA QUEMEN

En ese *me importa un bledo* hay libertad casi total. Una libertad pequeña, que es bajarte de los estiletos para siempre o para casi siempre, cuando te dé la gana. Y una grande, que es dejar de pedir permiso, gritar, reivindicar, replicar a otro, callar a los Pacos, no ser dócil ni amable, ni contemporizadora. Es ser las brujas del libro de la feminista marxista Silvia Federici, *Calibán y la bruja*, que cuenta cómo la persecución de las brujas en Europa y el Nuevo Mundo fue un factor clave en la construcción del capitalismo moderno. Somos esas brujas que cuenta Federici, que en realidad eran «mujeres libres, disidentes y peligrosas que en muchos casos no servían doméstica ni sexualmente a un hombre, que compartían saberes por fuera de las instituciones patriarcales de circulación y legitimación del conocimiento (claustros universitarios, pero también conventuales), que construían comunidades en lugar de quedarse cada una sola en su casa y que, por ende, eran atentados caminantes contra la familia patriarcal, las buenas costumbres y el incipiente matrimonio burgués». El

caso es que siento que somos las nuevas brujas, pero ahora nadie va a quemarnos.

A esta generación le ha importado un bledo también ese mandato moral, ese parámetro de éxito que era la armonía conyugal, como dice Gabriela Wiener en «El sexo de las supervivientes» (*elDiario.es*). Ha sido la primera de todas las generaciones en preocuparse por la pareja, porque la pareja sea lo que una desea y no cualquier cosa. Ha entendido que el patriarcado no solo prohíbe, también seduce. Y ha construido un yo íntimo fuerte y unas sólidas redes de amistades que tejen las telas sobre las que recostarse cuando se tiene frío, miedo, angustia. Ha sido, es, una generación generosa en los afectos y talentosa en crear entornos armónicos. Lo describió así Jean Baker Miller, psicóloga estadounidense, cuando habló de la construcción de la identidad del yo femenino: es un yo en relación, no aislado de los demás, uno que ha nacido, se ha reproducido y se ha desarrollado en contacto con los otros.

Somos esas mujeres de las que habla Tamara Tenenbaum en *El fin del amor*: «Desde el feminismo hablamos de la necesidad de deconstruir el amor romántico y la familia tradicional. Nuestras heroínas de la modernidad son ante todo poco prácticas, y en eso reside su encanto; no las mueve el dinero, ni ningún motivo terrenal, y sus amores representan una protesta contra el tedio de esas vidas prudentes y lógicas que les propone la moral burguesa». Poco a poco, sigue la autora, cultura mediante, el amor se fue cimentando como la forma específicamente femenina de la rebeldía (negarse al matrimonio, por ejemplo). Esta jovencísima escritora me deslumbró con su libro este verano. Mientras lo leía pensaba, ¿cómo puede, con poco más de 30 años, haber llegado a esas conclusiones? ¿Que tenía yo en la cabeza a su edad? Desde luego, nada parecido. Probablemente porque me faltaron referentes, enseñanzas vitales menos encorsetadas, un mundo audiovisual más rico. Todo lo que Tamara y su generación sin duda han tenido. Por eso su *meimportaunbledismo* es, cuando lo es, más contundente,

más temprano que el nuestro.

Mi generación ha aprendido tarde a distinguir lo esencial de lo accesorio y a hacerle caso a Heráclito cuando decía que la actitud es el futuro, o a Simone de Beauvoir cuando dijo que la ley de la vida era el cambio. O a Gustave Flaubert cuando hablaba de un cierto aligeramiento de la existencia. Pero nos lo hemos tatuado para no dar un solo paso atrás. Estamos entre un «me da igual», un «me va a dar igual» y un «debería darnos igual a todas a estas alturas».

Estamos aquí, ahora. Lo demás no importa

Esta generación mía vive en el feminismo bravo de verdad que nos ha hecho más fuertes ante, por ejemplo, los discursos reaccionarios que afloran cada vez que llegan más derechos (el aborto en Estados Unidos es el clarísimo paradigma). Y también tengo la sensación de estar en un frente común más que nunca: nos reconocemos como iguales, como las pertenecientes a un colectivo que tiene que estar junto para vencer. Porque, como explica Marina Subirats, «las mujeres no sabemos luchar, no hemos participado en guerras, no tenemos hábito de estrategia, ni tácticas, nos resulta más difícil defendernos. Igual deberíamos utilizar el chantaje, pero no es lo nuestro. Los liderazgos femeninos son más sanos, pero las normas son androcéntricas».

Pero, ¿y qué hay de esa frase tópica, que odio a muerte, de «El peor enemigo de una mujer es otra mujer»? ¿Qué hay de eso, de la rivalidad femenina, la ambición, tan poco femenina? Pues que es una caricatura, queridas, y que deberíamos incorporarla a nuestro listado de #MeImportaUnBledo. Porque no hay evidencia empírica que demuestre que nosotras seamos más competitivas entre nosotras que ellos: la biología no determina ningún comportamiento y la imagen negativa viene, cómo no, de una construcción mental impuesta a lo largo de los siglos. Como indican las expertas Élisabeth Cadoche y Anne de Montarlot en su libro *La rivalidad femenina y cómo acabar*

con ella:

> La cultura occidental está salpicada de referencias a la valentía de los hombres que se enfrentan entre ellos. En cambio, en las mujeres, la rivalidad no tiene cabida porque una mujer no está hecha para la lucha, porque la competencia no forma parte de los llamados «valores femeninos», porque una mujer no se siente realizada en la rivalidad, sino en la maternidad. Una mujer es cariñosa, colabora, es solidaria.

Buf, basta. Otra cosa que debemos asumir sin remilgos es que la misoginia en las mujeres existe, y ha de importarnos un bledo o hemos de convivir con ella como convivimos con la otra, la de los hombres. Vivamos la rivalidad también con naturalidad, cuando se presente. Permitámonos ser ambiciosas y querer ese premio, esa loa, ese mérito, ese ascenso, el poder, y que nos importe un bledo si los otros compañeros, o sobre todo las otras compañeras, van a pensar de nosotras que somos unas trepas. Cállate tú también, Mari Carmen.

En este sentido de ambicionar nos ilumina otra mujer, Mary Beard, en su libro *Mujer y poder*:

> ¿Qué significa que hay que considerar el poder de forma distinta? Significa separarlo del prestigio público, significa pensar de forma colaborativa en el poder de los seguidores y no solo de los líderes, significa sobre todo pensar en el poder como atributo o incluso como verbo, *empoderar*, no como una propiedad.

Hubo muchas mujeres antes de nosotras que iniciaron ese camino de #MeImportaUnBledo, que soltaron lastres en épocas más difíciles que las nuestras. Como la influyente pensadora francesa Hélène Cixous (Orán, 1937), que en su texto académico *La risa de la medusa* (1975) escribió: «Sé por qué no has escrito. No has escrito porque tenías miedo, porque escribir te parecía una tarea reservada a los hombres, y aún a los grandes hombres». Cixous se levantó en sus escritos contra los faloparlantes (hoy *mansplaners*), contra los incapaces de escuchar. Fue una de esas mujeres

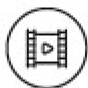
de los años setenta, «dispuestas a liberarse, a las que les debemos nuestros gritos insolentes y maleducados de hoy, las que dijeron basta y se dispusieron a escribir para ti y para mí en lugar de tratar de insertar su nombre en esa extraña historia del saber legítimo. ¿Qué hubiera sido de nosotras sin ese “no pasarán”?» (citada por Laura Llevadot en *Mi herida existía antes que yo*).

Me cuenta Pepa Bueno que ella es más presentista que nunca. «No hay nada más importante que lo que me está pasando ahora, es la mejor etapa de mi vida. Tengo más paciencia, planifico con menos impaciencia, creo que me he relajado con el síndrome de la impostora y que verbalizarlo ayuda. Creo que las de esta generación estamos más presentes que nunca, no es solo visibilidad».

Para Gemma Nierga, que tras su despido sorprendente de La Ser tuvo que rearmar su autoestima, empezar de nuevo hizo posible que dejara en la cuneta buena parte de las cosas que le habían importado. «Volví a empezar, a crear un equipo nuevo, en un programa nuevo, y la seguridad que tengo ahora no la tenía cuando empecé hace treinta años. Antes el mundo se paraba ante un conflicto, un mal guion te amargaba el día. Ahora me siento fuerte, no me escondo, siento que me merezco lo que tengo, entiendo los errores como una oportunidad, nunca como un fracaso mío o de alguien del equipo. Y muy importante, me veo igual que la gente que tiene veinte años menos, hemos roto las barreras generacionales. Yo trabajo con un equipo en el que muchos de ellos no llegan a los 40 años y nos entendemos perfectamente».

Suscribo del todo a Gemma en ese sentirse parte, dentro de grupos de edad distintos, mucho menores, y vivir con ellos de manera natural, compartiendo universo entero, y que te importe un bledo doblarles la edad, porque ni siquiera lo notas. Uf, hay pocas cosas más reconfortantes.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Carmina o revienta.* Paco León (2012)**

León dirige a su madre, Carmina Barrios, a la que convirtió en una estrella, en esta cinta tan, tan insólita. Una mujer que sabe los años que tiene, que no esconde su cuerpo ni su clase social. Desprejuiciada ella y el creador. Un ejemplo soberbio de *meimportaunbledismo*.

SERIES

***Sex education*. Laurie Nunn (2019)**

Una madre, terapeuta sexual, maravillosa, capaz de ponérselo todo por montera.

***The split.* Abi Morgan (2018)**

Mujeres adultas con mucho brío, con poder y con un modelo de mando completamente diferente al del hombre. Y gestionando divorcios propios y ajenos.

***Grace y Frankie.* Marta Kauffman y Howard J. Morris (2015)**

Dos mujeres maduras de vuelta de todo diciendo todo el rato me importa un bledo. Y qué dos actrices: Jane Fonda y Lily Tomlin.



QUÉ ESCUCHAR

***No me importa nada.* Luz Casal (1989)**

Si hay una canción que resume bien ese momento de dar igual, es esta.

***19 días y 500 noches después.* Travis Birds (2019)**

Le da la vuelta a la canción de Sabina, con la voz rota y fantástica de Travis Birds. Esa mujer que cuenta la historia, años después, bajo su punto de vista.

10

ELLOS, LOS HOMBRES: LOS ALIADOS Y LOS OTROS. Y NUESTROS GAIS

> Es cierto que muchos hombres tienen miedo de cambiar. Es cierto que muchísimos hombres ni siquiera han comenzado a observar cómo el patriarcado les impide conocerse a sí mismos, estar en contacto con sus sentimientos. Para conocer el amor, deben ser capaces de abandonar el deseo de dominar. Deben poder elegir la vida sobre la muerte. Deben estar dispuestos a cambiar.
>
> BELL HOOKS, *El deseo de cambiar. Hombres, masculinidades y amor*.

> Cuando las mujeres dejen de leer, la novela estará muerta.
>
> IAN MCEWAN, escritor.

Los dramas me han pillado siempre bien instalado en el privilegio; el privilegio como fortaleza o como ariete, el privilegio como un instrumento para impedir que otros no privilegiados ocupen su lugar, o el privilegio como un modo de romper con la necesidad del privilegio.

En ambos casos es imprescindible tomar conciencia del privilegio que nos permitió acceder al espacio que ocupamos, desde el cual reflexionamos acerca de nuestros

privilegios. Bla bla bla…

Bob Pop, *Días simétricos*.

Los compañeros hombres que nos rodean

De nuevo tendré que generalizar, con lo ingrato que es eso. Pero no queda otra. Hablaré por mí de nuevo, por mi entorno, mi pareja, mi hermano, mis colegas de trabajo, mis amigos de edades similares a la mía, que son padres o no, y profesionales. Los miro y pienso, si fuera por ellos, si fueran ellos, los míos, los que formaran la llamada *machosfera* el mundo quizá no sería lo que es, no sería cómo es. Porque ellos son buenos tipos, buenos padres, esposos buenos, compañeros de vida que asumieron sus responsabilidades domésticas e incluso sentimentales, por ejemplo, sin problemas, que no «nos ayudan», que simplemente trabajan dentro y fuera de casa, como nosotras.

No tienen nada que ver con el médico André Soubiran, que en 1967 publicó un libro muy leído, *Veinte cartas a una mujer de hoy en día*, donde se preguntaba si «habría que saber si la psicología femenina se adapta tan bien como creemos a la libertad y a no estar bajo la dominación del hombre». No son los hombres de los que hablaba, a principios del siglo xx, la periodista feminista Concepción Gimeno de Flaquer en su libro *La mujer intelectual*: «No esperéis que el hombre os ayude a salir del marasmo, de la postración en la que yacéis: el hombre es muy egoísta y no abdica fácilmente de sus títulos de soberanía». Flaquer, evidentemente una pionera, escribió un compendio de artículos a modo de alegato contra la rutina y la sumisión, contra el papel secundario de la mujer en la sociedad.

Tampoco son los hombres que confunden el *mujerismo* con el feminismo, por el amor de dios… Ni esos «misóginos románticos» agazapados en personajes cinematográficos, televisivos, o, peor, en gente real. Esos que pueden llegar a decir «he amado a las mujeres toda mi vida», confundiendo el hecho de querer tirárselas con comprenderlas, sostener el

mundo a su lado. O esos que dicen «sois seres superiores, podéis dar vida». Abajo con ellos, ya.

Mientras nosotras, las de esta generación, habitábamos un terreno ignoto, un lugar que hemos tenido que construir, ellos nacieron con el espacio ya hecho. En la cultura masculina no hay, no hubo nunca, una princesa azul, ni un matrimonio fabuloso con maravillosos trajes, como dice Mona Chollet en su libro *Brujas*. Están acostumbrados desde siempre a que nosotras les prestemos atención plena.

Apunta Cristina Andreu, presidenta de CIMA, que las mujeres conocemos mucho a los hombres, pero ellos no nos conocen a nosotras. Y se pregunta, «¿cómo se puede avanzar hacia una sociedad sana sin este punto de vista?». Ellos, como dice Virginie Despentes, no tienen un cuerpo, «ocupan una posición dominante que les permite ser sujetos absolutos y convertir a las mujeres en sujetos absolutos». Recordemos, por ejemplo, a Donald Trump, cuando atacaba a Hillary Clinton. «Hace falta tener un aplomo increíble, el que le proporcionan más de dos milenios de cultura misógina», remarca Chollet.

Parece mentira que me sienta obligada a escribir esta frase, que es un tópico como una catedral: nosotras y ellos somos distintos. Tenemos apetencias distintas, maneras distintas de relacionarnos. En la novela *Prestigio* dice su autora, Rachel Cusk, «negar las diferencias entre hombres y mujeres tal vez equivaliese a obviar las mejores cualidades de ambos. Sus diferencias generalmente eran complementarias en vez de una fuente de conf lictos».

Muy bonito, efectivamente. Pero sucede que nosotras siempre hemos estado ahí, dispuestas a escucharlos. ¿Y ellos? Bueno, no siempre. Lo dice Grace Paley en un párrafo precioso, elegante, tierno, de su libro *La importancia de no entenderlo todo*:

> Las mujeres escriben diferente a los hombres. Tenemos mucha conversación doméstica o personal, las mujeres se sienten cómodas hablando de lo personal a diferencia de los hombres. Se cuentan más cosas y tienen muchos problemas en común. Algo interesante es que las mujeres han comprado libros

> escritos por hombres desde siempre y se dieron cuenta de que no eran acerca de ellas, pero continuaron haciéndolo con gran interés porque era como leer acerca de un país extranjero. Los hombres nunca nos han devuelto la cortesía.

¡¡¡¡La cortesía!!!!, quizá en eso debería consistir todo. Elvira Lindo, que prologa este libro de Paley, añade algo más: «El hombre que lee a más mujeres tiene más cultura, porque si no lo hace está ignorando a la mitad de la población».

El verano pasado, cuando ya sabía que debía ponerme con este libro, me leí de un tirón *Teoría King Kong*, de Despentes. Me impactó el capítulo en el que interpela directamente a los hombres, en el que les señala los trazos gruesos de su carácter, lo que deberían hacer para que todo fluyera más. Quiero compartirlo entero (permiso mediante) porque no puedo mejorarlo ni añadir nada. Está condensando aquí lo que se pierden por no salir de sus corsés viriles —que también los tienen—, igual que nosotras nos hemos perdido históricamente un mundo entero por no salir de nuestros corsés femeninos, de esa trampa feroz de la feminidad.

Allá va Despentes con este alegato soberbio:

> Pueden enseñar a los hijos que la tradición masculina es una trampa, una restricción severa de las emociones. Porque la virilidad tradicional es una tarea tan mutiladora como la llamada a la feminidad. ¿Qué exige de hecho ser un hombre de verdad? Represión de las emociones. Esconder la sensibilidad. Sentir vergüenza de la delicadeza, de la vulnerabilidad. Dejar atrás la infancia de manera brutal y para siempre: los hombres niños no tienen buena prensa. Estar angustiado por la medida de la polla. Saber hacer disfrutar a las mujeres sin que ellas sepan o quieran indicar los pasos a seguir. No mostrar las debilidades. Amordazar la sensualidad. Vestirse con colores neutros, llevar siempre las mismas zapatillas toscas, no jugar con el cabello, no llevar demasiadas joyas y nada de maquillaje. Tener que dar siempre el primer paso. No tener ninguna cultura sexual para mejorar el orgasmo. No saber pedir ayuda. Tener que ser valiente, aunque no se tengan ningunas ganas. Valorar la fuerza, sea del carácter que sea. Demostrar agresividad.

> Tener un acceso restringido a la paternidad. Tener éxito social para poderse pagar las mejores mujeres. Tener miedo de la homosexualidad, porque un hombre, uno de verdad, no ha de ser penetrado. No jugar con muñecas cuando eres pequeño y contentarse solo con coches y armas de plástico superfeas. No tener demasiado cuidado del propio cuerpo. Estar sometido a la brutalidad de algunos hombres sin quejarte. Saber defenderte. Tener la feminidad capada, de manera simétrica a las mujeres que renuncian a su virilidad.

Todo este cúmulo de conceptos tiene hasta nombre. Los han llamado las «patologías de la omnipotencia» porque cumplir esos mandatos tiene su castigo, en el cuerpo, en la psiquis. En realidad, son discapacitados emocionales. Por favor, que no se me solivianten mis coetáneos. No todos, no siempre. Yo diría, por ponerle un punto de humor, que solo hay un comportamiento que he visto repetirse a menudo entre los hombres de esta generación, heterosexuales, por supuesto: si de pronto están perdidos buscando una dirección, dentro del coche o caminando, porque el Google Maps no atina, son capaces de dar ochocientas noventa vueltas antes de parar a un transeúnte para PREGUNTAR. Los motivos de este proceder, los ignoro.

Volvamos a lo serio, a los hombres de ahora, a nuestros contemporáneos, a los que han tenido que dejar en el umbral de la puerta tantos vicios adquiridos si querían de verdad construir relaciones sólidas, más eficaces, más igualitarias que las de sus padres, si querían una vida plena, llena de ternura, de risas compartidas… Si querían algo más armónico, lejos de su retórica masculina. Hemos tenido que vivir con esas cobardías, aceptarlas como animal de compañía, hacerles ver que había otras opciones más afectuosas, que, si pasaban por el mercado y nos traían rosas sin más les agradeceríamos el gesto como lo que era: un gesto galante y amoroso. Yo he sido tremendamente afortunada. A veces me pregunto por qué.

A veces me pregunto si estaba en mi naturaleza que no iba a consentir que ningún señor se me subiera a la chepa, en casa o en el trabajo, o en la camaradería que da la amistad y el colegueo, o si ha sido algo que he desarrollado

poco a poco. No lo sé, la verdad. Lo que sí sé es que no me he sentido nunca inferior, ni sometida, ni bajo el yugo de nadie, al menos no de manera consciente. Quizá porque he huido como de la peste de esa imagen que vi en casa de mis padres toda la vida. Y de manera inconsciente me revelé. Lo cierto es que mi pareja, el padre de mi hija Carlota, se ha ocupado de lo doméstico de la misma manera, y de la niña más aún. El caso es que veo la vida de mi hermano Quique, con dos hijos ya adultos ahora, que se ocupó de sus cenas y sus idas y venidas desde el minuto uno. El caso es que veo a mis amigos Juanjo, Pepe, Robert, Antonio, Mikel, con hijos y parejas que trabajan, obviamente, fuera de casa, ocuparse de pleno de todo, lo mismo que ellas, con la misma paciencia, con el mismo tedio, con la misma responsabilidad. Y también los veo, los he visto, educar a los críos lejos de las soflamas masculinas, con ternura, animándolos a respetar al otro, a entender a las mujeres, a valorar la otredad. Y me interesan cada vez más esos hombres que fueron educados para no ser lo que son, que también han vencido mandatos. Es verdad que los suyos, sus reglas, sus normas, jugaban a su favor, no como las nuestras. Que como se suponía que «las mujeres no debían eclipsar a los hombres en un mundo en el que el éxito y el poder está reservado para ellos» (Simone *dixit*), no movían ficha y perseveraban.

La máscara que ¿se han quitado?

Quiero pensar que ellos también se sienten liberados de la presión de ser incólumes, de la obligación de traer el pan a casa. Vieron que esa máscara, que llevaba consigo tantas pesadumbres, era anormal y perversa.

Muchos siguieron, siguen, usándola porque les resulta práctica para evitar que les dañen. Otros se la han quitado. Esos son los que necesita el mundo. Hombres que cuestionan también el legado, las imposiciones de otros hombres como ellos, de su mismo estatus, de su misma generación. De esos «fabulosos hombres blancos», como los

llama Nuria Labari en *El último hombre blanco*, que son los que han impuesto los horarios laborales, lo que nos han obligado a parar dos horas para comer a todos, los que ponen reuniones a las siete porque no desean de verdad llegar a sus casas. Los que siguen queriendo «un pedazo de la tarta de los hombres blancos, aunque se trate de un pastel envenenado», dice Labari. Por cierto, la escritora me contradice en lo que contaba yo de la corresponsabilidad. Según ella, «lo único que los tíos se han quitado de encima es la responsabilidad, que ya no es de nadie. El liderazgo sigue siendo vertical, pero la responsabilidad se ha vuelto horizontal». Dejo aquí el debate para vosotras.

Lo cierto es que yo lo he visto ya todo. Como buena parte de las mujeres de mi edad con vidas profesionales diversas. Y tras cinco millones de conversaciones con ellas la conclusión es que no hay conclusión. Que nos hemos encontrado a un santo y a su reverso. Que a veces bien y a veces el horror. Que pedimos mucho porque damos mucho, que ellos se lo encontraron resuelto y nosotras tuvimos que pelearlo.

He jugado en terrenos hostiles, como los de la televisión, donde el mundo, la mirada, ya lo he dicho, ha sido y sigue siendo muy masculina. Quiero pararme aquí en este ecosistema, para mostrarlo como ejemplo y que podamos extrapolarlo a otros lugares. El audiovisual es un espacio, un ecosistema decía, en el que los hombres con poder se rodean siempre de guionistas y directores y profesionales varios que comparten su misma visión del mundo y entre los que se sienten a gusto. No hay más sitio que el que hay. En el libro esclarecedor, al que acudo a menudo y que se llama *Dueñas del show*, de Joy Press, se aborda este tema en profundidad. Ahí, la directora americana Joey Soloway —creadora, entre otras, de la serie *Transparent*— resalta que «pedirles a los hombres que no contraten a personas a las que conocen, en las que confían y que les resultan cómodas porque se comunican fácilmente con ellas, es pedir demasiado para un montón de hombres que no se consideran racistas ni sexistas, pero tienen

montado un sistema que les facilita la relaciones profesionales y personales». No puede ser más certera esta ref lexión.

Lo cierto es que a principios del siglo XXI el panorama televisivo estaba dominado por «una caterva de incorregibles machos alfa». Pasaron años, décadas, durante los cuales los directivos de la industria, en su mayoría varones, parecían creer que a los espectadores no les gustaban las protagonistas complejas, pese a que las series protagonizadas por hombres excéntricos y difíciles les encantaban. «Las mujeres tampoco podían estar gordas, tener la tez morena ni pasar mucho de la treintena. De los creadores de las series que se emitieron en la temporada 2015-2016 solo uno de cada cinco era mujeres, y las series entre cuyos creadores hay al menos una mujer contratan a muchas más guionistas y actrices para papeles protagonistas». Así pues, está claro qué necesitamos, porque la representación cultural no es baladí. Todos recordamos *Anatomía de Grey*, la serie exitazo de Shonda Rhimes. Era la primera vez que se feminizaba el género médico. La serie acabó para siempre con el prejuicio dominante en la industria de que el espectador no vería series de mujeres ni de personas de color. Me gusta mucho esta reflexión de Rhimes:

> Cuando los guionistas hombres gruñen a veces y dicen «esto es muy de mujer», yo digo: por esas cosas de mujer veo yo la tele, con que se queda. Habiendo más del doble de mujeres guionistas que de hombres la perspectiva masculina quedaba constantemente eclipsada.

Y ahora la réplica. Yo a mi alrededor veo muchos hombres educados, corteses, que tienen claro que somos iguales, que respetan al otro y a la otra. Hombres que no humillan nunca, que apoyan y que te quieren bien y son buenos compañeros vitales. Hombres que no son zafios, que no son groseros, que no escupen estupideces. Hombres que hacen la vida más grata. Me rodean desde siempre. Los tengo, los he tenido en mis lugares de trabajo, en mi

familia, entre mis amigos. Los veo por todas partes. Hombres tiernos que tratan el mundo con delicadeza. Buenos padres, buenos hijos. También hay hombres así en la política. Que se enamoran de la inteligencia de las mujeres, de sus corazones y que ni en público ni en privado son soeces.

Insistamos en la vida cotidiana con ellos. Le pregunté a González Sinde qué le gustaría ver en el mundo que la rodea, con relación a las mujeres de esta edad, qué creía ella que faltaba. Su respuesta me dio que pensar:

> Faltan hombres. Veo millones de mujeres solas a mi alrededor y eso me deja pasmada. Mi vida está destruida, pero las de mis amigas no. Y, sin embargo, muchas no tienen pareja y ya se quedan así para siempre. Eso me flipa, porque son tías maravillosas en todos los aspectos: físico, económico, social, intelectual… Falta que demos el paso de salir con hombres más jóvenes, como hacen los hombres. Y faltan sitios para ir bailar. Hay que bailar más.

Y, junto a eso, otro asunto que tanto Sinde como otras tantas mujeres con las que he hablado para este libro mencionan: cómo la mujer se ve obligada a comportarse como un hombre para sobrevivir en el entorno laboral. «A pesar de la incorporación de la mujer, el sistema no ha cambiado. Nos hemos adaptado nosotras y de eso eres más consciente, al menos yo, en esta edad madura, cuando no vas como pollo sin cabeza por la vida y puedes mirar atrás con un poco de perspectiva. No es un tema de conciliación, la conciliación al final es quítame unas horas de aquí para ponerlas allá. Lo que dejo de trabajar en la empresa lo trabajo en casa con la intendencia familiar. Es un tema de mayor libertad sobre nuestro tiempo y nuestros intereses, que en el caso de las mujeres suele ser más diverso y variado que en el de los hombres», me dijo Sinde.

La periodista Olga Viza, una de las profesionales más reconocibles del deporte televisado, entre otras muchas facetas (seis Juegos Olímpicos, tres Mundiales, campeonatos de motociclismo, de Fórmula 1, torneos de

gimnasia, de tenis, de golf) ha trabajado mucho en ese mundo de hombres, así que sabe bien de lo que habla:

> Éramos muy pocas. La sensación de ser pionera la tuve siempre y creo que no hay nada que iguale más que la preparación. Yo creo que después de un tiempo, que yo viví, con la incorporación de las mujeres a ese ámbito, hubo cierta involución. A mí lo que más me gustaría ahora, en el asunto de las reivindicaciones, es que los hombres estuvieran también en la primera fila de la pancarta.

LOS QUE NO SE HAN PUESTO AL DÍA

Incluso los mejores, los más compañeros, los que nos sienten y nos piensan como iguales, muestran en algún momento de la conversación una cierta incomodidad. Por ejemplo, noto que les cuesta reconocer que pertenecen a un grupo privilegiado desde hace siglos. Les molesta un poco que la cultura esté cada vez más poblada de objeciones a su mundo, que los hijos adolescentes los pongan en evidencia de pronto. Pero bueno, ellos, los buenos, capean bien los temporales. Al final de la conversación sonríen incluso.

Ahora vamos con los otros, con los machos alfa de verdad, los que no están dispuestos a ceder ni un milímetro del terreno que consideran que les pertenece por derecho. Pueden ser poderosos de verdad o no, pueden tener contactos o no; se trata de un grupo de hombres que, sea cual sea el poder que detentan, lo usan para protegerse entre sí. Y sí, tienen esta edad nuestra. Y sí, son reticentes a las ganas de igualdad de las mujeres, a sus reivindicaciones, a sus querencias, a sus propósitos para alcanzar lo que les corresponde por derecho. Están perplejos y ahora mismo alguno está pronunciando esa frase ya lapidaria de «ya no se os puede decir nada». Cállate, José Luis, anda.

Sobre ellos leí hace poco el libro *Los boys club. Por qué los hombres siguen dominando el mundo*, de la canadiense Martine Delvaux. Tuve que dejarlo varias veces, por la ira que me provocaba. Delvaux lo escribió con una sana intención, la misma con la que me lo leí y con la que escribí

sobre el tema (y este libro incluso): «Hay que negarse a arrodillarse, a permanecer muda frente a esta organización del mundo». Son hombres blancos, heterosexuales y privilegiados que operan en un circuito cerrado, donde se pasan cifras, información, documentos, dinero o mujeres. «Ya sea en el Ejército, en la política, en los consejos de administración, estos grupos exclusivamente masculinos orquestan la exclusión y la invisibilización de la otra mitad de la población», dice Delvaux.

Cada vez que alguna de nosotras lanza un dardo contra el sistema —que es heteropatriarcal, vamos a repetirlo— aparece una palabra, *misandria*, como oposición a la misoginia. Y empiezan los ataques. En redes, en la esfera pública. ¿Y eso por qué? Porque no se nos permite la cólera, porque tras afirmaciones contundentes que cuestionen el (mal) comportamiento masculino hay que decir: «Bueno, no todos nos misóginos, ¿eh?, que existe el "buen tío"». Yo misma me he visto empezando así este capítulo, casi sin pensarlo. Porque, efectivamente, existe el buen tío, pero él también forma parte de ese sistema misógino. Que, insisto, nada tiene que ver con la misandria, que tal y como no se cansan de decir los colectivos feministas NO existe. No es un sistema organizado para degradar y constreñir a los hombres, y «si alguna vez lo hace y mete a todos los señores en el mismo saco es por hacer la gracia, por pura ironía, ¿es que no lo ves? Ya no saben cómo ligar, cómo ir en ascensor con las compañeras de trabajo, cómo hacer bromas», ironizaba la autora del texto. Y una cosa más, la misandria no tiene víctimas, no mata, no hiere, no impide a ningún hombre que trabaje en lo que quiera, que se vista como quiera, que salga solo de noche, que se exprese como quiera, que elija sus pasiones. Todo esto lo cuenta Pauline Harmange en un libro polémico que se llamó *Hombres, los odio* y que provocó oleadas de bilis hacia la autora. Por supuesto, muchos de los que le enviaron sus toneladas de ira nunca leyeron el libro, solo su provocador título. Porque esa es otra, tampoco deberíamos ir por ahí provocando.

Contaré una historia bonita. España ocupa el lugar número 29 de 149 países en el *ranking* general sobre países más igualitarios del Foro Económico Mundial, así que por ahí hay que pensar que vamos bien. Quizá de ahí llega ese optimismo que destila el arranque de este capítulo, pese a todo lo que cuento en las páginas siguientes. Y con ese marco, aquí va la historia. Organizo en Valencia unos encuentros, promovidos por una entidad financiera, Caixa Popular, muy pendiente de las mujeres, de sus necesidades económicas, de sus maneras de relacionarse con el entorno, de ellas y la cultura. Los encuentros se llaman Dona la Veu (un título que juega con la polisemia: en valenciano *dona* significa 'mujer' y 'da'. Así que la traducción podría ser 'Da la voz', con la mujer como protagonista). El caso es que cuando pienso en los invitados para esas charlas culturales, que consisten básicamente en sentar a conversar de manera sosegada sobre sus vidas, sus trayectorias profesionales a dos mujeres, o a una mujer y un hombre, me doy cuenta de que hay un montón de hombres que SÍ.

Hombres que piensan y sienten a las mujeres como iguales, que empatizan, que son generosos en el diálogo, que no tienen ningún problema en admitir sus prejuicios, sus históricos privilegios, sus reticencias. Por allí han desfilado Jon Sistiaga (con Rosa María Calaf de pareja), Juan Carlos Ortega (con Montserrat Domínguez), Isaías Lafuente (con Gemma Nierga), por citar unos cuantos. Me di cuenta al pensar en ellos, y luego durante la charla, de sus denominadores comunes. Son hombres que aplauden a las mujeres, que no las interrumpen, que se sientan a escucharlas de verdad, que nunca dirían frases estúpidas, tipo «Ya no se os puede decir nada», o «Qué más queréis», o «Uy, no, en el ascensor no voy a subir contigo, a ver si…», o «Es que ahora todo es machista», o «¿Y para cuándo el Día del Hombre?», o esta, letal, «Yo amo a las mujeres, me he criado con ellas, las adoro». Son hombres que cuando les planteas de qué va la charla, lo pillan a la primera y

asumen que sí, que en efecto son personas que han de deconstruirse, que han de revisarse, que han de reconsiderar sus supuestos. Y es maravilloso escucharlos en esos escenarios, reírnos con los tópicos e imaginarlos en casa, educando a sus hijos o a sus hijas y sabiendo que los vamos a tener siempre de aliados.

Hace apenas unos días, comiendo con Berto Romero —que es un hombre camino de los 50, perfectamente consciente de todo lo que tiene de más, solo por serlo—, salió este tema, con su mujer Marta delante. Hablábamos de ejemplos contrarios, de gente del mundo de la creación, por ejemplo, o de otras disciplinas, que no se baja del burro, que no reflexiona, que no se para y dice, bueno, quizá esto no fue lo que debí hacer, quizá esto era innecesario, quizá esto hay que desmontarlo, porque frisa lo que ya es incuestionable. Y Berto, que es un cómico y un hombre cabal, respetuoso, admitía que él mismo a veces ve cosas que hizo tiempo atrás y siente que ya no le representan, que estaban en el filo de lo admisible, que ahora ya no las llevaría a cabo igual. Nos reímos los cuatro —que también estaba Mikel López Iturriaga, el responsable de *El Comidista*, cómo no, en connivencia— poniendo ejemplos varios. Mientras le oía pensaba, es tan sencillo decirlo, tan sencillo pensarlo… No entiendo que no sean legión.

Son hombres, sigamos, que saben que las empresas siguen prefiriendo contratar hombres y que eso es injusto. Que admiten que esta revolución, la de esta cuarta ola feminista, es necesaria, imparable. Que el compromiso con la igualdad también les concierne, que esto no es una cuestión de mujeres: es simplemente un asunto de derechos humanos. Que tienen claro, como se verbaliza en cada uno de esos encuentros, que o eres feminista o eres antifeminista. Y ya está.

Su ira, nuestra ira

Seamos honestos. Para dedicarse en cuerpo y alma al arte, a tu trabajo amado, sea el que sea, para ser un triunfador en

lo tuyo, hay que dedicarse al asunto en cuerpo y alma. Y Nabokov, por ejemplo, que ni siquiera cerraba sus paraguas, quizá nunca habría escrito *Lolita* sin una entregada, abnegada y entusiasta Vera, que hasta le humedecía los sellos. «Los monstruos del arte solo se ocupan de ese arte, nunca de las cosas cotidianas», dice Solnit.

Uy, pero de esto hace muchos años, estaréis diciendo. A qué viene esto, os preguntareis. Bueno, tiene sentido porque yo os quiero hablar de la ira. De la masculina y de la femenina. Y de las diferencias entre las dos. Porque si hay algo que esta generación de mujeres también ha cambiado es la gestión de la ira. Se acabó para siempre la docilidad, el silencio. Ahora, esa ira que nace de la frustración, de la incapacidad para gozar de respeto o igualdad sobre el control sobre el cuerpo y el destino propios, o de presenciar la opresión hacia otras mujeres, la mostramos sin cortarnos un pelo. Somos la primera generación preparada para ser el primer movimiento de la historia que aprende a lidiar con la ira, no a evitarla ni a reprimirla, sino a superarla juntas en interés de lo que hay al otro lado.

Frente a la ira masculina, que se manifiesta a veces en esta epidemia de violencia machista, en los tiroteos masivos, en los neonazis o los *incels*, está la nuestra, con sentido, con fondo, con argumentos, con un pasado cargado de catastróficas desdichas. Qué triste, no obstante, que aún tengamos que ajustarnos a su ira «llevando en el bolso gas pimienta, con clases de defensa personal o con limitaciones de nuestra libertad de movimientos o caminando de puntillas sin hacer ruido», como cuenta Solnit.

Hace poco, el actor y dramaturgo Juan Diego Botto, de 48 años, reflexionaba sobre un asunto, ya un poco gastado, por el que le preguntaron: el de las nuevas masculinidades. Decía que la reacción internacional de la extrema derecha se basa en tres patas: el nacionalismo exacerbado, el odio al inmigrante y el odio al feminismo. Y apuntaba que «hay que crear consensos sociales intocables sobre los derechos

de las mujeres». Botto es un artista claramente comprometido, junto a su pareja, la colega periodista Olga Rodríguez (a la que digo, de paso, que le tengo un sincero afecto), así que sus puntos de vista sobre este asunto de los nuevos hombres me interesan especialmente. Conozco a ambos, no íntimamente pero sí lo suficiente como para saber que son lo que parecen, lo que dicen ser. Botto se define feminista con la boca grande, sin remilgos, sin recovecos, y entiende a la perfección el apremio de las mujeres cuando hablan de igualdad, de derechos, de sus vidas incluso. «Las mujeres son asesinadas, *comerciadas* en trata de blancas y *objetificadas* sistemáticamente. Se está definiendo una nueva masculinidad y la cuarta ola feminista la está empujando, pero tardará en ser mayoritaria», apunta. Botto entona su propio y curioso *mea culpa*: vio que estaba bastante equivocado en el referente de masculinidad de su película favorita, John Wayne en *El hombre tranquilo*, porque «abofetea a las mujeres para tranquilizarlas».

Hablando de Wayne y de manera de gestionar su ira. Eran otros tiempos, claro. El problema son los que ahora mismo, mientras escribo esto, lo siguen haciendo igual. En sentido literal y en sentido figurado. Octavio Salazar, en su libro *John Wayne que estás en los cielos. Masculinidades, cine y feminismo*, repasa de manera soberbia las películas, las series, que nos han ido conformando la mirada —para bien a veces, pero generalmente para mal— en esto de la igualdad, del reconocimiento de ella. Salazar, que en 2017 publicó su primera novela bajo el título *Autorretrato de un macho disidente*, es, desde su puesto de catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Córdoba, uno de esos hombres aliados que ayuda a que el mundo se pare a pensar en nosotras. Seguidle, merecen la pena todas sus reflexiones. Como esta, por ejemplo, relativa a los hombres de esta edad e incluso de edades más tempranas que advierte de la necesidad de crear herramientas para nadar en mares que exigen otras habilidades:

> No las del héroe invicto, sino más bien las del que sabe

> conjugar ternura y razón. Solo de esa manera podremos ir aprendiendo que en la vida nada es definitivo, que estamos hechos para transformarnos, que todo lo que se construye puede ser destruido y que pese a todo merece la pena vivir la aventura.

Propone Salazar mirarse por dentro, asumir la vulnerabilidad, compartir las dudas, y no sentirse obligados a presentarse ante los demás como hombres de verdad. Si todo eso sucediera «necesitaríamos menos psicoanálisis, menos pastillas para dormir. Solo así podremos llegar a asumir que vivir no es otra cosa que seguir aprendiendo y apoyarnos en los demás para llenar los vacíos».

La tesis de Salazar coincide con otras tantas corrientes de opinión que consisten básicamente en renunciar a los valores malos asociados a la masculinidad, la violencia, el sexismo, la represión de las emociones, la agresividad, el silencio emocional, la dominación, el estoicismo, e intentar destacar los buenos, como la valentía, la capacidad de liderazgo…

Esos #HombresQueSí con los que hablo del tema suelen tener un lamento: el de que los veamos incapaces de entender nuestras quejas, de comprender que la proverbial opresión patriarcal nos ha aprisionado a todos (machacándonos solo a nosotras), que les neguemos la posibilidad de dialogar. Hice una batida entre amigos, conocidos, compañeros de trabajo, hombres diversos y les envié un cuestionario con preguntas concretas —sí, ese ha sido mi trabajo de campo, que esto no es un ensayo ni una tesis doctoral, queridas— para ver por dónde iban los tiros.

Buena parte de ellos tuvo que hacer cambios en su mentalidad cuando dejaron la casa familiar e iniciar una vida en común. «Lo que había visto en casa me parecía injusto, aunque en aquel momento no era consciente, porque aquello parecía una entente entre los dos, entre mi madre y mi padre. Yo no había reflexionado a fondo, pero cuando llega el momento de hacerlo tú ves que eso es inaplicable, inasumible, te das cuenta además de que la otra persona no estará dispuesta a hacerlo, porque no es algo

natural», dice Julià Àlvaro, de 60 años, que mira tú por donde es mi marido.

Es curioso como casi todos mis «entrevistados» coinciden en lo mismo: más que un cambio de mentalidad fue una necesidad de adaptación, porque compartir espacio y compartir la vida con otra persona distinta, y en otro espacio distinto, y con otras reglas distintas a las que han sido las reglas familiares, requería eso, una adaptación, más que un cambio de mentalidad. Fue una evidencia, sin más. Y en algunos casos, como el del periodista Juanjo Guerenabarrena, 64 años, puro sentido común. Él personalmente ha hecho intentos «para ir construyéndome a lo largo de la vida. Acostumbro a cambiar en función de los datos que me va ofreciendo la realidad. No siempre es sencillo».

¿Y cómo nos ven? Pues dos cosas: nos ven perfectamente (fuera, pues, la teoría de la invisibilidad) y además parece que muy bien. Mi compañero Isaías Lafuente no tiene ninguna duda: «En este rincón de la tierra y en este tiempo creo que están mejor que nunca. Quien no lo crea así creo que no ha leído nuestra historia ni ha preguntado a las generaciones de mujeres que nos precedieron». Hay que recordar que este periodista puso el foco un día sobre una mujer que lo cambió todo, Clara Campoamor, y le ha dedicado libros, charlas, series de televisión… Es decir, que sabe de lo que habla.

Juanjo me contaba que ve grandes avances y siente que, en ese camino, ha acompañado y trabajado en el proceso. «Veo también que las mujeres de mi edad, no sé todas, pero sí las que se han encontrado o encuentran en mi entorno, tienen un pasado esforzado y resuelto y son conscientes de los logros y de lo que queda por lograr. Afortunadamente, no tienen el carácter adanista de algunas muy populares de las más jóvenes, cuyo comportamiento y corpus teórico sugiere algo parecido a que el mundo comienza en el 2012 o 2015. Pasa también con los hombres. Es la primera vez en la historia de la humanidad que se dan este tipo de actitudes teóricas», asegura.

Les pregunté si sabían lo que era la carga mental, y el 95 % me dijo que no, algo tremendamente revelador, por cierto. Les pregunté si les había pasado como a nosotras —es infinito el número de mujeres que tuvimos claro, desde el minuto uno, que la vida que no queríamos era la de nuestras madres—, si dijeron alguna vez «no quiero ser como mi padre» en cuanto a su figura como marido, como hombre, como figura paterna, y buena parte respondió que no, así de inicio, que nunca se lo plantearon, que simplemente cambiaron el comportamiento de manera natural. «No fue un posicionamiento solemne, pero sí he sido consciente de que la visión del mundo de mi padre, y especialmente sus opiniones sobre las mujeres, no correspondían con lo que a mí me parecía razonable. Mi padre defendía con gran convicción que el mejor lugar para la mujer es su casa y que el hecho de que las mujeres trabajaran conllevaba el riesgo de que hablaran con otras, y que chismorrearan y acabaran creando problemas. En su entorno y en su tiempo tener esas ideas no era muy extraño. Seguro que no se sentía solo», apunta con cierta sorna, Antonio, de 62 años.

Charlando con ellos tuve la sensación de que eran muchísimo más complacientes con la figura paterna que nosotras con la figura materna. Sus consideraciones sobre este asunto siempre han estado acompañadas de un «pertenecían a otra generación, ya sabes», como eximiéndolos de responsabilidad. «Como cualquier persona, en algunas cosas fue un modelo, en otras no, pero siempre entendí que pertenecía a otra generación y que aunque cabía mucha mejora, el comportamiento era aquel bajo el que había sido educado», me cuenta Pepe, economista y productor, de 54 años.

Nosotras, creo, hemos sido más tajantes, más rotundas. Habría que preguntarse por qué. Quizá tenga que ver con lo que ha supuesto para nosotras heredar las cargas, asumir determinados comportamientos o necesitar de manera absoluta romper con ellos para ser felices, para volar, para tener una vida plena, para mandar, para crecer, para gritar.

Ellos, que entienden perfectamente todas las reivindicaciones feministas, aunque no lean nunca textos feministas, no han tenido que vaciarse por dentro de tópicos, de mandatos, de exigencias, para estar presentes dentro y fuera del hogar.

Otro dato: entienden a la perfección las reivindicaciones de las mujeres en su conjunto, «aunque había que definir mujeres, porque no creo que todas reivindiquen lo mismo: pero en materia de igualdad, las entiendo hasta la última coma. No solo las entiendo, las comparto, las reivindico y he procurado defenderlas siempre», dice Isaías.

Guillermo Rodríguez, director de informativos y contenidos digitales de la Cadena Ser, tuvo la certeza de que había que hacer cambios para reajustar costumbres, modos de estar e incluso manías cuando pasó a la vida de pareja. «Se trató de una cesión mutua, sobre todo en temas menores que son los más irrelevantes pero los que, al fin y a la postre, más roces y disputas acaban generando. ¿Cambio de mentalidad? Hubo cambios, pero siempre tuve la sensación, cuando no la certeza, de que el Guillermo que vivía solo era el mismo que vivía en pareja. Ceder no es perder, sino adaptarse», me cuenta. No le dedicó ni un segundo a pensar en sus responsabilidades como padre, las asumió sin más. También dijo «no quiero ser como mi padre» y luchó para evitar los que considera «errores que cometió mi padre conmigo, que fueron muchos. Tantos como los que cometo yo con mis hijos, ahora y desde el primer día. Confío en que se den cuenta y que cuando sean padres y madres, si es que quieren serlo, hayan tomado nota de todos los fallos que cometí y eviten repetirlos. Sería tan soberbio pensar que tus hijos deberían imitarte en todo lo que has hecho… Y tan aburrido para ellos…».

¿Te sientes fuera de juego, tienes la sensación de que tus convicciones no se corresponden con el nuevo tiempo?, les pregunté. Muchísimas veces, contestaron casi todos, y mucho más en los últimos años. La conclusión que saco tras todas las conversaciones es que buena parte de mis

coetáneos han dedicado mucha energía a deconstruirse. La primera persona que me habló de esta actitud, hace tres años, fue mi colega Jon Sistiaga, del que no se puede decir que no esté alineado con la modernidad, la actualidad, el sentido común. Él, y otros tantos, han dedicado mucho tiempo a pensar, a analizarse, a descubrir todos sus defectos, a adaptarse a la sociedad en la que viven. Están en constante cambio y (por suerte) evolución. Han vivido y se han criado, como nosotras, en una sociedad machista. Admiten muchos ser «un machista de libro», y tienen claro que, para mejorar, el primer paso debe ser reconocer los fallos y, a partir de ahí, «quitar todas las capas (palabra muy similar a caspas) con las que he crecido en una absoluta tranquilidad», apunta Guillermo. El ejercicio es mayúsculo, porque ni ha terminado ni terminará, y muy exigente, porque este sí implica un cambio en los valores más personales que tenemos. Son reajustes imprescindibles y no deja de ser relevante que casi siempre la conclusión, una vez recorrido el camino, sea pensar: «¿Cómo pude ser así, cómo pude pensar de esa forma?», una frase que han repetido varios.

¿Y qué opinan de nosotras? Pues en general creen que somos un colectivo con fuerza, con valentía y con decisión, y con ganas de terminar con una injusticia histórica. Con contradicciones inevitables, pero con una fuerza interior imparable. Contradicciones, sí, porque no hay revolución que no se haga con magulladuras, discusiones y puntos de vista divergentes.

HABLANDO DE LA VULNERABILIDAD, DE LA NUESTRA Y LA DE ELLOS

¿Y qué pasa, según ellos, con eso que se ha llamado «patologías de la omnipotencia» (las que atesora Don Drapper, de *Mad men*), y que son todas las consecuencias negativas que, tanto a nivel físico como emocional, muchos hombres sufren por no querer asumir del todo sus vulnerabilidades, su fragilidad, su necesidad de los otros?, como se pregunta Salazar en su libro. Pues que, como dice

Julià, «soy consciente de que a nivel de apertura de sentimientos tengo carencias, pero me encuentro cómodo en eso, no lo he deseado nunca. Encajo bastante en ese perfil. No sé ni cómo hacerlo, ni noto que lo necesito». Lo mismo dice Pepe, que ante la pregunta de si alguna vez había sentido que las supuestas habilidades que se les presuponen eran en realidad un lastre o si había deseado mostrarse vulnerable, herido y no había podido por culpa de su educación, me respondió, tajante: «No. Ni ganas. Estoy bien así. Que cambien los siguientes. Yo ya paso». Me reí al oírle porque es adorable en realidad.

La pregunta concreta que les lanzaba era esta: ¿alguna vez has pensado que las supuestas habilidades que se os presuponen son en realidad un lastre?, ¿has deseado mostrarte vulnerable, herido, y no has podido por culpa de tu educación? Mi compañero Isaías fue tajante: «No me preocupa nada lo que se "presuponga" de mis "supuestas" habilidades como hombre, así que la respuesta es no, nunca eso ha sido un lastre. Las cargas que sobrellevo no tienen nada que ver con mi condición de hombre». Lo mismo le sucede a Juanjo, que siempre que surge el tema manifiesta su descontento.

Sobre esto de la vulnerabilidad quiero contar una historia preciosa, cuyo protagonista es Carles Francino, que a sus 65 años es uno de los hombres más vitales, más afables, más cálidos y más entusiastas que conozco. Y uno de los comunicadores de esa edad a los que noto más receptivo con todo lo nuevo, con los derechos que reclamamos las mujeres, con nuestra mirada sobre el mundo. Va a parecer que lo digo porque es el director de *La ventana*, el espacio que dirige y conduce desde 2012 y a cuyo lado estoy desde entonces (mi segunda relación más larga, después de la de mi marido, je je), pero nada más lejos. Si no lo pensara, simplemente, me callaría. El caso es que, y ahí va lo que quiero contar, tengo una anécdota de la que me gustaría que pudiéramos hacer categoría.

El 10 de mayo del 2021, tras cuarenta y siete días de baja por un covid que podría haber sido mortal y que dejó

maltrecha a una parte de su familia, muerte incluida, Francino se reincorporó a *La ventana* y la abrió, y se desmoronó en antena, sin complejos, sin remilgos, sin ambages, contando cómo había sido aquello, qué lecciones había sacado, recordando todo el cariño recibido y agradeciéndolo, mostrándose generoso, vulnerable, afectuoso, tan de verdad que era imposible no llorar con él. Entrecortado, con silencios porque el llanto no le dejaba seguir, animado por Isaías Lafuente, a su lado en el estudio, Francino contó cómo ingresó de urgencia, que las pasó canutas durante cuarenta y ocho horas, ictus incluido, sin ser consciente de ello, que perdió siete kilos, masa muscular, la voz, a un ser querido…

Yo estaba en casa escuchándole ese día, no en la radio, y me rompí también —venía rota ya por la muerte de Eva, apenas un mes antes, y aquello fue como si se abriera las compuertas del mar—, como sé que le pasó a miles de oyentes. Aún hoy, dos años después, me lo recuerdan a menudo muchísimas personas cuando hablamos de la radio. Hace poco, sin ir más lejos, me contaba, emocionado, el actor Álex García cómo tuvo que parar el coche mientras iba escuchándolo porque no podía parar de llorar. García hizo hincapié precisamente en el motivo por el que traigo esta historia aquí. Carles, uno de esos hombres heterosexuales criado para no manifestar sus sentimientos en público, rompió a llorar en directo y empatizó sin pretenderlo con miles de oyentes, muchos de ellos hombres como él, de su edad, de su entorno, que de pronto habrían deseado tener esa capacidad para desplomarse y darle rienda suelta al llanto. Hombres acostumbrados a no llorar, a no contar. Ese momento de *La ventana* me viene al pelo para lo que quiero contar aquí: ojalá todos los hombres de esta edad mía os incorporarais al mundo sensible, a lo bueno que tiene narrar lo que sientes por dentro, a gritar que nos queremos, o que estamos jodidas. Lo que nosotras llevamos haciendo toda la vida, vaya.

¿Y LOS MÁS JÓVENES?

Me interesaba mucho la opinión de alguien que tuviera diez o quince años menos, así que acudí primero a un amigo, a Mikel Labastida, de 47 años, periodista, jefe de Desarrollo Digital de *Las Provincias*, un hombre reflexivo, coherente, con el que comparto muchas cosas, pero sobre todo la capacidad para ponerle a todo un punto de buen sarcasmo. Quería ver las diferencias entre él y el resto de colegas a los que les he pedido ayuda para este libro. Y, sorpresa, apenas las encontré.

A Mikel, como a tantos otros de cuarenta a los que interrogué para este libro, no le costó hacer cambios en su mentalidad. Se adaptó sin problemas a la vida en común, asumió su responsabilidad como padre de un niño de 3 años sin problemas también, aunque tiene claro que «la carga doméstica en mi casa la lleva mi pareja, la que ha asumido tareas organizativas y de gestión. Y yo he dejado que esto sucediera. Por una cuestión práctica y de comodidad para mí». A diferencia de los otros, mayores que él, sí sabe lo que significa la carga mental, aunque tiene claro que, aun ahora, «la sociedad tiene unas exigencias mayores con ella que conmigo y eso hace aumentar su carga mental». Dijo muchas veces «no quiero ser como mi padre», porque «no me reconocía en él en nada. Aclaro que teníamos una relación estupenda, pero vivimos en dos épocas completamente diferentes, en contextos que nada tenían que ver. Yo tuve acceso a unos estudios y a unas vivencias que él no. Eso nos diferenciaba completamente. No fue una decisión, era una evidencia».

En realidad, hay que buscar en generaciones mucho más jóvenes, tanto de mujeres como de hombres, para que esa frase sea puesta en positivo: «sí quiero la vida de mi madre, o de mi padre, sí quiero ser como ellos». Porque somos nosotras, nosotros, los ejemplos que han visto y que les satisfacen.

Mikel, como Berto, de su misma edad, como el resto de los entrevistados (todos dijeron lo mismo), es receptivo a los nuevos tiempos. Lee, escucha, ve relatos de vidas ajenas a las suyas para entenderlas, para tratar de adaptarse a

nuevos conceptos, a nuevas realidades. Sienten como propias, y se unen a ellas, las reivindicaciones de las mujeres en su conjunto, aunque vean claro que su condición de hombres les impide darse cuenta de algunas desigualdades o injusticias hasta que una mujer no las subraya. «Nos faltan sensibilidades para que nos salten las alarmas», dice Mikel.

Sobre la generación de las mujeres que les llevan diez años, la ven mucho más preparada que las de sus madres y que ha vivido tiempos con menos información y conciencia de género de la que hay ahora.

¿Alguna vez has pensado que las supuestas habilidades que se os presuponen son en realidad un lastre? ¿Has deseado mostrarte vulnerable, herido, y no has podido por culpa de tu educación?, les pregunté. Y ahí sí, ahí sí que se parece más a buena parte de los hombres mayores que ellos, que he entrevistado para este libro. «Absolutamente. Y es imposible quitarme el peso de esa educación y esas presiones sociales. Siguen existiendo. Lo observo con mi hijo, al que se le presuponen valores y características solo por ser hombre. Le llegan desde lugares diversos hoy en día», reflexiona Mikel.

Y ahora vamos aún más atrás, a los hombres que aún no tienen ni 30 años, que en muchas ocasiones podrían ser los hijos de las mujeres de esta generación. Hay luces y muchas sombras en esta historia y algo a lo que no dejo de darle vueltas. ¿Puede ser que los hombres más cercanos a los 60, o que los han rebasado, tengan un comportamiento más de compañeros que los de las generaciones posteriores, que estén más comprometidos por ser conscientes del cambio, en algunos casos, que vean clarísimo incluso lo que es la violencia doméstica, la sexual? Puede ser. Escucho a muchas colegas más jóvenes que yo, de 40 años, de 30 e incluso de menos —tan de menos que podrían ser mis hijas—, quejarse de ellos, de esos «chavales» que, como no tuvieron que romper con ningún modelo (sus madres y sus padres somos nosotras), están como amodorrados. Como no hay nada que cambiar ya, porque esta generación ha visto a

sus madres libres, autónomas, con vida plena, desarrollar carreras, compartir las tareas, educarlos en igualdad, atenderlos emocionalmente incluso, ellos, digamos se dejan querer. Les falta quizá esa «empatía imaginada» de la que hablaba Lynn Hunt, ese sentimiento interior compartido del que hablaba Diderot, «si soy como los demás y los demás son como yo, los demás merecen tantos derechos como yo».

Voy con unos datos que no me quiero creer, pero que se recogieron el año pasado en un barómetro sobre juventud y género que hizo la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción. Estaba basada en una encuesta realizada por el Centro Reina Sofía (eso sí es trabajo de campo, pues) a través de 1200 entrevistas entre la población joven sobre ámbitos relacionados con las desigualdades de género, las identidades, las experiencias afectivas, la violencia de género y las relaciones de pareja y familiares. Y daba cifras.

Uno de cada cinco hombres de entre 15 y 29 años considera que la violencia machista no existe y que es solo un «invento ideológico». La cifra se había duplicado en cuatro años. La mitad de los hombres entrevistados consideraba que la violencia hacia las mujeres no es un problema grave en la sociedad. Uno de cada cuatro dijo que la violencia de género está mal, pero que siempre ha existido y que es inevitable. Y uno de cada diez hombres piensa que no existen desigualdades entre los dos géneros. Frente a eso, había un porcentaje balsámico: el número de varones que se consideraba feminista había subido: del 23,6 % de 2017 al 32,8 % de 2021. Y otro porcentaje desolador: un 26,4 % de esos hombres jóvenes cree que el feminismo no es necesario y un 24 % de ellos piensa que el movimiento busca perjudicar a los hombres. El total de mujeres que se consideraban feministas era del 67,1 %. Siempre me pregunto qué piensa, qué quiere, qué tiene en la cabeza ese 32,9 % restante.

Más datos desconcertantes: es entre los menores de 18 años (jóvenes educados, insisto, por gente de mi edad), donde más crece la violencia machista. Hay más agresores y más víctimas, según la última estadística de violencia de

género y doméstica elaborada por el Instituto Nacional de Estadística. Me pasan muchas cosas ante estas cifras: no me las quiero creer, quiero pensar que los han pillado en un mal día, que en realidad no piensan eso, que no saben lo que dicen, que lo que dicen no se corresponde con lo que hacen, que quizá están haciéndoles más caso a sus pares —que son los que más influyen a esa edad— que a sus padres, que no puede ser, que ninguna de mis amigas ni de mis amigos tienen hijos así, que ninguno de los amigos, amigas, conocidos de mi hija tiene esa información de mierda en la cabeza, que es mentira todo, que las estadísticas fallan…

Pero cuando quiero reconciliarme con el mundo pensando todo eso levanto la cabeza del ordenador y veo a mi hija, de 17 años, leyendo bajo la buganvilla el libraco que le he pasado, *Los hombres que odian a las mujeres*. *Incels, artistas de la seducción y otras subculturas misóginas online*, de Laura Bates, y me dan ganas de correr a quitárselo y pasarle, yo qué sé, cualquier novela decimonónica femenina. Porque este libro de Laura Bates, que se mete de lleno en el espinosísimo y demasiado desconocido mundo de la machosfera, con la comunidad *incel* como estandarte, es desolador. «La mayoría de la gente jamás ha oído hablar de los *incels*: es el rincón más violento de la llamada machosfera. Está consagrada a odiar con virulencia a las mujeres. Se trata de una comunidad que capta activamente a miembros que quizá tengan problemas y vulnerabilidades muy reales y les dice que las mujeres son las causantes de todas sus desdichas. Una comunidad en cuyo nombre, en los últimos diez años, han sido asesinadas o agredidas más de cien personas. Y seguramente nunca has oído hablar de ella», expone Bates.

Mi hija sigue leyendo, y la oigo rezongar, revolverse en la tumbona. Le pregunto y me dice: «Madre mía, mamá». Pues eso, madre mía, porque, como dice Bates, «una vez que sabes que hay cientos de miles de personas en el mundo que desprecian a las mujeres hasta el punto de que muchos creen que deberían exterminarnos a todas, no hay marcha atrás».

—Mamá —me dice espantada Carlota—, esto que tienes subrayado es alucinante.

> Se refieren al mundo andrófobo como *ginocracia*. Si te han echado del trabajo, si has sido víctima del acaparamiento de poder por parte de las mujeres y las minorías. Si te han abandonado o se han divorciado de ti, la culpa es de esa zorra mentirosa. Si estás enfadado porque tú no tienes suerte en el amor, el problema no lo tienes tú: lo tienen ellas, todas, de hecho. El pujante movimiento feminista tiende a considerarse una amenaza.

Debería, insisto, levantarme del ordenador y quitarle el libro, y decirle que se ponga a ver, qué sé yo, *Élite* y sus orgías adolescentes, porque sé lo que viene detrás. Sé que Bates, autora de un blog pionero que se llamó *Sexismo cotidiano*, va a contar que por ese blog «los hombres llevan diez años mandándome mensajes diarios, a veces cientos de ellos, en los que exponen el odio que me profesan, fantasean con violarme y asesinarme de manera salvaje, detallan qué armas utilizarían para rebanar mi cuerpo y destriparme, me describen como un veneno goteante, se describen acechándome a la puerta de casa, me informan de a qué asesinos en serie les gustaría emular para acabar con mi vida».

Sé que Bates va a contar, que también lo he subrayado con fruición, que estos jóvenes «están obsesionados con lo que llaman “la teoría del 80/20”, que sostiene que el 20 % de los hombres más atractivos de nuestra sociedad disfruta del 80 % de las relaciones sexuales».

Y que la inmensa mayoría de esa comunidad la forma hombres heterosexuales, blancos, instruidos y de clase media, y duchos en tecnología. Y surge de la derecha alternativa.

Y que se hace apología del asesinato de las personas homosexuales arrojándolas de lo alto de los edificios. Y que tienen una expresión «Sharía blanca ya», donde aúnan en un único concepto los valores racistas, islamófobos, antisemitas, misóginos y heteronormativos de la derecha

alternativa.

Y que claman a favor de la violación en esos foros amplísimos de internet, que les ha dado alas totales. Que emplean argumentos históricos para respaldar las creencias de los *incels*. Algo así como un anhelo nostálgico de estereotipos sociales antiguos como que en la antigua Grecia la violación solo se castigaba con una multa. O que «tenemos que evitar que las mujeres vayan a la universidad o que les quiten los trabajos bien pagados a los hombres». O que «las mujeres se han convertido en una amenaza para la sociedad y hay que volver a ponerlas en su sitio». O que «la autonomía sexual femenina estaba bien cuando las mujeres no tenían trabajo. Tenemos las cárceles llenas de hombres que no podían alimentar a sus familias. Habría que derogar las leyes sobre la violación. Las mujeres están restringiendo de manera artificial la oferta de hembras en edad reproductiva. La violación es la respuesta».

Todo esto está, sigue estando a mano, en un clic, en esa habitación mal iluminada, mal aireada, donde un chaval encuentra amparo. O en una oficina incluso, porque muchos *incels* trabajan en la industria tecnológica o ingenieril: la tecnología es fundamental para estos grupos de odio, es una profesión y un arma. «Aunque esas formas de odio son muy anteriores a internet, antes ese odio estaba fracturado, pero la tecnología le ha permitido unirse, ponerse de acuerdo, fortalecerse y encontrar más gente. No vi prueba alguna de que estas páginas estuvieran sometidas a ningún tipo de vigilancia ni de control externo», apunta Bates.

No sé si hago bien dejando que mi hija llegue al apartado estremecedor del libro donde la autora enumera al menos diez casos de asesinos masivos (un mínimo de cuatro víctimas en espacio público) vinculados a esta comunidad. Ella, que además es negra. De momento le voy a pedir que veamos juntas un capítulo de cualquier tontería que nos haga reír. O que me ayude a hacer salmorejo con su lista de Spotify de fondo.

PUSIMOS UN GAY EN NUESTRAS VIDAS… CUANDO AÚN ESTABAN EN EL ARMARIO

No es único de nuestra generación, cierto. Buena parte de las mujeres curiosas, con criterio, que conozco, sean de la edad que sean, tienen un gay en su vida. Pero en nuestro caso cuenta más y mejor, porque cuando nosotras los incorporamos a nuestro universo los muchachos gais estaban denostados en muchos sitios, en sus propias familias muchas veces. Y a nosotras nos dio igual. Los arropamos, escuchamos cómo nos contaban por primera vez que les gustaban los hombres y decidimos cobijarlos bajo el ala para siempre, y defenderlos contra los estúpidos. Otra cosa en la que fuimos pioneras, dicho sea de paso.

El primero que puse en mi vida se llamaba Nacho. Yo tenía 18 años recién cumplidos y él era el único gay de aquel primer curso de carrera, pese a que nunca lo verbalizamos, nunca hablamos de aquello. Era un tipo guapísimo y en la residencia de estudiantes donde yo vivía, donde solo se admitían chicas, todas estaban locas por él. Venía tan a menudo, pasábamos tanto tiempo juntos, teníamos tanta armonía, estábamos tan en comunión que todas pensaban que éramos novios. Yo les decía que no, que nooo. ¿Pero no te gusta?, me preguntaban. No, de verdad, insistía yo. ¿Cómo no va a gustarte, si es divino?, decían. Y no, no me gustaba como ellas suponían. Pero me gustaba en todo lo demás. En la ternura, en la alegría, en la risa, en la inteligencia, en la compañía. Me sentía tranquila a su lado, le podía mostrar afecto sin reservas, y él a mí. Hablábamos de todo. En aquellos años jamás se comentaba a la ligera sobre la condición sexual, ni siquiera sé si lo podían intuir o pensar mis compañeras de aquel colegio mayor, regentado por cierto por seglares (madre mía, qué currículum el mío). Tampoco sé si yo lo sabía.

El caso es que tras aquel gay llegaron otros tantos, a los que fui ubicando en el mapa de los afectos. Uno de ellos es Mikel López Iturriaga, al que conocí cuando ambos coincidimos trabajando en el diario *ADN*, del Grupo Planeta. Recuerdo el día de aquel 2006, en la torre Agbar

de Barcelona, donde estaba la redacción. Fue como un flechazo. Y aquí seguimos. Le he preguntado por qué cree que las mujeres y los gais nos entendemos tan bien, y él, como de costumbre, me ha hecho ver que bueno, que sí, pero que no es todo tan de color de rosa.

«Generalizar es un poco peligroso, porque ni todas las mujeres son hadas madrinas de los gais —pienso en todas esas madres cristianas fanáticas que han rechazado a sus hijos maricas, en las señoronas que marcharon en las manifestaciones contra el matrimonio igualitario o en Rocío Monasterio, por ejemplo—, ni todos los gais se sienten especialmente conectados a las mujeres. La misoginia es un cáncer del que los gais no estamos libres de enfermar y para entender que está entre nosotros no hay más que pensar en una expresión muy usada para denominar a las chicas que andan siempre con maricones: "mariliendre"». Mikel cree que muchos gais conectan más con las mujeres porque cuando están con ellas no se interpone entre ellos el horror de la masculinidad tradicional. Con una mujer no tienes que comportarte «como un *hombre*», ni sentir o pensar «como un *hombre*», ni estás obligado a tener los gustos de «los *hombres*», me cuenta, entendido *hombre* como

> descendiente de los cazadores del Paleolítico que bebe cerveza, vibra con el fútbol, flipa con los coches y las motos, se viste tirando a mal, pasa total de los cuidados y las tareas del hogar, alardea de fuerza siempre que puede, considera que mostrarse agresivo es una condición natural, tiende a ocultar sus sentimientos porque mostrarlos es «de nenazas» y vive atemorizado ante la posibilidad de que alguien —o peor aún, él mismo— descubra la más mínima traza de feminidad en su persona.

Me dediqué a investigar más a fondo y me di cuenta de que muchos gais de esta generación descubrieron que desde niños se sentían más cómodos con nosotras que con ellos, sin saber bien por qué. Mikel, por ejemplo, era más afín a su madre que a su padre, con su madre se habría ido al fin del mundo «a pesar de que tenía un carácter vasco dificilito», pero con su padre no habría sabido ni qué hacer

ni de qué hablar. «Y aunque me llevo muy bien con mis hermanos [que son todos fantásticos, doy fe], creo que en la conexión con mis hermanas hay algo especial. Cuando salí del armario se lo dije primero a ellas, porque sabía que ellas lo iban a entender mejor y se iban a mostrar más dispuestas a aceptar mi homosexualidad».

Jordi es otro amigo, de 60 años recién cumplidos. Tras pasarlo mal en el instituto, en casa, en la pandilla, un día cogió por banda a su mejor amiga y se lo soltó. Y le ha pasado a él lo mismo que a Mikel: han tenido amigos hombres heteros, pero al final las relaciones más estrechas y las que más han perdurado en el tiempo han sido con mujeres o con otros gais. Dice Mikel:

> ¿Puede que haya cierto resentimiento por los daños personales que me ha hecho el patriarcado? Puede. El caso es que, según me voy haciendo mayor, cada vez me siento más cerca de las mujeres y más lejos de los hombres heterosexuales clásicos. No comparto con ellos ni preocupaciones, ni aficiones, ni intereses, ni sentido del humor, ni nada. Los heteros que no se han revisado y siguen yendo de machotes por la vida me parecen un soberano coñazo. Habitan el mismo planeta que yo, pero son como de otra especie.

¿Y qué somos para vosotros?, le pregunté a Mikel. Y aquí va su tiernísima y pesarosa respuesta:

> Un refugio. Todos los maricas de mi generación fuimos golpeados por el patriarcado. Menos que las generaciones anteriores, más que las posteriores, pero golpeados. Yo viví en el ocultamiento hasta los 25 años, fingiendo ser quien no era. No disfruté de muchas cosas importantes que los heterosexuales dan por hechas: ni primer amor adolescente, ni besitos en la calle, ni ir de la mano, ni decir quién te gusta y quién no, ni comportarte de manera natural… Pasé toda mi adolescencia y juventud instalado en el terror de que «me descubrieran», lo que me dejó marcado para siempre. Tanto en ese periodo como después, el universo de las mujeres ha sido un lugar mucho más amable para mí que el de los hombres. He recibido de ellas complicidad, amistad, cariño, comprensión, apoyo en los momentos difíciles… me han cuidado y he intentado cuidarlas. Y algo importantísimo: me he divertido mucho con ellas.

Y luego hay otra cosa de la que me he dado cuenta en mi relación con ellos, y que es compartida por muchas colegas, amigas, compañeras. Nos miran *bien* a las mujeres de 50-60, ven claro, y nos lo dicen, que nos hemos adaptado con más facilidad a los cambios, que entendemos mejor el tiempo en que vivimos, frente a ciertos hombres heterosexuales que se sienten desconcertados porque el mundo en el que ellos eran los reyes de la creación está desapareciendo. «Muchas mujeres de mi generación ya no están para que les toquen el coño con tonterías. No es que prescindan de los hombres, pero saben que no los necesitan en absoluto para tener una vida plena. Puede que arrastren los lastres mentales de décadas de patriarcado, pero al menos en mi entorno pocas están dispuestas a tolerar cosas que antes estaban a la orden del día y que implicaban una sumisión a los deseos, necesidades o aspiraciones de los señores. Aunque todavía hay muchísimo camino por recorrer, han ganado voz y poder en muchos ámbitos, y creo que por mucha reacción al feminismo que estemos viviendo en estos momentos, los "atrasistas" no van a tener fácil quitárselos», me cuenta Iturriaga.

¿Pero de verdad hay tantas diferencias entre ellos, los gais, y ellos, los heteros?, me pregunto. Las hay:

> La gente de mi edad es bastante coñazo, así en general. No es que yo sea la alegría de la huerta ni que pretenda ir de moderna a los 55, pero veo a muchos miembros de mi generación enganchados a la nostalgia de un pasado idealizado. Y no les veo haciendo muchos esfuerzos para entender a los más jóvenes, que en muchas cosas nos dan mil vueltas. Quiero pensar que los maricas somos un poco más abiertos a la novedad y que, aunque estemos ya muy asimilados, siempre nos queda algo de *outsiders* que nos hace más interesantes. Aunque claro, luego pienso en el típico gay cincuentón pijo, que antes era de Ciudadanos y ahora vota al PP, y entonces creo que no hay grandes diferencias y que mejor nos morimos todos pronto.

Por este tipo de respuestas somos amigos.

Otro gay que se sienta en mi mesa desde hace mucho tiempo es Bob Pop. Le conocí gracias a Gemma Nierga, en

el programa de La Ser que ella conducía y donde él colaboraba. Compartía sección con Mikel, por cierto, y me rendí a su talento. En un momento en que yo estaba de bajón absoluto (las razones no vienen al caso, los bajones forman parte de mi naturaleza, desafortunadamente) le llamé para que nos sentáramos a hablar sobre este asunto. Me recibió en su casa de Barcelona, con un plato de salmón y fideos chinos delicioso cocinado por su marido Mauro, que es un colombiano excepcional y adorable. Bob siempre me inspira ternura (me echo a llorar a la mínima a su lado) y su capacidad para enfrentar la adversidad hace que me sienta pequeña a su lado, cobarde, un fraude de adulta. Las que habéis visto su serie *Maricón perdido* sabéis bien de qué hablo, sabéis bien quién es este hombre.

Antes de lanzarme a la comida, conversamos. ¿Por qué crees que las mujeres heteros y vosotros nos entendemos tan bien? Y ahí su lúcida respuesta:

> Porque hemos sufrido el mismo yugo, el heteropatriarcado, y hemos tenido que acometer acciones conjuntas, entre otras recurrir a la fantasía cultural para imaginar vidas mejores. Hemos tenido que pagar el precio por ser mujeres o maricas demostrando un extra en todo lo que hemos hecho. Y porque todas nos hemos comido un rabo incorrecto…

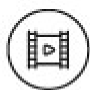
Al oírle decir esto nos reímos, pero la chica educada en las monjas que soy dio un respingo y dijo: «Esto no lo voy a poner». Y él contestó, con sorna: «Tú misma». Y yo: «Mis editores me lo van a quitar, es una ordinariez». Si estáis leyéndolo aquí ya imagináis la escena. «¿Y cuándo descubriste que esa unión era especial?», le pregunté cambiando de tema. «En el cole, con mis compañeras, aunque para ellas no fue fácil porque el estigma del marica las hacía aún más frágiles y más visibles».

Para Bob, igual que para otros amigos maricas a los que les he preguntado, la relación con nosotras les aportó de todo: la inteligencia, el apoyo, un punto de vista que no hubieran entendido de otra manera, «porque pese a ser gay era hombre», concluyó Bob, a quien esta generación nuestra

le parece fascinante, ejemplar, «tanto las que han llegado a un lugar donde no las esperaban como las que han sabido darle una vuelta a todo. Han reinventado un mundo».

Y atención a un último asunto sobre esta cuestión. Como dice Bob, «yo siento que los heteros de mi edad tienen mucho que agradecer a los gais, porque les hemos hecho más libres y les hemos hecho de intérpretes con las mujeres de su edad».

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Fuerza mayor*. Ruben Östlund (2014)**

Veamos. Tomas es un padre de familia convencional, con dos hijos pequeños. Están de vacaciones de invierno en los Alpes, comiendo en un restaurante en las pistas de esquí. De pronto llega una avalancha que va a arrollar a todos los clientes. El padre, en lugar de quedarse y proteger a los niños, acurrucándolos o lo que sea, sale huyendo, mientras vemos a la madre buscándolo y llamándolo para que la ayude a salvar a los niños. Finalmente no hay tragedia, porque el alud se detiene sin causar daños. Pero claro, a ver cómo justificas semejante cobardía. De eso va la película.

Es del mismo director que *The square*, que también merece muchísimo la pena, porque es corrosiva. Y también de *El triángulo de la tristeza*, con la que concluye su trilogía sobre, atención, la primera generación de hombre blanco heterosexual (con sus masculinidades tóxicas y de todo tipo) que reconoce sus privilegios por primera vez, aunque pasaran ampliamente de soltarlos. Lo que dice Östlund: asumimos que somos gilipollas, sí, y ahí nos quedamos.

SERIES

***No me gusta conducir*. Borja Cobeaga (2022)**

La podría ver mil veces y volver a reírme, a enternecerme.

Cobeaga ha creado un personaje al que al final te quieres llevar a casa, quieres que sea tu amigo, tu jefe, tu compañero. Te brinda en bandeja a un hombre que va despojándose de todas las taras que no le dejan avanzar en lo sentimental. Ese Juan Diego Botto, esa autoescuela, esa Leonor Watling, ese David Lorente con todos sus tópicos entrañables…

***Queer as folk*. Russel Davies (2000)**
La traigo aquí para poder compartir esta bonita y representativa historia de Jaume Ripoll, fundador de la plataforma Filmin, que ha escrito un libro precioso, *Videoclub* se llama. «Fue la primera serie que hizo de la homosexualidad bandera y no estigma. Era británica, explícita y alegre. Sonaban Pulp, Bowie y Blur, y en ella salían un grupo de amigos que compartían confidencias, amantes y problemas laborales. Fueron diez episodios divididos en dos temporadas que yo veía escondidas en mi habitación de Palma con los auriculares puestos, con un temor permanente a que entrase mi madre y tuviera que dar explicaciones para las que aún no estábamos preparados ni ella ni yo».

***It's a sin*. Russel Davies (2021)**
Veinte años después, el mismo Davies creó para HBO esta conmovedora ficción británica que cuenta los duros años del comienzo del sida en los ochenta, a través de una historia impagable de amistad. Entre chicos gais y, especialmente —que es lo que nos ocupa—, entre una chica hetero del grupo y un chico gay. Qué ternura, qué panzada de llorar…



QUÉ ESCUCHAR

***Que te vaya bonito*. Varios intérpretes**
Famosísima, claro. La hemos elegido porque es perfecta para el capítulo: habla de un hombre con buen perder y

nada posesivo. Deja que ella se marche, pese a quererla mucho. Le dice cosas preciosas, quiere lo mejor para ella, le advierte de que nunca volverá a molestarla, que la sigue echando muchísimo de menos —esa frase de las luces encendidas que no sabrá apagar es una delicia— y que, pese al desamor, le desea suerte. Un bendito.

Pretty Woman. **Roy Orbison (1964)**
Personalmente la odio, pero venía a cuento. Además, me contó Iñaki de la Torre una historia que me viene perfecta. Resulta que el autor de la canción, Roy Orbison, la compuso un día que estaba trabajando en su estudio con Bill Dees, que era el que le ayudaba con las letras. Roy le dijo que escribiera sobre lo primero que se le ocurriese. Orson, mientras, daba golpecitos en la mesa, como en señal de aburrimiento. Su mujer, Claudette, apareció y dijo que se iba de compras a la ciudad. Orbison le preguntó si necesitaba dinero y ella le contestó: «Pretty woman never needs any money». Y Dees escribió corriendo: «Pretty woman walking down the street», y como ritmo pusieron los golpecitos que estaba dando Orbison. Ah, y los *yeh, yeh, yeh* del estribillo se los copiaron a los Beatles.

It's a sin. **Pet Shop Boys (1987)**
La serie de Davies que recomendaba cogió prestado el título de la canción de este grupo tan representativo, tan icónico y tan celebrado por el colectivo LGTBI. Cuenta cómo la homosexualidad ha sido un pecado y todo lo que eso ha supuesto siempre.
[Me apunta Pepe Murgadas una canción espantosa (no porque le guste, sino porque considera que es pertinente en este apartado). Me resistía a incorporarla, por todo: por el título, por la memez de la letra… Pero bueno, ahí va 😊].

Me pica un huevo. **Siniestro total (1982)**
En la canción de este grupo de *punk* de mediados de los ochenta se habla de un tipo que se ha apuntado a astronauta, a ver si suena la flauta. En fin, la dejo porque es verdad que cuenta bien cierta simpleza masculina, venga.

11

El amor, ay, el amor

> Poner palabras a la experiencia, de eso se trata. Palabras para decir lo que es y lo que nos pasa. Lo hacemos reinventando el modo de hablar para encontrar fórmulas felices. O cuando llamamos cuarta dimensión al tiempo cualitativo, ese tiempo tan importante para las mujeres que congrega lo mucho que hay en torno a lo que más amamos. Un tiempo dedicado a relaciones no instrumentales que no se rigen por las leyes del mercado y que forman parte de la experiencia de la vida femenina. Una relación sin fin. Lo innegociable para las mujeres son la vida, el amor y la libertad.

Lia Cigarini, Luisa Muraro y María-Milagros Rivera Garretas, *El trabajo de las palabras. Una relación inacabada nacida de la relación entre mujeres*.

> Enredarse con papá en una madeja de amor y odio que terminó por absorber toda su energía vital. Nunca pudo irse de la casa, nunca pudo inventarse una historia distinta de la que habían planeado para ella, esa vida estéril que al mismo tiempo le reprochaban refregándole su fracaso.

Ana María Shua Consonni, *La muerte como efecto secundario*.

Me ha costado mucho encontrar a alguien que quisiera contarme una historia de amor contrariado, a destiempo, pasados los 50 años, estando en pareja estable y sin ánimo de dejarla. Lo que denominados un *affaire*, una infidelidad de toda la vida. Candela no es su nombre real, pero teniendo en cuenta que sigue casada con el mismo hombre al que le fue infiel durante un tiempo corto pero largo en realidad (ahora lo veremos), y del que sigue de alguna manera colgada, después de diez años, es evidente que no había otro modo de contar su ¿aventura?

He querido traerla y empezar con ella este capítulo dedicado al amor porque me parece que cuenta bien varias de las máximas que quiero explicar sobre ese concepto en este contexto nuestro: para enamorarte siempre se está a tiempo, y el destello aparece y te atrapa aunque a veces no te venga bien. Y eso, queridas, es la sal de la vida, no nos engañemos.

El amor en esta generación tiene trampas en las que aún caemos, de las que no hemos sido capaces de zafarnos. ¿Lo hace alguien en realidad? Pese a la cantidad de literatura, de ficción y ensayística que ya no romantiza el amor, que lo cuestiona, que lo desmenuza para que dejemos de concederle tanta importancia, ¿hay alguien que aún no caiga en sus redes a la mínima de cambio? Esta historia que viene a continuación lo contiene todo. Las dudas, la zozobra, los anhelos, la alegría que produce el estado febril del enamoramiento, tengas la edad que tengas.

También me ha interesado contarla para contraponerla con otras historias de mujeres más jóvenes que Candela, que están llegando al amor de otras maneras, con otras expectativas. Y no sé si con algún cambio estructural, la verdad. Entraremos en ello más adelante.

El idilio de Candela lo viví en directo, durante todo el tiempo que duró. Yo la animaba a dejarse llevar, a dejarse querer, a no tomar decisiones precipitadas, a no sufrir, a no sentir culpa. En definitiva, a vivir con plenitud un romance de telenovela, prohibido, escondido y tórrido. Aquí va lo que apalabramos que yo podía contar. Cuando se lo enseñé

hace unos meses se echó a llorar. «Hija de puta, ¿cómo has podido contarlo tan bien? ¡Pero si hay cosas que explicas que yo ni sabía que había sentido!», me dijo. Intenté que no se me notara demasiado la plena satisfacción, mi ego de escritora creció un poquito. «Y encima le he puesto encarnadura literaria, con citas y todo, y versos que tú no has leído en tu vida», le dije. Nos reímos mientras pedíamos el segundo *pisco sour*.

La historia de Candela

«Lo que más me gustó de él al principio fue su media sonrisa. Yo creo que me enamoré de eso. De eso y de su mirada limpia, franca. Caí rendida ante esas dos cosas, estuve (¿estoy aún, de alguna manera?) rendida años. Me encantaba su afabilidad y esa simpatía natural que hacía que quisieras quedarte. A su alrededor todo lucía bien. Era alegre, una persona tremendamente fácil de querer, y a mí me volvió loca de verdad.

No era un aventurero ni un tipo alambicado. Era sencillo, buena gente, sin dobleces, con sentido del humor y con desparpajo. Él estaba casado y yo también. Él tenía hijos y yo también. Él era un cobarde y yo, supongo, también. Nos conocimos en la tele. Él llegó más tarde, cuando acabó la excedencia que había pedido dos años atrás (tras casi veinte en la cadena) para girar con su grupo de música, justo cuando yo entré, y se incorporó al departamento técnico como jefe de emisiones.

Nos entendimos muy bien en el trabajo. Era resolutivo, emitíamos en la misma frecuencia, teníamos los mismos intereses audiovisuales y las mismas fobias a conceptos y personas. Al principio simplemente me cayó bien, pero una tarde, tras un cruce de miradas y par de comentarios jocosos sobre una de las jefas insoportables, todo cambió. Llegó el tonteo, las risas, el deseo… Una noche nos encontramos en la fiesta de cumpleaños de uno de los productores de la tele, viejo amigo suyo. Yo no sabía que él acudiría; en realidad no estaba previsto que lo hiciera, pero

lo hizo. Recuerdo verlo bajar las escaleras del Estupenda Bar Café y morirme de ganas de todo con él. Nos vimos, nos sonreímos y ya no dejamos de contarnos la vida en toda la noche. Esos momentos vitales son los que de verdad merecen la pena. Instantes luminosos en los que descubres que te está pasando algo, que le gustas, que te gusta, que quieres quedarte ahí, que quieres que te bese de momento y luego ya veremos. Él pasaba un periodo complicado con su mujer, y yo le escuché embelesada, deseando que la complicación fuera a más y que la dejara y nos fugáramos juntos. Esa noche, sin maletas, sin pasado, sin miedo. Cuando ya has cumplido los 50 y llevas media vida con la misma pareja, con altibajos pero sin grandes zozobras, que te pase algo así es buenísimo y malísimo, esa es la verdad. Pero cuando te está pasando no quieres nada más.

Además de realizador de tele era músico. Tocaba en un grupo con el que había sacado varios discos (luego supe que con bastante éxito) y componía sus propias canciones. Por supuesto, para entonces yo ya había buscado en internet todo lo que internet podía contarme sobre él y su música. Se le adjudicaba una aventura amorosa con una periodista musical, según me contaron, y yo ponía el nombre de ambos en Google a menudo a ver qué pasaba.

Esa noche nos despedimos con alegría, sabiendo que había sucedido algo en ese bar, que ya nada iba a ser lo mismo al día siguiente. Al llegar a casa me envalentoné y le envié un mensaje por WhatsApp. Cogí un párrafo de *Tokio blues*, el libro de Murakami (que es una novela que me gustó mucho en su día, creo que el único libro de ese autor que me gusta de verdad) y se lo lancé sin pensar:

—Me gustas, Midori.

—¿Cuánto?

—Me gustas como un oso en primavera.

—¿Un oso en primavera? ¿Qué es esto? ¡Un oso en primavera!

—Imagina que paseas sola por el prado y se acerca un osito con la piel aterciopelada y unos ojazos. De pronto el osito te dice: “Buenos días, señorita, ¿quiere usted rodar

conmigo?”. Entonces tú y el osito os pasáis el día entero rodando abrazados por una ladera sembrada de tréboles. ¿Es bonito, no?

—Muy bonito.

—Pues a mí me gustas tanto como eso.

No contestó a ese wasap, cosa que me contrarió una barbaridad. Cuando nos vimos en la tele al día siguiente él hizo ver que no había nada nuevo, que todo estaba como siempre y yo me puse borde. Y así pasaron varios días. Luego supe que lo había recibido como un cañonazo, que se quedó en *shock* y que no pudo responder. Una máxima que se repetiría siempre en nuestra historia de amor, y en nuestra larga relación de amistad, en nuestra permanente aventura emocional, que, al menos yo, no he dejado nunca de sentir que tenemos.

Apenas una semana después de aquella noche, de aquel wasap, hubo otra fiesta; esta vez era la despedida de la jefa de documentación, que se marchaba a Miami a trabajar a Telemundo. Y ahí ya no hubo vuelta atrás. Habíamos bebido de lo lindo, habíamos flirteado de lo lindo también. Me echó en cara mi aspereza de los últimos días, yo le recordé su falta de empatía no respondiendo a mi maravilloso wasap, quedó claro que queríamos más, que lo queríamos todo… Me dijo que le daba miedo, le dije que para nada… que a santo de qué… en fin, esas conversaciones de preenamoramiento tan suculentas, tan intensas, tan divertidas. Nos marchábamos ya para casa, él se ofreció a llevarme, yo le dije que tenía que subir a la redacción a por mis cosas, que me esperara allí, en la antesala del plató donde estábamos celebrando la fiesta, que bajaba enseguida. No sé cómo lo hizo, pero el caso es que al salir del baño con mis bártulos me estaba esperando recostado en el asiento de debajo de la escalera. Al fondo, una redacción completamente vacía. Le sonreí, le dije algo así como «no tienes que tenerme miedo, yo estoy aquí para hacerte feliz». Se lo dije sonriendo, con ganas de comérmelo, la verdad. Hacía años que no sentía eso, esa certeza, ese deseo que lo invade todo y al que da igual que

te niegues.

—Ya, pero no puede ser, porque me vuelves loco —contestó él.

Me estiró del brazo hacia sí, para ocultarme del todo en un cuartito minúsculo que ya no se usaba. Nos besamos a muerte, a dentelladas, madre mía. No sabría decir cuánto tiempo estuvimos allí, tocándonos y besándonos, sin parar, sin respirar, desbordados, sin apenas decir, solo con labios con hambre, con manos ansiosas, febriles, auténticos. Solos para el otro, sin nada más, sin nadie más. Los besos siguieron en el ascensor, en el coche, en la despedida…

Me dejó en la puerta de casa. Al día siguiente me marchaba a Málaga, donde me esperaba mi familia, mi marido y los dos adolescentes deliciosos que eran mis hijos entonces, a la casa de la playa que tenían los padres de mi pareja y donde íbamos a pasar las vacaciones de Semana Santa. Así que estaba sola en casa, y menos mal, porque de haber tenido que fingir esa noche ante los míos que no venía de sus manos y de sus labios me habría muerto.

Por la noche, de madrugada, le escribí un mail. No respondió. Volvió su miedo (en aquel momento no entendía a qué. Luego, cuando le conocí más, ya lo pillé. Era miedo a querer, a la incertidumbre de lo que estaba pasando, a todo). Mi mail fue impulsivo, no sé si pensaba de verdad algo de lo que dije, si lo decía en serio, qué estaba dispuesta a hacer yo con mi vida y con la suya, y con la de ambos, si es que eso podía darse, y qué habría pasado si todo lo que pedía o prometía se hubiera llevado a cabo.

En el mail le pedía que tras aquel encuentro furtivo no hubiera tormentas, ni desplantes, ni daños conscientes, ni heridas de muerte. Le decía que yo solo quería besos, quería sus labios a todas horas, y sus manos a todas horas y por todos los rincones y en todas las esquinas, me daba igual que estuviera bien o que estuviera mal, lo deseaba de un modo absoluto. Sabía que él también lo deseaba, por eso se lo dije. Quería hacerle reír, y que contara con mi risa, yo estaba dispuesta a regalársela siempre. A cambio, le dije, escríbeme canciones de amor. Querámonos, le dije, con

naturalidad, con entusiasmo, sin premisas, sin peros, sin remilgos. Querámonos como si solo hubiera un presente, le escribí, como si no tuviéramos la vida que tenemos. Como si pudiéramos tener otra… Seamos francos. Sin ambages, sin subterfugios, sin pretensiones. Y, por favor, no nos hagamos daño, le insistí. No nos neguemos nunca el pan y la sal. Juguemos, juguemos siempre, a todas horas, solos y en compañía. Juguemos con la risa, con la palabra, con los gestos… Tengámonos en cuenta. Contemos con el otro, le dije. Para lo bonito y para lo extraño, lo oscuro, lo adverso. Ábreme tu corazón (apenas conseguí eso). Yo no te voy a fallar, le aclaré. Continúa siendo lo que eres, un tipo fabuloso. Firme, afable, sin miserias, seguro, divertido, inteligente, generoso, tierno. Continúa siendo una de esas personas que llegan de pronto a tu vida y quieres que se queden, porque sabes que con ellas la vida será mejor, más grata, menos áspera. Más llevadera. Tenme, aunque solo sea una noche, a tu merced…

Todo eso le escribí. Ahora lo releo y siento que me precipité, que es algo que siempre hago. ¿Qué coño le estaba pidiendo de verdad en ese mail? ¿Cómo no iba a acojonarse? Volvió a quedarse parado en mitad de la nada, en mitad de ese abismo que se abría. No se atrevió a contestar, ni por mail ni en persona, a aquella declaración de amor. Lo asumí como un fracaso. Luego tuvimos apenas unos cuantos encuentros más y un día me dijo que no podíamos seguir, que debía parar… Me habló de una foto que había visto en Facebook (en ese momento aún lo usábamos) en la que estaba yo con mi marido, con los niños, con la playa al fondo. Y de una decisión que había tomado: «Yo no tengo ningún derecho a romper eso, yo no tengo nada que hacer ahí», me dijo.

Yo habría querido decirle que en ese instante él tenía derechos, derechos de amor total, porque yo quería estar con él, quería que me meciera, que me acunara, quería reírme con él, que me contara sus cosas, quería conocerle, que me sorprendiera, quería abrazarle y que me abrazara, quería compartir tardes enteras y libros y canciones, quería

que me quisiera, quería quererle, sentirme la chica más linda de la fiesta cada vez que él entraba en el plató, que podía romperlo todo porque lo había roto ya, que yo ya estaba colada, que no sabía qué hacer, pero que sabía que me tenía loca, que quería estar y besarle, y tocarlo y que nos marcháramos. Que aquello era una locura total, un puto bolero. Un tango, todas las canciones horteras o no de amor trágico que se habían escrito en la historia.

Pero no le dije nada, nunca lo hice, que es algo que siempre he querido hacer, que sigo queriendo hacer. Tras un periodo doloroso, años incluso, lleno de desencuentros, de pesadumbres (yo no he llorado por nadie en mi vida como he llorado por él) supimos llevarnos bien, pero aquella historia corta me rompió literalmente el corazón. Han pasado diez años desde aquellos días de besos perfectos, furtivos e inevitables que tuvimos, y de un desamor que me quebró en dos durante mucho, mucho tiempo (insólito para el que duró nuestro idilio). Y yo no he conseguido arrancármelo del todo. He seguido con mi vida, él con la suya, somos amigos, nos vemos a menudo pese a que ya no trabajamos juntos y yo sigo de cerca su carrera musical, que ha conseguido mantener en alto con su grupo. A veces voy a sus conciertos y deseo y no deseo con la misma intensidad que cante la canción que escribió para mí.

Cuando lo hace siempre me pongo melancólica. Nuestra historia de amor fue cortísima porque él lo decidió así. No porque no me quisiera, he intuido que por todo lo contrario. Porque poner tierra de por medio era la única opción, según él. Porque no podía ser, porque no debía ser, según él. Y ¿qué quería yo entonces? ¿Habría dejado a mi marido y a los niños si me lo hubiera pedido? No lo sé, la verdad. Lo que sí sé es que nos habríamos hecho felices. Un día se lo dije, eso y que si estuviéramos libres estaríamos juntos. Él puso su media sonrisa y me miró. No dijo nada, pero en ese silencio estuve casi segura de que piensa lo mismo.

La de veces que me he desmoronado durante todos

estos años por su culpa, recordando, maldiciendo no haber sido más valiente, no haber quemado todas las naves, no haberme arriesgado más. Maldiciendo no haberle enseñado todo lo que escribía para él. No haberle preguntado qué pasó en su corazón durante aquel tiempo en realidad, cómo fue de intenso lo que él sintió, si estuve sola pensando en él o a él también le pasaba. Si aquel desamor doloroso era solo en una dirección o él también lo sufría, qué pensaba, qué habría querido, si se arrepintió alguna vez de que no nos diéramos opción, de no haber cogido los bártulos y decir, venga, vamos a ver si nos podemos hacer felices, que tenemos cosas a favor para lograrlo, nos gustamos, nos hacemos reír, nos entendemos, nos queremos. También me gustaría decirle que la canción que le inspiré sigue siendo de las cosas más bellas que me han pasado. Y que yo, también, *casi nunca pienso en ti*.

Yo quiero pensar que sentimos lo mismo, entonces y ahora. Querría pensar que ese verso de José Ángel Valente, “te he olvidado tanto y he podido olvidarte tan poco”, nos une aún. No me atrevo, ya lo he dicho, a preguntarle. Pese a la confianza que nos tenemos nunca hablamos de nosotros, de aquello, nunca verbalizamos lo que nos sucedió. Hace unos cuantos meses, tras varios años sin un solo contratiempo, un día, al teléfono, tras una frase al azar suya, sin mala intención, sin intención alguna, tuve que colgarle para no echarme a llorar. No había motivo alguno para que me molestara, nos hacíamos bromas de ese tipo continuamente, en plan qué pesada eres, estoy harta de ti, no sé por qué te aguanto… Pero ese día algo falló, yo recibí la frase como si me hubiera dado una bofetada… No fue culpa suya, ni asunto suyo, ni desde luego se merecía la asepsia, la aspereza hacia él en la que me instalé durante meses después de la conversación, pero es que yo noté de pronto un bloque de cemento en el estómago y supe que tenía que poner un cordón sanitario entre nosotros otra vez…

Se me vino de golpe en un segundo todo el daño que me hizo su historia, sin quererlo él, todo lo que lloré por él

sin saber por qué lloraba, si porque le quería o por rabia, o por orgullo, o por ese vacío que sentía, por lo sola que estaba con mi corazón quebrado… Nunca lo supe de verdad. Hacía mucho que no me pasaba, que nada que viniera de él me hería, me dolía, me provocaba el llanto. Durante estos años había habido momentos, no siempre había sido fiesta, aunque no lo verbalizara, aunque aparentara normalidad… Había habido momentos de quebranto, de tristeza por lo que pudo haber sido y no fue, de pensar en él ¿demasiado? Pero hacía ya tiempo que eso no pasaba, que estaba bien del todo, que no había ningún instante para la zozobra.

Y de pronto ese día, sin venir a cuento, zas. No sé si tuvo algo que ver el duelo por la muerte de mi amiga, tan reciente aún, que me abatió tanto y me dejó tan débil, no lo sé, porque para mí esta historia de amor y desamor fue un duelo en toda regla, que duró mucho y que luego ha ido y venido a menudo. Y todos los duelos se parecen. El caso es que se me vino encima aquel tiempo en el que esperaba a todas horas cosas de él, frases, gestos, miradas, abrazos, besos… Y no tenía nada y no sabía si solo lo estaba deseando yo…

El deseo feroz, el sexual, disminuyó con el tiempo y luego se evaporó. Pero el amor no. Todo lo emocional siguió. La querencia de él, la necesidad de él, de su ternura, de la camaradería, de risas, de confidencias, de lo sentimental, de un sentimiento compartido, de tocarle, de tenerle, de considerar que éramos especiales el uno para el otro. Y yo siempre he querido creer que ese estado amatorio era mutuo, que los dos estábamos sabiendo dónde estábamos: distantemente juntos. Que sabíamos lo que podía ser y lo que no, lo que queríamos y lo que no. Pero queríamos estar así, tener ese tipo de relación. Cada uno en su vida, pero con algo hermoso que compartir. Y ahí estaba todo. Nuestras comidas juntos, los viajes compartidos, nuestras risotadas, nuestros insultos cordiales, nuestras bromas, nuestras peticiones, nuestras pesadillas. Ahí estaban nuestras citas a lo tonto… Yo he seguido pensado

en él, quizá demasiado. No le he olvidado, no he podido. Y durante estos últimos años, pese a que su recuerdo me asaeteaba de vez en cuando, hemos tenido la relación perfecta, la que creo que queríamos los dos, sin peticiones, sin compromisos, sin sexo, sin ambages, sin cortapisas…

Pero no lo sé bien, no sé bien si sentimos exactamente lo mismo y la verdad es que lo que me gustaría oírle decir es esto: "Sí, he seguido pensando en ti, te quise mucho, te lloré mucho, me arrepentí muchas veces de no dejarme quererte, de no dejar que me quisieras… Yo también creo que nos habríamos hecho felices y que si estuviéramos solos estaríamos juntos".

Podría estar en paz después de eso».

NOSOTRAS Y LA INFIDELIDAD

Hay dos cosas clarísimas. Una, ya no funciona el romanticismo de antes, ya no vale; cada vez hay menos mujeres (y hombres incluso) que encajen en ese molde. Lo que era romántico hace treinta años, o incluso menos, ahora es una estupidez. Y nosotras le hemos dado completamente la vuelta: no queremos que nos abráis la puerta del coche, ni siquiera flores por San Valentín (que a mí siempre me ha parecido una gran horterada. San Valentín, digo, no las flores, claro), ahora preferimos que compartáis emociones o que seáis empáticos con lo que a primera vista os puede parecer irrelevante.

Y otra, en el asunto de la soltería, en los últimos cincuenta o sesenta años ha cambiado todo. Incluso las maneras de referirse a ellas, a las mujeres solteras, afortunadamente. Otra cosa en la que hemos sido pioneras. También inauguramos de alguna manera el desapego emocional, eso tan masculino. Además de Candela, he hablado para este capítulo con muchas amigas de esta generación de estos asuntos amorosos, algunas sin pareja, otras con un marido de años, otras recién separadas, otras en pleno uso de Tinder. Y, tras miles de confidencias, hay varias reflexiones.

La melancolía, la nostalgia, ese estado de «lo que pudo haber sido y no fue» se puede sentir de pleno en esta generación, que ya ha tenido amores varios, amores contrariados o rotundos, rupturas dolorosas. Una generación que dejó pasar algún tren fundamental, como simboliza a la perfección aquella escena de la furgoneta de Meryl Streep y Clint Eastwood en *Los puentes de Madison*.

«Yo, por ejemplo —me decía Candela esa tarde—, creo que le quise de veras, pero le quise mal, sin dirección y sin bondad, y que si de verdad nos hubiéramos amado con rotundidad al final el amor habría vencido. Dicen que siempre vence, ¿no?, que se acaba colando por las fisuras de la historia individual, aunque pasen muchos años. No lo tengo yo tan claro. La vida te arrastra y dejas pasar emociones y dejas de arriesgarte, y te acomodas en lo que ya tienes, que tampoco estás mal, y no quieres nuevas cruzadas ni mudanzas».

Porque, a ver una cosa, ¿cómo veis vosotras esto del poliamor?, les pregunto a las colegas. Buf, ni pensarlo, qué pereza, sí, claro, solo faltaba, quita, deja, menudo coñazo. No he encontrado en mi búsqueda ni una sola tipa de esta generación que lo practique o lo entienda. Yo misma lo veo como un horror. Busco ayuda en la psicóloga clínica Deborah Anapol, que inició el movimiento del poliamor en los ochenta. Pare ella, la mayoría de las personas que hoy se identifican como monógamas practican lo que ella llama «monogamia serial»: múltiples relaciones monógamas sucesivas complementadas o no con algún *affaire* secreto cada tanto. Leo esto y pienso en las Candelas del mundo, o en los protagonistas del libro *El final del affaire*, de Graham Greene, o en las decenas de historias de infidelidad que hemos tenido todas alguna vez. Ahora, según concluyo tras las conversaciones, es que si después del romance clandestino seguimos con nuestras parejas de siempre suele ser o porque son amores sólidos, pese al escarceo, porque la honestidad, la libertad y la igualdad persisten, lejos de la hipocresía y la desigualdad, o, catástrofe, por pura pereza, por puro pragmatismo, por comodidad. Pero que conste que

somos la primera generación que ha elegido divorciarse antes de instalarse en la infelicidad en pareja.

Seguimos con este asunto de la monogamia. ¿De dónde sale ese afán por darle tanta importancia? ¿De dónde viene esa necesidad de controlar la sexualidad, en realidad? Porque es evidente que la monogamia no es una necesidad biológica. Así pues, ¿qué? En el libro que he citado ya, *El fin del amor*, Tamara Tenenbaum da una visión muy ambiciosa del asunto. Cuenta que ese control sirve para el sostenimiento de la dominación política y económica de las mujeres por parte de los hombres. Y atención a este párrafo noqueante de la autora:

> La mujer que conoce otros cuerpos conoce el mundo. Circula, experimenta, sabe lo que tiene y lo que puede tener. Aprende el deseo, la búsqueda, a preguntarse por las condiciones de su propia vida, a cuestionarse, a no tomarlas como algo dado e inquebrantable. La libertad sexual de las mujeres atenta contra la capacidad de los hombres de subyugarlas. El reconocimiento de la mujer como sujeto deseante es una amenaza para el sistema que se sostiene en su subordinación, su trabajo impagado y su conducta predecible y ordenada. La virtud no es solo un concepto moral y religioso, también es un concepto político y económico.

Creo que voy a retirarme a mis aposentos, a reflexionar.

El amor romántico que se acaba, para bien de todos

La escritora Vivian Gornick se convirtió en una de mis autoras favoritas hace apenas unos años cuando la descubrí (tardísimo) con *Apegos feroces*. Luego me lo he leído todo de esta señora fabulosa de 87 años: *Mirarse de frente*, *Cuentas pendientes* y la deslumbrante *El fin de la novela de amor*, donde, tal y como resumió el escritor argentino Patricio Pron, «constató sin nostalgia los límites de la experiencia amorosa a través de novelas que desvelan que ese sentimiento no tiene poderes transformadores». La obra la

escribió en 1997, pero yo llegué a ella hace poco. Me sorprendió la prodigiosa manera con la que desmonta los tópicos, los lugares comunes del amor. «Ya sabemos que el amor romántico no es la salvación. Hoy todos se casan sabiendo que pueden divorciarse y eso termina con el carácter sagrado que tenía el matrimonio», la he escuchado decir. Gornick tiene clarísimo que ella fue una mujer insólita en su generación, que el feminismo le salvó la vida y que ninguna de nosotras estaríamos aquí si no fuera por el movimiento de las mujeres, y que nunca es suficiente, y que el amor romántico —o la idea del amor romántico— ha roto miles de veces nuestro relato, el de las mujeres, pero nunca el de ellos.

El caso es que, en este libro a modo de ensayo, la autora defiende algo muy sencillo pero muy revolucionario: que nuestro mundo ha cambiado y que el amor y el matrimonio han dejado de ser, en nuestra época, metáforas que representen adecuadamente la felicidad y la realización personal. Gornick cuestiona el supuesto poder transformador del amor y nos revela que este, «como la comida o el aire, es necesario pero insuficiente: no puede hacer por nosotros lo que debemos hacer por nosotros mismos».

Entonces, ¿dónde estamos nosotras, qué queremos, cómo nos desembarazamos de este asunto? Veamos, dos años antes de este libro de Gornick, que creo que ninguna de nosotras leyó en ese momento, se publicó en Estados Unidos otro, *Las reglas del juego*, un burdo manual para ligar que tuvo un éxito monumental y al que le dieron bola desde Beyoncé a Oprah Winfrey. Cuenta Eva Illouz, en su ensayo *Por qué duele el amor*, que ese libro se convirtió en un fenómeno cultural, con más de dos millones de ejemplares vendidos. «Pretendía enseñar el arte de generar y mantener límites frente a una situación estructural en la que los hombres controlan el encuentro sexual. De acuerdo con las enseñanzas del manual, las mujeres deben ser expertas en poner distancia para poner crear escasez y por lo tanto adquirir valor», ref lexiona.

Algunas de las reglas que planteaba eran estas:

– No abordes a un hombre y no lo saques a bailar. Según las autoras del famoso manual, si lo hacías no sabrías si estaban interesados en ti de verdad o no, porque, oh Dios mío, «no hay hombres tímidos».
– No mires a los hombres ni hables demasiado con ellos.
– No lo llames y devuelve sus llamadas muy de tarde en tarde.
– Sé siempre la primera en terminar la llamada y las citas.
– No aceptes ninguna cita para el sábado a partir del miércoles.
– Deja de salir con él si no te hace un regalo romántico para tu cumpleaños o por el Día de los Enamorados.
– No precipites una relación sexual, que nunca se ha de dar en la primera cita, que debes acabar con un beso leve en la mejilla. Debes esperar como mínimo unos tres meses antes del primer encuentro sexual, recuerda que eres distinta a las demás.
– En el cuarto encuentro ya puedes hablar un poco más de ti, «pero intenta ser siempre un misterio».
– No le veas más de una o dos veces por semana.
– No le digas qué debe hacer (si quiere ver el fútbol limítate a estar a su lado).
– Deja que lleve la iniciativa (él debe ser el primero en todo: en elegir dónde iréis, en decir te quiero o te amo, en demostrar sus sentimientos y en llevar el control de la relación).
– No trates que un hombre cambie, ni intentes hacerle cambiar.
– Sé sincera, pero misteriosa.
– Acentúa lo positivo.
– Aunque ya estés comprometida o casada, las normas siguen siendo válidas.
– Haz que resulte fácil vivir contigo.

¿Espeluznantes? Puede. Pero tal y como apunta Illouz, «en el contexto de la postura política feminista de la

igualdad y la dignidad estas reglas son ridículas y degradantes, pero el éxito del libro merece cierta atención. Se hacen para aumentar el valor emocional de las mujeres en un mercado en el que los varones controlan la esfera emocional femenina debido a la mayor predisposición de las mujeres al compromiso».

El caso es que puede que ahora nos riamos a mandíbula batiente de estas chorradas mujeres de distintas generaciones, incluidas la mía y la de mi hija, tan distantes en los tiempos y maneras. Pero haciendo de la anécdota categoría hay que tener claro que solo gracias a la cultura y al feminismo hemos podido desmontar estos y otros tantos fundamentos espurios que nos habían colado la moral burguesa y lo establecido: ser prudentes, conformarse, aguantar ciertos niveles de tedio, no destacar demasiado, complacer, perseguir el idilio como la única manera de afianzarte…

Cuando hablé con González Sinde para este libro la pillé en un bajísimo momento vital, lleno de sombras, de una tristeza sólida y su relato fue muy descorazonador para mí. Primero porque le tengo un afecto sincero, porque la admiro y porque me importa. Me pareció insólito que una mujer como ella pudiera sentirse así, porque yo siempre creo que el resto del mundo tiene menos bajones que yo y que su mirada es siempre más luminosa hacia lo que le rodea.

Ángeles, que perdió en 2020 a su pareja de varios años, el editor Claudio López Lamadrid, nunca imaginó que sería una viuda como su abuela, «que acabaría mis días sola, sin amor. Pero eso es lo que tengo. La vida me ha dado muchos golpes, perdí a mi padre con 27 años, luego a mi hermano con 45, pero el golpe de perder a mi pareja con 53 años ha sido el más fuerte porque me ha pillado en una edad en la que ya no me reconstruyo. De manera que, para mí, acercarme a los 60 está siendo muy duro. No me reconcilio con la idea de que la vida se ha acabado para mí». Quise abrazarla, zarandearla, despertarla del letargo tras esta frase, llamar a todos los hombres heteros solventes

emocionales y libres y decirles, ¿podéis por favor hacerle la corte a esa señora de altura, a esta mujer hermosa por dentro y por fuera, podéis por favor sacarla del error?

Tengo muchas más Ángeles en mi vida, entre otras cosas, y ahí vamos a entrar a saco porque el listón que se ponen, esa es la verdad, es cada vez más alto. Con el no conformarse llevan la penitencia: no vale cualquiera ni a cualquier precio, y tampoco compensa quedarse en una relación aplastante o aburrida. Así que, tanto si se separan como si se quedan viudas, como si han llegado a la madurez sin haber «encontrado el amor», esa cursilería, buena parte de las mujeres con las que he hablado coinciden en lo mismo: no es fácil emparejarte ahora mismo si quieres algo bueno de verdad, no pasar el rato, no un simple encuentro sexual. Lo curioso de esto es que me lo cuentan mujeres de 50, de 60, de 30… de todas las edades. «A mí Tinder me funciona, sí, y siempre digo "solo busco un escarceo, un juego", pero es verdad que al día siguiente siento una especie de vacío. Yo creo que es por la educación judeocristiana recibida, que nos ha hecho creer que el sexo ha de ir unido al amor, al romanticismo, y eso a mí al menos me sigue pesando aunque diga que no, aunque me lo niegue a mí misma», me cuenta Ana P., una colega, ejecutiva de una plataforma audiovisual. Ana, que tiene 54 años, se pasa la vida de evento en evento, tiene una interesante vida social, con gente interesante a su manera, pero desde que se separó hace cinco años, tras veinte de matrimonio, solo ha encontrado cosas huecas, momentos huecos. «En realidad no busco enamorarme, ya no, entre otras cosas porque una ahora sabe que después de eso no hay mucho más, que son apenas unos meses, si todo va bien, y luego, pues poco más. Yo lo único que quiero es divertirme con el flirteo, con el tonteo, con un polvo, y con una cena con conversación».

Elisa N. es ginecóloga. En 2020, poco antes de la pandemia, se lio con un colega médico, catorce años menor que ella, que tiene 58. Su marido, que trabaja como cirujano en el mismo hospital, se enteró por un descuido de

WhatsApp cuando ya había pasado la pandemia. Y como los dos hijos que tienen en común ya no viven en casa, se separaron sin grandes tragedias después del confinamiento, que fue durísimo para los dos amantes, claro, sin poderse ver justo en esos momentos. «Cuando llevábamos apenas unos meses de relación me di cuenta de que ya no hacía algo que llevaba haciendo toda mi vida, con mi marido: hacerme de menos». ¿Perdona?, le pregunto sin entender. «Sí, mi marido era, es, una eminencia en lo suyo, muy valorado, muy intelectual, más inteligente que yo; y yo, sin que nadie me lo pidiera, desde que éramos novios me puse a su disposición, de una manera sutil, quizá, pero a su disposición. Por debajo siempre; incluso en el trabajo, renuncié a algún cargo que me ofrecieron porque inconscientemente sabía que a él no le iba a gustar. Cuando nos separamos tuve que ir a terapia y el psicólogo me lo sacó todo. Ahora, con esta nueva historia, soy todo lo contrario: arrolladora, torrencial, una apisonadora. Y lo mejor, no solo con mi nueva pareja, también ahora con mi marido, que me dice que no me reconoce. Y yo ahora me gusto más, me siento más joven incluso, y no, no creo que tenga nada que ver con que él es menor que yo».

Investigo sobre esto para saber qué quiere decir lo de «hacerse de menos» y me entero de que tiene nombre: *dumping* amoroso se llama, o cómo las mujeres se muestran menos de lo que son para no ahuyentar a los hombres. O distintas a lo que son, que vendría a ser lo mismo. ¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué no tenemos en la iconografía cinematográfica, en la cultura pop, un equivalente femenino a James Dean, una versión femenina de ese rebelde, tumultuoso, torturado, que todas hemos deseado poseer y redimir alguna vez? ¿Tenemos claro que si se hubiera planteado un personaje así sería una pobre loca digna de compasión, o de lástima, verdad? Pues por eso.

Vamos con lo del *dumping*. ¿Qué era esto del empequeñecimiento de las mujeres? ¿Lo seguían haciendo las más jóvenes? ¿Lo habrían hecho más amigas y yo no me

había percatado? Yo desde luego tenía claro que no, que yo no, ni siquiera sabría cómo hacerlo, cómo esconderme. Porque supongo que habría un manual de instrucciones, unas coordenadas a seguir. ¿O era algo instintivo, algo que ponías en marcha como una estrategia? También encontré un libro para eso. Se llama *Reinventar el amor. Cómo el patriarcado sabotea las relaciones heterosexuales*, de la escritora Mona Chollet, que es alguien que no os podéis perder porque sus textos son una locura siempre, deslumbrantes y clarísimos. Dice en el libro algo que de verdad me niego a creer, que pongo en solfa, pero que tengo que compartir aquí: asegura que una mujer heterosexual que no se pliegue a los mandatos de la feminidad «se arriesga a poner en peligro su vida amorosa». Cuenta que si no se autocensura corre ese riesgo, a menos que encuentre un hombre «que no tema que se burlen de él o lo ridiculicen».

De verdad que no lo pillo. Así que sigo leyendo. Chollet narra las diferentes maneras de «empequeñecerse» que pueden adoptar las mujeres, transversales a varias generaciones:

- Referentes al físico, a lo estético: controlar la imagen, moldear el cuerpo para que esté delgado y así ocupar poco espacio… Porque ¿existen hombres con los que ellas puedan sentirse bien y gustable si no responde a ciertos cánones estéticos?, se pregunta.
- Referentes a la psiquis: la renuncia a estándares importantes para sí misma, a objetivos personales, asumir más cargas en algún sentido, etcétera. Le pasó a Elisa, efectivamente.

Así pues, el *dumping* amoroso es eso: una manera de comportamiento que lleva a una mujer a enredarse con una pareja, «rebajando sus exigencias en la relación —su demanda de reciprocidad en términos de atención, de empatía, de compromiso personal, de reparto de las tareas, etcétera—». Para Chollet, esto permite a los hombres no

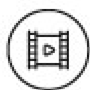
sufrir jamás las consecuencias de un comportamiento negligente o maltratador. Nunca se ven obligados a poner en cuestión los presupuestos que les ha inculcado su educación en cuanto a su lugar y a sus derechos. Están en disposición de dictar las modalidades de la relación y, si una mujer los abandona, «están seguros de encontrar a otra que aceptará sus condiciones», apunta. Y lo que les propone a las mujeres es relativamente sencillo: iniciar unas relaciones amorosas más igualitarias, más chispeantes, donde no tengamos que empequeñecernos, así «te estás protegiendo, porque eso obliga a los hombres a revelar su verdadera cara. Si sale huyendo lo más probable es que no sea una gran pérdida; más bien representaba un peligro».

Chollet concluye con un consejo categórico:

> Y poco a poco, paso a paso, hacer que por fin se desplace el monolito de una cultura que coloca a las mujeres ante una alternativa imposible, obligándolas a elegir entre su realización amorosa y su integridad personal, como si lo uno fuera posible sin lo otro; como si se pudiera conocer la felicidad, dar y recibir amor a partir de un ser truncado.

Elisa, al iniciar una nueva relación, lo puso en marcha. No cometer los mismos errores, no caer en las mismas inercias, no consentir lo que durante años te molestó, te hizo infeliz, te contrarió, algo a lo que te acostumbraste, algo que cuando quisiste romper era demasiado grueso y estada ya solidificado. Las parejas largas lo tienen más complicado, según veo. Es difícil cambiar comportamientos inveterados, pero siempre queda la opción de matizarlos.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

La tormenta de hielo. **Ang Lee (1997)**

Una de las películas que sigue resultando perturbadora por

sus contradictorios pliegues humanos, sobre una familia que se quieren pero a la que les resulta difícil convivir. Cuenta cómo se acaba el amor, cómo se destruye una familia convencional.

Series

The White Lotus. **Mike White (2021)**
Lo pone todo patas arriba con un sarcasmo feroz. La primera temporada mejor que la segunda, aunque también os la recomiendo.

Fleabag. **Phoebe Waller-Bridge (2016)**
El personaje ejemplifica bien esa idea de que los príncipes azules no existen. Ni tampoco hay nadie que los esté buscando ahora mismo…



QUÉ ESCUCHAR

Me cago en el amor. **Tonino Carotone (2000)**
Es una canción que no me gusta nada, como tampoco el intérprete. Pero como Iñaki la ha incluido en el listado, aquí estoy yo, haciéndole caso. Es verdad que la letra viene a cuento.

La falla de San Andrés. **Kevin Johansen (2004)**
No os suena, lo sé. A mí tampoco. Otra vez cosa de mi asesor musical. Me dice que la ponga porque cuenta la historia de un hombre desastre que, para una vez que va a cumplir todos los requisitos románticos en una cita de aniversario, empiezan los temblores en la falla de San Andrés y todo se colapsa.

Desde que te perdí. **Kevin Johansen (2004)**
Esta sí, es gloriosa y muy bonita. Habla del mito romántico contrario: que después de la ruptura todo es terrible. Pero no. Lo que cuenta la letra es que desde que ya no están juntos todas las mujeres se enamoran de él y tiene mucha

suerte: se le abren muchas puertas de par en par, incluida la Puerta de Alcalá.

***Love is a matter of*. Tim Christensen (2000)**
Este cantante pop danés, muy poco conocido, que canta muy bien, tiene esta canción no demasiado popular pero tan tan tan bonita, que merece estar en el listado. Una canción de amor como la copa de un pino.

12
Qué hicimos antes de llegar aquí

> Tal vez la mujer completamente floreciente en la demostración de su competencia, su deportividad, su cocina, de su virtud, es para tirarla por las ventanas.
>
> Marguerite Duras, *La vida material.*

> Las urgencias no esperan a que tengamos las herramientas para resolverlas.
>
> Jacques Derrida, filósofo y crítico literario.

> De padre encuadernador y madre educadora social nací yo, sin ser muy esperada. Al nacer, mi madre me cogió en sus brazos y me pidió perdón. Ella quería seguir estudiando y yo interrumpí su carrera. Mi madre siempre ha sido más de bofetones de realidad y las cosas claras, que de vestirme de rosa. Me jodía que fuera tan *hippie*, no *make-up*, no marcas, no ser estúpida; ahora solo doy las gracias por esto, pero durante mucho tiempo odié su poco gusto y su pelo fosco.
>
> Ana Rujas, *La otra bestia.*

Allá va una historia sobre una de las cosas domésticas con la que me crie. Mi padre traía el dinero a casa y le daba a

mi madre, ama de casa a tiempo completo, lo que se considerara para los gastos corrientes que no estuvieran domiciliados, gastos estos que ya controlaba mi padre. Le recuerdo dejando el dinero en el cajón de la consola de la entrada y a mi madre, en momentos determinados, pidiéndole más dinero para algo especial. No sé si lo hablaban entre ellos, si lo pactaban —¡cuántas cosas no sé sobre esos pormenores, cuántas lagunas que ya nunca voy a completar!—, pero sé que mi madre jamás fue al banco a sacar su propio dinero y que siempre que necesitaba algo extra se lo tenía que pedir a mi padre. No recuerdo, eso sí, ninguna controversia por ese motivo. Pero sí cuándo me empezó a dar rabia todo aquello.

Mi padre trabajaba en un banco, era empleado de banca, en la oficina central, en la plaza del Ayuntamiento de Valencia. Muchos sábados por la mañana (eran días sin cajeros automáticos, sin tarjetas de crédito y en los que los bancos abrían los sábados también) mi madre y yo íbamos de compras y acudíamos a la oficina de mi padre para que nos diera el dinero para los caprichos o lo que fuera que íbamos a comprar ese día. Recuerdo el dinero novísimo, reluciente, recién sacado supongo de las máquinas de hacer dinero, que mi padre depositaba en las manos de mi madre, sin más, a veces con cierta condescendencia, como diciendo, ale, ahí lo tenéis. Nada que ver con la generosidad. Era más bien un regocijo, un decir esto es mío y yo os lo doy, pero es mío… no sé, igual estoy siendo injusta porque lo cierto es que jamás puso pegas, ni fue reticente, pero tengo esa sensación en la recámara.

¿Qué sentía yo? ¿Me parecía razonable que mi madre no dispusiera de efectivo? ¿Qué pensaba cuando mi padre nos daba los billetes nuevos y relucientes? ¿Que nos estaba haciendo un favor? ¿No era ese un dinero de ambos, puesto que ambos contribuían a la economía doméstica, cada uno con lo suyo, ella ocupándose de TODO, carga mental incluida, él acudiendo todas las mañanas de ocho a tres a la oficina bancaria del centro de la ciudad?

En cualquier caso, lo que recuerdo es pensar: yo no

quiero ser la persona que recibe el dinero, quiero ser la que da, o la que lo posee. Quiero ser la propietaria, no quiero depender de esa condescendencia, ser la depositaria de esa dádiva…

Mi madre, ya en su vejez, se ha quejado muchas veces de esa falta de autonomía económica, de ese pedir toda la vida, a su marido primero, a sus hijos después (no nos ocupamos nunca de enseñarle a usar un cajero, por ejemplo, usurpamos también esa parte de su vida). Ella, su empuje, su esfuerzo, su dedicación plena, todas las comidas que nos hizo, la ropa que nos lavó y nos planchó y nos guardó y nos compró, la atención constante que nos dedicó, las tardes de idas y venidas al colegio, a los médicos, a todos los asuntos, merecieron desde luego un pago en metálico que nunca tuvo, como tantas madres de las amigas de mi generación. Un pago, un sueldo, un salario del que ella pudiera disponer sin dar explicaciones a nadie.

Así que, si echo la vista a atrás, veo a esa generación y me apeno; y luego veo la mía, esa a la que se ha llegado con otra educación, otros mensajes, con lecturas, con viajes, con posibilidades, con mujeres que abrieron caminos y no se resignaron y cercenaron para siempre las crueldades de antaño, y solo puedo sentir alegría. No imagino cómo debe ser la vida teniendo que pedirle dinero a tu pareja. Yo, que salvo de mis padres no he dependido jamás de nadie, no sabría cómo encajar que alguien me mantuviera. Tener que pedir dinero, por ejemplo, para hacerme la manicura. Me parece de una violencia insoportable, la verdad. Y creo que esto es consustancial a mi generación, afortunadamente.

Cuando nosotras estábamos en la veintena, o en la treintena incluso, no había tantos discursos armados como ahora para explicarlo todo, ni términos que acuñaran las cosas que nos pasaban, ni tanta literatura sobre asuntos de relevancia para las vidas que vivíamos o que íbamos a vivir. A los 20 años yo era una joven universitaria que quería ser periodista, que leía mucho, que se reía más, que tenía amigas buenísimas, que vivía a tope la vida madrileña en aquel piso compartido de estudiantes, cerca de Moncloa, sin

horarios, sin padres, sin móviles. Que iba trampeando con todo, que toreaba como podía a los plastas al salir de fiesta, que asumía cosas que ahora serían motivo para lanzarte a quemar iglesias. Nunca fui demasiado consciente de mis privilegios de pequeñoburguesa, nunca había tenido que currarme de veras nada en especial, así que mucha conciencia social no tenía, esa es la verdad. Eso se fue labrando con los años, con mi inmersión en el mundo profesional, con los años de reportera, con las nuevas amistades que fueron llegando, con las nuevas lecturas.

Tuve menos información, menos preparación que la generación que me sigue y menos aún que la de mi hija, y lo que hice, creo, como todos mis pares, fue improvisar bastante. Ir tirando, vamos. Pero, ojo, mientras yo me dedicaba al *dolce far niente*, pensándome que por haber leído a Virginia Woolf ya era una feminista de bandera, hubo muchas otras mujeres de mi edad, o puede que un poco mayores, que sí tenían conciencia de clase, que se pusieron a trabajar para que el mundo fuera más ancho, para que las mujeres como ellas tuvieran más derechos.

Las que lo empezaron

Marisa Soleto es jurista, feminista y especialista en políticas públicas de igualdad de oportunidades y desde 2001 dirige la Fundación Mujeres. En 2006 se incorporó al Observatorio Estatal contra la Violencia de Género. Es grandioso escucharla hablar sobre los derechos de las mujeres, el empleo, la brecha salarial, la igualdad…

Di con ella a través de mi colega Mariola Lourido, periodista de la Cadena Ser experta en Sociedad. Le pregunté a Mariola por una mujer de nuestra generación que pudiera contarme qué hicimos antes de llegar hasta aquí, porque hay un grupo numeroso de las mujeres *sixties* de ahora mismo que trabajó mucho y bien, y en armonía, para que la ley de la violencia, la de igualdad o tantas otras que se impulsaron desde el Gobierno de Rodríguez Zapatero pudieran ser una realidad. Y ella me habló de Soleto.

Vamos al año 2000, esa década en la que tantas mujeres se partieron la cara para que hoy tengamos estas leyes de referencia. Estaban en los movimientos asociativos, en los colectivos que atendían a las víctimas de malos tratos, en esos tiempos anteriores a la ley en los que no había nada. Fueron las que empezaron a poner las piezas del puzle. Las que impulsaron lo que ahora estamos recogiendo, incluida la ley trans.

Así que charlé con Soleto, que se refirió a ese grupo de mujeres como una «generación sándwich, la del *baby boom*, entre la que luchó contra el franquismo y esta». Son las de la Plataforma de Acción de Beijing, esa cuarta conferencia mundial sobre la mujer que tuvo lugar en 1995 con una asistencia insólita, 17.000 participantes y 30.000 activistas que llegaron a Beijing para compartir un único objetivo: la igualdad de género y el empoderamiento de todas las mujeres en todas partes. Fueron representantes de 189 Gobiernos que negociaron compromisos históricos.

Para esta jurista, que fue una de esas mujeres, esta generación recibió una herencia de ciertas mujeres de la transición, en el tardofranquismo, y luego, algunas, trabajaron en afianzar aquellas pequeñas victorias. «Hemos sido protagonistas de una cierta normalización de la igualdad y ahora estamos aquí, disfrutando de lo conseguido, y viendo cómo las generaciones que nos siguen lo disfrutan también».

Hay algo en lo que buena parte de las mujeres, con las que hablo sobre el tema, resaltan: crecimos en democracia, básicamente. O algunas se hicieron adultas ahí, en el «aldabonazo de la democratización de un montón de cosas: de la cultura, de la consolidación de una sociedad plural y democrática, de la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres», dice Soleto.

He charlado con sociólogas, enfermeras, juristas, políticas, patólogas, abogadas, profesoras, rentistas también, de esta franja de edad nuestra y con todas se me ha diseñado un mapa común: el de pertenecer a una generación pionera que ha vivido el cambio social y

político más importante, el que está concentrado en el cambio de rol y de papel de las mujeres de este grupo. «La primera generación de mujeres que menos se parecen a sus madres, la primera que crece sin un modelo democratizado. Había mujeres en la universidad y en la política antes de nosotras, sí, pero eran excepcionales», podrían suscribir todas.

Dejad que me pare en un asunto íntimo. Ojalá una de las charlas para este libro la hubiese podido tener con mi amiga Alicia Gómez Montano, periodista de TVE, una mujer inteligentísima, perspicaz, con unas tremendas ganas de comerse el mundo, a sus 60 años cumplidos, una de las mujeres de esta generación con más capacidad para asimilar lo nuevo, para recibirlo, con más ganas de aprender. Lo corroborarán toda la legión de jóvenes, y de chavales más jóvenes aún, que poblaban varios departamentos de RTVE, sobre todo los digitales, donde ella reinaba con su varita mágica cada vez que se acercaba. Ella, periodista veterana de la casa, una de las mejores directoras que ha tenido Informe Semanal, compañera de equipo de otras tantas profesionales de relumbrón y coetáneas de la tele pública, como Gema García, como Maribel Sánchez Maroto (podría citar a otras tantas, pero es que estas dos fueron especiales para Alicia y son especiales para mí también) a las órdenes de Fran Llorente, uno de esos jefes de informativos que ha pasado a la historia por su buen hacer, con el que tenían sonadas discusiones profesionales, largas conversaciones para defender como lobas los diferentes territorios del periodismo. Pero Alicia se marchó el 18 de febrero de 2020. Yo la quería mucho, muchísimo, como todos los que la conocimos. Alicia tenía un don: el de hacerte creer que eras especial. Su nevera nutrida en su casa acogedora para todos los que no vivíamos en Madrid y recalábamos allí; su batalla permanente por los derechos de las mujeres, por la buena información pública, por el bien común; su ironía, su talante, su optimismo, hacían de Alicia una *sixtie* formidable. Si estuviera aún aquí yo le habría pasado los capítulos y ella me habría alentado, me habría

jaleado, me habría mimado, se habría reído de algunos párrafos, me habría tachado de redicha, etc. Y me habría dado frases célebres de las suyas, con sarcasmo, con soltura, frases certeras, con enjundia.

Pero creo que, de alguna manera, ella está en este libro: si no nos hubiéramos conocido, si no nos hubiéramos hecho amigas de verdad, yo sabría menos cosas que ella contaba, no me habría reído tanto, con lo buena que es la risa para el alma, no habría llegado a ciertas lecturas, a ciertas películas, a ciertos matices… Va por ella un pedazo de este libro, por tanto.

Tras el encuentro con Soleto, sosegado de veras, que lleva desde los 20 años militando y peleando en este contexto, me quedan claro varios conceptos. Nosotras tuvimos que construirnos sin modelos normalizados y eso lo hemos llevado a nuestra vida cotidiana y lo hemos convertido en modelo mayoritario. Habitamos el rol de la *super woman* que nos llevó a la paranoia, no tuvimos referentes masivos, mayoritarios, ni esperamos respuestas concretas a nuestros actos. Simplemente íbamos trabajando. Sobre un terreno inexplorado. Somos protagonistas de un cambio sociológico habiéndonos tenido que inventar a la fuerza un modelo, las maneras de llevarlo a cabo. E inauguramos también otro protagonismo: el de tener carreras educativas largas, carreras laborales largas, sin tropiezos. Hace más de veinticinco años que la gente que sale de la universidad es mayoritariamente femenina. Somos nosotras. Hemos reivindicado el derecho al aborto, con una ley que lo consolida en el año 2010. «Lo que pasa entre 1985 con la ley de supuestos y el 2010 es que la reivindicación del aborto es heroica». Ahí estuvimos también, para dejar claro que había diferencias entre «ya tenemos el aborto» y «el aborto es un derecho nuestro y no tenemos que estar tuteladas por el Estado».

Podemos decir que hemos construido un nuevo modelo de mujeres, pese a que sigan existiendo obstáculos. «Las mujeres hemos cambiado. Hemos cambiado nosotras y hemos cambiado el mundo, pero el mundo se resiste. A mí

me sigue sorprendiendo esa resistencia, esos agentes que siguen intactos, el caso Dani Alves, por ejemplo. Me sigue sorprendiendo también que me traten con condescendencia», dice Soleto.

La condescendencia, esa actitud que no viene solo de parte de algunos hombres sabihondos y redichos, o marimandones, o prepotentes. Esa la tenemos más o menos controlada. De la que habla Soleto es de la de los jóvenes (fundamentalmente chicos) «que la tratan a una como si fuera idiota, por ejemplo, si voy a comprarme algún aparato electrónico, que me lo explican como si no llevara años relacionándome perfectamente con ellos, como todo el mundo».

Esos trazos de una parte de la sociedad que no acaba de entender lo poderosas y sólidas que somos son los que pesan, los que lastran a veces. A veces no ven que el nuestro es un proyecto colectivo, y que lo que antes era subversivo o transgresor ahora es lo normal y las ideas nuevas son un refugio. Se abandonan unas para entrar en otras. Nuestra formación no ha terminado: no dejamos de tejer, mientras que ellos hace tiempo que se tumbaron a la bartola porque estaba todo hecho. No importa. Es un trabajo que nos gusta. Nos parece bien asumir responsabilidades, tener en cuenta lo que hicieron otras, apoyar a las nuevas. Vuelvo una y otra vez a Rebecca Solnit porque nos ha dado buenísimos textos a los que agarrarnos. Uno de ellos es *De quién es esta historia*, y de ahí quiero traer esta frase: «Estamos construyendo juntas algo nuevo, una estructura en la que residimos. Las opresiones y las exclusiones que de tan aceptadas resultan casi invisibles se vuelven visibles y van camino de ser inaceptables».

Pero estos cambios que nosotras hemos llevado a cabo, por dentro y por fuera de nosotras mismas, esos giros de guion de las expectativas vitales, tan arraigado fundamentalmente en la clase media, no se han correspondido, según me hace ver Soleto, con un cambio en las estructuras, que no han variado a la misma velocidad. El mercado y la vida ya parten desde hace mucho tiempo de

que las mujeres son una fundamental fuente de ingresos. Pero temas como el cuidado, el ámbito de lo doméstico en general, esas empresas que siguen prefiriendo contratar hombres, esos hombres que mandan y mucho… aún están ahí, inmóviles. «El cambio de nuestra generación, el que nosotras llevamos haciendo tantos años, no ha permeado lo suficiente. Y eso es un problema que seguimos arrastrando».

También cree que ha faltado un reconocimiento general de que el cambio en las mujeres era necesario para todos, no solo para «ellas». Hemos vivido un tiempo dulce en el que cada vez que se reconocían los derechos con un mérito social, se hacía como algo bueno para las mujeres, pero no para el conjunto. Y algo más que me señala Soleto, que me desconcierta hasta que lo entiendo. Recuerda intervenciones políticas de los noventa relativas a los derechos de las mujeres, donde se daba una de cal y otra de arena. Es decir, que en estos cuarenta años, mientras se juzgaba como algo positivo los derechos adquiridos para las mujeres, se los culpabilizaba de ciertos males sociales. Por ejemplo:

—Ay, sí, qué bien que las mujeres se hayan incorporado masivamente al trabajo remunerado… Pero, claro, la tasa de paro ha crecido mucho debido a ESO.

—Fenomenal que haya divorcio, claro… Era necesario, claro, porque se dan muchos casos, y han aumentado desde luego… Pero es que, claro, las mujeres se divorcian porque no aguantan nada y son unas egoístas.

—Hay fracaso escolar. Es que, claro, antes las mujeres estaban en casa y ayudaban a los críos a hacer los deberes…

Esa doble jugada nos ha perseguido décadas. La decisión social, colectiva, formada por un montón de decisiones individuales, como las que tomaron nuestras madres cuando no tuvieron duda alguna en enviarnos directas a la universidad, de que teníamos que ser personajes completos, con autonomía plena, estuvo acompañada mucho tiempo con una advertencia: vale, pero tampoco os paséis de frenada. «Hemos sido nosotras las que

hemos decidido ser muy valiosas, muy competentes, nos hemos ganado el crédito en nuestro círculo, nos hemos autoconstruido en un contexto todavía hostil. Hemos vivido en sociedades que no han dado crédito de que las mujeres de pleno derecho formaran parte de una riqueza general. Con menos desigualdades, más equilibrada», apunta la jurista. Y nos hemos ganado el derecho, también, de relajarnos en nuestras contradicciones.

Hay una historia soberbia que cuenta, en su libro *El amor es el signo*, la ensayista feminista vasca María-Milagros Rivera Garretas, de 76 años. Explica que a principios del verano de 1972, años después de que una revista anunciara el final del patriarcado, «anuncio que fue para muchas una revolución simbólica», su hija, de 21 años entonces, y una amiga de esta, andaban buscando entre los libros de la madre algo que pudiera gustarles leer.

> Al ver *El segundo sexo* preguntó mi hija:
>
> —¿De qué va este libro?
>
> —Es un clásico del feminismo —dije yo—. Demuestra que las mujeres somos eso, el segundo sexo.
>
> —¿Eso dice una feminista? —respondieron ellas perplejas—. Su feminismo no lo entendemos.
>
> —¿No lo entendéis o es que no os reconocéis en él? —dije yo.
>
> —Eso, eso —contestaron—. No nos vemos en lo que ella reclama.
>
> Y como justificándose, me dijeron: «Es que nosotras hemos vivido siempre con nuestras madres, que están divorciadas, tienen su trabajo y su vida, no nos parece que estén subordinadas a nadie».

Y así es. A mí me pasa con mi hija, que ve clarísimo lo que ya está derribado, lo que ni de soslayo me ha pasado. Lo que ve de mí es el reverso de lo que yo veía de mi madre. Y eso solo lo ha logrado esta generación nuestra, que se ha pasado la vida explorando una tierra ignota, y destapando cajas de Pandora para que el mundo supiera que esos males no eran tales, y quemando naves, y apartando intrusos, y aventurándose.

Para llegar aquí hemos hecho todo esto y mucho más.

Por eso nuestras hijas nos miran y ven mujeres en las que les gustaría convertirse. Por eso sus vidas y las nuestras se van a parecer bastante en lo esencial: la independencia, la habitación propia, el mundo entero a los pies.

Vamos con una historia que me encanta. Estamos en la Gran Depresión, en Kentucky. En la década de los años cuarenta del siglo pasado, un grupo de mujeres, las *book women* las llamaron, se subían al caballo con las alforjas llenas de libros para llevarlos a todos los pueblos desperdigados y escarpados por las laderas de los Apalaches. Aquella gente era especialmente pobre, estaba aislada, apenas sabían leer pero querían aprender. Y según cuenta el historiador Donald C. Boyd, «vieron la alfabetización como un medio de escape de una trampa económica viciosa». Pero llegar a aquellos lugares, acercar la cultura a esa región remota, por esos senderos peligrosos, era difícil. Aquellas bibliotecarias a caballo salían dos veces al mes y repartían los libros que buenamente podían recolectar y que pronto empezaron a llegar también de benefactores varios. Los distribuían en escuelas, en casas, a niños. «Por favor, que la señora de los libros nos deje uno los domingos y por la noche, para que cuando terminemos de arar el maíz, podamos leerlo», se oyó decir a uno de ellos. Las *book women* llegaron a atender a 50.000 familias e incluso ayudaban a todos aquellos que no sabían leer. Uno de los usuarios de aquellas bibliotecas móviles dijo: «Los libros que llegaron a las montañas nos han salvado la vida». Toda esta maravilla la documentó Boyd en su tesis doctoral y luego en un libro, que solo está en inglés, *The book women of Kentucky: The WPA Pack Horse Library Project*.

Por razones obvias, semejantes mujeres, semejante relato, merecían un lugar en este capítulo.

Una anestesista en el Ejército

Elvira Pelet, de 55 años, es médico anestesista militar, pese a que en su familia no hay ningún médico ni ningún militar. Pero el mundo de la milicia siempre le había

atraído por una escena doméstica que le marcó. Su abuelo, que había luchado en la guerra civil española, siempre animaba a su hermano a ser militar. «Yo le decía que yo también quería y él me respondía que no, que yo no podía porque era una mujer». Así que cuando acabó la carrera de Medicina por la vía civil, aprobó el MIR y decidió opositar a médico militar. Se presentó, hizo las pruebas físicas correspondientes, además de los exámenes normales, junto a quinientos aspirantes más que optaban a veintinueve puestos, y sacó el número uno en una época en la que la mujer aún tenía muy limitada la entrada en el Ejército. He aquí, pues, una mujer pionera, que rompió una losa de cemento armado, que lleva treinta años ejerciendo desde que ingresara en la academia militar de Zaragoza.

«En el Ejército, que es una institución tan masculina, ha sido muy difícil abrirse paso. Ahora es todo más fácil, hay leyes de conciliación, de igualdad. Pero cuando entramos nosotras nos tocó luchar contra un mundo machista al que le contrariaba que las mujeres se incorporaran. El militar del día a día no nos lo hacía fácil. Muchos de ellos no dudaban de que pudieras ser médico o abogado, pero que además fueras militar… tenías que demostrar que podías ser ambas cosas, era muy complicado». Me recuerda esto a lo que le he leído a Mona Chollet en su libro *Brujas*: «Como el Ejército, la medicina es un cuerpo profesional donde parecen reinar una hostilidad innata hacia las mujeres y un culto a las actitudes viriles. Tienen horror a los comportamientos de “nenaza”».

Elvira se casó y se divorció en 1994, meses después de la boda, fue madre soltera, se marchó de misión militar a Kosovo cuando su hijo tenía cuatro meses y no dejó que la maternidad condicionara demasiado sus decisiones profesionales, «quizá lo que sacrifiqué fue mi vida lúdica, para poder hacer frente a la crianza». Y por supuesto ha educado a su hijo, que ahora tiene 23 años —que vive en casa con ella y con su nueva pareja—, para que tenga «una visión del mundo más aperturista que la que yo tenía a su edad». También ha pronunciado la frase «yo no quiero la

vida de mi madre», a la que vio sacrificarse mucho, sacar adelante su comercio, a su marido, a sus tres hijos, supeditar su vida a la de su padre… «Siempre dije que eso jamás me pasaría, y desde muy joven tuve clara mi independencia, mi autonomía, que mi madre no tuvo. Nunca hice nada por quedar bien, ni por el qué dirán».

Ahora, casada de nuevo, como jefa del Servicio de anestesia del hospital militar de Madrid, sale de casa a las siete y media, coge su coche, se atraviesa la ciudad, llega a su trabajo donde tiene a veinticinco personas a su cargo, pasa consulta, visita pacientes, gestiona la unidad del dolor crónico, quirófano cuando toca… A las tres se marcha camino de otro hospital donde trabaja también en la unidad del dolor, de donde se marcha a las siete y media. Camino a casa hace la compra, llega, prepara la cena y, al acabar el día, se toma una copa de vino con su marido, que también viene de una relación anterior, con un hijo de 17 años, y se cuentan cómo ha ido el día.

He querido traer la historia de Elvira porque la puedo extrapolar a otras tantas mujeres que se dedicaron a profesiones donde ellos lo ocupaban todo, lo marcaban todo, como la judicatura, la medicina, la ¡gastronomía!, el periodismo deportivo, como bien cuenta Olga Viza. Su relato se parece al de otras muchas mujeres de esta edad que llegaron, tiraron tabiques, cambiaron los muebles, pintaron las paredes y se instalaron un sofá bajo la ventana para poder descansar y disfrutar de los logros al caer la noche.

Y hablando de gastronomía, le pregunté a mi amigo Mikel López Iturriaga, responsable de *El Comidista*, si creía que las mujeres punteras de ahora mismo, de esta generación, vinculadas a lo gastronómico desde todos los lados, estaban en un buen momento y qué creía que era lo más duro que les había tocado vivir.

> Las mujeres de esa generación no lo han tenido nada fácil, porque la gastronomía española ha sido siempre un entorno muy masculinizado. Había tías, claro, pero no tienes más que mirar las listas de ponentes de congresos gastronómicos, o los

> premios y sus jurados, de los últimos veinte años para comprobar que estaban invisibilizadas. Los señores han llevado siempre la voz cantante y no se han tenido que enfrentar a cuestiones muy problemáticas en la hostelería como la conciliación, porque se asumía —y se sigue asumiendo— que ese es un asunto «de mujeres». Imagino que figuras como Eva Arguiñano, Elena Arzak, Fina Puigdevall o Susi Díaz se lo han tenido que currar muchísimo y han tenido que demostrar una valía que a sus colegas hombres se les suponía por defecto, y lo mismo les habrá ocurrido a las cocineras menos conocidas, a las mujeres que están en todos los ámbitos productivos relacionados con la comida y la bebida, o a las periodistas gastronómicas.

A pesar de todo, me cuenta Mikel, «creo que su reconocimiento ha crecido, muchas pasan por un buen momento profesional y siempre habrá que agradecerles que abrieran brecha para que la presencia femenina aumentara en las generaciones posteriores». Suscribiría esto, punto por punto Susi Díaz, por ejemplo, una mujer de verdad excepcional, de 67 años, a quien conozco en persona y de cuyo coraje doy fe. Susi es la propietaria y la cocinera del restaurante La Finca, en Elche, en la Costa Blanca valenciana. Hace diez años participó como jurado, y sin tonterías, en el programa de televisión *Top Chef*. Yo la veía en la tele y me la creía a pies juntillas. Hace unos meses coincidimos en un acto organizado en su restaurante por la Guía Repsol y le pregunté por todo este asunto de mujer, esta generación y la cocina. Y me dio varias claves. Una, que para conciliar la vida personal en este mundo de la alta gastronomía es necesario que la persona que te acompaña en tu vida no se sienta amenazada por si ganas más que él o brillas más, o trabajas más. Hay que ser especial, por tanto. «Hace falta humildad y flexibilidad, algo a lo que las mujeres hemos estado acostumbradas siempre pero que para ellos es más difícil, un problema», me contó.

La fiscal, la ministra, en un mundo de hombres

Dolores Delgado, 60 años, fue ministra de Justicia en 2018, cuando tenía 55, y en junio de 2023 fue nombrada fiscal de sala de Derechos Humanos y Memoria Democrática. Tiene clarísimo que las mujeres de esta generación han sido pioneras, además de en todo lo dicho, en algo más: en ir asumiendo retos profesionales que estaban vetados para ellas, o eran muy difíciles. «Éramos *rara avis* en muchos lugares. Hemos sido pioneras en asumir esos retos profesionales, sin herramientas que ahora sí se tienen para poder conciliar, compatibilizar. Los asumías sabiendo que era complicado, sin la comprensión social que hay ahora y asumiendo al mismo tiempo nuestro rol. Yo quería hacerlo todo».

Le pregunto si la maternidad (tiene dos hijos de 31 y 26 años) interfirió en sus decisiones profesionales: «Nunca fue un obstáculo. A pesar de mis hijos asumí los diferentes trabajos porque quise. Eso sí, con un coste de pareja importante», me cuenta. Delgado llevó a cabo operaciones de narcotráfico, de terrorismo y, dentro de ese campo, de terrorismo yihadista. Con 29 años, después de trabajar en barriadas delincuenciales en el extrarradio de Barcelona, saltó a la fiscalía antidroga de la Audiencia Nacional. Tenía ambición, sí, quería ir a los registros, se decía asimisma que podía con todo, redujo su baja maternal, se perdió por tanto algunas cosas… «Nosotras éramos casi heroínas. Y además, siempre estaba rodeada de hombres. La Audiencia Nacional de entonces era muy masculina. Ahora es completamente femenina, con un 64 % de las fiscales mujeres».

Pero, ojo, donde Delgado más notó el «machismo brutal» fue en la política, que pese a que le pareció un tiempo profesional precioso, lo recuerda así. «Yo he visto las fauces del machismo y una violencia institucional brutal, y eso era hace nada, en 2018. Y lo soportamos y lo alentamos tanto hombres como mujeres», concluye.

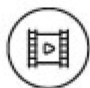
En cualquier caso, Delgado, que tuvo una madre pionera en mil cosas en tiempos adversos, que la inspiró y la alentó, es optimista:

> Yo creo que estamos más presentes que nunca, nos hemos

> ganado un puesto y se nos ha visibilizado bastante más, pese a que sigamos teniendo determinados problemas que en el caso de los hombres no se encuentran. Estamos en todos los espacios, tenemos relevancia, aunque en algunos sitios, como en la carrera fiscal, que es la mía, en los puestos más altos sigue habiendo más hombres… Pero creo que se van desdibujando estas cosas, aunque se sigan haciendo referencias a nuestro género, sobre todo desde el punto de vista ultraconservador. Yo me siento parte de un colectivo de mujeres que hemos conquistado espacios de servicio público.

Una cosa para concluir y cerrar el círculo con el que empecé este capítulo. Hace unos años, cuando mi madre ya no pudo salir sola y mi hermano y yo empezamos a ocuparnos de la economía doméstica, en casa ya nunca había dinero en metálico. Cuando Diana entró para cuidar de ella, mi madre empezó a quejarse de que no tenía dinero, otra vez, de que ella quería tener dinero en casa. Pensaba que si no le pagaba ella a Diana, la pobre Diana estaba ahí sin recibir nada a cambio. Nosotros le explicábamos que ahora todo iba con tarjetas, por móvil, pero ella no entendía. Así que un día me dio tanta pena que a instancias de una idea brillante que tuvo Kate, la hija de Diana, dimos con una solución. Compramos dinero de juguete, que mi madre ya no podía distinguir. Se lo mostré, lo puse en su monedero, en el cajón de la cómoda de entrada —donde siempre—, y se quedó tranquila. Ahora, cada vez que ella se lamenta, cada vez que salen a merendar, mi madre pide su cartera, en la que siempre hay dinero en metálico, y con la generosidad que la ha caracterizado siempre en todo saca sus billetes falsos y los regala a diestro y siniestro. Invita a la merienda, da propinas, le da dinero a mi hija Carlota cuando va a visitarla… Y yo tengo un ataque insoportable de pena y de ternura.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Figuras ocultas.* Theodore Melfi (2016)**

Nos hace saber que mujeres pobres y negras fueron los cimientos del avance tecnológico que transformó el mundo en los sesenta. Fueron calculadoras humanas cuando no había máquinas y, cuando estas llegaron, las quitaron de en medio. Pero estuvieron allí, y esta película honra su memoria. Nos recuerda que la inteligencia de las mujeres —como la de estas tres brillantes mujeres científicas afroamericanas que trabajaron en el NASA a comienzos de los setenta— siempre ha estado ahí, OCULTA, pero ahí.

SERIES

***Girls.* Lena Dunham (2012)**

Por todo. Llegó en 2012 a HBO y arrasó. Hubo un odio feroz hacia la serie, cosa que nunca entendí. Hannah, la protagonista, tenía como amigas a un grupo de jóvenes niñatas que, tal y como se dijo, «no quiero asustaros, pero creo que podría ser la voz de mi generación», que fue el mantra que persiguió a la serie, para bien y para mal.

***Mad men.* Matthew Weiner (2007)**

Como siempre, para todo. Mujeres que destacaron en mundos de hombres, derribaron muros infranqueables.



QUÉ ESCUCHAR

***Malamente.* Rosalía (2018)**

¿Por qué? Porque Rosalía rompió todo con esta canción, fusionó el flamenco (copla más bien) con el trap y la música electrónica. Y por todo lo que ha seguido haciendo la artista.

***No aguanto más.* Luz Casal (1982)**

Otra canción de esta cantante de pop, rockera en los inicios, que empezó con Leño, que fue voz de coro con Miguel Ríos y que logró consolidarse en un momento poco o nada propicio para mujeres como ella. Y que ahí sigue, a sus 64 años.

13

CONTRA LOS TÓPICOS: LA MENOPAUSIA ES UNA ETAPA, NO ES UNA ENFERMEDAD

> Y que los chistes misóginos se equivocan: no estamos con la regla, estamos hartas de tanto imbécil.
>
> AIXA DE LA CRUZ, *Cambiar de idea*.

Antes de nosotras ninguna otra generación había vivido acogotada por lo mucho y malísimo que se contaba sobre la menopausia, esa etapa vital que afronta en algún momento de su vida la mitad de los habitantes del planeta. Aunque solo fuera por eso, el tema merecería ser tratado con naturalidad, sin estigmas, sin secretos, sin dramas, sin agobios, sin mentiras.

Me decía Carme Valls que, si el miedo a envejecer no había entrado a través de la experiencia vivida por nuestras abuelas, ¿quién lo había introducido en las mentes de tantos millones de mujeres? «En lugar de estar felices por cumplir años, lo que significa que están vivas, muchas viven aterrorizadas porque creen que después de la menopausia pueden presentarse los más graves males para su organismo. Muchas mujeres acuden a la consulta de atención primaria porque tienen miedo a la menopausia. Han escuchado en algún medio de comunicación que es un momento muy grave para sus vidas y en ocasiones están tan preocupadas por lo que han oído que dejan de expresar sus propios síntomas y malestares. Llegan y te dicen que quizá va a pasarles algo cuando llegue la menopausia. ¿Pero te ha pasado ya algo?, les pregunto. NO, pero es que me han dicho, o he leído, o he visto, que puede haber muchos

problemas, me responden. Y es ahí cuando el miedo domina la información o la desinformación».

La charla sobre el tema me dejó noqueada. Yo también llegué con miedo a ese momento, que por cierto llegó tardísimo —que, también os digo, ojalá hubiera llegado antes—, y la verdad es que no me he enterado. Ya sé que hay muchas mujeres que sí, que tuvieron sofocos, sobre todo, y lo pasaron mal, pero en general, según me cuenta Valls, no es tan trágica en realidad como se plantea, y a veces es pura sugestión lo que nos lleva a vivirla con mil taras. «Nuestras abuelas y bisabuelas la tuvieron sin grandes males ni consecuencias. Así pues, ¿por qué tantas mujeres tienen miedo a padecerla? En realidad, solo hay dos síntomas que se pueden relacionar con la falta de menstruación, propiamente dicha: la sequedad vaginal y las sofocaciones. Los demás problemas de salud son los que se derivan de vivir más de cincuenta años».

Conversábamos tomando un café en Barcelona cuando Valls me planteó una tesis en la que jamás había caído y que intentaré resumir. Entre los años 1995 y 2003 hubo una gran campaña de márquetin, movida por la industria farmacéutica, con una explosión de artículos sobre la menopausia. «Se vendieron los parches de hormonas como una panacea, se buscó tratar, medicalizar, un proceso natural que hasta entonces no había supuesto ningún problema», me contó Valls, que es especialista en endocrinología y en estudiar la medicina con perspectiva de género.

«Medicalizar significa dar tratamiento a una persona que no lo necesita. En la menopausia se piensa que todos los problemas que tiene esa mujer son por la falta de hormonas, así que la llenamos de hormonas en lugar de ver qué es lo que le falta, para tratar eso exactamente». Valls cree que, durante ese año y medio, más o menos, que puede durar el asunto, a la mujer se le puede ayudar con los síntomas, que según ella son muy concretos, no tan diversos ni tan numerosos como se hace creer, y ya está. Y los dos síntomas estrechamente ligados son, como decíamos,

sequedad vaginal y sofocos.

«Esos estudios que se hicieron a partir de 1995, se hicieron para vender terapia hormonal sustitutiva, no para saber qué pasaba en la menopausia. Y así continuamos. El miedo a la menopausia, el hecho de considerarla una enfermedad, es de bien entrada la segunda mitad del siglo XX y del XXI. Nuestras abuelas estaban encantadas con dejar de tener la regla, y por tanto dejar de tener hijos. Nosotras hemos recibido informaciones cruzadas (me han dicho, he visto, he leído, me han contado) y nos hemos creído el cuento de que las hormonas determinan la vida, cuando lo que hacen es condicionarla, pero no determinarla. Y, sobre todo, la menopausia no es una enfermedad», apunta Valls.

Y luego, otra cosa, no hay dos mujeres iguales atravesando esta etapa vital, hay una enorme variedad. Algunas tienen sofocos y otras no, algunas tienen insomnio y otras no, algunas esto y lo otro y otras no. Y más asuntos: esto pasa solo en países pudientes, me aclara Valls, como tantos otros asuntos en los que las mujeres son objeto de mercado. En la terapia hormonal, en las ventas de los psicofármacos, en la cirugía estética, en la medicalización en general en distintas etapas de la vida de la mujer. Es la terapia contra el dolor mal entendida.

En el libro *La nueva paradoja del género*, la autora Judith Lorber insistía en que hace treinta años el punto de la discordia en la investigación médica y farmacéutica era que solía dejar de lado a las mujeres. «El cuerpo masculino era el cuerpo modelo mientras que el cuerpo femenino, con la menstruación, la menopausia, el embarazo y el parto, se consideraba una desviación», decía. De hecho, se le critica a la investigación con perspectiva de género que no basta con añadir más mujeres a los equipos de investigación o tenerlas como directoras de proyecto, no basta con añadir mujeres y ya está: estas mujeres han de tener un punto de vista femenino crítico.

Valls tiene mensajes alegres sobre la salud a partir de los 50 años. La menopausia no es un problema, es una alegría: dejas de tener la regla, dejas de perder hierro y

además, a partir de entonces, las mujeres tenemos una nueva oportunidad: «Podemos reencontrarnos con nuestro cuerpo. A lo largo de la edad fértil el cuerpo se ve sometido a los ciclos, las reglas, los hijos, y la mujer no puede decidir nunca qué nivel de hormonas va a tener al día siguiente». Valls apuesta mucho por la progesterona natural, en lugar de los estrógenos. «Ahora este cuerpo ya lo tenemos un poco más a nuestro favor. Si lo conocemos bien, le damos lo que necesita y lo cuidamos un poco nos puede durar hasta los 85 o 90 años, o sea, vamos a vivir unos treinta o cuarenta años más a partir de este momento glorioso de la desaparición de la menstruación, que ya no necesitamos ni deseamos».

No está sola en esta batalla de desmitificación. Cuando le pregunté por este asunto a González Sinde su respuesta fue rotunda e incluso jocosa:

> Cuando yo era niña y aún no me había desarrollado, muchas noches en mi camita rezaba: «Dios, por favor, que yo sea un fenómeno de la naturaleza y no me venga nunca la regla». Luego me vino y no pasó nada. Tan feliz. Jamás me ha dolido nada y confieso que no tengo paciencia para estas mujeres que ahora se hacen las víctimas por tener la regla como si fuera un gran acontecimiento que todos debemos contemplar. Luego vino la menopausia y también me daba un miedo enorme (como el parto y la lactancia, que siempre me dieron pánico), pero en este caso por las cosas espantosas que contaban mis amigas que si la sequedad, que si el engorde… Pues bien, la menopausia es una maravilla porque yo, que era muy abandonada para eso, no tengo que preocuparme de comprar tampones (que están carísimos). Lo único malo son los puñeteros sofocos que pasé un par de años que creí que me suicidaba. Tienen la ventaja, eso sí, de que yo toda mi vida fui muy friolera y es un coñazo ser friolera, te condiciona la vida porque te aterra hacer muchas cosas, es paralizante. Ahora ya no soy friolera y creo que hasta vas más mona vestida si no llevas siete capas de jerséis de lana.

Vamos con más mujeres que están lanzándose contra el tópico. Naomi Watts es otra de las optimistas que no solo se ha puesto a hablar del asunto como de una «etapa feliz» y

positiva. Además, ha diseñado una manera de hacer negocio con ello. Hace un año creó *Stripes*, una marca de productos epidérmicos para las mujeres que, como ella, tienen los primeros síntomas de la menopausia en la piel. Son todos *cool*, una bruma facial refrescante, un gel vaginal hidratante, probióticos. Pero en realidad lo que importa no son los productos, lo mejor de este asunto es oír a Naomi, esa diosa bellísima, hablar sin tapujos de la menopausia, citarla, bromear, etc., para que deje de ser tabú. Me da igual que se haya propuesto ganar dinero con ello. Bien empleado me parece si con cada bruma consigue salvar de la angustia, del complejo, a la mujer que la compre. Además, organizó un seminario para poder hablar del asunto. Ella, un seminario sobre la menopausia. Fantasía total.

Mientras estaba dándole forma a este capítulo me llegaron noticias de más actrices maduras que se han unido al frente Watts. Por ejemplo, Gwyneth Paltrow, que habla del tema en pódcast y que vende también productos. Decía: «Creo que la menopausia tiene muy mala reputación y necesita un poco de *rebranding*. No creo que tengamos en nuestra sociedad un gran ejemplo de una mujer menopáusica aspiracional». Y está, junto a ella, Drew Barrymore que protagonizó esta escena bomba maravillosa en su programa de televisión. Mientras entrevistaba a Jennifer Aniston, se empezó a quitar la americana y dijo: «Creo que estoy teniendo mi primer sofoco». Aniston, solícita, la ayudó a colocarse de nuevo el micro y dijo entre risas: «¡Oh, me siento tan honrada! En ese mismo *show*, el año pasado, la propia Naomi le hizo a Drew un "masaje menopáusico facial"».

Estas actrices celebérrimas bromeando con este asunto desmontan los tópicos a grandes velocidades, sirven como desengrasantes, desarman, desmitifican. Así que ojalá se apunten a la aventura muchas otras. Porque eso supondrá que las nuevas mujeres del xxi vivirán mejor, con más armonía, con menos sombras, este momento de la madurez.

Remata Valls: «Cuando no se tiene información acaba

decidiendo siempre quien tiene el poder, y la mujer se ha encontrado una vez más obedeciendo a otros y sometiéndose al sistema sanitario. La planificación familiar supuso una liberación para todas porque permitió decidir a las mujeres cuándo querían tener los hijos y cuántos querían tener, pero esta primera liberación ha quedado enmascarada por una segunda etapa en la que se ha vuelto a querer manipular el cuerpo de la mujer medicalizando la menopausia. Sin experiencia a la hora de tomar decisiones, nos sentimos solas y angustiadas».

Hay un momento, en el capítulo 2 de la serie —absolutamente desasosegante— *Inseparables,* en el que la protagonista, Rachel Weisz, que interpreta a las gemelas Mantle, unas brillantísimas ginecólogas que pretenden cambiar la manera en que las mujeres gestan o no, abortan o dan a luz, planifican su sexualidad, se reúnen con una corporación farmacéutica que tiene desmesurados intereses económicos y ningún escrúpulo. En una diabólica reunión, sin filtros, sin miramientos, los dueños y responsables de la empresa someten a las gemelas a un tercer grado para saber hasta dónde están dispuestas a llegar para ser punteras, para alcanzar un éxito desmesurado en relación con asuntos ginecológicos, de maternidades, etc.

—¿Ayudareis a las mujeres que no quieran tener bebés? —preguntan.

—Sin duda —responde una de ellas.

—¿O que estén embarazadas y no quieran estarlo?

—Sí —responde rotunda la otra, mucho más agresiva.

—Vaya, dispuestas a matar niños —dice con sarcasmo una de las ejecutivas.

—Pues claro que sí… —responde la misma ginecóloga.

—¿Y la menopausia? —pregunta otra responsable.

—Síííííí, la menopausia —dice uno de los jefes, heterosexual blanco, que ha confesado durante la reunión sus problemas de fertilidad—. Si fuera algo que tuvieran que soportar los hombres ya tendría tratamiento, dejaría de considerarse un rito de paso, necesario y molesto.

—Cualquier producto que saquemos que alivie las

molestias de la menopausia es garantía de superventas —dice otra ejecutiva.

—Pero más allá de cosas como la terapia de reemplazo hormonal, eso ya lo están haciendo otros, iríais por detrás. ¿Por qué no os planteáis erradicarla, eliminarla?

Y llegados a este punto, la gemela más honesta, más ética, suelta la teoría sobre la que he construido este capítulo, contra los tópicos.

—¿Y por qué no cambiar cómo la percibe la gente, en vez de verla como un fallo en el cuerpo de la mujer que la hace infollable, la cabrea o la hace menos atractiva a ojos de los hombres? ¿Por qué no considerarla como una etapa necesaria, natural y una nueva versión de la feminidad? —dice envalentonada.

—Y, exactamente, ¿cómo se traduce ese idealismo vomitivo en dólares? —responde la matriarca.

—¿Y si pudiéramos retrasarla? —dice la otra hermana, la agresiva, saliendo al quite de su gemela.

—Bien, ¿y cuánto podríais retrasarla?

—Indefinidamente —concluye.

La secuencia podría parecer distópica, pero no lo es en absoluto. De hecho, en 1978 la propia Gloria Steinem preguntó: «¿Qué sucedería si de repente, como por arte de magia, los hombres pudieran menstruar y las mujeres no? La respuesta es evidente: la menstruación se convertiría en una característica masculina envidiable y de la que presumir».

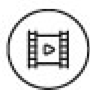
Y hablando de esto, en 2022, el estudio Pixar —que ya nos ha regalado genialidades varias en animación— estrenó *Red*, una película preciosísima y valiosísima que contaba la historia de una niña adolescente y su paso a la pubertad. Me chifló. Menuda maravilla. La primera del estudio dirigida, producida y escrita por mujeres. Cómo la disfruté, cómo me gustó leer a los *incels*, y no tan *incels*, soliviantados con el temita: a la niña adolescente protagonista le bajaba la regla (de ahí el título, *Red*) y a ellos les parecía aquello muy de nicho, claro. Mi colega Begoña Gómez buceó para encontrar algunas críticas,

impagables, como esta del *youtuber* Sean Chandler que, como bien explicaba Gómez, es un comunicador de 40 años que lleva la gorra hacia atrás y es fan de Marvel y de Pixar, pero no de *Red*: «No es solo que no me haya gustado, es que encontré esta película profundamente enajenante. Hay muchas cosas que te echan para atrás. La película es solo para gente muy específica, solo gente muy concreta puede identificarse con ella. Puede ser un poco incómoda. Es una de las películas más raras de Pixar», se lamentaba Chandler.

Porque claro, a él *Cars* no le debió parecer nada raro y, por supuesto, el asunto de la peli nos interpelaba a todos los seres humanos. Coincido con Begoña: a ellos, las películas que hablan de peces desmemoriados, de ratas *gourmet* o de robots melancólicos les parece que están dirigidas a toda la humanidad, pero *Red*, una película que trata de una joven en la pubertad, con amigas, amigos, familia, ritos iniciáticos, problemas emocionales, etc., es para un público muy específico. Desde luego, no para ellos.

Así que, contra los tópicos, tenemos que seguir, como veréis.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

Al margen de Pixar, no hay más. Y si las hay, o son melifluas o malísimas o perfectamente olvidables. Una lástima, muy significativa, por cierto.

SERIES

***Dopesick. Historia de una adicción.* Danny Strong (2021)**

Además de *Inseparables*, que mencionaba en el capítulo, está *Dopesick: Historia de una adicción*. Ocho capítulos muy recomendables que cuentan la historia real de la epidemia de opiáceos en Estados Unidos y la investigación del fiscal que puso en el punto de mira a la farmacéutica Purdue

Pharma y a la poderosa familia propietaria.

Cuando Valls me contó la historia de la innecesaria medicalización de la menopausia, pensé en esta serie. Por eso la traigo. El medicamento del que habla la serie producía adicción y más de diez millones de estadounidenses se medicaron con opiáceos en 2019.

***Hacks*. Lucia Aniello, Paul W. Downs y Jen Statsky (2021)** Una mujer adulta que ha sido «retirada» por su edad y que, sin embargo, tiene todavía mucho que ofrecer.



QUÉ ESCUCHAR

***Malditos refranes*. Gabinete Caligari (1986)**
Porque si hay algo topicazo de verdad son los refranes, que por cierto siempre suelen ser tremendamente conservadores. Así que traigo esta canción, porque a los autores todos los refranes les salen mal, sobre todo los positivos.

14

COSAS QUE NO TUVIMOS, COSAS QUE SÍ TENDREMOS

La edad permite, por retomar una expresión de Flaubert, un cierto aligeramiento de la existencia. Qué placer. Hemos ordenado más o menos las cosas y sabemos distinguir lo esencial de lo accesorio.

LAURE ADLER, *La viajera de noche*.

Hay más probabilidades de que quienes no recuerdan que hace tan solo unas décadas todavía no existía el concepto de los derechos reproductivos y que no había recurso alguno contra la exclusión, la discriminación, el acoso sexual en el lugar de trabajo, la violación en casi todas sus formas y otros crímenes contra las mujeres que el sistema legal no reconocía ni contemplaba, pasen por alto las transformaciones que han tenido lugar en el estatus de la mujer. Ninguno de los cambios era tampoco inevitable: la gente luchó por ellos y ganó.

REBECCA SOLNIT, *Esperanza en la oscuridad*.

EL BENDITO #METOO QUE NO TUVIMOS

No tuvimos #MeToo, eso que según la escritora Margaret Atwood fue un síntoma de un sistema judicial roto. «Con demasiada frecuencia, las mujeres y otros denunciantes de abuso sexual no pudieron obtener una audiencia imparcial

a través de las instituciones —incluidas las estructuras corporativas—, por lo que utilizaron una nueva herramienta: internet. Con investigaciones periodísticas como las que llevaron a celebridades como Weinstein o Bill Cosby a los tribunales, los medios de comunicación hicieron un esfuerzo por convertirse en un contrapeso de esas debilidades del sistema judicial», asegura la autora de un libro, *El cuento de la criada*, que caso de que hubiera sido escrito por un hombre formaría parte de ese corpus literario distópico y glorioso donde reside, por ejemplo, *1984*, de George Orwell. Sin embargo, con todo mi afán novelístico, yo llegué al libro solo cuando se estrenó la serie en HBO.

Vamos a recordarlo. El #MeToo logró el mayor cambio reciente en la llamada masculinidad hegemónica. Pero Tarana Burke, la activista con la que empezó todo, la que lanzó el *hashtag* más célebre de los últimos tiempos, ya en 2006 tuvo que esperar más de diez años, hasta 2017, para que el movimiento cobrara vida. Ya conocemos la historia. Tardó en cuajar, pero va a quedarse para siempre.

Les he preguntado a coetáneas si lo echaron de menos, si les habría gustado tener un movimiento como ese cuando tenían, por ejemplo, 20 años, o 30, o 40; me lo he preguntado a mí misma también, y la respuesta es bastante unánime: la mayor parte no se lo planteó nunca, no considera que lo necesitara, aunque no tienen claro si fue por pura ignorancia, por asumir por decreto lo que era inasumible… Dolores Delgado, exministra de Justicia, asegura que «lo que es innegable es que el movimiento nos ha fortalecido porque hemos podido compartir o solidarizarnos con otras mujeres que han encontrado en la unidad y en la fuerza la posibilidad de sentirse más libres».

Coinciden muchas en el mismo diagnóstico. Gemma Nierga no sintió que lo necesitaba, «me siento afortunada en eso». A Olga Viza, que vivió, como decía, en un mundo de hombres, le habría gustado que se reaccionara antes y que los compañeros varones estuvieran también en la primera fila de la pancarta. Pero todas afirman, como Pepa Bueno, que cuando llegó, en 2007, tras una investigación

periodística llevada a cabo por dos mujeres y con un tuit secundándolo y haciéndolo estallar, se sintieron parte del movimiento, que nos interpelaba a todas, y en el que todas nos implicamos de mil maneras distintas. «Es un movimiento donde las protagonistas son las más jóvenes, pero las demás lo hemos vivido también como nuestro. Hemos sido conscientes, las hemos apoyado», asegura Bueno.

La exministra González Sinde fue más allá. A ella sí le hubiera gustado tenerlo. «Es una maravilla el #MeToo. Yo estoy superagradecida. Ha sido importantísimo, es sanador poder pensar dos cosas: una, que no era normal lo que aguantábamos pensando que era normal; dos, que también les ha pasado a otras y no eres la única. Yo estoy feliz por mis hijas, que no van a tener que aguantar las miles de situaciones que yo he vivido y me he tenido que tragar, encima culpabilizándome y sintiéndome que era una mierda. Ser adolescente en los ochenta tuvo una parte muy mala y es que la libertad sexual que trajo la democracia fue a costa de nuestros cuerpos de chicas jóvenes. Se liberaban los tíos, nuestros novios, hermanos y amigos, y nosotras pagábamos la cuenta pensando que eso era la sexualidad y para que no nos llamasen estrechas».

Coinciden tantas mujeres en esta visión que creo que podríamos convertirla en una categoría. A mí el movimiento me hizo pensar dos cosas. Una, que quizá yo, que siempre dije que nunca me pasó nada grave en ese sentido, nada digno de ser relatado, me había comido sapos sin saber que me los estaba comiendo, sonriendo, además. Hice repaso y descubrí bastantes momentos, quizá sutiles, quizá escondidos, que simplemente había asumido como normales. Nos han pasado a todas, eso es así.

Momentos, periodos más graves o tenues, pero reales. Momentos que ellos, nuestros compañeros de pupitre, no vivieron jamás. A veces, simplemente los protagonizaron en el lado malo.

La segunda cosa es que, gracias al movimiento, a que se ha puesto bajo el foco este comportamiento abusón,

delictivo, intolerable, mi hija, como las de tantas, tendrá un mecanismo de defensa, una cuerda a la que asirse para que otras mujeres tiren de ella y la ayuden si llega a necesitarlo. Y sobre todo pienso que, gracias a esto que no tuvimos, ellas, las más jóvenes tienen claras las ya famosas *red flags*, como dice mi hija, las señales, las palabras, los gestos que no deben tolerar de ninguna manera, en ninguna situación, ni pública ni privada.

Se habla mucho de nuevas masculinidades que no parecen haber debilitado demasiado la hegemonía masculina. Pero el movimiento #MeToo, que se rebeló contra la normalización de su explotación sexual a manos de hombres hegemónicos, sí derribó a muchos de ellos, tal y como apunta Lorber.

Es, una vez más, un cambio de paradigma.

Lo que sí tendremos

Vamos a ser la primera generación que envejecerá en un entorno digital rotundo, contundente, que nos hará la vida más fácil, menos sosa. Porque no vamos a dejar de usar las redes, la tecnología, que dominamos, que nos facilita el día a día, mientras estemos en nuestros cabales. Nos acompañarán los dispositivos, los avances, las series de las plataformas, si es que no ha estallado todo en mil pedazos dentro de ¿veinticinco años?

En una charla TEDx sobre este asunto, la periodista y experta en la vida digital, Mariola Dinarès, que sigue con lupa cualquier novedad tecnológica, contaba cómo la inteligencia artificial, la realidad virtual y muchas otras tecnologías que todavía no conocemos afectarán a nuestro estilo de vida del futuro, incitando a reflexionar sobre el concepto que tenemos sobre el envejecimiento. En primer lugar, como decía, seremos la primera generación que utilizará el entorno digital para mirar sus cuentas, para la vida cotidiana e incluso para seguir creando contenidos.

Decía Dinarès que la tecnología ha de entrar en las residencias del futuro, lo que supondrá un mundo de

posibilidades: las personas continuarán siendo individuos. Todo el mundo tiene una vida digital, sin saberlo, y eso seguirá igual: ocho de cada diez personas de más de 60 años tiene una vida en línea, está conectada. Dejaremos de lado el debate sobre las pantallas, y su uso y abuso, internet será un derecho universal, la sociedad, los centros de mayores, los *colivings*, o como sea que se llame para entonces, estarán digitalizados.

«En esta generación sénior, que es una de las empoderadas de la historia, los hábitos digitales los tenemos tan integrados que no los vemos, y eso no lo vamos a dejar cuando envejezcamos», decía Dinarès. Miraremos en el móvil nuestra cuenta bancaria, compraremos entradas, programaremos viajes… las pantallas de todo tipo harán que el retiro, el ocio, sean llevaderos, fructíferos, felices. Haremos en ese tiempo lo que la intensa vida laboral no nos ha dejado llevar a cabo: no hacer nada, o leer, o descansar, o dedicarnos a perseguir placeres varios. Usaremos el entorno digital, como lo hacemos ahora, para compartir con nuestra gente la vida, para estar al día, para el conocimiento, para enterarnos…

En esos centros, vaticina Dinarés, se podrá vivir más en comunidad, más conectados con el mundo exterior. «Allí se podrán potenciar las emociones, la memoria, la empatía… Y sí, se hará con robots, con realidad aumentada, con códigos QR, con la monitorización de la salud, en definitiva, con tecnología útil, para solucionar», aseguró en su charla, que era aspiracional y positivísima, como lo es su libro, *Felicitat digital*, donde desmonta tópicos relacionados con lo virtual.

Ejemplo: en China está Sophia, que es un robot humanoide diseñado para aprender, para adaptarse al comportamiento humano y trabajar a su lado, con el que han empezado a experimentar. Y en Catalunya está Mysti, un robotito social pequeño que se ha demostrado que funciona. Serán capaces incluso de establecer lazos sentimentales, de advertirnos mediante alarmas, cuando estemos haciendo algo mal por un fallo de memoria, que

nos mantendrá conectadas a la nube mediante sensores… Podremos hacer videoconferencias. «Es una ayuda, no sustituye a la familia ni a los amigos, pero el hecho de hacer red será importante. No podemos estar a lo largo de nuestra vida conectados y de pronto, zas, desaparecemos; así que yo veo redes personalizadas, vamos a continuar recibiendo todo, mensajes fotos, etc. Se monitorizará la salud, se usará el *big data*… La IA habrá evolucionado».

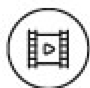
Para Dinarès, la residencia del futuro —a la que por cierto ya no le tendremos terror, como ahora le tienen nuestros padres— tendrá, por ejemplo, la «habitación de la memoria», que será una habitación inmersiva donde una entrará y encontrará imágenes de su familia y de ella misma en 2022. Saldrá emocionada por haberse encontrado con buenos recuerdos. Fuera, en una mesita, hallará los datos de su salud, mensajes personalizados y un robot, que como sabe que siempre ha querido saber inglés, le va a ayudar. En el comedor habrá dietas personalizadas.

«Esto no es ciencia ficción. Todo esto ya es posible. No es distópico. El único problema es el dinero, que solo los más ricos puedan conseguir centros como estos. Y lo que me gustaría es borrar la palabra *residencia* y cambiarla por *casa del bienestar*», concluyó Dinarès en su charla.

Y dentro de esos lugares, donde puede que nos juntemos con las amigas, ya no tendrá cabida afortunadamente otro asunto que a mí al menos me desasosiega: la infantilización del viejecito, de la ancianita, por parte de los que cuidan (por supuesto, hablo de las personas humanas, no de los robots, que es evidente que no tendrán esos vicios adquiridos). Quiero decir que, puesto que la generación de jóvenes que ahora mismo se está formando para ser cuidadores han vivido con nosotras más a la par, de una manera más igual, más cercana, dudo mucho que quieran de pronto cambiar de modelo y hablarnos en diminutivos, diciendo que nos tomemos la pastillita, preguntándonos si queremos dar un paseíto o si nos apetece un pastelito, etc., etc. No nos hablarán como si fuéramos niñas pequeñas, por la cuenta que les trae. Eso sí,

hará falta «buena salud, fuerza de carácter y un inquebrantable deseo de ser feliz», tal y como dijo Laure Adler en su libro *La viajera de noche*.

* * *



QUÉ VER

PELÍCULAS

***Al descubierto.* Maria Schrader (2022)**

Sobre la investigación de las dos periodistas que ayudaron a destapar el caso Harvey Weinstein. El libro en el que se basó la película también es excepcional. Cuenta cómo en 2017, *The New York Times* publicó un reportaje, tras meses y meses de investigación exhaustiva, que demostraba los abusos sexuales cometidos por el productor Weinstein contra algunas actrices de Hollywood y trabajadoras de sus empresas. Las periodistas se llaman Jodi Kantor y Megan Twohey. Ganaron un premio Pulitzer, además. La película, el libro, el caso en sí, cuentan muy bien la fuerza de la sororidad, de la unión. Y la necesidad del mejor periodismo.

SERIES

***Creedme.* Susannah Grant (2019)**

Un relato soberbio sobre los juicios sociales y de verdad a las víctimas de agresión sexual.

DOCUMENTALES

***El techo amarillo.* Isabel Coixet (2022)**

Sobre la historia del profesor de teatro de Lleida que abusó de sus alumnas. No está en prisión porque su delito prescribió.

***En el nombre de ellas.* Eduardo Mendoza (2022)**

Sobre la historia del fotógrafo vasco Kote Cabezudo, que abusó y grabó a sus jóvenes modelos. Ingresó en la cárcel

hace unos años, tras las denuncias de varias de las chicas.



QUÉ ESCUCHAR

Pues he de deciros que —cómo será el panorama—, salvo la canción *Me Too* de Meghan Trainor (que he encontrado yo), el erudito musical Iñaki de la Torre no ha sabido ofrecerme ninguna canción incontestable sobre este asunto. No sé si le falta experiencia o pericia. En cualquier caso, es un fracaso en su historial, así se lo he dicho a él.

Dicho esto, quiero recomendar otra de la misma Trainor, que a mí especialmente me gusta mucho y que es perfecta para este libro: *All about that bass*.

15
Las llamadas de socorro, la culpa, la angustia

La única razón por la que he vivido tanto tiempo es porque fui soltando lastre del pasado. Cierro la puerta a la pena a pesar del remordimiento. Si permito que entre, aunque sea por una rendija de autocompasión, zas, la puerta se abrirá de golpe y una tempestad de dolor me desgarrará el corazón y cegará mis ojos de vergüenza rompiendo tazas y botellas, derribando frascos, rompiendo las ventanas, tropezando sangrienta sobre azúcar derramado y vidrios rotos.
[…]
Ellos siempre se quejarían de mis «llamadas de atención», que para el terapeuta serían «llamadas de socorro».

Lucia Berlin, *Manual para mujeres de la limpieza*.

Hay menos margen para las malas acciones cuando se juzga a todo un sexo por el comportamiento que uno tiene.

Roseanne Barr, actriz y productora.

Si recibiste un golpe de refilón fue por retroceder.

Joan Didion, periodista y escritora.

Escribo este libro para que sea muchas cosas: un cuaderno de bitácora, un lugar al que acudir para entendernos, un reposo si hace falta, una sorpresa a ratos, un desahogo. Y me esfuerzo por ir siempre a favor. Dejo, de manera consciente, muchas sombras, muchas miradas tristes y muchas cuitas referentes a este universo de los 50 y los 60 años, pero ha llegado el momento, queridas, de iniciar el capítulo menos lúdico festivo y pasar a otro más áspero, lleno de quejas, peticiones de auxilio…

Tras todas las charlas con mis amigas, con expertas, con colegas, tras todas las lecturas para dotar de corpus a este libro, tras bucear dentro de mí buscando lamentos, amarguras, reivindicaciones, fruto de la edad, he intentado resumir todo lo que falta, lo que sigue mal, todo lo que NO, todo lo que ahí sigue, pese a nuestro entusiasmo, nuestras tesis vitales. Así que aquí va, de manera fragmentaria, iconoclasta, dispersa, un montón de descartes, de palabras que no quería poner, de preguntas que no me gusta hacerme… Cerca de una treintena de bofetadas y un epílogo.

UNO

Las cosas divertidas siguen siendo viriles. En cambio, todo lo femenino no deja huella, como bien dice Despentes, y eso a veces ni lo intuimos. Estar acomplejada, eliminada, escuchar bien. No brillar demasiado intelectualmente, suficientemente culta para entender lo que te explica un creído. Todo lo que no deja rastro. Las cosas pequeñas, monas, son femeninas. Es viril ganar mucho dinero, tener un coche grande, comportarse de cualquier manera, ser competitivo; viril ser agresivo, follar con mucha gente, responder con brutalidad ante alguna cosa que te amenaza, no estar demasiado tiempo para arreglarse por la mañana, llevar ropa porque es práctica, todo lo que es divertido de hacer, todo lo que permite sobrevivir, todo lo que hace ganar terreno. El «eterno femenino», que es una enorme broma, frente a todo esto sigue estando ahí, presente, pese

a que parezca que es un orden fracasado. Frente a esto, «el feminismo es una revolución. No se trata solo de mejorar los niveles salariales. El feminismo es una aventura colectiva, para las mujeres, para los hombres. Una revolución que está en marcha, una manera de ver el mundo, una elección. No se trata de oponer los pequeños avances de las mujeres a los pequeños privilegios de los hombres sino de lanzarlo todo por el aire», dice la gloriosamente atrevida Despentes.

Dos

Que quizá estemos en una revolución estancada donde resurgen clichés que, lejos de disolverse, se han vuelto más agobiantes y poderosos que nunca, como un nuevo sexismo bajo una apariencia nueva, una nueva cultura hipersexual que, lejos de ampliar el potencial y la libertad de las mujeres, redefine el éxito femenino dentro del reducido marco del atractivo sexual. «La mujer que triunfa en la cultura intersexual es una mujer que persigue la perfección física y silencia cualquier posible sufrimiento. Esta mujer objeto, admirada tan a menudo por ser la mujer o la novia de algún héroe masculino y no la protagonista de su propia vida, es la muñeca de carne y hueso que ha reemplazado a la mujer liberada que debería estar abriéndose camino en el siglo XXI», tal y como cuenta en este párrafo demoledor del que no quería hacerme eco Natasha Walter en su libro *Muñecas vivientes. El regreso del sexismo*.

Tres

Que en este paisaje hay mujeres extraordinarias, algunas admirables, otras infames, de otros tiempos. Les debemos mucho a todas ellas, que tienen en común una traición, una huida, una conquista: «Traicionaron las expectativas que la sociedad depositaba en ellas, huyeron de sus limitados destinos femeninos, conquistaron la libertad personal.

Porque hay una historia que no está en la historia y que solo se puede rescatar usando el oído y escuchando los susurros de las mujeres», como contó Rosa Montero en su libro *Historias de mujeres*.

Cuatro

Que, como le dijo Simone de Beauvoir al tendero chino, «para convertirme en escritora tenía que aprender a interrumpir, hablar en voz alta, elevar un poco la voz y luego un poco más y luego hablar sencillamente con mi voz, que no es para nada fuerte». Ella, de la que se dijo que no quería conceder valor alguno al amor y al instinto maternal, pero que no era cierto, «que simplemente exigía que las mujeres experimentaran esas emociones sincera y libremente, mientras que a menudo los usan de excusa y refugio solo para terminar prisioneras de dicho refugio cuando esas emociones se han secado en sus corazones».

Cinco

Que qué hacemos con los conocimientos con los que nos soportamos vivir, qué hacemos con las cosas que no queremos ver. Que, como me advierte la socióloga Mariángeles Durán, vamos a vivir muchos años como «viejas» y la sociedad todavía no está mentalizada. «No podemos olvidar que vamos a vivir treinta años más que nuestros abuelos».

Seis

Que, a diferencia de nuestras madres, esta generación ha leído, se ha escolarizado en su totalidad, no hay ningún analfabetismo. Y que por eso no hemos acatado los mandatos de género, hemos sido libres. Pero vivimos con más angustia la vida en general, y la contradicción con sus

expectativas. Y como me decía Carme Valls, «al entrar a los 60 tenemos un chasis que rechina, que seguro que nuestras madres tenían, pero encomendaban a Dios sus sufrimientos. Y ahora hay una búsqueda de esta paz interior y una se engaña con otras religiones como el cuidado del cuerpo, una alimentación obsesiva, unas características globales… Pero no se pueden cambiar tantas cosas». Nosotras aún arrastramos ese sesgo de género que atraviesa y contamina toda la investigación y la práctica médica, en la que el sexo masculino ha sido la única medida.

Siete

Tengo tantas preguntas… ¿Cómo es que la ciencia ha olvidado los problemas de la mitad de la población y ha medicalizado casi todas las etapas naturales de la vida de las mujeres? Incluso las pruebas psicológicas para evaluar la salud mental están afectadas por sesgos de género, «ya que han sido construidas con preguntas dirigidas a considerar como normales las conductas o respuestas conductuales masculinas», tal y como me aclara Valls, que continúa: «A partir de los 60 años ya se ha hecho de todo. El cuerpo ha vivido y está trabajado. Ha asumido el papel de madre nutricia, de cuidadora de enfermos, ancianos y niños. Ha doblado mil veces las rodillas y la columna lumbar y ha endurecido la piel de las manos. Ha superado la etapa de vivir pendiente de la mirada del otro, del dogal del mito de la belleza como ideal, y vive reconciliada con la losa del edadismo que nos ha hecho vivir pendientes de parecer jóvenes, llenándonos de angustia y rabia por cada nueva arruga que nacía en nuestras caras llenas de historia».

Ocho

Y la generación de nuestras hijas, ¿qué va a hacer con el legado? ¿Se sienten estafadas? ¿Cómo viven el cuento

precioso que nos han visto protagonizar, mezclado con sus poco claras expectativas? A Pepa Bueno, que perdió a su madre siendo una adolescente de 17 años, con 51 le quedó la duda de si su madre tuvo un dolor íntimo por la vida que veía que íbamos a llevar sus hijas y que ella nunca llevó. Una vida cercenada. Ella, que tiene claro que la revitalización del movimiento feminista lo han hecho las jóvenes y que «no les voy a decir a esa generación cómo ser feminista; me encanta acompañarlas, en lo que comprendo y en lo que no», cree que las hemos criado diciendo que eran libres e iguales a sus compañeros de pupitre. «Nos habían visto conquistar espacios de poder. Nosotras no nos cuestionábamos el progreso económico, se daba por supuesto, eso y que el siguiente trabajo iba a ser mejor. Esta generación, que además quiere conquistar la calle, tiene menos expectativas».

Nueve

He leído tanto y en tantos sitios para este libro que hay frases, certezas, declaraciones que tengo desperdigadas en las decenas de documentos y que ahora no puedo encabezar con la autora. Como esta: en 2030 habrá en el planeta mil quinientos millones de mayores de 65 años y mil doscientos millones de ellos y ellas estarán en el lado pobre del mundo, así que la gran cuestión será la del cuidado. ¿Qué va a pasar ahí?

Diez

Dos titulares de hace nada.

Uno: «Beyoncé a los 40: ¿se ha hecho demasiado mayor la reina del pop?». Se ilustra con un primer y fantástico plano de la artista.

Dos: «Padre de ocho hijos, abuelo, bisabuelo, una operación de corazón, miles de horas de *rock & roll* y mucha química devorada… Mick Jagger cumple 76 años

demostrando que le queda cuerda para rato».

El primero corresponde a un reportaje sobre la artista, publicado en el periódico *El Mundo* en junio de 2022, y está firmado por *un* periodista, hombre. El segundo es un tuit de la cuenta del mismo periódico. Ignoro el sexo del *community manager*.

¿Lo malo? Que se sigan haciendo. ¿Lo bueno? Que ahora se destacan, se muestran, reciben varapalos, y con eso se consigue al menos desmontarlos.

Once

Sé, porque me lo ha contado mi colega Nieves Concostrina, que Colombine —uno de los seudónimos con los que firmaba Carmen de Burgos— fue la primera corresponsal de guerra que organizó una primera manifestación feminista, que abandonó a su marido, que fue censurada por el franquismo, que fue la primera que hizo una encuesta sobre el divorcio en 1904. Sé también por Nieves y su serie *Pioneras* que Dolors Aleu fue la primera médica de este país. Que a ella y a otras dos compañeras catalanas (las tres primeras mujeres en licenciarse en Medicina) las llevaron escoltadas a la Facultad de Medicina para evitar que les tiraran piedras y que las dejaron estudiar porque nadie pensó que quisieran ejercer. Sé que su final fue trágico, porque todos sus archivos, diarios, historias médicas fueron quemados por su marido, que no pudo soportar a una mujer sobresaliente, supongo. Sé que, como especialista en ginecología y pediatría, Aleu practicó una medicina pendiente de la salud de las mujeres. Sé que en su tesis usó argumentos médicos para criticar el uso del corsé en las mujeres —«oprime el tórax, dificulta la respiración y puede causar desmayos»— y que ese fue el principio de su fin. Sé que practicó abortos en el barrio chino de Barcelona. Sé que Luisa Roldán, la Roldana, fue la escultora más importante del Barroco. Sé que en la serie sale Carmen de Burgos y también sé que nadie sabe casi nada de estas mujeres ni de muchas otras, que están o en los márgenes, o bajo las

piedras, y que yo tampoco lo sabía hasta que hablé con Nieves y vi su serie… Nunca las estudié en la universidad (donde siguen desaparecidas), nunca me encontré con textos que las reivindicaran. He llegado a la edad adulta sin saber de ellas.

Doce

Me llegó el libro *El deseo interminable. Las claves emocionales de la historia*, de José Antonio Marina, y busqué y rebusqué, pero en sus trescientas páginas solo encontré tres dedicadas en exclusiva a lo relativo a la mujer. Nada concreto sobre sus deseos, nada específico sobre lo que han supuesto para ellas esas claves emocionales de la historia, pese a que tiene claro que «la historia humana puede comprenderse si descubrimos los deseos, las esperanzas y los miedos que las impulsan». No hay mujeres, pese a que dice que «la condición de posibilidad de la libertad es la ausencia de temores, y estos solo pueden ser superados mediante un orden institucional jurídico y político adecuados». Me consta que Marina es un erudito, así que no le tengo en cuenta el descuido, o ese vacío, y me voy a buscar otros textos. Que, por cierto, son mayoritariamente de mujeres. Bueno, algo más que eso, son todos de mujeres, apenas he ojeado libros de hombres, ni artículos. Al fin y al cabo, llevo toda mi vida haciéndolo, entre otras cosas porque los académicos, los historiadores, los enciclopedistas, los que han vigilado y guardado la cultura oficial y la memoria pública siempre han sido hombres. Ahora les toca a ellas. Me tumbo a sestear bajo la buganvilla con el último hallazgo: *El cuaderno prohibido*, de Alba de Céspedes. Una joya.

Trece

¿Por qué no ha habido grandes mujeres artistas?, plantea con doble intención el periodista Peio H. Riaño en su libro

Las invisibles. Y la historiadora del arte norteamericana Linda Nochlin, que se dedicó a analizar la presencia de la mujer en el arte, propone no responder a la cuestión porque la interrogación da por hecho que el arte es una actividad autónoma y libre de un individuo superior: «El museo es una elaboración cultural que legitima un pensamiento de género (y de raza y de clase) y otorga un origen natural o algo que no lo tiene: la dominación de un sexo sobre el otro». Un ejemplo: la historiadora del arte Manuela Mena (nacida en 1949), considerada una de las mayores expertas mundiales sobre Goya, escribió para El Prado un texto sobre este pintor y otro sobre la pintora Giulia Lama (1681-1747). De la segunda dice que hay pocos datos biográficos sobre ella, pero la describe pese a todo como «una mujer de personalidad esquiva y retirada, fea de rostro, pero de una gran espiritualidad». En cambio, nada dice de Goya en ese sentido. Nada en el que destaque su gordura, su calvicie y su mal genio. Peio se atrevió a proponer que se cambiara, de los cuadros de los museos, el término eufemístico *rapto* por el de *violación* cuando efectivamente se trataba de tal cosa. E hizo un tuit con esa iniciativa. Y entonces el académico de la lengua Arturo Pérez-Reverte le contestó con displicencia: «Cada cual se busca la vida como puede. Pero me fascina la desaforada, sospechosa y reciente fe de ciertos conversos, dispuestos a hacer méritos como sea». En fin, yo, como Peio, también creo que estos mecanismos son insoportables en el futuro del museo.

Catorce

Siempre me impresiona leer textos más o menos revolucionarios y autobiográficos de mujeres, escritos en tiempos remotos, a principios del siglo pasado, y sentir que me interpelan ahora. Descubrir lo insólito de sus relatos en relación con el tiempo en el que fueron creados. Me pasma que fueran tan avanzadas a su época, tan, tan pioneras. Mujeres soberbias que dijeron cosas más soberbias aún, a

modo de lanzas, de dardos, de cuchillos de los que cortan bien, y que por tanto se aventuraron a ser quemadas, literal y figuradamente. Me pasó con un libro que he recuperado preparándome para escribir este, y que recomiendo. Se llama *Una mujer* y lo escribió la italiana Sibilla Aleramo en 1906. La autora abandonó a su familia, a sus hijos en 1902 para poder desarrollar su carrera literaria, para participar en los incipientes movimientos feministas. O para no morir de asfixia, sin más. Habla de la infelicidad conyugal, de la propia y de la de su madre, de la violencia psiquiátrica y física, de las renuncias. El libro, que tuvo un éxito inmediato, es de una modernidad apabullante. ¿Cómo podía una joven como ella, que apenas tenía 30 años cuando escribió este libro, no ya contar aquello sino incluso pensarlo? ¿De dónde salía aquella clarividencia? Sobre el matrimonio desventurado dice: «¿Y en qué se puede convertir una mujer si los parientes la entregan, desconocedora, débil e incompleta, a un hombre que no la recibe como a su igual; que la usa como a un objeto de su propiedad, que le da hijos con los que la abandona a solas, mientras él cumple con sus deberes sociales para continuar entreteniéndose como en la infancia?».

También me impresiona que una autora como ella sea tan poco conocida. Agradezco la tarea de editoriales como Altamarea, que tiene una colección dedicada en exclusiva a la narrativa italiana del siglo XX. Gracias a ellas descubrí también a Dacia Maraini y su *Isolina, la mujer descuartizada*, que me noqueó.

Quince

He leído en *El fin del amor*, de Tamara Tenenbaum, que a su vez ha leído a Illouz, que «deberíamos sospechar de cualquier obligación moral que implique, primero, que una mujer se quede sola en su casa todo el día y, segundo, que haga que las responsabilidades del cuidado recaigan en casi exclusivamente sobre ella». Y la propuesta «es la resistencia: a elegir entre estructuras heredadas e individualismo

salvaje y aceptar que estas son nuestras únicas opciones».

Dieciséis

Las mujeres occidentales de mi generación nos habíamos desembarazado del patriarcado y este era el ejemplo que queríamos mostrar a mujeres más jóvenes, de 30, de 40 años. Pero resulta que ahora me encuentro con que esas mujeres, que son las nuevas madres, tienen un nuevo amo en casa, esta vez por voluntad propia: el imperio del bebé.

Diecisiete

Y siguiendo con esto, dice Levy en *Cosas que no quiero saber* que la madre era la mujer que el mundo entero había imaginado hasta la saciedad. «Costaba mucho renegociar la fantasía nostálgica del mundo acerca de nuestro propósito en la vida. El problema radicaba en que también nosotras albergábamos toda suerte de imaginaciones descabelladas acerca de lo que debería ser la madre y nos atormentaba el deseo de no decepcionar».

Dieciocho

Las mujeres vivimos más que los varones, pero lo hacemos con más obstáculos. Cosas que aún se puede encontrar en el diccionario académico:

> **edad crítica.** 1. f. Climaterio.
>
> **cacatúa.** […]. || 2. f. *despect.* coloq. Mujer mayor que disimula la edad con recursos exagerados en su apariencia física.
>
> **ajamonado, da.** adj. coloq. Propio o característico de la mujer entrada en carnes. *Belleza ajamonada.*

Diecinueve

En 2015, cuando Gloria Van Aerssen, de Vainica Doble, murió, sus cuatro hijos contaron la historia de cómo se conocieron su madre y Carmen Santonja (hermana por cierto de Elena Santonja, esa presentadora maravillosa de *Con las manos en la masa*): «Estos últimos días hemos estado recordando. Nos vemos llegando a casa del colegio, entrar corriendo en el salón y ver a mamá y a tía Carmen al piano. Paraban para merendar con nosotros. Nuestra madre conoció a Carmen en una parada de autobús, estaba silbando *Tannhäuser* y mamá se acercó, se unió a ella silbando una segunda voz y a partir de ese momento se hicieron inseparables». De ellas, que estuvieron con ese pop independiente desde 1970 hasta 1980, dijo Luis Eduardo Aute que eran «las dos autoras más importantes de los últimos años». El asunto es: con esta anécdota que contaron sus hijos, con la propia historia de Vainica Doble, habría *tours* organizados a esa parada de autobús, e incluso algún que otro *biopic*, si los protagonistas hubieran sido dos hombres.

Veinte

Sé que hay menos escritoras que escritores porque no se las educó para buscar la tribuna pública, ni para escalar a codazos, y que se nos ha construido como sujetos que permiten la penetración en vez de desearla, como le he leído a Aixa de la Cruz en *Cambiar de idea*.

Veintiuno

Pablo Picasso, pocos meses antes de morir, fue fotografiado en su estudio en calzoncillos, y en la casa retozando en traje de baño, al lado de su última compañera sentimental, Jacqueline Roque, que tenía, por cierto, cuarenta y cinco años menos que él. Susan Sontag escribió sobre esto: «No

imaginamos a una mujer de noventa años dejándose fotografiar como él al aire libre en su finca del sur de Francia vestido solo con pantalones cortos y sandalias». Aprovecho, por cierto, este capítulo tan heterodoxo para recomendar tres libros fundamentales sobre el Picasso persona, que no el Picasso pintor, del que hay cientos: *Vida con Picasso*, de Françoise Gilot, que fue su compañera y madre de dos hijos durante diez años, ella con 21, él con 61. Y otro: *Picasso: creador y destructor*, de Arianna Stassinopoulos Huffington.

Y un tercero, *Las mujeres detrás de Picasso*, de Eugenia Tenenbaum, en el que la autora se pone en la piel de todas las mujeres relacionadas con el pintor, que «tuvieron una cosa en común: jugar un papel esencial en la producción artística total del malagueño y haber sufrido "distintos tipos y niveles de violencia" del "maestro"», según la autora. Porque el autor del *Guernica* fue un gran pintor y un perfecto canalla con las mujeres.

VEINTIDÓS

En la web *El Comidista*, su responsable, Mikel López Iturriaga —amigo queridísimo, uno de esos gais que las mujeres hemos incorporado a nuestras vidas—, nos regaló un vídeo fantástico: *Comidas para mujeres, un castigo poco saludable*, se llamaba. Allí daba cuenta de la cantidad de productos alimentarios orientados mayormente a mujeres —de color rosa, por cierto, y con fotos de siluetas femeninas sinuosas—, que siempre prometen lo mismo: no engordar. Junto a la nutricionista Azahara Nieto repasaron bebidas, infusiones, lácteos, barritas sustitutivas, fiambres que «no aportan demasiado ni a la salud ni al paladar». La industria alimentaria, a estas alturas, aún nos invade con estas engañifas. En el vídeo, que recomiendo, ambos dejan claro que, uno, es mentira que ayuden a adelgazar, y dos, están malos de dolor.

Veintitrés

Me vengo abajo a menudo: por miedo o por pura tristeza, por angustias vitales. Y ahí, cuando estoy en el fondo, pienso en algo en lo que nunca se piensa cuando eres joven de verdad, inconsciente. Y ese algo es que lo más importante, lo más divertido, lo más alegre, lo más sorprendente, lo más apasionante, ha sucedido ya.

Que aunque volviera a enamorarme, no volvería a enamorarme igual, con aquella alegría, con aquella inocencia, con aquel ímpetu, con aquellas expectativas.

No volveré a entusiasmarme, ni a confiar con plenitud. Que lo que queda es lo más triste, lo más amargo, el deterioro, la muerte, la vejez, las roturas, lo grotesco, la desidia, la apatía, las rutinas, los millones de veces de la misma cosa…

Veinticuatro

Mi colega de *La ventana*, la periodista Emma Vallespinós, repasa en su libro *No lo haré bien* historias de escritoras. «Alice Munro aprovechaba el rato de las siestas de sus hijas para escribir en el cuarto de la plancha. Toni Morrison escribía, también, cuando los niños dormían. Lucia Berlin aporreaba la máquina de escribir mientras sus hijos daban vueltas por la casa montados en sus triciclos. Ese método de escritura sigue vigente hoy en día en las autoras que son madres. La escritora y dramaturga Silvia Nanclares me contó que se levanta a horas intempestivas para escribir y poder esquivar a sus críos». La periodista Begoña Gómez Urzaiz confiesa, en *Las abandonadoras*, el poco éxito de sus madrugones: «Ocho de cada diez mañanas, apenas me había bebido un café y encendido el ordenador, oía unos pasitos por el pasillo aún oscuro y se revelaba después la cabeza llena de pelo de mi hijo pequeño, en cuyos planes no estaba volver a dormir».

VEINTICINCO

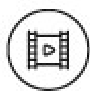
Nos recomendamos libros todo el tiempo, mis colegas y yo. Es curioso, porque recibo más por parte de ellas que de ellos. Un día, en un wasap, la periodista Ana Pastor —que lee a lo bestia, como yo— me dijo: «*La escuela de canto*, de Nell Leyshon». Y a por él que me fui. Qué preciosidad, qué joya. Una novela cruda de emociones extremas, poética y con una sensibilidad apabullante. Inglaterra 1572, la pequeña Ellyn trabaja en la humilde granja familiar, donde todos la maltratan y la humillan. Pero un día descubre en una iglesia, camino del mercado, que tiene un don: la voz, el canto. Y ahí empieza todo, y de ahí salen la alegría, la esperanza, el futuro, el camino sin vuelta de una niña analfabeta que descubre que el mundo es mucho más vasto de lo que hubiera imaginado, un mundo bello en el que un don puede llevarte muy lejos, un mundo que es preciso cambiar para legárselo a aquellos a quienes más amamos. Y eso me hace pensar en las niñas perdidas, en las mujeres asfixiadas, en las que no pudieron, no salieron al aire, no obtuvieron regalos, ni vidas plácidas. Dice Ellyn, en su grito: «Ahora me parece que casa está más lejos, como si al aprender a hacer letras en un papel y al aprender a leer hubiera empujado el terreno nuestro más allá y más lejos por el camino».

VEINTISÉIS

He revisado para este libro el que escribió José Luis Pardo en 2016, *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*. Pardo obtuvo con él el Premio Anagrama de Ensayo ese año. Me ha dejado completamente noqueada que no haya mención alguna a los malestares femeninos en todo el libro, que no haya menciones de escritoras, de filósofas, de sociólogas, que toda la bibliografía sea masculina. En la portada, diseñada por otro hombre, Ángel Mateo, se pueden ver cuatro señores con sombrero y trajes de colores. Un libro sobre el

malestar que me puso furiosa de verdad.

* * *



QUÉ VER

Películas

***Una joven prometedora.* Emerald Fennell (2020)**

Un esperpéntico retrato de que la cultura de la violación está a la vuelta de la esquina y es estructural. Un recordatorio, a través de un juego diabólico, de que sigue usándose como derecho.

Series

***Podría destruirte.* Michaela Coel (2020)**

Un drama visceral, incomodísimo. Escrito, codirigido y protagonizado por la actriz Michaela Coel y basado en su propia historia. Una noche salió a tomar algo, dándose una tregua en la escritura de una serie en la que andaba enfrascada. Al día siguiente descubrió de pronto, tras venirle fogonazos a modo de recuerdos, que alguien había puesto droga en su copa y la había agredido sexualmente. Estuvo dos años y medio escribiendo esta historia de doce episodios, producida por la BBC, que se pudo ver en HBO. Yo tardé en recuperarme.

Y dos más, venga: *El cuento de la criada* y *Euphoria*.



QUÉ ESCUCHAR

***Yo tenía un novio.* Rubi y los Casinos (1981)**

Rubí, cantante argentina de un pop de los cincuenta, llegó a España como tantos de su país buscando el éxito y lo obtuvo de una sola tacada, y una sola vez, con esta canción, que cuenta los mitos de la vida de un cantante de *rock* que mientras es *underground*, todo bien, pero que al alcanzar el

estrellato se olvida de aquellos que lo ayudaron a subir. En este caso es esa pobre novia, a la que el tipo deja tirada a la mínima de cambio. Os recomiendo que miréis la letra en internet, merece la pena.

***Help!* The Beatles (1965)**

Mucho han tardado en estar aquí los Beatles, con lo mucho que nos gustan a todas, con lo fanáticas que hemos sido las de esta generación. Y este es un clásico de la música pop. La escribe John Lennon, es un grito para pedir ayuda: cuando era joven no necesitaba a nadie, pero ahora estoy angustiado y necesito eso, ayuda.

Epílogo
Del duelo por Eva

El 26 de noviembre de 2021, a los ocho meses de la muerte de Eva, mi hermana elegida, publiqué para *SModa* un texto-homenaje sobre el amor que nos tuvimos. Lo escribí en un hotel de Denia que daba al mar. Había acudido allí a dar una charla y decidí alargar la estancia durante el fin de semana y esperar allí a mi marido y a mi hija. Si el cáncer no me la hubiera arrebatado quizá aquel viernes me habría acompañado en ese viaje de trabajo, que era algo que hacíamos de vez en cuando. Esa tarde, en la habitación luminosa, componiendo la historia entre sollozos, recordé otra tarde, de dos veranos atrás, en la playa de la Malvarrosa, en Valencia, que era un lugar al que solíamos ir a menudo. Habíamos alquilado dos hamacas para pasar la tarde entera, las dos solas, y ahí estábamos, entre chanzas y confidencias, haciendo planes, refunfuñando, regañándonos, contándonos las cosas que ya nos sabíamos pero que nos volvíamos a contar, con más detalle, con sorna, con más enjundia, con vueltas de tuerca, con vuelta a empezar…

Eva y yo crecimos juntas, pasamos juntas la adolescencia, la juventud, la madurez y desde luego estaba previsto que envejeciéramos juntas. Quiero aprovechar que este libro va a quedarse para siempre en alguna estantería para recuperar aquí lo que escribí entonces, para que cualquier alma en pena, que esté de duelo o que esté en uno de esos sinsentidos de la vida cotidiana, lo encuentre un día y le reconforte o le haga llorar, y ese llanto sea calmante. O para dejar claro que estar en el mundo merece

la pena si alguien te quiere como nosotras nos quisimos, si alguien tiene contigo la historia que tuvimos, si alguien te acompaña así, con ese estar siempre, con parsimonia, con certeza, con ahínco.

Aquella tarde de la Malvarrosa estuvimos hablando del futuro a medio plazo. Ella tenía pronto una de sus habituales revisiones oncológicas, esa espada de Damocles insoportable que tuvo, que tuvimos encima todos los que la queríamos durante diez años. En un momento dado, yo dije algo así como «cuando seamos mayores, bla, bla, bla». Y ella, con voz queda, pero con certeza me dijo: «Yo no llegaré, Mariola». Hice como que no escuchaba la frase, que me dejó el corazón helado, y creo que nos pusimos a otra cosa. Pero la tengo clavada. Recuerdo su mirada al frente, su tono de voz, las evasivas… La canción para escuchar en este capítulo es *In my life*, de los Beatles…, que es tan tierna, tan preciosa, tan redonda como fue nuestra historia.

Aquí va aquel texto que escribí con todo el corazón. Eva está en todas las buenas mujeres que han compuesto este libro y en mí misma. Eva habría sido una tipa de 60 años esplendorosa. Valiente, divertida, amorosa, feliz, creativa. Pero sobre todo habría sido mi chica especial.

* * *

EL CONSUELO DE PONERME SU ROPA

Ir de compras era uno de nuestros mejores y más gratos pasatiempos. Pero ir de compras no era ir a comprar. Era mucho más, era la risa, la confidencia, la alegría durante el paseo, la chanza en los probadores, aunque volviéramos a casa de vacío. Si en la vida encuentras un alma gemela que disfrute como tú perdiendo una tarde entera de tienda en tienda, mirando, curioseando, descubriendo chollos (tenía un ojo increíble para eso), estás muy cerca de la felicidad:

—Madre mía, te queda fatal… —nos decíamos sin remilgos.

—¿Me hace gorda, ¿no? —nos preguntábamos.

—Es carísimo. Cómpratelo tú y luego me lo dejas. Y

como se te olvidará que lo tengo, me lo quedaré.

—Eva, tienes uno igual a ese, el azul —decía yo.

—¿Qué dices? No tiene nada que ver —respondía ella con cierto desdén—. Me lo voy a comprar.

Eva era mi amiga, mi hermana elegida, mi chica especial, mi anclaje en el mundo. El sosiego, la alegría. Eva (nos hicimos amigas siendo dos crías de 10 años) era una artista. Diseñadora y esteta. Era hermosa y todo lo que tocaba lo convertía en algo más hermoso aún. Y yo, siempre torpe, sin imaginación alguna para las manualidades, para la creación artística, me dejaba arrastrar feliz por su sabiduría. Mi amiga de la infancia, mi confidente de la adolescencia, mi cómplice de joven, la novia de mi hermano después, la madre de mis sobrinos, la tía amorosa de mi hija Carlota y, dentro de todos esos años, mi amiga del alma a todas horas, se marchó para siempre hace siete meses y nueve días.

Entre las muchas cosas que compartimos estaba el amor por la moda, por la ropa, por las cosas bonitas, por la estética. Si antes era una obsesa de todo esto, ahora más aún. Tengo que vivirlo por las dos, ahora que ya solo está dentro de mí, pero no a mi lado como antes.

Tras su muerte «he renunciado a la felicidad sostenida y ya persigo solo breves estallidos de alegría» (*El bar de las grandes esperanzas*, J. R. Moehringer). Esos estallidos suceden cuando alguien me dice «Qué anillos tan bonitos», y yo me miro las manos y cuento de quién eran, que los hacía ella, que tengo una colección inmensa, que nunca salgo de casa sin uno o dos en los dedos… Tras la alegría, llega la rabia, la nostalgia que me vuelve loca y la profundísima melancolía. De pronto, en un capítulo de la serie *Modern love*, sentimental y bonita, cuya primera temporada le recomendé y le encantó, uno de los personajes, que está de duelo como yo, cuenta que el amor que le teníamos en el momento que se marchó a la persona que se marchó no se acaba nunca. Acaba el dolor por la pérdida, amaina la tristeza, pero el amor permanece intacto. Y piensas: eso es.

Apenas una semana después de que le diagnosticaran el primer cáncer, diez años atrás, nos fuimos de compras. Días después iban a hacerle un TAC que tenía que precisar más su estado. Se probó un vestido que le quedaba genial y yo la animé a comprarlo. A lo que ella, con lo que en ese momento era un claro humor negro, me respondió a través de la cortina del probador:

—Mejor espero al resultado del TAC, no vaya a ser que me muera y heredes tú el vestido.

Yo me reí y ella también. Recuerdo mucho aquella tarde, ahora que mis altillos, mis armarios, mi zapatero, partes enteras de mi casa están llenos de su ropa, de sus zapatos, de sus cosas mágicas y bonitas, que no puedo dar porque pienso que a ella, que lo guardaba todo, no le habría gustado. Atesoraba tantos cachivaches, tantos recuerdos, tiraba tan poco y era tan cuidadosa con la ropa, que he descubierto en las cajas de enseres que tuvimos que embalar tras su muerte mis sobrinos, mi hermano y yo, camisetas y vestidos de cuando debíamos tener 20 años. Nos comprábamos mucha ropa igual, a veces incluso sin saberlo, y nos regalábamos muchísima también.

—No te pongas el abrigo blanco de pelo que lo llevo yo —me decía por WhatsApp, antes de nuestra cita.

Nos había pasado tantas veces lo de llegar y llevar el mismo conjunto que resultaba natural esa advertencia. La ropa, los zapatos, los pañuelos, los bolsos, los anillos fueron siempre uno de nuestros hilos conductores. Dicho así parece una frivolidad, pero de eso nada. Escribo esto, pese a la pena que me da recordar, en parte para explicar eso, que la ropa, que su ropa, hace posible que no se haya ido…

Descubrimos pronto que ambas teníamos el mismo esmero por la imagen, por ir conjuntadas, que ambas éramos contrarias al desaliño, a la arbitrariedad a la hora de vestir, y desde entonces todo lo que contenían nuestros armarios, nuestros cajones, era material sensible, jugoso.

Ahora ya no está. Se marchó el 10 de abril. Borges decía: «Nuestras cosas nunca sabrán que nos hemos ido». Pero yo sí lo sé. Yo sé que no está cuando me pongo un

abrigo de rizo que ella tenía, muy calentito, y de pronto me veo en un espejo y me echo a llorar. Nos dejábamos cosas a menudo. Ayer me puse un conjunto divino que era suyo (me pongo su ropa y me abraza con ella. Siento que puedo ir a cualquier sitio, me da valor y serenidad) y al llegar al hotel y dejarlo tirado, sentí que me advertía como tantas veces:

—Cuélgalo, no lo dejes tirado en la silla.

—Sííííí…

—Y no lo pongas en la secadora.

—¿Algo más?

—Sí, devuélvemelo, que nunca me lo devuelves.

—¿Qué dices? ¡Te lo devuelvo siempre!

—Qué va, seguro que tienes cosas mías.

—¿Qué cosas, dime?

—… Cosas. Ahora no me acuerdo.

Desde abril todo ha sido un no parar de primeras veces sin ella. De entrar en una tienda y no poderle mandar una foto para que me dijera si me lo compraba o no. O las fotos de un sarao para que escogiera la mejor y colgarla en Instagram:

—La segunda, que en la primera pareces bizca y sales gorda.

De no poderle enseñar el bolso chollo que me había comprado en un viaje, de no poderle contar lo jodida que estaba para pasar de inmediato a la frivolidad más absoluta, en plan:

—¿Te comprarías esta jarra de agua? (wasap con foto). Está de liquidación en Habitat.

—Parece un florero.

—Pues es una jarra.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo pone.

—… ¿Cuánto vale?

—Está rebajada a 23 euros.

—Carísima me parece.

—Joder, no me digas eso…

Y así podía llegar el momento del cierre de la tienda.

Aquel día me compré la jarra que ahora me despierta una sonrisa cada vez que la uso de florero.

Los primeros meses no fui capaz de entrar en ninguna tienda. Huía de ellas, eran un territorio hostil. La primera vez que lo hice me vine abajo: miré un vestido que me encantó y al ver que no podía enviarle la foto para que me preguntara cuánto costaba, si había de otro color, si se lo regalaba, si se podía cambiar, y seguir con esa larga conversación de besugos cruzada con cosas que nada tenían que ver, me eché a llorar. Benditas gafas de sol que me han salvado estos meses de llantinas callejeras. Por cierto, gafas de sol, otro recuerdo: la última tarde que nos vimos (apenas un mes después tuvo que confinarse de manera especial, luego empeoró y no pude ir a verla hasta el final), poco antes de mi cumpleaños, en noviembre pasado, nos intercambiamos las gafas un rato. La había llevado tiempo atrás a Asun Oliver, mi óptica favorita del mundo mundial, en Valencia y de allí eran los pares que llevábamos ese día.

—Me quedan mejor a mí, regálamelas —dijo ella, mientras posábamos para la foto que le pedimos al camarero que nos hiciera. Fue nuestra última foto juntas, yo la tengo como fondo de pantalla y el vestido verde que llevaba ese día no he podido volver a ponérmelo.

Pocos días después de saber que le quedaba poco (recuerdo bien ese momento, el peor de mi vida, mi hermano diciéndomelo en un banquito debajo de casa, para que ella no nos escuchara, esa frase letal, ese desconcierto, esa rabia) la revista literaria *El Ciervo* me encargó un texto: ¿qué es para ti el fin del mundo?

Escribí que el fin del mundo era ese vacío, la rabia por su marcha, por no poder seguir juntas hasta el final. El fin del mundo era hacerme mayor sin ella, sin su risa, sin sus puyas, sin las absurdas y jocosas discusiones. El fin del mundo era que Eva estuviera marchándose. Que, aunque la vida pareciera seguir su curso, era mentira. Que los otros carcajeaban y hacían gestiones, pero que yo llevaba el fin del mundo dentro.

Esa tarde, al acabar de escribir, me puse su camisa

naranja, la que llevó ella y que me regaló a regañadientes y con bromas, para afrontar eso: que el mundo seguía intacto para los demás, pero se desvanecía para los que la queríamos de veras…

Y eso se ha convertido en una norma. Pocas veces salgo de casa sin ponerme encima algo suyo, lo que sea. Por supuesto, sus anillos. Escribo esto con dos anillos morados, a juego con el vestido. Este verano, leyendo la novela *Hamnet*, de Maggie O'Farrell, que habla sobre el duelo (como buena parte de las novelas, de las ficciones audiovisuales que me interesan ahora mismo), me golpeó una frase: «Con el *amén*, el anillo pasa al dedo anular, por donde según le dijo él el otro día, mientras estaban escondidos en el huerto, pasa una vena que va directa al corazón».

Así pasa con todo. Ahora que ya no está es como si su ropa, sus cosas, tuvieran memoria. Esta noche su hija Paula usa sus zapatillas de ir por casa «y un polarcito de pijama, que me da mucha ternura llevarlo». Y esta mañana, antes de salir de casa, se ha puesto su colonia. Yo me meto en aquel vestido de lunares que teníamos igual, y que yo no me había vuelto a poner, y lo luzco orgullosa. Y me enfrento a la vida diaria mejor con él encima.

Me pongo las sandalias negras de terciopelo que me regaló, tan baratas y que daban tanto el pego (ese día glorioso en el que me las puse con un esmoquin de Armani que me prestaron. Qué orgullosa estaba de ese chollo. Las teníamos en cuatro colores distintos). O aquellas azules que nos compramos juntas, iguales. Y Eva está en los zapatos, porque cada par de zapatos tiene una historia. Esos *peeptoes* fucsia, caros pese a estar de rebajas —e incomodísimos, por cierto—, los compramos una tarde tonta. Me convenció ella, cosa que siempre negó. De vez en cuando salía el asunto a relucir:

—No sé qué zapatos ponerme para la gala del viernes —le decía yo.

—Ponte los *peeptoes* —me decía ella.

—Son incomodísimos… No entiendo por qué nos los

compramos, me los he puesto solo dos veces del daño que me hacen…

—Te empeñaste tú —decía con soltura.

—¿Qué dices?, pero si yo no quería…

—No poco —resumía ella con sorna.

El caso es que aquí estoy, «toreando recuerdos que arden», como canta C. Tangana, de buena mañana, mirando la ropa eterna y bonita, la que llevó en los días luminosas, en los veranos largos, la que se puso para el último cumpleaños, para la fiesta en la playa, para venir conmigo a la entrega de premios. Todos esos conjuntos están en las fotos desde las que nos sigue sonriendo. Meses después de su muerte fui a imprimir algunas, quería tenerlas en papel, en marcos de fotos repartidos por la casa. Cuando el chico me las mostró en la pantalla para que escogiera, me eché a llorar allí delante de él. Me pasa tan a menudo que ya no me inmuto. Me sequé las lágrimas, pensé en ella diciéndome «lloras porque yo salgo mejor que tú», y me río.

Miro aquellos zapatos negros de plataforma que me compré animada por ella y con los que apenas puedo dar tres pasos sin temor a romperme la tibia, pero que siempre son un triunfo. Rebusco entre sus pañuelos, esas decenas de pañuelos que atesoró durante los periodos de quimio, cuando sus rizos hermosos desaparecían. Tenía uno distinto para cada ocasión. Encuentro el que me lleva a una historia feliz de una tarde feliz vagabundeando por la ciudad, contándonos confidencias, riñéndonos, soportándonos…

Leí más novelas sobre el duelo durante la primavera tristísima. *Rewind*, por ejemplo, de Juan Tallón, que me lanzó este párrafo: «El ser humano añora solo la belleza de las personas a quienes quiere, los sitios en los que fue feliz, los amigos que le hicieron la vida más fácil, los objetos que lo consuelan». Y vi *Mare of Eastown*, vi a esa conmovedora y doliente Kate Winslet que interpreta a una madre que ha perdido a su hijo.

Pienso a veces que me bastaría con un solo abrazo, con un abrazo largo, el último, aunque fuera. Sobraría con que alguien me dijera, venga, te dejo que la abraces por última

vez, que la escuches reír, te dejo que te diga qué te tienes que poner para la fiesta, para el estreno, para la tele, para la presentación, para el sarao al que no quieres ir pero al que tienes que ir, porque estás triste, porque no quieres ver cómo el mundo sigue igual que cuando ella estaba, antes de ese puto 10 de abril. Y te levantas y te pones el pañuelo, el de lunares verdes, y te lo anudas al cuello y buscas en Spotify ese clásico de la canción francesa *La complainte de la butte*, cantada por Rufus Wainwright, y lloras a mares sentada en la cama repasando con la mirada las cajas con sus cosas, el armarito azul precioso que cogió de la calle y restauró con mimo y que ahora descansa en tu cuarto, con recuerdos de ella dentro.

Y vuelves a escuchar lo que te decía cuando te ponías melodramática.

—Qué exagerada eres…

Pero no soy exagerada. Soy como el personaje de la novela *Hamnet*, que me leí en pleno duelo, en esta tristísima primavera: «Todavía creo que un día me despertaré y estará ahí otra vez, a mi lado, pasará algo, una arruga, un pliegue en el tiempo, y volveremos a estar donde estábamos cuando ella vivía y respiraba».

Mientras eso sucede, me pongo su abrigo y lo aprieto fuerte y siento que me lleva y que tengo su legado: su ropa y su alegría.

Bibliografía

Introducción. Nos vamos de viaje

Lejeune, Claire (2002), *El libro de la hermana*. Pretextos. Traducción: Flor Herrero.

1. La primera generación que…

Bop Pop (2023), *Días simétricos*. Alfaguara.

Despentes, Virginie (2018), *Teoría King Kong*. Literatura Random House. Traducción: Paul B. Preciado.

Gimeno de Flaquer, Concepción (1901), *La mujer intelectual* (compendio de artículos). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Gómez Urzaiz, Begoña (2022), *Las abandonadoras*. Destino.

Heti, Sheila (2019), *Maternidad*. Lumen. Traducción: Antonia Martín. hooks, bell (2021), *Enseñar a transgredir*. Capitán Swing. Traducción: Marta Malo.

Levy, Deborah (2019), *Cosas que no quiero saber*. Literatura Random House. Traducción: Cruz Rodríguez Juiz.

Morán Breña, Carmen (2021, 3 de diciembre), «Rita Segato: "México se ha juarizado"», *El País*. En: https://elpais.com/mexico/2021-12-03/rita-segato-mexico-se-ha-juarizado.html

Payle, Grace (2016), *La importancia de no entenderlo todo*. Círculo de Tiza. Traducción: Antonio Muñoz.

Rivera, María-Milagros (2012), *El amor es el signo*. Sabina Editorial.

Segato, Rita (2007), *La guerra contra las mujeres*. Tinta Limón-Traficantes de Sueños.

— (2013), *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Tinta Limón.

Tenenbaum, Tamara (2021), *El fin del amor. Amar y follar en el siglo XXI*. Seix Barral.
Woolf, Virginia (2020), «Profesiones para mujeres» (ensayo sobre la conferencia pronunciada por Woolf en 1931), en *La muerte de la polilla y otros relatos*. Capitán Swing. Traducción: Luïsa Moreno Llort.

2. De dónde venimos. Nuestra adolescencia, nuestros veinte años, nuestra madurez

Ahmed, Osman (2019, 7 de septiembre): «Así creó Peter Lindbergh el fenómeno supermodelo de los 90». *Vogue España*. En: https://www.vogue.es/moda/articulos/peter-lindbergh-supermodelos-90-historia
Aleramo, Sibilla (2022), *Una mujer*. Editorial Altamarea. Traducción: Melina Márquez.
Juliano, Dolores (2017), *Tomar la palabra: Mujeres, discursos y silencio*. Bellaterra Edicions.
Lindo, Elvira (2020), *30 maneras de quitarse el sombrero*. Seix Barral.
Lorber, Judith (2023), *La nueva paradoja del género*. Paidós. Traducción: Montserrat Asensio Fernández.
Simón, Pedro (2021), *Los ingratos*. Espasa.
Toews, Miriam (2022), *Pequeñas desgracias sin importancia*. Sexto Piso. Traducción: Julia Osuna Aguilar.
Va llespi nós, Emma (2023), *No lo haré bien. Cómo las mujeres aprendimos a no confiar en nosotras mismas*. Arpa Editores.

4. La bendita/maldita soledad

Alborch, Carmen (2001), *Solas*. Temas de Hoy.
Bound Alberti, Fay (2022), *Una biografía de la soledad.* Alianza Editorial. Traducción: Lucía Alba Martínez.
Bruder, Jessica (2020), *País nómada*. Capitán Swing. Traducción: Mireia Bofill.
Humes, Immy (2022), *Una sola mujer.* Phaidon Press Limited.
Llevadot, Laura (2022), *Mi herida existía antes que yo.* Tusquets Editores.

Va lls, Carme (2020), *Mujeres invisibles para la medicina*. Capitán Swing.

5. La maternidad, la no maternidad

Abécassis, Eliette y Bongrad, Caroline (2008), *El corsé invisible. Manifiesto para una nueva mujer*. Urano. Traducción: Francisco J. Ramos Mena.
Badinter, Elisabeth (2011), *La mujer y la madre.* La Esfera de los Libros. Traducción: Montse Roca.
Chollet, Mona (2019), *Brujas*. *¿Estigma o la fuerza invencible de las mujeres?* Ediciones B. Traducción: Gemma Moral Bartolomé.
Donath, Orna (2016), *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales.* Reservoir Books. Traducción: Ángeles Leiva.
Ernaux, Annie (2015), *La mujer helada*. Cabaret Voltaire. Traducción: Lydia Vázquez.
Gornick, Vivian (2017), *Apegos feroces*. Sexto Piso. Traducción: Daniel Ramos.
Karr, Mary (2017), *El club de los mentirosos*. Periférica. Traducción: Regina López Muñoz.
Lazarre, Jane (2018), *El nudo materno*. Las Afueras Editorial. Traducción: Elena Vilallonga.
Lindo, Elvira (2010), *Lo que me queda por vivir*. Seix Barral.
— (2022, 17 de julio): «No solo traemos hijos al mundo», *El País*. En: https://elpais.com/cultura/2022-07-17/no-solotraemos-hijos-al-mundo.html
Meruane, Lina (2018), *Contra los hijos.* Literatura Random House.
Cigarini, Lia; Muraro, Luisa y Rivera Garretas, María-Milagros (2008), *El trabajo de las palabras. Una relación inacabada nacida de la relación entre mujeres.* Horas y Horas.
Taboada, Lucía (2023, 22 de enero), «No querer ser madre», *elDiario.es*. En: https://www.msn.com/es-ar/estilo-de-vida/familia/no-querer-ser-madre/ar-AA16Dxmu

7. La edad es una actitud. ¿Invisibles para quién?

Alpañés, Enrique (2023, 14 de marzo), «La edad subjetiva: el misterio por el que una persona se siente más joven de lo que es». *SModa, El País*. En: https://smoda.elpais.com/belleza/bienestar/la-edad-subjetiva-el-misterio-por-el-que-unapersona-se-siente-mas-joven-de-los-que-es/
Adler, Laure (2022), *La viajera de noche.* Ariel. Traducción: Isabel de Miquel Serra.
Alborch, Carmen (2014), *Los placeres de la edad.* Espasa. Mulvey, Laura (1975; ed. española: 1988), *Placer visual y cine narrativo*. Centro de Semiótica y Teoría del Espectáculo. Traducción: Santos Zunzunegui.
Smith, Zadie (2006), *Sobre la belleza.* Salamandra. Traducción: Ana María de la Fuente Suárez.

8. Los referentes. La generación de antes, mi profesora de Literatura

Beauvoir, Simone de (1961), *La plenitud de la vida.* Edhasa. Traducción: Silvina Bullrich.
Friedan, Betty (1963), *La mística de la feminidad*. Cátedra. Traducción: Magalí Martínez.
Gopegui, Belén (2009), *Ella pisó la Luna, ellas pisaron la Luna*. Literatura Random House.
Lafuente, Isaías (2021), *Clara Victoria. La crónica del debate que cambió la historia de las mujeres*. Planeta.
Martín Gaite, Carmen (1992), *Nubosidad variable*. Anagrama.
— (1997), *Lo raro es vivir.* Anagrama.
Solnit, Rebecca (2017), *La esperanza en la oscuridad.* Capitán Swing. Traducción: Lucía Barahona.
Steinem, Gloria (2016), *Mi vida en la carretera*. Alpha Decay. Traducción: Regina López Muñoz.

9. Me importa un bledo

Beard, Mary (2018), *Mujeres y poder. Un manifiesto.* Crítica. Traducción: Silvia Furió.
Cadoche, Élisabeth y Montarlot, Anne de (2023), *La rivalidad femenina y cómo acabar con ella*. Península.

Traducción: María Eugenia Santa Coloma.
Federici, Silvia (2010), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria.* Traficantes de Sueños. Traducción: Verónica
Hendel y Leopoldo Sebastián Touza.
Solnit, Rebecca (2017), *Los hombres me explican cosas.* Capitán Swing. Traducción: Paula Martín.
Wiener, Gabriela (2018, 30 de abril), «El sexo de las supervivientes», *elDiario.es*. En: https://www.eldiario.es/opinion/zona-critica/sexo-supervivientes_129_2143915.html

10. Ellos, los hombres: los aliados y los otros. Y nuestros gais

Bates, Laura (2023), *Los hombres que odian a las mujeres. Incels, artistas de la seducción y otras subculturas misóginas online.* Capitán Swing. Traducción: Paula Zumalacárregui Martínez.
Cusk, Rachel (2018), *Prestigio*. Libros del Asteroide. Traducción: Catalina Martínez.
Delvaux, Martine (2023), *Los boys club. Por qué los hombres siguen dominando el mundo.* Península. Traducción: Lara Cortés Fernández.
Hooks, Bell (2021), *El deseo de cambiar. Hombres, masculinidad y amor.* Bellaterra Edicions. Traducción: Javier Sáez del Álamo.
Laburi, Nuria (2022), *El último hombre blanco.* Literatura Random House.
Press, Joy (2018), *Dueñas del show. Las mujeres que están revolucionando las series de televisión.* Alpha Decay. Traducción: Juan
Manuel Salmerón Arjona.
Salazar, Octavio (2022), *John Wayne que estás en los cielos. Masculinidades, cine y feminismo.* La Moderna.

11. El amor, ay, el amor

Chollet, Mona (2022), *Reinventar el amor. Cómo el patriarcado sabotea las relaciones heterosexuales*. Paidós.

Traducción: Núria Petit Fontseré.
Gornick, Vivian (2019), *Mirarse de frente*. Sexto Piso. Traducción: Julia Osuna Aguilar.
— (2021), *Cuentas pendientes*. Sexto Piso. Traducción: Julia Osuna Aguilar.
— (2022), *El fin de la novela de amor*. Sexto Piso. Traducción: Julia Osuna Aguilar.
Greene, Graham (1951), *El final del affaire*. Libros del Asteroide. Traducción: Eduardo Jordá.
Illouz, Eva (2019), *Por qué duele el amor*. Editorial Katz. Traducción: María Victoria Rodil.

12. Qué hicimos antes de llegar aquí

Boyd, Donald C. (2007): «The Book Women of Kentucky: The WPA Pack Horse Library Project, 1936-1943». *Libraries & the Cultural Record*, 42, n.º 2, pp. 111-128. University of Texas Press. En: http://www.jstor.org/stable/25549400
Duras, Marguerite (1987), *La vida material*. Alianza Editorial. Traducción: Melene Gras.
Rivera Garreta, María-Milagros (2012), *El amor es el signo. Educar como educan las madres*. Sabina Editorial.
Solnit, Rebecca (2023), *De quién es esta historia*. Lumen. Traducción: Antonia Martín.

15. Las llamadas de socorro, la culpa, la angustia

Berlin, Lucia (2015), *Manual para mujeres de la limpieza*. Alfaguara. Traducción: Eugenia Vázquez.
De la Cruz, Aixa (2019), *Cambiar de idea*. Caballo de Troya.
Gilot, Françoise (2010), *Vida con Picasso*. Editorial Elba. Traducción: Jaime Piñeiro.
Leyshon, Nell (2022), *La escuela de canto*. Sexto Piso. Traducción: Mariano Peyrou.
Montero, Rosa (1995). *Historias de mujeres*. Alfaguara.
Riaño, Peio H. (2020), *Las invisibles. ¿Por qué el Museo del Prado ignora a las mujeres?* Capitán Swing.
Tenenbaum, Eugenia (2023), *Las mujeres detrás de Picasso*. Lunwerg.

Walter, Natasha (2009), *Muñecas vivientes. El retorno del sexismo*. Turner. Traducción: María Álvarez.

Y un montón más:

Sin reglas, de Anna Freixas.
La revista *Graffica* y sus monográficos sobre mujeres.
La creación del patriarcado, de Gerda Lerner.
El mito de la belleza, de Naomi Wolf.
El consentimiento, de Vanessa Springora.
Memorial Drive, de Natasha Trethewey.
El arte de perderse, de Rebecca Solnit.

AGRADECIMIENTOS

Sin todas aquellas personas que me animaron a leer,
sin las que me animaron a escribir,
sin las que me pidieron opinión,
sin las que valoraron mis ideas,
sin los míos, sin las mías (que ellos, ellas saben quiénes son), sin ellos,
no habría ni una línea de este libro.
Así que,
GRACIAS.

Créditos de las obras protegidas citadas en este libro (ordenadas alfabéticamente por el apellido de su autor o autora)

El corsé invisible. Manifiesto para una nueva mujer: © Eliette Abécassis / Urano. || *La viajera de noche*: © Laure Adler / Ariel. || *Solas*: © Carmen Alborch / Temas de Hoy. || *Los placeres de la edad*: © Carmen Alborch / Espasa. || *Una mujer*: © Sibilla Aleramo / Altamarea. || *Los hombres que odian a las mujeres*: © Laura Bates / Capitan Swing. || *Mujer y poder*: © Mary Beard / Crítica. || *Manual para mujeres de la limpieza*: © Lucia Berlin / Alfaguara. || *Abre los ojos. Pelis y series para entender el mundo*: © Pepa Blanes / Fuera de Ruta. || *Días simétricos*: © Roberto Enríquez (Bob Pop) / Alfaguara. || *Biografía de la soledad:* © Fay Bound Alberti / Alianza Editorial. || *La rivalidad femenina y cómo acabar con ella*: © E. Cadoche y A. Monarlot / Península. || *Brujas. Estigma o fuerza de las mujeres*: © Mona Chollet / Ediciones B. || *Reinventar el amor. Cómo el patriarcado sabotea las relaciones heterosexuales*: © Mona Chollet / Paidós. || *Cambiar de idea*: © Aixa de la Cruz / Caballo de Troya. || *Prestigio*: © Raquel Cusk / Libros del Asteroide. || *Los boys club. Porqué los hombres siguen dominando el mundo*: © Martine Delvaux / Península. || *Teoría King Kong:* © Virginie Despentes / Literatura Random House. || *Madres arrepentidas*: © Orna Donath / Reservoir Books. || *La vida material*: © Marguerite Duras / Alianza Editorial. || *Calibán y la bruja*: © Silvia Federici / Traficantes de Sueños. || *La mujer intelectual,* de Concepción Gimeno de Flaquer: © Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (ed.). || *Las abandonadoras*: © Begoña Gómez Urzaiz / Destino. || *Ella pisó la Luna, ellas pisaron la Luna*: © Belén Gopegui / Literatura Random House. || *El fin de la novela de amor*: ©

Vivian Gornick / Sexto Piso. || *Maternidad*: © Shiela Heti / Lumen. || *El deseo de cambiar. Hombres, masculinidades y amor*: © bell hooks / Bellaterra Edicions. || *Por qué duele el amor*: © Eva Illouz / Katz Editores. || *Tomar la palabra*: © Dolores Juliano / Bellaterra Edicions. || *El último hombre blanco*: © Nuria Laburi / Literatura Random House. || *Clara Victoria. La crónica del debate que cambió la historia de las mujeres*: © Isaías Lafuente / Planeta. || *El libro de la hermana*: © Claire Lejeune / Pre-Textos. || *Cosas que no quiero saber*: © Deborah Levy / Literatura Random House. || *La escuela de canto*: © Nell Leyhon / Sexto Piso. || *30 maneras de quitarse el sombrero*: © Elvira Lindo / Seix Barrall. || *La importancia de no entenderlo todo*: © Del prólogo, Elvira Lindo / Círculo de Tiza. || *Mi herida existía antes que yo*: © Laura Llevadot / Tusquets Editores. || *La nueva paradoja del género*: © Judith Lorber / Paidós. || *Contra los hijos*: © Lina Meruane / Literatura Random House. || *Historias de mujeres*: © Rosa Montero / Alfaguara. || *La importancia de no entenderlo todo*: © Grace Paley / Círculo de Tiza. || *Las dueñas del show*: © Joy Press / Alpha Decay. || *El trabajo de las palabras. Una relación inacabada nacida de la relación entre mujeres*: © María-Milagros Rivera Garretas; Luisa Muraro; Lia Cigarini / Horas y Horas. || *El amor es el signo*: © María-Milagros Rivera Garretas / Sabina Editorial. || *La otra bestia*: © Ana Rujas / Aguilar. || *John Wayne que estás en los cielos*: © Eugenio Salazar / La Moderna. || *La muerte como efecto secundario*: Ana María Shua / Consonni. || *Los ingratos*: © Pedro Simón / Espasa. || *Sobre la belleza*: © Zadie Smith / Salamandra. || *De quién es esta historia*: © Rebecca Solnit / Lumen. || *Esperanza en la oscuridad*: © Rebecca Solnit / Capitan Swing. || *Los hombres me explican cosas*: © Rebecca Solnit / Capitan Swing. || *Mi vida en la carretera*: © Gloria Steinem / Alpha Decay. || *La ciencia de contar historias. Por qué las historias nos hacen humanos y cómo contarlas mejor*: © Will Storr / Capitán Swing. || *El fin del amor. Amar y follar en el siglo XXI*: © Tamara Tenenbaum / Seix Barral. || *Las mujeres detrás de Picasso*: © Eugenia Tenenbaun / Lunwerg Editores. ||

Notas

1. Compendio de artículos formulados como alegato contra la rutina y la sumisión y contra el papel secundario de la mujer en la sociedad.

2. Aparece en una secuencia de la serie británica *After live*, creada en 2019 por Richy Gervais.

3. «Rita Segato: "México se ha juarizado"». Entrevista de Carmen Morán Breña para *El País* (2021, 3 de diciembre). En: https://elpais.com/mexico/2021-12-03/rita-segato-mexico-se-ha-juarizado.html

1. RTVELab (2023):*Cómo el machismo marcó nuestra adolescencia*. Proyecto dirigido por Juan Manuel Cuéllar. En: https://lab.rtve.es/8m-machismo-adolescencia/

2. *Elena Francis, la primera influencer* (2023), dirigido por Mónica Artigas. En: https://www.rtve.es/play/videos/documaster/elena-francis-primera-influencer/6828714/

3. Un buen análisis en el artículo de Osman Ahmed «Así creó Peter Lindbergh el fenómeno supermodelo de los 90». *Vogue España* (2019, 7 de septiembre). En: https://www.vogue.es/moda/articulos/peter-lindbergh-supermodelos-90historia

1. Eva Güimil, «*Las chicas de oro*: risas enlatadas, nostalgia y tarta de queso», *El País* (2022, 12 de enero), En: https://elpais.com/television/2022-01-12/laschicas-de-oro-risas-enlatadas-nostalgia-y-tarta-de-queso.html

1. «No solo traemos hijos al mundo», *El País* (2022, 17 de julio). En: https://elpais.com/cultura/2022-07-17/no-solo-traemos-hijos-al-mundo.html

2. «No querer ser madre», *elDiario.es* (2023, 22 de enero). En: https://www.msn.com/es-ar/estilo-de-vida/familia/no-querer-ser-madre/ar-AA16Dxmu

1. https://www.instagram.com/p/ClGMguZtxz6/?utm_source=ig_web_copy_link

1. Declaraciones de la actriz en una entrevista con la periodista estadounidense Katie Couric, expresentadora del programa *Today* de la NBC.

2. Enrique Alpañés (2023, 14 de marzo), «La edad subjetiva: el misterio por el que una persona se siente más joven de lo que es». *SModa*, *El País*. En: https://smoda.elpais.com/belleza/bienestar/la-edad-subjetiva-el-misterio-por-elque-una-persona-se-siente-mas-joven-de-los-que-es/

3. Citado por Mona Chollet en *Brujas. ¿Estigma o la fuerza invencible de las mujeres?*

1. Patrisse Cullors es una de las fundadoras del movimiento Black Lives Matter. En la cita expone la misión de este movimiento.

MEJOR QUE NUNCA
Felices, imbatibles y pioneras Mariola Cubells

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Apéritif Studio

Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los fragmentos de las obras protegidas que se citan en este libro, cuyos *copyrights* se relacionan en detalle al final del mismo, en «Créditos de las obras protegidas citadas en este libro». Se han realizado todos los esfuerzos por contactar con los propietarios de los derechos de estas obras. Con todo, si esto no hubiera sido posible o el crédito no hubiera sido reflejado de forma correcta, el editor ruega que le sea comunicado para corregirlo en

futuras ediciones.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-670-7154-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia www.acatia.es